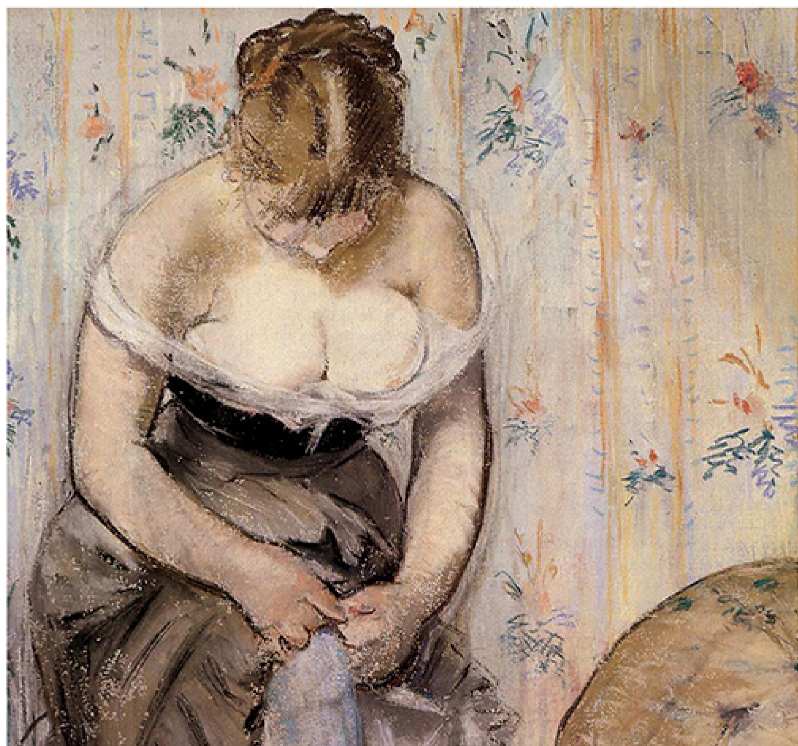
# Fanny Hill

## Memorias de una cortesana

JOHN CLELAND



Por una vez al menos la literatura ha engendrado con *Fanny Hill* una obra en la que el libertinaje y la poesía se hallan tan unidos entre sí como alejados de la obscenidad y el mal gusto.

Novela escándalo, el libro de John Cleland (1703-1789), publicado hace más de doscientos años, sigue proclamando la perpetuidad de la gran escritura, ese resorte único a través del cual la vida y sus secretos, la sensualidad y la alegría, se transforman en ritos de la más elevada virtud. En efecto, para Fanny Hill, el sexo, raíz y vestíbulo de la santidad, no es sólo un espasmo del desenfreno, sino que representa lo que es por encima de todo: el arquetipo divino, el gran conocimiento, la respuesta de una incógnita que únicamente la belleza y el amor descubren y magnifican.

Es considerada como la primera prosa pornográfica inglesa, y la primera pornografía que usa la forma de novela. Es uno de los libros más perseguido y censurado de la historia, y se ha convertido en sinónimo de obscenidad.

Esta novela se ha adaptado múltiples veces en el cine, como en «Los burdeles de Paprika», de Tinto Brass.



John Cleland

# Fanny Hill

## La sonrisa vertical - 117

**ePub r1.3**

**Titivillus** 23.01.2017

Título original: *Fanny Hill*
John Cleland, 1748
Traducción: Beatriz Podestá
Diseño de portada: Neslé Soulé

Editor digital: Titivillus
Primer editor digital: minicaja
ePub base r1.2



# PRIMERA CARTA

Señora:

Tomo la pluma para daros una prueba innegable de que considero vuestros deseos como órdenes. Entonces, y por desagradable que sea mi tarea, volveré a recordar esas escandalosas etapas de mi vida, de las que ya he salido, para disfrutar de todas las bendiciones que pueden otorgar el amor, la salud y la fortuna; estando aún en la flor de la juventud, y no siendo demasiado tarde para emplear los ocios que me proporcionan mi gran fortuna y prosperidad, cultivando mi entendimiento, cuya naturaleza no es vil, y que ha ejercitado, aun dentro del torbellino de placeres relajados en el que me vi envuelta, más observaciones sobre los caracteres y las costumbres mundanas de lo que es frecuente entre las que practicaban mi desgraciada profesión, quienes contemplan todo pensamiento o reflexión como su principal enemigo, los mantienen a la mayor distancia posible o los destruyen sin piedad.

Odiando mortalmente todo prefacio innecesariamente largo, no os haré perder más vuestro tiempo y no intentaré disculparme; preparaos para ver la parte libertina de mi vida, escrita con la misma libertad con que la llevé.

¡Verdad! La verdad cruda y desnuda es la palabra, y no me tomaré el trabajo de arrojar ni un velo de gasa sobre ella, sino que pintaré las situaciones tal como aparecieron naturalmente ante mí, sin cuidarme de infringir esas leyes de la decencia que nunca se aplicaron a unas intimidades tan candorosas como las nuestras, ya que vos tenéis demasiado entendimiento y demasiado conocimiento de los mismos originales para desdeñar remilgadamente a sus retratos. Los hombres más grandes, los que tienen gustos más

refinados e influyentes, no tienen escrúpulos en adornar sus habitaciones privadas con desnudos, aunque se pliegan a los prejuicios vulgares y piensan que no serían un decorado decente en sus escalinatas o en sus salones.

Habiendo sentado estas premisas más que suficientes, me lanzo de cabeza en mi historia personal. Mi nombre de soltera era Frances Hill. Nací en un pueblecito cercano a Liverpool, en Lancashire, de padres muy pobres y creo, piadosamente, extremadamente honestos.

Mi padre, que había quedado baldado de las piernas, no podía realizar las faenas más laboriosas del trabajo del campo y, tejiendo redes, aseguraba su magra subsistencia que no mejoraba mucho porque mi madre mantuviera una escuela para niñas de la vecindad. Habían tenido varios hijos, pero ninguno vivió mucho, aparte de mí, que recibí de la naturaleza una constitución perfectamente sana.

Mi educación, hasta los catorce años, fue de las más vulgares; leía o más bien deletreaba, escribía con letra ilegible y bordaba torpemente; eso era todo. Y el fundamento de mi virtud no era más que una total ignorancia del vicio y la cautelosa timidez que caracteriza a nuestro sexo en esa tierna etapa de la vida, cuando los objetos alarman o atemorizan más que nada por su novedad.

Claro que este temor se cura con frecuencia, a expensas de la inocencia, cuando la señorita, gradualmente, logra no mirar a un hombre como a una criatura de presa que va a devorarla.

Mi pobre madre había dividido tan completamente su tiempo entre sus pupilos y sus pequeñas tareas domésticas que había dedicado muy poco a mi instrucción, ya que por su propia inocencia de toda maldad, nunca pensó ni remotamente en preservarme de ella.

Estaba yo por cumplir quince años cuando sufrí la peor de las desgracias, perdiendo a mis tiernos y cariñosos padres que me fueron arrebatados por la viruela con pocos días de diferencia; mi padre murió antes, apresurando así el fin de mi madre, y dejándome huérfana y sin amigos, ya que mi padre se había afincado allí accidentalmente y era originario de Kent. La cruel enfermedad que había sido tan fatal para ellos también me había atacado, pero con síntomas tan suaves y favorables que pronto quedé fuera de peligro y —cosa que no aprecié enteramente en aquellos momentos— sin

ninguna marca. Omitiré referir aquí la pena y la aflicción que naturalmente sentí en una ocasión tan melancólica. Pasó algún tiempo y el atolondramiento de la edad disipó prontamente mis reflexiones sobre la irreparable pérdida, pero nada contribuyó tanto a reconciliarme con ella como las ideas que de inmediato me metieron en la cabeza de ir a Londres a servir, en lo que una tal Esther Davis me prometió ayuda y consejo, ya que había venido a ver a sus amigos y, después de unos días, debía retornar a su colocación.

Como ahora ya no me quedaba nadie vivo en el pueblo, nadie que se preocupara por lo que pudiera sucederme o que pusiera peros a este proyecto, y como la mujer que cuidaba de mí desde la muerte de mis padres más bien me animaba a seguir adelante, pronto tomé la resolución de lanzarme al ancho mundo y dirigirme a Londres para *hacer fortuna*, una frase que, por cierto, ha arruinado a más aventureros de ambos sexos, provenientes del campo, que los que se beneficiaron de ella.

Tampoco Esther Davis se privó de hacerme reflexionar, animándome a aventurarme con ella, aguijoneando mi curiosidad infantil con los hermosos espectáculos que se podían ver en Londres: las Tumbas, los Leones, el Rey, la Familia Real, las maravillosas funciones de teatro y ópera; en una palabra, todas las diversiones que podía esperar quien estaba en su situación; sus detalles hicieron dar vueltas a mi cabecita.

Tampoco puedo recordar sin reírme la inocente admiración, no desprovista de una pizca de envidia, con la que nosotras, chicas pobres cuyos vestidos para ir a la iglesia no superaban las camisas de algodón basto y las faldas de paño, admirábamos los vestidos de satín de Esther, sus cofias ribeteadas con una pulgada de encaje, sus vistosas cintas y sus zapatos con hebillas de plata; imaginábamos que todo eso crecía en Londres e influyó grandemente en mi determinación de tratar de obtener mi parte.

Sin embargo, la idea de llevar consigo a una mujer del pueblo, fue motivo de poca monta para que Esther se comprometiera a hacerse cargo de mí durante mi viaje a la ciudad, pues, según me dijo con su estilo peculiar, «muchas chicas del campo hicieron fortuna para ellas y sus familias, ya que preservando su virtud, algunas habían hecho tan buenas relaciones con sus amos que se

habían casado con ellos, y ahora tenían carruajes y vivían a lo grande y felizmente, y hasta algunas habían llegado a ser duquesas; la buena estrella lo era todo y ¿por qué yo no?», añadiendo otras historias con la misma finalidad, que me pusieron ansiosa de iniciar ese prometedor viaje y de dejar un lugar que, aunque fuera aquél donde había nacido, no contenía parientes que pudiese extrañar y se me había vuelto insoportable a causa del cambio de los tiernos usos por la fría caridad con que se me recibía, aun en la casa de la única amiga de la que podía esperar cuidados y protección. Sin embargo, fue tan justa conmigo como para convertir en dinero las fruslerías que me quedaron después de saldar las deudas y los entierros, y en el momento de la partida puso en mis manos toda mi fortuna, que consistía en un magro guardarropas, guardado en una caja muy portátil y ocho guineas con diecisiete chelines de plata, metidos en una cajita de muelle, que eran el tesoro más grande que jamás hubiese visto y que me parecía imposible se pudiera gastar enteramente. Por cierto que estaba tan poseída por el júbilo de ser dueña de una suma tan inmensa, que presté muy poca atención al buen consejo que se me dio junto con ella.

Entonces, Esther y yo tomamos plazas en el coche de postas de Londres. Pasaré por alto la poco interesante escena de la despedida en la que dejé caer algunas lágrimas, mezcla de pena y alegría. Por las mismas razones de insignificancia, me saltaré todo lo que me sucedió en el camino, como el carretero que me miraba empalagosamente y las trampas que me tendieron algunos de los pasajeros, que fueron evitadas gracias a la vigilancia de Esther, quien, para hacerle justicia, cuidó maternalmente de mí, al mismo tiempo que me cobraba su protección obligándome a hacerme cargo de los gastos del camino, que sufragué con la mayor alegría, sintiendo que aún estaba en deuda con ella.

Por cierto que se cuidó de que no nos estafaran ni cobraran con exceso y también de comportarse lo más frugalmente posible, la prodigalidad no era su vicio.

Llegamos a la ciudad de Londres bastante tarde, una noche de verano, en nuestro medio de transporte, lento, pese a que seis caballos tiraban de él. Mientras pasábamos por las anchas calles que llevaban a nuestra posada, el ruido de los coches, las prisas, las multitudes de peatones, en una palabra, el nuevo paisaje de tiendas

y casas me agradó y me asombró al tiempo.

Pero imaginad mi mortificación y mi sorpresa cuando llegamos a la posada y nuestras cosas fueron bajadas y entregadas y mi compañera de viaje y protectora, Esther Davis, que me había tratado con tierna solicitud durante el viaje y no me había preparado con ningún signo precursor del golpe abrumador que estaba por recibir, cuando, como digo, mi única amiga en este extraño lugar, asumió conmigo un tono extraño y frío, como si temiera que me convirtiera en una carga para ella.

Entonces, en vez de prometerme que continuarían su asistencia y sus buenos oficios, con los que yo contaba y que nunca había necesitado tanto, pareció considerarse, en apariencia, dispensada de sus compromisos para conmigo por haberme traído, sana y salva hasta el final del viaje, y pareciéndole que su proceder era natural y ordenado, comenzó a besarme para despedirse mientras yo me sentía tan confundida, tan herida que no tuve el espíritu ni la sensatez suficientes como para mencionar las esperanzas que había puesto en su experiencia y en su conocimiento del lugar donde me había traído.

Mientras yo me quedaba allí, estúpida y enmudecida, cosa que ella atribuyó, sin duda, tan sólo a la preocupación de la despedida, una idea me procuró, quizás, un ligero alivio al oírle decir que, ahora que habíamos llegado felizmente a Londres y que ella estaba obligada a volver a su colocación, me aconsejaba, sin ninguna duda, que yo también obtuviera una lo antes posible; que no debía atemorizarme ante esa idea, ya que había más colocaciones que iglesias; que me aconsejaba ir a una agencia de colocaciones y que si se enteraba de alguna cosa, me buscaría y me la comunicaría; que mientras tanto, debía buscar un alojamiento y comunicarle mis señas; que me deseaba buena suerte y esperaba que Dios me concediera la gracia de mantenerme siempre honesta y no ser la desgracia de mi familia. Con esto, se despidió de mí y me dejó como se dice en mis propias manos, con tanta ligereza como yo me había confiado a las suyas.

Cuando quedé sola, totalmente desamparada y sin amigos, comencé a sentir con amargura la severidad de esta separación, cuyo escenario había sido una pequeña habitación de la posada; en cuanto me volvió la espalda, la aflicción que sentía a causa de mi

desvalida situación estalló en un río de lágrimas que aliviaron infinitamente la opresión de mi corazón, aunque aún seguía atónita y totalmente perpleja en lo que se refería a mi futuro.

La entrada de uno de los mozos acrecentó mi incertidumbre, al preguntarme secamente si necesitaba algo. A esto respondí inocentemente que no, pero que deseaba que me dijera dónde podría obtener una habitación para pasar la noche. Dijo que hablaría con su ama que por cierto vino, y me dijo en tono seco, sin interesarse por la inquietud que veía en mí, que podía tener una cama a cambio de un chelín y que, como suponía que tenía amigos en la ciudad (aquí suspiré profundamente, pero en vano), por la mañana podría arreglar mi situación.

Es increíble la pequeñez de los consuelos que la mente humana puede hallar en medio de una gran aflicción. La seguridad de tan sólo una cama donde descansar aquella noche calmó mis agonías, y sintiendo vergüenza de comunicar a la dueña de la posada que no tenía amigos a quienes recurrir en la ciudad, me propuse dirigirme, a la mañana siguiente, a una agencia de colocaciones, para lo que disponía de unas señas escritas en el reverso de una balada que me había dado Esther. Contaba con que allí me informarían sobre una colocación adecuada para una chica del campo, como yo, donde pudiera ganarme la vida antes de que mi pequeño capital se consumiera. En cuanto a las referencias, Esther me había repetido con frecuencia que podía contar con que ella las obtendría; por afectada que me hubiese sentido por su abandono, seguía contando con ella y comencé a pensar, afablemente, que su procedimiento era natural y que sólo mi ignorancia de la vida había hecho que yo lo considerara, al comienzo, bajo una luz desfavorable.

En consecuencia, a la mañana siguiente me vestí con todo el cuidado y el aseo que permitía mi rústico guardarropas y, después de dejar mi caja especialmente recomendada a la posadera, me aventuré sola, y sin encontrar más dificultades que las que pueden asaltar a una chica campesina de apenas quince años, para la que cada tienda era una trampa para los ojos, llegué a la deseada agencia de colocaciones.

Estaba dirigida por una mujer anciana que recibía a los parroquianos sentada frente a un libro, muy grande y ordenado, y varios rollos con señas de colocaciones.

Me dirigí entonces a este importante personaje, sin levantar los ojos ni observar a las personas que había a mi alrededor, que aguardaban allí con el mismo propósito que yo, y haciéndole una profunda reverencia me ingenié para tartamudear mis necesidades.

La señora, después de oírme, con toda la gravedad y el ceño fruncido de un ministro de Estado, y habiendo visto con una sola mirada quién era yo, no respondió, pero solicitó el chelín preliminar; al recibirlo me dijo que las plazas para criadas eran muy escasas, especialmente porque yo parecía algo delicada para los trabajos duros; pero que miraría en su libro y vería si podía hacer algo por mí. Me solicitó que esperara un poco, mientras despachaba a otros clientes.

Ante esto, retrocedí un poco, muy mortificada por una afirmación que conllevaba una incertidumbre fatal, incertidumbre que mis actuales circunstancias no me permitían soportar.

Finalmente, reuniendo mi coraje y buscando distraerme de mis desasosegados pensamientos, me aventuré a levantar un poco la cabeza y permití que mis ojos recorrieran la habitación, donde se encontraron de frente con los de una dama (porque así la juzgué, en mi extremada inocencia) que estaba sentada en un rincón, cubierta con un manto de terciopelo (*nota bene*: en pleno verano) y sin cofia; era muy gorda, rubicunda y cuando menos cincuentona.

Parecía que quería devorarme con los ojos, mirándome con fijeza de arriba abajo, sin cuidarse de la confusión y los rubores que me causaba su mirada fija, rubores y confusión que fueron, sin duda, mi mejor recomendación, pues le indicaban que yo era adecuada para sus propósitos. Después de un rato en el que examinó estrictamente mi aspecto, persona y figura que yo, por mi parte, procuré mejorar estirándome, irguiendo la cabeza y mostrando mi mejor aspecto, avanzó y me habló con mucha gravedad:

—¿Buscas una colocación, querida?

—Sí, si le place —le dije, mientras hacía una profunda reverencia.

Ante esto, me comunicó que ella misma había venido a la agencia a buscar una sirvienta; que creía que yo serviría, si aceptaba sus enseñanzas; que estaba dispuesta a considerar mi aspecto como recomendación; que Londres era un lugar vil y

malvado; que esperaba que yo sería dócil y que me mantendría alejada de las malas compañías; en una palabra me dijo todo lo que una profesional de experiencia en la ciudad podía decir, que fue más de lo necesario para engañar a una ingenua e inexperimentada doncella campesina que temía convertirse en una vagabunda y, por lo tanto, debió aceptar la primera oferta de refugio, cuanto más si ésta venía de una dama tan grave y amatronada, como me aseguró mi imaginación que era mi nueva ama. Estaba siendo contratada ante las narices de la buena mujer que dirigía la agencia, cuyas astutas sonrisas y encogimientos de hombros no pude dejar de observar; inocentemente pensé que demostraban su complacencia porque había encontrado tan prontamente una colocación, pero como supe más tarde, esas viejas brujas se entendían muy bien y éste era un mercado al que la señora Brown, mi ama, concurría con frecuencia, a la caza de mercancías frescas que pudiesen ofrecerse para el uso de sus clientes y su propio provecho.

La señora estaba tan satisfecha con su ganga que, temiendo, según creo, que un buen consejo o algún accidente me apartaran de ella, me llevó solícitamente en un coche a mi posada donde reclamó mi caja y le fue entregada, gracias a mi presencia, sin que nadie pidiera explicaciones acerca del sitio donde me conducía.

Habiendo terminado con eso, ordenó al cochero que se dirigiera a una tienda en St. Paul Churchyard, donde compró un par de guantes que me entregó, renovando entonces sus órdenes al cochero para que nos condujera a su casa en la calle…, donde desembarcamos ante su puerta, luego de que yo fuera alegrada y animada durante el camino con los embustes más plausibles, en los que de cada sílaba sólo se podía concluir que yo había tenido la enorme buena suerte de caer en manos del ama más cariñosa, por no decir amiga, que el mundo entero podía proporcionarme; por tanto, atravesé su puerta con la más completa confianza y exaltación, prometiéndome que en cuanto estuviese un poco asentada, comunicaría a Esther Davis la extraordinaria fortuna que había tenido.

Podéis estar segura de que mi buena opinión acerca de mi empleo no disminuyó ante la aparición de un salón de estar, al que fui conducida y que me pareció magníficamente amueblado, a mí, que no había visto más salas que las comunes de las posadas del

camino. Había dos espejos en los entrepaños de la pared y un aparador en el que brillaban unos platos, dispuestos para lucir; todo eso me persuadió de que debía haber entrado a servir en una familia muy reputada.

Aquí mi ama comenzó a representar su papel, diciéndome que debía ser alegre y libre con ella; que no me había tomado para ser una criada común, para realizar las faenas domésticas, sino para que fuera una especie de compañera para ella y que si yo me comportaba como una buena chica sería más que veinte madres para mí, a todo lo cual respondí sólo con las más profundas y torpes reverencias y unos pocos monosílabos como «¡sí!», «¡no!», «¡claro!».

Finalmente, mi ama hizo sonar la campanilla y entró la robusta doncella que nos había abierto la puerta.

—Martha —dijo la señora Brown—. Acabo de tomar a esta joven para que se cuide de mi ropa blanca, de modo que apresúrate y muéstrale su cuarto; te ordeno que la trates con tanto respeto como a mí, porque me gusta prodigiosamente y no sé qué no haría por ella.

Martha, que era una mala pécora y estaba habituada a esos fingimientos, la comprendió perfectamente, me hizo una especie de media reverencia y me pidió que subiera con ella; consecuentemente me enseñó una bonita habitación, luego de subir dos tramos de la escalera de atrás, en la que había una hermosa cama donde, según me dijo Martha, yo dormiría con una joven dama, una prima de mi ama que —me aseguró— sería muy bondadosa conmigo. Luego comenzó a alabar afectadamente a ¡su buena ama!, ¡su dulce ama!, y ¡qué feliz era yo de haberla hallado! Yo no hubiese podido decirlo mejor. Añadió otras cosas del mismo estilo que hubiesen provocado las sospechas de cualquiera menos las de una tonta sin experiencia, para quien la vida era nueva y que tomó cada una de sus palabras tal como ella quiso que las tomara; vio con rapidez qué clase de agudeza era la mía y me midió perfectamente al silbar de modo que me sintiera complacida con mi jaula y no viera los barrotes.

En medio de estas falsas explicaciones acerca de la naturaleza de mis futuros servicios, nos llamaron nuevamente y fui introducida otra vez en el mismo salón, donde había una mesa tendida con tres cubiertos; ahora mi ama tenía consigo a una de sus chicas favoritas,

una notable administradora de su casa cuyo oficio era preparar y domar a las potrancas jóvenes para que se avinieran a la montura. Por esta razón me fue adjudicada como compañera de cama y, para que tuviera mayor autoridad, se le confirió el título de prima, por parte de la venerable presidenta de ese colegio.

Aquí soporté un segundo examen que terminó con la completa aprobación de la señora Phoebe Ayres, que tal era el nombre de mi tutora, a cuyos cuidados e instrucciones fui afectuosamente recomendada.

La cena estaba ya en la mesa y, para continuar tratándome como a una compañera, la señora Brown, con un tono que no admitía discusión, dispuso prontamente de mis humildes y confusas objeciones acerca de la conveniencia de sentarme con *su señoría*, cosa que con mi humilde linaje me parecía no podía estar bien ni ser cosa natural.

En la mesa, la conversación fue mantenida por las, dos señoras y llevó consigo muchas expresiones de doble sentido, interrumpidas de tanto en tanto por bondadosas declaraciones dirigidas a mí, todas tendientes a confirmar y fijar mi satisfacción con mi presente condición; aumentarla, no podían, tan novicia era yo entonces.

Ahí se acordó que yo debía mantenerme en la parte alta de la casa y fuera del alcance de la vista durante unos pocos días, hasta que me procurasen las ropas adecuadas para el papel de acompañante de mi señora, observando mientras tanto que mucho dependería de la primera impresión que causara mi figura; como ellas pensaban, la perspectiva de cambiar mis vestidos aldeanos por atavíos londinenses hizo que la cláusula de confinamiento fuera bien digerida por mí. Pero la verdad era que la señora Brown prefería que no fuera vista ni hablara con nadie, ni con sus clientes ni con sus *palomas* (como llamaban a las chicas que les proporcionaba clientes hasta haberse asegurado un buen comprador para la virginidad que, al menos en apariencia, yo había traído para ponerla al servicio de *su señoría*).

Para ahorrar minutos que no tienen importancia dentro de mi historia, pasaré por alto el intervalo hasta la hora de ir a acostarse, durante el cual quedé cada vez más complacida con las perspectivas que se abrían ante mí de un servicio fácil con esta bondadosa gente y, después de la cena, fui llevada a la cama por la señorita Phoebe,

quien observó en mí una cierta resistencia a desnudarme y cambiarme delante de ella, de modo que cuando la doncella se retiró, se acercó a mí y comenzó a desprender mi pañoleta y mi vestido y me alentó a que siguiera desnudándome. Sonrojándome aun porque me veía desnuda bajo mi camisa me apresuré a meterme bajo las mantas y fuera de la vista. Phoebe rió y no pasó mucho tiempo antes de que se tendiese a mi lado. Tenía unos veinticinco años, según sus sospechosos informes, en los que, por las apariencias, habían desaparecido unos buenos diez años; también había que tomar en cuenta los estragos que había realizado en su constitución una larga carrera de mercenaria que ya la había situado en esa rancia etapa en que las de su profesión se ven reducidas a hacer *pasar* a los visitantes en vez de recibirlos.

En cuanto esta preciosa sustituta de mi ama se hubo acostado, ella, que nunca dejaba pasar una ocasión de lujuria, se volvió hacia mí y me abrazó y besó afanosamente. Eso era nuevo y extraño para mí, aunque considerándolo un fruto de la pura bondad que, por lo que yo sabía, podía ser la moda en Londres, y con el propósito de no quedarme atrás, devolví el beso y el abrazo con todo el fervor de la perfecta inocencia.

Envalentonada con esto, sus manos se volvieron muy libres y recorrieron todo mi cuerpo con toques, apretones y presiones que más me entusiasmaron y sorprendieron por su novedad que me chocaron o alarmaron.

Las lisonjeras alabanzas que mezclaba con estos escarceos contribuyeron no poco a sobornar mi pasividad y como no conocía el mal, no lo temí especialmente de alguien que previno cualquier duda sobre su femineidad conduciendo mis manos hasta un par de pechos que colgaban blandamente, con un peso y volumen que distinguía su sexo de forma más que suficiente, para mí al menos, que nunca había hecho otra comparación…

Yo yacía allí, tan mansa y pasiva como ella deseaba, mientras sus libertades no me provocaban otras emociones que las de un extraño y, hasta ese momento, no experimentado placer. Cada una de mis partes estaba abierta y expuesta a las licenciosas rutas de sus manos que, como un fuego fatuo, recorrían todo mi cuerpo y deshelaban a su paso cualquier frialdad.

Mis pechos, si no es una metáfora demasiado audaz llamar así a

dos montecillos firmes y nacientes que apenas habían comenzado a mostrarse y a significar algo para el tacto, ocuparon y entretuvieron durante un rato a sus manos hasta que, deslizándose hacia abajo, por un suave camino, pudo sentir el suave y sedoso plumón que había nacido unos pocos meses antes y que ornaba el monte del placer prometiendo esparcir un umbrío refugio sobre la sede de las sensaciones exquisitas que había sido, hasta ese momento, lugar de la más insensible inocencia. Sus dedos jugueteaban y trataban de enredarse en los brotes de ese musgo que la naturaleza ha destinado tanto al abrigo como al ornamento.

Pero, no contenta con esos sitios exteriores, ahora buscó el sitio principal y comenzó a retorcer, a insinuar y finalmente a forzar la introducción de un dedo en lo más vivo, de forma tal que si no hubiera procedido con una gradación insensible que me inflamó más allá del poder de la modestia, haciendo que no opusiera resistencia a sus progresos, hubiese saltado de la cama y gritado pidiendo auxilio ante sus extrañas embestidas.

En cambio, sus lascivos tocamientos encendieron un fuego nuevo que retozaba por todas mis venas y se fijaba con violencia en ese centro que le ha otorgado la naturaleza, donde ahora las primeras manos extrañas se ocupaban de tocar, apretar, cerrar los labios, abrirlos nuevamente, dejando un dedo dentro hasta que un «¡Oh!» hizo saber que me hacía daño donde la estrechez del pasaje intacto le negaba la entrada.

Mientras tanto, mis miembros extendidos y lánguidos mis suspiros y jadeos, conspiraban para asegurar a esa ramera llena de experiencia que yo me sentía más complacida que ofendida por sus acciones, que ella salpicaba con repetidos besos y exclamaciones como: «Oh, ¡qué encantadora criatura eres!... ¡Qué feliz será el primer hombre que te transforme en mujer!... ¡Oh! ¡Si yo fuera hombre!», y otras expresiones entrecortadas, interrumpidas por besos tan fieros y fervorosos como cualquiera de los que he recibido del otro sexo.

Por mi parte, estaba transportada, confundida y fuera de mí; sentimientos tan nuevos eran demasiado para mí. Mis ardientes y alarmados sentidos estaban en un tumulto que me robaba toda mi libertad de pensamiento; lágrimas de placer brotaban de mis ojos y aliviaban un poco el incendio que ardía en todo mi ser.

La misma Phoebe, la ramera de pura raza para quien todas las formas y recursos del placer eran conocidos y familiares, hallaba, aparentemente, en este ejercicio de su arte para domar jovencitas, la gratificación de uno de esos gustos arbitrarios que son totalmente inexplicables. No es que odiara a los hombres, ni que no los prefiriera a su propio sexo, pero cuando hallaba una ocasión como ésta, la saciedad de los placeres del camino trillado y quizás también una secreta parcialidad, la inclinaban a sacar el mayor placer posible, donde quiera que lo encontrara, sin distinción de sexos. Con ese propósito, la certeza de que con sus caricias me había inflamado lo suficiente para sus propósitos, bajó suavemente la ropa de cama y me vi extendida y desnuda, mientras me subía la camisa hasta el cuello, en tanto que yo no tenía la fuerza ni el sentido necesarios para oponerme a ello. Hasta mis sonrojos expresaban más el deseo que la modestia, mientras que la vela que había quedado encendida (sin duda, a propósito) iluminaba todo mi cuerpo.

—No —dice Phoebe—. Querida niña, no debes pensar en ocultarme todos esos tesoros. Mi vista debe recrearse tanto como mi tacto… Debo devorar con mis ojos ese pecho naciente… Soporta que lo bese… Aún no lo he mirado lo suficiente… Déjame besarlo una vez más… Qué carne blanca, firme y suave tienes aquí… Oh, déjame ver la pequeña, amada y tierna abertura… Esto es demasiado, ¡no puedo soportarlo!… Debo… Debo…

Aquí, tomó mi mano y en un transporte la llevó a donde fácilmente podréis suponer. Pero ¡qué diferencia en el estado de la misma cosa! Un amplio matorral de ásperos rizos denunciaban a la mujer adulta y completa. Y luego, la cavidad a la que guió mi mano la recibió fácilmente. En cuanto la sintió en su interior, se movió hacia adelante y hacia atrás con una fricción tan rápida que terminé por retirarla, mojada y pegajosa, tras lo cual Phoebe se compuso un tanto, y luego de dos o tres suspiros, de unos desgarradores ¡Oh!, y un beso que pareció exhalar su alma a través de sus labios, volvió a cubrirnos con la ropa de cama. No diré qué placer había encontrado, pero sí sé que las primeras chispas incendiarias, las primeras ideas corrompidas, las cogí esa noche; y que el conocimiento y la comunicación con la maldad de nuestro propio sexo es, con frecuencia, tan fatal para la inocencia como todas las

seducciones del otro. Pero sigamos. Cuando Phoebe recuperó la calma, que yo estaba muy lejos de disfrutar, me sondeó arteramente acerca de todos los puntos necesarios para dirigir los designios de mi virtuosa ama y, de mis respuestas, surgidas de mi genuina naturaleza, no tuvo razones más que para prometerse todo el éxito imaginable, siempre que dependiera de mi ignorancia, mi dulzura y el ardor de mi constitución.

Después de un prolongado diálogo, mi compañera de cama me dejó reposar y quedé dormida de puro cansancio, a causa de las violentas emociones que me había provocado; la naturaleza (que había sido agitada con demasiado fervor para no apaciguarse de alguna forma) me alivió por medio de uno de esos sueños lascivos cuyos transportes son apenas inferiores a los de los actos de la vigilia.

A la mañana siguiente desperté a eso de las diez, muy contenta y descansada. Phoebe se había levantado antes que yo y me preguntó bondadosamente cómo estaba, cómo había descansado y si estaba pronta para desayunar, evitando cuidadosamente, al mismo tiempo, aumentar la confusión que yo sentía al mirarla a la cara, insinuando algo sobre la escena nocturna en la cama. Le dije que si le complacía, me levantaría y emprendería cualquier tarea que le placiera encomendarme. Phoebe sonrió: luego la doncella trajo el té y yo terminaba de ponerme mis ropas cuando entró, contoneándose, mi ama. Yo esperaba que me dijera algo o me regañara por haberme levantado tan tarde, pero me llevé un agradable chasco cuando me cumplimentó por mi aspecto puro y fresco. Yo era «un pimpollo de hermosura» (ése era su estilo) «y cuánto me admirarían los más finos caballeros», a todo lo cual mis respuestas, os lo aseguro, no desmintieron mi buena crianza; fueron tan simples y tontas como ellas pudieran desear y sin duda, les proporcionaron mayor satisfacción que si hubiesen demostrado que yo había sido ilustrada por la educación y el conocimiento del mundo.

Tomamos el desayuno y no bien se habían llevado la bandeja cuando llegaron dos atados de ropa blanca y vestidos; en una palabra, todo lo necesario para ataviarme, como ellas decían, enteramente.

Imaginaos, señora, cómo palpitaba de alegría mi coqueto corazoncito ante la visión de un corsé blanco, bordado en plata,

usado, por cierto, pero ofrecido como si fuera nuevo; una cofia de encaje de Bruselas, zapatos con cordoncillos y todo el resto en proporción. Galas todas de segunda mano, procuradas con prisas para la ocasión por la diligencia y la industriosidad de la buena señora Brown, quien ya tenía en su casa a un comerciante ante quien iban a exhibirse mis encantos, pues no sólo había insistido en contemplar el terreno previamente, sino también en que me rindiera inmediatamente a él en caso de ser de su gusto; habiendo concluido, con mucha sabiduría, que un lugar como aquél en que yo me encontraba era de los menos adecuados para confiar en que cuidarían de un bien tan perecedero como la virginidad.

La tarea de vestirme y emperifollarme para el trato fue dejada en manos de Phoebe, quien la desempeñó, si no bien, al menos a satisfacción de mi impaciencia por verme vestida. Cuando terminó y me miré en el espejo fui, sin duda, demasiado cándida para ocultar mi infantil gozo ante el cambio; un cambio que, en verdad, fue para peor, ya que me favorecía mucho más la prolija simplicidad de mis vestimentas rústicas que ese atavío chabacano, incómodo y cursi, cuya impropiedad en mí no podía ser ocultada.

Sin embargo, los cumplimientos de Phoebe, en los que no olvidó mencionar su participación en mi atavío, ayudaron no poco a confirmar las primeras ideas que concebí acerca de mi persona. Dicho sin vanidad, era entonces tolerable como para justificar que yo gustase y quizás no esté fuera de lugar que os esboce un retrato no mejorado de ella.

Yo era alta, pero no demasiado para mi edad que, como os dije anteriormente era de apenas quince años; mi figura era esbelta y mi cintura fina, ligera y libre, sin deberle nada al corsé; mis cabellos eran de un brillante color castaño rojizo y caían junto a mi cuello en bucles suaves como la seda, ayudando no poco a destacar la blancura de una piel lisa; mi cara era demasiado rubicunda aunque de rasgos delicados y óvalo suave, salvo donde mi barbilla se dividía, con un efecto nada desagradable; mis ojos eran tan negros como imaginarse pueda, más lánguidos que brillantes, excepto en ciertas ocasiones, en que me han dicho que despiden fuego con facilidad; mis dientes, que siempre había preservado cuidadosamente, eran pequeños, blancos e iguales; mi pecho se alzaba con gracia y se podía distinguir más la promesa que el

tamaño real de los senos redondos y firmes, promesa que se cumplió poco después. En una palabra, yo tenía todos los detalles de belleza que se exigen generalmente o, al menos mi vanidad me impide contrariar la decisión de nuestros soberanos jueces, los hombres, ya que todos los que conocí, por lo menos, se pronunciaron en mi favor y he conocido, en mi propio sexo, personas que me hicieron justicia, mientras otras me alabaron sin sospecharlo, al tratar de criticar detalles de mi persona y mi figura que eran obviamente excelentes. Reconozco que me alabo con demasiada fuerza pero ¿no sería ingrata con la naturaleza y con unas formas a las que debo tantas bendiciones del placer y la fortuna si suprimiera, afectando modestia, la mención de dones tan valiosos?

Así, entonces, estaba vestida y no pasó por mi cabeza la idea de que esos alegres atavíos no eran más que las galas que viste la víctima para el sacrificio; inocentemente, yo lo atribuía a la amistad y la bondad de la dulce señora Brown quien (olvidaba mencionarlo), fingiendo guardar mi dinero en lugar seguro, logró que le entregara sin vacilar lo poco (así lo considero ahora) que me quedó después de los gastos que me había ocasionado el viaje.

Después de un rato muy agradable pasado frente al espejo, en el que poco me admiré a mí misma, ya que mi vestido se llevó la mejor parte, fui enviada abajo, al salón, donde la anciana me saludó y me deseó que disfrutara de mi vestido nuevo; no sintió vergüenza al decir que me quedaba como si durante toda mi vida no hubiese usado más que las ropas más finas, pero ¿podía ella decir algo que yo me lo tragara como una necia? Al mismo tiempo me presentó a otro primo creado por ella, un anciano caballero que se puso de pie cuando entré a la habitación y pareció algo ofendido porque sólo le presenté la mejilla; un error que, si lo era, corrigió inmediatamente, pegando sus labios a los míos con un ardor que su aspecto no me había predispuesto a agradecer; su aspecto que, como digo, no podía haber sido más chocante y detestable, porque feo o desagradable eran términos demasiado suaves para comunicar una idea justa de él.

Imaginaos un hombre de más de sesenta años, bajo y mal conformado, con un color cadavérico y amarillento, grandes ojos saltones que miraban como si lo estuvieran estrangulando, una boca

sobresaliente a causa de que sus dientes parecían más bien colmillos, labios lívidos y un aliento fétido; además había algo tan horrible en su sonrisa que lo volvía espantoso y hasta peligroso para una mujer encinta; sin embargo, pese a que su conformación era una burla de la naturaleza, su ceguera ante sus numerosas deformidades era tal que pensaba que había nacido para gustar y que ninguna mujer podía mirarlo impunemente. De acuerdo con esa idea había gastado grandes sumas en desventuradas mujeres que podían obligarse a fingir amor a esta persona, mientras que con quienes no tenían el arte o la paciencia necesarios para ignorar el horror que inspiraba, se comportaba con brutalidad. La impotencia más que la necesidad, hacían que buscara en la variedad la provocación que necesitaba para llegar al colmo del disfrute, del que se veía privado, con frecuencia, por el fracaso de sus fuerzas; eso le provocaba siempre ataques de rabia que dirigía, tanto como osaba, hacia los inocentes objetos de su ataque de deseo momentáneo.

Éste, entonces, era el monstruo al que me había condenado mi escrupulosa benefactora, quien durante mucho tiempo lo había abastecido; me había hecho bajar a propósito para que me examinara. Por lo tanto, hizo que me quedara de pie ante él, que me diera la vuelta; luego me quitó la pañoleta y le señaló la agitación, la forma y la blancura de un pecho que empezaba a llenarse. Luego me hizo andar y hasta utilizó lo rústico de mi paso para hinchar el repertorio de mis encantos; en una palabra, no omitió ningún truco, a los que él sólo respondió con graciosos gestos de asentimiento, que a mi me parecían espantosos; de vez en cuando, lo miraba de reojo y al encontrar su mirada ansiosa y fiera, desviaba la mía a causa del horror y el miedo, cosa que él, sin duda y de acuerdo a su carácter, atribuyó al pudor de una doncella o, por lo menos, su fingimiento.

Sin embargo, poco después fui despedida y conducida hasta mi habitación por Phoebe, quien se mantuvo cerca de mí, sin dejarme sola, con tiempo para hacer las reflexiones que se le hubiesen ocurrido naturalmente a cualquiera que no fuese idiota acerca de la escena que había tenido lugar; pero, aunque me avergüenza confesarlo, mi invencible estupidez o mi portentosa inocencia eran tales que todavía no había comprendido las intenciones de la señora

Brown, no viendo en su pretendido primo más que a una persona extremadamente desagradable que no tenía nada que ver conmigo salvo porque mi agradecimiento hacia mi benefactora me hacía tratar con respecto.

Con todo, Phoebe comenzó a explorar el estado y los latidos de mi corazón con respecto al monstruo, preguntándome si aprobaría a un caballero tan distinguido con vistas al matrimonio. (Supongo que le llamaba caballero distinguido porque estaba cubierto de encajes). Le respondí con naturalidad que nunca había pensado en un marido, pero que si tuviese que escoger uno con seguridad lo haría entre los de mi clase. Mi aversión por el asqueroso aspecto de ese desgraciado hacía que me sintiese mal dispuesta hacia todos los «caballeros distinguidos» y confundía mis ideas, como si todos los de su rango hubiesen salido del mismo molde que él. Pero Phoebe no se dio tan fácilmente por vencida, y continuó sus esfuerzos por ablandarme y suavizarme con respecto a los propósitos de mi recepción en tan hospitalario hogar y mientras hablaba del otro sexo en general, no tenía razones para desesperar de obtener un asentimiento, que muchas razones tenía para suponer que sería fácil obtener de mí; pero también tenía demasiada experiencia para no descubrir que la particular aversión que sentía por ese espantoso primo sería un obstáculo difícil de superar a la hora de consumar el negocio de mi venta.

Mientras tanto, la madre Brown había convenido las condiciones con el viejo borracho lascivo; según supe después, debía pagar anticipadamente cincuenta guineas a cambio de la posibilidad de atentar contra mí y cien más cuando sus deseos se vieran totalmente complacidos, triunfando sobre mi virginidad; en cuanto a mí, quedaba enteramente a la merced de su complacencia y su generosidad. Habiéndose convenido este injusto contrato, se sintió tan ansioso de tomar posesión que insistió en tomar el té conmigo esa misma tarde, circunstancia en la que quedaríamos solos; no prestó atención a las advertencias de la intermediaria de que yo no estaba suficientemente preparada y madura para semejante ataque, de que era demasiado novata y salvaje, habiendo estado apenas veinticuatro horas en su casa; la impaciencia es un rasgo de la lascivia y la vanidad del individuo lo defendió de la suposición de una resistencia que fuera más allá de lo corriente en una doncella,

en tales trances, por lo que rechazó las proposiciones de demorar el encuentro y la terrible prueba quedó fijada, aunque yo lo ignorase, para esa misma tarde.

A la hora de la comida, la señora Brown y Phoebe se dedicaron a acumular elogios sobre ese maravilloso primo y sobre lo feliz que sería la mujer a la que concediera sus favores; en una palabra, las dos chismosas agotaron sus recursos retóricos para persuadirme de que lo aceptara: que el caballero había quedado encantado conmigo a primera vista… que haría mi fortuna si yo era buena chica y no estropeaba mi suerte… que debía confiar en su sentido del honor… que quedaría encaminada para siempre y tendría una carroza para ir al extranjero… y todas las cosas que podían hacer perder la cabeza a una chica tonta e inocente como era yo entonces. Afortunadamente, mi aversión había echado raíces tan profundas en mí y mi corazón estaba tan bien defendido por mis sentidos que, faltándome el arte de enmascarar mis sentimientos, no les di esperanzas de que su empleador tuviera éxito, por lo menos no muy fácilmente, conmigo. Los vasos se vaciaban y llenaban rápidamente con el propósito, supongo, de que mi cálido temperamento fuese un aliado en el momento del inminente ataque.

Así, me retuvieron mucho tiempo en la mesa y a eso de las seis de la tarde, después de haberme retirado a mis habitaciones y cuando el té estuvo servido, entró mi venerable ama, seguida de cerca por el sátiro que entró sonriendo de la forma que era peculiar en él y, con su odiosa presencia me confirmó en los sentimientos de aborrecimiento que había dado a luz su primera aparición.

Se sentó frente a mí y, mientras tomábamos el té, me devoró con los ojos de un modo que me causaba dolor y confusión, cuyas manifestaciones se explicaba por mi timidez y por no estar acostumbrada a recibir visitas.

Una vez terminado el té, la acomodaticia anciana alegó un negocio urgente (lo que era, por cierto, verdad) para alejarse y me aconsejó seriamente que atendiera con bondad a su primo hasta que volviera, en su interés y en el mío propio; y entonces con un «Por favor, señor, sed muy bueno, muy tierno con esta dulce niña», salió de la habitación, dejándome con los ojos fijos y la boca abierta ya que lo brusco de su partida no me había dado tiempo para oponerme a ella.

Ahora estábamos solos y ante esa idea sufrí un ataque de temblores. Estaba tan atemorizada, aunque sin saber con precisión por qué ni qué debía temer, que me quedé en el diván, junto al fuego inmóvil y petrificada, sin vida ni espíritu, sin saber donde mirar ni cómo moverme.

Pero no se me permitió permanecer en ese estado de estupefacción; el monstruo se puso en cuclillas a mi lado en el diván y sin más ceremonias ni preámbulos rodeó mi cuello con sus brazos y acercándome a él por la fuerza, me obligó a recibir, a pesar de mis esfuerzos por desasirme, sus pestilentes besos, que me agobiaron totalmente. Descubriendo que estaba casi sin sentido y no me resistía, arrancó mi pañoleta y dejó lo que allí estaba a disposición de sus ojos y sus manos. Yo seguía soportando todo sin resistirme hasta que, alentado por mi pasividad y mi silencio, ya que me sentía incapaz de hablar o gritar, intentó acostarme en el diván y sentí su mano en la parte inferior de mis muslos desnudos que estaban cruzados y él intentaba abrir… Oh, entonces desperté de mi pasivo sufrimiento y alejándome de él con una prisa para la que no se hallaba preparado, me arrojé a sus pies y le supliqué con los tonos más conmovedores que no fuera rudo y que no me hiciera daño.

—¿Hacerte daño, mi querida? —dijo el bruto—. No voy a hacerte daño. ¿La vieja no te dijo que te amo…? ¿Que seré muy generoso contigo?

—Sí que me lo dijo, señor —dije yo—, pero no puedo amaros, ¡ciertamente no puedo! Por favor, dejadme sola… ¡Sí! ¡Os amaré tiernamente si me dejáis sola y os marcháis…!

Pero el viento se llevaba mis palabras. Ya sea que mis lágrimas, mi actitud o el desorden de mis ropas se transformaran en nuevos incentivos o que estuviera bajo el dominio de deseos que no podía refrenar, roncando y echando espuma a causa de la lascivia y la rabia, renovó sus ataques, me aferró y nuevamente intentó extenderme e inmovilizarme en el diván; sólo tuvo éxito en lo primero y logró tirar mis enaguas por encima de mi cabeza, dejando a la vista mis muslos que yo mantenía obstinadamente juntos. Y no pudo, aunque lo intentó con la rodilla, forzarlos a abrirse lo suficiente como para poder controlar el acceso a la avenida principal; se había desabotonado el chaleco y los calzones, pero sólo sentí su peso sobre mí mientras yacía luchando indignada y

muriendo de miedo. De pronto, se detuvo bruscamente y se levantó jadeando, resoplando, maldiciendo y repitiendo «¡viejo y feo!», porque así lo había llamado, muy naturalmente, en el ardor de mi defensa.

Según lo comprendí después, aparentemente el bruto había provocado, con su ansiedad y sus forcejeos, el período final de su ardiente paroxismo de lujuria, cuya potencia era demasiado breve como para cumplir enteramente su propósito, por lo que mis muslos y mi ropa interior recibieron la efusión.

Cuando todo pasó, me invitó con un tono de desagrado a ponerme en pie, añadiendo que no me haría el honor de volver a pensar en mí; que la vieja bruja tendría que buscar otro crédulo; que él no sería engañado por el falso pudor de una campesina inglesa; que suponía que yo había perdido mi virginidad con algún patán rústico en el campo y había venido a vender el resto en la ciudad; una andanada de insultos que escuché con más placer que cualquier mujer enamorada las protestas de amor de su adorado amante, porque, incapaz como me sentía de aumentar mi odio y aversión por él, consideré sus vehementes quejas como una defensa ante la posibilidad de que renovara sus odiosas caricias.

Sin embargo, pese a que los propósitos de la señora Brown se habían hecho evidentes, ni mi alma ni mi mente abrieron los ojos y no podía abandonar mi dependencia con respecto a la vieja bruja, ya que me consideraba suya en cuerpo y alma o, más bien, trataba de engañarme a mí misma pensando bien de ella; por lo que decidí esperar lo peor en sus manos antes que ser arrojada a la calle para morir de hambre, sin un penique ni un amigo a quien recurrir: esos temores fueron mi desatino.

Mientras esa confusión de ideas pasaba por mi cabeza y yo descansaba pensativa junto al fuego, con los ojos llenos de lágrimas, el cuello aún desnudo y la cofia caída durante la lucha, de modo que mis cabellos estaban en el desorden que podéis suponer, la lujuria del villano comenzó a fluir nuevamente, supongo, contemplando aquel capullo juvenil que se presentaba ante su vista, un capullo todavía no disfrutado que, por supuesto, aún no le era indiferente.

Después de una pausa, me preguntó con voz mucho más suave si me reconciliaría con él antes de que volviera la anciana, para que

todo estuviera bien y me devolviera su afecto; al mismo tiempo se ofreció a besarme y acariciar mis pechos. Pero ahora mi extremada aversión, mis temores, mi indignación, actuando sobre mí, me dieron una energía que no me era natural, de modo que soltándome de él, corrí hacia la campanilla y la hice sonar antes de que se diera cuenta, con tanta violencia y efecto que atrajo a la doncella para saber qué sucedía, o si el caballero deseaba algo; y antes de que él pudiera continuar hacia mayores extremos la doncella se precipitó en el cuarto y viéndome tendida en el suelo con los cabellos en desorden y la nariz ensangrentada, cosa que ayudaba no poco a dar un aire trágico a la escena, y a mi odioso perseguidor que seguía tratando de conseguir sus finalidades sin dejarse conmover por mis llantos y mi zozobra, se sintió confundida y no supo qué decir.

Sin embargo, por más que Martha estuviese preparada y endurecida para este tipo de transacciones, toda la femineidad tendría que haber desaparecido de su corazón para que pudiese haber visto esto con indiferencia. Además, y por el aspecto de las cosas, imaginó que los negocios habían ido más lejos de lo que había sucedido realmente y que la cortesía de la casa se había consumado realmente en mí, dejándome en el estado en que me veía; con esta idea, instantáneamente tomó partido por mí y aconsejó al caballero que bajara y dejara que me recuperase y que «pronto me pasaría todo… que cuando la señora Brown y Phoebe, que habían salido, volvieran, se ocuparían de que todo fuera para su mayor satisfacción… que no perdería nada teniendo un poco de paciencia con la pobrecita niña… que por su parte estaba atemorizada… no sabía que decir ante una cosa así… pero, que se quedaría a mi lado hasta que el ama volviera a casa». A medida que la criada decía todo eso con tono decidido, el monstruo comenzó a percibir que las cosas no se arreglarían aunque se quedara; tomó el sombrero y salió de la habitación murmurando y frunciendo el ceño como un mono viejo, de modo que quedé libre de su detestable presencia.

En cuanto se hubo ido, Martha me ofreció su asistencia solícita con mucha ternura, y quiso traerme unas gotas de llantén y acostarme; a esto último me opuse denodadamente temiendo que el bellaco retornase y se apoderase de mí gracias a esa ventaja. Sin embargo, con mucha persuasión y seguridades de que esa noche no

sería molestada, me convenció de que debía reposar; por cierto, estaba tan debilitada a causa de la lucha, tan afligida por mis medrosos recelos, tan aterrorizada, que no podía sentarme y apenas respondía a las preguntas con que la curiosa Martha me acosaba y me asombraba.

Además, tan cruel era mi destino que temía enfrentarme con la señora Brown como si yo fuera la criminal y ella la persona agraviada, un error que no consideraréis tan extraño si discernís que ni la virtud ni los principios habían tenido participación alguna en mi defensa, sino sólo la particular aversión que había concebido por el primer brutal y aterrador invasor de mi tierna inocencia.

El tiempo que transcurrió hasta que la señora Brown volvió a casa lo pasé en los sobresaltos de miedo y desesperación que podéis fácilmente, suponer.

Alrededor de las once de la noche mis dos señoras volvieron a casa y, habiendo recibido un informe bastante favorable de Martha que había bajado corriendo a abrirles, ya que el señor Crofts (así se llamaba mi bruto) se había marchado de la casa después de aguardar a la señora Brown hasta que su paciencia se agotó, subieron ruidosamente las escaleras y viéndome pálida, con la cara ensangrentada y todas las señales del más total desaliento, se esmeraron más en consolarme y animarme que en hacerme los reproches que temía mi debilidad, pese a tener yo muchos más justos y más fuertes que dirigirles a ellas.

La señora Brown se retiró y Phoebe finalmente se acostó a mi lado; en parte por las respuestas que le di y en parte por su método propio de satisfacerse *palpablemente*, descubrió pronto que yo estaba más asustada que herida; ante eso, supongo, y teniendo sueño, reservó sus lecciones e instrucciones para la mañana siguiente; así, me abandonó a mi desasosiego, ya que después de darme vueltas y revueltas durante la mayor parte de la noche, atormentándome con ideas falsas y aprensiones, caí, por pura fatiga, en una especie de sopor delirante del que desperté a última hora de la mañana, con una fuerte fiebre; circunstancia decisiva para que quedase liberada, al menos por un tiempo, de los ataques de un miserable infinitamente más terrible para mí que la misma muerte.

Los interesados cuidados que se me dispensaron durante mi enfermedad, con la finalidad de ponerme nuevamente en

condiciones de cumplir los compromisos de la alcahueta y soportar nuevas pruebas, tuvieron, sin embargo, un efecto tal en mi índole agradecida que hasta me sentí en deuda con quienes buscaban mi ruina procurando mi restablecimiento. Y, sobre todo, por mantener fuera de mi vista a ese brutal violador, el culpable de mi enfermedad, cuando descubrieron que sufría conmociones ante la mera mención de su nombre.

La juventud se recupera pronto y unos pocos días fueron suficientes para vencer el furor de mi fiebre; aunque lo que más contribuyó a mi perfecto restablecimiento y a mi reconciliación con la vida fue la oportuna noticia de que el señor Crofts, que era un mercader con importantes negocios, había sido arrestado a petición del rey, con casi cuarenta mil libras de fianza, a causa de haber conducido un comercio de contrabando; que sus asuntos estaban en situación tan desesperada que, aunque se sintiera inclinado a hacerlo, no dependía de su voluntad renovar sus designios para conmigo, ya que había sido instantáneamente arrojado en prisión.

La señora Brown, que había cobrado sus cincuenta guineas, tan inútilmente adelantadas, perdidas todas las esperanzas de las cien restantes, empezó a contemplar con ojos más favorables la forma en que lo había tratado; y como habían observado que mi temperamento era perfectamente dócil y se conformaba a sus opiniones, todas las chicas que formaban su rebaño fueron autorizadas a visitarme y tuvieron su oportunidad de disponerme, con sus conversaciones, a que me entregara a la señora Brown para que me dirigiera.

De acuerdo con eso, las dejaron entrar a mi habitación y la traviesa e irreflexiva alegría con que esas atolondradas criaturas consumían sus ocios me hizo envidiar una condición de la que sólo veía el lado bueno; tanto que ser una de ellas se transformó en mi ambición, una disposición que todas cultivaban cuidadosamente. Ahora sólo deseaba recuperar la salud para estar en condiciones de sobrellevar la ceremonia de iniciación.

Las conversaciones, los ejemplos: en una palabra, todo contribuía en esa casa a corromper mi nativa pureza que no estaba enraizada en la educación; ahora el inflamable fundamento del placer, que tan fácilmente ardía a mi edad, obraba extrañamente en mi interior y el hábito de la modestia en que había sido criada, y no

educada, comenzó a evaporarse como el rocío bajo el calor del sol, por no mencionar que hice vicio de la necesidad a causa de los constantes temores que sentía de ser echada a la calle.

Pronto estuve recuperada y a ciertas horas se me permitía recorrer la casa pero, prudentemente, se me impidió ver a nadie hasta la llegada de Lord B…, de Bath, a quien la señora Brown, de acuerdo con la generosidad que había demostrado en ocasiones parecidas, se proponía ofrecer la exploración de mi chuchería, que tan grande valor imaginario sustenta; y como su señoría era esperado en la ciudad en menos de dos semanas, la señora Brown juzgó que yo estaría totalmente renovada en belleza y lozanía para entonces, proporcionándole un mejor negocio que el que había hecho con el señor Crofts.

Mientras tanto, yo había sido tan completamente transformada, como dicen ellas, obedecía tan mansamente sus órdenes, que aunque se hubiese abierto la puerta de mi jaula no se me hubiese ocurrido volar a otro sitio por preferido, a donde estaba; tampoco tenía el buen sentido necesario para lamentar mi condición, sino que aguardaba tranquilamente lo que la señora Brown quisiera ordenar para mí; y ésta, por su parte, por sí misma y por medio de sus agentes, tomó todas las precauciones necesarias para calmar y adormecer cualquier reflexión justa sobre mi destino.

Sermones sobre moral por encima del hombro; una vida de placer pintada con los colores más alegres; caricias, promesas, trato indulgente: en una palabra, no faltaba nada para domesticarme por entero y para impedirme que saliera a pedir un mejor consejo en otro lugar. ¡Ay de mí! Ni siquiera pensaba en ello.

Hasta ahora, la corrupción de mi inocencia sólo se debía a las chicas de la casa; sus lascivas conversaciones en que la modestia estaba lejos de ser respetada, las descripciones de sus encuentros con hombres, me habían dado un tolerable conocimiento de la naturaleza y los misterios de su profesión, al tiempo que provocaban un cosquilleo de sangre caliente y florida por todas mis venas; pero por encima de todo mi compañera de cama, Phoebe, cuya alumna directa era, apuró sus talentos para darme los primeros matices del placer, mientras la naturaleza, estimulada y desenfrenada con tan interesantes descubrimientos, padecía una curiosidad que Phoebe avivaba arteramente: llevándome de

pregunta en pregunta con sus sugerencias, me explicó todos los misterios de Venus. Pero no podía quedarme mucho tiempo en una casa como ésa sin ser testigo presencial de más de lo que podía imaginar por sus descripciones.

Un día a eso de las doce, habiéndome recuperado completamente de mi fiebre, me encontraba en el gabinete de la señora Brown desde hacía media hora, descansando en la cama turca de la doncella, cuando oí un crujido en la alcoba, separada del gabinete solamente por dos puertas en cuyos cristales había unas cortinas de damasco amarillo, no tan cerradas como para evitar que una persona, desde el gabinete, pudiese ver toda la habitación.

Inmediatamente me deslicé suavemente y me coloqué de forma tal que, viendo todo minuciosamente, no podía ser vista y ¿quién entró, sino la venerable madre Abadesa en persona? Fue introducida por un joven granadero de caballería alto y musculoso, moldeado en el estilo Hércules; en una palabra, el elegido por la dama de más experiencia en todo Londres en esos *asuntos*.

¡Oh! Cuán quieta y silenciosa quedé, para que ningún ruido fuera obstáculo para mi curiosidad; o atrajera a la señora al gabinete.

Pero no había muchas razones para temerlo, porque estaba tan enteramente absorbida por su presente preocupación que no podía desperdiciar su atención en ninguna otra cosa.

Tuvo gracia ver esa figura gruesa y torpe derrumbarse a los pies de la cama, frente a la puerta del gabinete, de modo que yo obtuve una visión completa de sus encantos.

Su enamorado se sentó a su lado; parecía ser hombre de pocas palabras y estómago fuerte, ya que dedicándose instantáneamente a lo más esencial, le dio algunos vigorosos besos y metiendo las manos en sus pechos, los extrajo del corsé con lo que, haciendo escarnio de su confinamiento, se soltaron, balanceándose a la altura del ombligo, por lo menos. Mis ojos nunca habían contemplado un par tan enorme, ni de peor color, lánguidos, blandos y confiadamente contiguos; sin embargo, siendo como eran, ese patán parecía manosearlos con incomprensible gusto, tratando en vano de confinar o cubrir a alguno de ellos con una mano apenas más chica que una pierna de cordero. Después de jugar con ellos durante un rato, como si valieran la pena, la acostó con un gesto brusco y

levantando sus enaguas las transformó en una máscara que cubría su cara ancha y roja, que nunca se sonrojaba más que a causa del licor.

Mientras él se hacía a un lado, durante un minuto, más o menos, desabotonando su chaleco y sus calzones, los muslos gordos y pulposos de la señora Brown colgaban y todo su grasiento panorama quedó abierto a mis ojos; un portillo como una boca muy abierta, sombreado por un matorral grisáceo parecía tendido como la bolsa de un mendigo que aspira a ser llenada.

Pero prontamente mis ojos fueron atraídos por un objeto más llamativo que los absorbió por entero.

El robusto semental se había desabotonado y exhibió, desnuda, rígida y erecta, esa maravillosa máquina que yo no había visto nunca y que a causa del interés que el centro de mi placer comenzaba a sentir, contemplé atentamente con los ojos muy abiertos; pero mis sentidos estaban demasiado conmovidos, demasiado preocupados por esa zona, ahora inflamada, de mi persona, para observar más que la configuración general del aspecto y el cariz de ese instrumento, del cual el instinto natural, más que lo que había oído, me informaba con fuerza que debía esperar el supremo placer que la naturaleza había fijado en el encuentro de esas partes, tan admirablemente adaptadas entre sí.

El joven galán no demoró mucho en darle dos o tres sacudidas, blandiéndola; luego se arrojó sobre la mujer y, como su espalda estaba ahora vuelta hacia mí, sólo pude dar por sentado que se había sumergido, a causa de la dirección en que se movía y la imposibilidad de errar un mojón tan llamativo. Ahora la cama se sacudía y las cortinas resonaban tanto que apenas podía oír los suspiros y los murmullos, las palpitaciones y los jadeos, que acompañaron a la acción desde el primero hasta el último momento; la visión y la audición de todo ello me conmovieron hasta el alma e hicieron que cada vena de mi cuerpo transportara fuego líquido; la emoción se volvió tan violenta que casi me cortó la respiración.

Preparada, entonces, y dispuesta como estaba por las pláticas de mis compañeras y los minuciosos detalles que me había proporcionado Phoebe, no es extraño que semejante visión diera el último golpe mortal a mi nativa inocencia.

Mientras ellos estaban en el calor de la acción, guiada sólo por la naturaleza, metí la mano dentro de mis enaguas y con dedos de fuego cogí y luego inflamé el centro de todos mis sentidos; mi corazón palpitaba como si quisiera escaparse de mi pecho; respiraba con dolor; retorcía los muslos, pellizcaba y apretaba los labios de esa hendidura virginal y, siguiendo mecánicamente el ejemplo de las manipulaciones de Phoebe y en la medida en que pude lograr la penetración, provoqué finalmente el éxtasis crítico, el flujo fundente en el que la naturaleza, agotada por el exceso de placer, se disuelve y muere.

Después de eso, mis sentidos recobraron la frialdad suficiente para observar el resto de la transacción de la feliz pareja.

El joven apenas había desmontado, cuando la anciana se irguió inmediatamente con todo el vigor de la juventud, derivado, sin duda, del reciente refresco y, obligándole a sentarse, comenzó, a su vez, a besarle, a palmear y pellizcar sus mejillas y a jugar con sus cabellos, cosas que él recibió con un aire de indiferencia y frialdad que me mostraron que había cambiado mucho desde el momento en que había penetrado en la brecha.

Pero mi pía gobernanta que no tenía inconveniente en utilizar auxilios, abrió una pequeña caja con cordiales que estaba cerca de la cama y le hizo beber un buen trago de aguardiente, después de lo cual y de unos parlamentos amorosos, la señora se sentó en el mismo lugar, a los pies de la cama con el joven de pie a su lado y ella con la mayor desfachatez imaginable, desabotonó sus calzones y quitando la camisa sacó su instrumento, tan encogido y disminuido que no pude menos que recordar la diferencia, al verla así abatida y levantando apenas la cabeza; pero nuestra matrona, llena de experiencia, frotándola con sus manos logró que se hinchara hasta alcanzar el tamaño y la erección que tenía antes.

Admiré entonces, en esta nueva oportunidad con una mejor vista, la textura de esa parte esencial de los hombres: la llameante cabeza roja al descubierto, la blancura del fuste, el matorral de pelos rizados que oscurecía sus raíces, la bolsa redondeada que colgaba de ella; todo absorbía mi vehemente atención y renovaba mi ardor. Pero como la cosa principal estaba ahora en el punto al que los trabajos de la industriosa dama la habían traído, ésta, que no deseaba postergar el cobro de sus esfuerzos, se tendió y atrajo

suavemente al joven encima de ella y así terminaron, de la misma forma que antes, el antiguo acto.

Cuando todo hubo acabado, ambos salieron amorosamente enlazados; pero antes, la anciana le había obsequiado, por lo que pude observar, tres o cuatro monedas ya que él era no sólo su favorito, en virtud de sus actuaciones, sino un cliente de la casa de cuyos ojos se me había preservado con gran cuidado, en caso de que no hubiese tenido la paciencia de aguardar la llegada de mi señor y hubiese insistido en ser su catador, en vista de que la anciana estaba muy sujeta a él como para atreverse a oponérsele; pues todas las chicas de la casa lo recibían por turno y la anciana sólo de vez en cuando para corresponder al trato que allí recibía; un trato del que difícilmente se le podría acusar que no ganase.

En cuanto les oí bajar, me deslicé silenciosamente hacia mi propio dormitorio en el cual, afortunadamente, nadie me había echado de menos; allí respiré más libremente y di rienda suelta a las cálidas emociones que semejante encuentro había despertado en mí. Me tendí en la cama y me estiré deseando ardientemente y requiriendo cualquier medio de distraer o aliviar la rabia y el tumulto de mis deseos, nuevamente encendidos que señalaban con fuerza hacia su polo: un hombre. Palpé la cama como si buscara algo que pudiese aferrar en mi ensoñación y, al no encontrarlo, podría haber llorado a causa de la frustración: todo mi cuerpo ardía con un fuego estimulante. Finalmente, recurrí al único remedio posible, el de los vanos intentos de digitación, para los que la pequeñez del escenario no proporcionaba aún lugar de acción y donde el dolor que me causaban los dedos, esforzándose por ser admitidos, aunque me procuraron una ligera satisfacción momentánea, inicia un temor del que no podría liberarme hasta que me comunicara con Phoebe y recibiera sus explicaciones.

La oportunidad, sin embargo, no se produjo hasta la mañana siguiente, porque Phoebe llegó a acostarse mucho después de que yo me durmiera. En cuanto las dos estuvimos despiertas, fue muy natural llevar nuestra charla en la cama hasta el tema que me inquietaba; la relación de la escena de amor qué había presenciado por un azar me sirvió de prefacio.

Phoebe no pudo escuchar mi historia hasta el final sin interrumpirme más de una vez con sus carcajadas; además, la

ingenuidad de mi relato aumentó su diversión.

Pero cuando trató de descubrir cómo me había afectado el cuadro, sin disminuir ni ocultar las agradables emociones que me había inspirado, le dije, al mismo tiempo, que una observación me había dejado perpleja de forma muy considerable.

—¿Sí? —dijo ella—. ¿Qué fue?

—Bueno —respondí yo—, habiendo comparado curiosa y atentamente el tamaño de esa enorme máquina que, por lo menos para mi atemorizada imaginación, no parecía ser menor que mi muñeca y larga como tres manos, con el de la pequeña y tierna parte mía que estaba prevista para recibirla, no podía concebir que fuera posible darle paso sin morir, quizás padeciendo terribles dolores —ya que ella sabía muy bien que hasta un dedo metido allí me causaba un dolor insoportable—. En cuanto a la de mi ama y la tuya, puedo distinguir de forma palpable las diferentes dimensiones comparadas con la mía, palpables al tacto y visibles al ojo, de modo que, en una palabra, por grande que sea el placer prometido, temo el dolor que pueda acarrearme el experimento.

Ante esto, las risas de Phoebe redoblaron y mientras yo aguardaba una solución seria de mis dudas y aprensiones, sólo me dijo que nunca había oído hablar de una herida mortal causada en tal parte por esa terrible arma y que conocía algunas chicas más jóvenes y tan delicadamente conformadas como yo, que habían sobrevivido a la operación; que en verdad había una gran diversidad de tamaños en esas partes debidos a la naturaleza, los partos y estiramientos frecuentes debidos a máquinas despiadadas, pero que a una cierta edad y hábito del cuerpo ni aquéllos más experimentados podían distinguir bien a la doncella de la mujer, suponiendo una ausencia de todo artificio y que todo estuviera en su lugar natural; pero como la casualidad había puesto en mi camino una visión de esa clase, ella me procuraría otra, que deleitaría mis ojos con más delicadeza, y sería muy útil para curar mis temores ante esa imaginaria desproporción.

Luego me preguntó si conocía a Polly Philips.

—Sin duda —dije yo— es la joven rubia que fue tan afectuosa conmigo cuando estuve enferma y ha estado, según me has dicho, sólo dos meses en esta casa.

—La misma —dijo Phoebe—. Debes saber entonces que es la

mantenida de un joven mercader genovés a quien su tío, qué es inmensamente rico y le quiere muchísimo, ha mandado aquí con otro mercader, inglés amigo suyo, so pretexto de cobrar unas deudas, aunque, en realidad para que satisfaga su gusto por viajar y ver mundo. Conoció por casualidad a esta Polly durante una visita y como se aficionó a ella, hace que le valga la pena reservarse enteramente para él. Viene a verla dos o tres veces por semana y ella lo recibe en el gabinete pequeño que hay sobre las escaleras, donde la disfruta con un gusto que es, supongo, propio de su ardor o —quizás— de los caprichos de su país. No diré más, pero mañana es su día y verás lo que sucede entre ellos desde un sitio que sólo conocemos tu ama y yo.

Podéis estar segura de que con las inclinaciones que estaba adquiriendo, no puse objeciones a su proposición y me sentí en cambio, ansiosa por verla consumada.

A las cinco de la tarde del día siguiente, Phoebe cumplió su promesa; vino a buscarme a mi habitación y me hizo señas para que la siguiera.

Bajamos en silencio por la escalera del fondo y abriendo la puerta de una alacena oscura donde se guardaban algunos muebles viejos y unas cajas de licores, me introdujo detrás suyo. Cerrando la puerta detrás de nosotras no teníamos más luz que la que entraba a través de una larga hendedura en el tabique que nos separaba del gabinete donde se iba a desarrollar la acción, de modo que sentándonos en las cajas, podíamos ver fácil y claramente todos los objetos (sin ser vistas) acercando los ojos a la hendedura, donde un panel se había torcido o separado un poco en el otro lado.

El joven caballero fue la primera persona que vi, dándome la espalda y contemplando una estampa. Polly aún no había llegado, pero en menos de un minuto se abrió la puerta y entró; al sentir el ruido de la puerta él se volvió y se acercó a recibirla con un aire de gran ternura y satisfacción.

Después de saludarla, la condujo hasta un diván que había frente a nosotras donde ambos se sentaron y el joven genovés le sirvió un vaso de vino y unos bizcochos napolitanos en una bandeja.

Finalmente, después de intercambiar unos besos y preguntas en un inglés vacilante por una de las partes, él comenzó a desabotonarse y rápidamente se desvistió, quedando en camisa.

Como si ésa hubiese sido la señal para quitarse todas las ropas, un plan que se veía favorecido por el calor reinante, Polly comenzó a quitarse los alfileres y como no tenía corsé, en un instante quedó en camisa, gracias a la oficiosa ayuda de su galán.

Cuando él vio eso, sus calzones quedaron inmediatamente desatados en la cintura y las rodillas y se deslizaron sobre sus tobillos; el cuello de su camisa también fue desabotonado; luego, besando alentadoramente a Polly robó, como si dijéramos, la camisa de la joven que estando —supongo— habituada y familiarizada con sus humores se sonrojó, pero menos que yo, cuando la vi completamente desnuda, tal como había salido de manos de la naturaleza, con sus cabellos negros sueltos y flotando alrededor de su deslumbrante cuello blanco y sus hombros, mientras el encarnado profundo de sus mejillas se transformaba gradualmente en nieve, porque tales eran los tonos y el brillo de su piel.

Esta joven no podía tener más de dieciocho años: su cara era dulce y regular, sus formas exquisitas; no pude dejar de envidiar sus maduros y encantadores pechos, maravillosamente llenos, pero tan redondos y tan firmes que se sostenían burlándose de cualquier corsé; luego sus pezones, que apuntaban en direcciones diferentes, marcaban una deliciosa separación. Por debajo, el delicioso trecho del estómago terminaba en una hendedura difícil de distinguir que, modestamente, parecía retirarse hacia abajo y buscar refugio entre dos muslos carnosos y redondos; los pelos rizados que cubrían su delicioso frente la vestían con la más rica marta cebellina del universo. En una palabra, era, evidentemente, un tema para que los pintores le rogaran que posara, y delinearan la belleza femenina en todo el orgullo y la pompa de la desnudez.

El joven italiano (aún en camisa) la contemplaba, transportado por la visión de unas bellezas que podrían haber enardecido a un ermitaño moribundo; sus ojos ansiosos la devoraban mientras ella cambiaba de actitud según sus deseos; sus manos no se veían excluidas de su parte de la fiesta, sino que vagabundeaban a la búsqueda del placer sobre cada pulgada de su cuerpo, tan bien calificado para proporcionar las más exquisitas sensaciones.

Mientras tanto, no pude evitar la observación del bulto que había en la parte delantera de la camisa del joven, que sobresalía y mostraba el estado en que estaban las cosas detrás del telón;

rápidamente se la quitó, deslizándola sobre su cabeza y ahora, en cuanto a desnudez, no tenían nada que reprocharse recíprocamente.

El joven caballero, según suponía Phoebe, tenía unos veintidós años, era alto y de miembros proporcionados. Su cuerpo estaba muy bien formado y era vigoroso, con hombros altos y pecho amplio; su rostro no era notable en ningún sentido, salvo por una nariz más bien romana; sus ojos eran grandes, negros y brillantes y sus mejillas sonrosadas resultaban más atractivas porque su cutis era oscuro; no de ese color polvoriento que excluye la idea de frescura, sino de ese tono claro y oliváceo que, resplandeciente de vitalidad, deslumbra quizás menos que la blancura, pero sin embargo, complace más cuando gusta. Sus cabellos, demasiado cortos para ser atados, no caían más que hasta su cuello en rizos cortos y sueltos; tenía unos pocos vellos alrededor de los pezones que guarnecían su pecho con un estilo fuerte y varonil. Luego, su gran porra, que parecía nacer de un macizo de pelos rizados que se extendían desde los muslos hasta el ombligo, estaba dura y erguida, mostrando un tamaño que me hizo sentir temor, por simpatía, pensando en la pequeña parte tierna que sería el objeto de su furia; ahora estaba expuesta a mis ojos, porque inmediatamente después de quitarse la camisa, él había empujado a Polly suavemente sobre el diván, de forma tal que éste amortiguó su voluntaria caída. Sus muslos estaban separados al máximo y descubrían en su centro la marca del sexo, la roja grieta de carne, cuyos labios enrojecidos marcaban una pequeña línea color rubí, una dulce miniatura cuya vida y delicadeza nunca podría alcanzar el pincel coloreado de Guido.

En ese momento, Phoebe me dio un codazo, para prepararme a una pregunta susurrada. ¿Acaso yo pensaba que mi flor era mucho más pequeña? Pero mi atención estaba demasiado absorta, demasiado ocupada por lo qué veía, para poder responder.

A estas alturas el joven caballero había cambiado la posición de Polly que ya no yacía a lo ancho sino a lo largo del diván, pero sus muslos seguían abiertos y la flor estaba a su disposición, de modo que arrodillándose entre ellos, exhibió para nosotras una visión lateral de su fiera y erecta máquina que amenazaba con desgarrar a su tierna víctima, que yacía sonriendo al ariete erguido y no parecía rechazarlo. El mismo contempló su arma con algo de placer, y

guiándola con la mano hacia la invitadora hendedura separó los labios y la alojó (después de algunos enviones con los qué Polly parecía colaborar) hasta la mitad. Pero allí se atascó, supongo, a causa de su grosor creciente; la retiró y mojándola con saliva, volvió a introducirla y con facilidad la envainó hasta la empuñadura, momento en que Polly exhaló un suspiro que no se parecía en nada a un quejido de dolor; él empujaba, ella se alzaba, al principio con suavidad y cadencia regular, pero finalmente los transportes comenzaron a ser demasiado violentos para observar ningún orden ni medida; sus movimientos eran demasiado rápidos, sus besos demasiado fieros y fervientes para que la naturaleza pudiera mantenerlos mucho tiempo; ambos parecían transportados y sus ojos despedían fuego.

—¡Oh!… ¡Oh!… No puedo soportarlo… Es demasiado… Muero… Me voy… —Eran las expresiones del éxtasis de Polly; los gozos del joven eran más silenciosos, pero pronto unos murmullos quebrados, suspiros conmovedores y finalmente una última embestida, como si hubiese deseado elevar por la fuerza el cuerpo de Polly y luego la inmóvil languidez de sus miembros, demostró que el momento final había llegado para él; ella mostró signos de unírsele por los alocados movimientos de sus manos, los ojos cerrados y el profundo sollozo que exhaló, pareciendo expirar en una agonía de arrobamiento.

Cuando él terminó su embestida y salió de ella, Polly quedó inmóvil, sin hacer el menor gesto; estaba sin aliento, aparentemente a causa del placer. Él volvió a colocarla a lo ancho del diván, incapaz de sentarse, con los muslos abiertos entre los cuales pude observar una especie de líquido blanco, parecido a la espuma, que colgaba en los labios exteriores de esa herida recién abierta que ahora brillaba con un rojo más oscuro. Entonces ella se levantó y lo abrazó, no pareciendo molesta por la prueba a que la había sometido; por lo menos si se juzgaba por el cariño con que lo miraba y se aferraba a él.

Por mi parte, no pretenderé describir lo que sentí en mi interior durante la escena, pero desde ese instante, adiós a todos los temores de lo que un hombre pudiera hacer con mi cuerpo; ahora se habían transformado en deseos tan ardientes, en anhelos tan ingobernables que podría haber cogido al primer miembro de ese sexo por la

manga y haberte ofrecido esa fruslería, cuya pérdida, imaginaba ahora, sería una ganancia que nunca sería demasiado pronto para que se produjera.

Phoebe, que tenía más experiencia y para quien esos espectáculos no eran nuevos, no pudo, sin embargo, permanecer indiferente ante una escena tan cálida y retirándome suavemente de la grieta por miedo de ser oída, me guió tan cerca de la puerta como fue posible, mientras yo permanecía totalmente pasiva y obediente a sus indicaciones.

Allí no había lugar para sentarse ni acostarse, pero poniéndome con la espalda contra la puerta levantó mis enaguas y con sus activos dedos visitó y exploró esa parte mía donde ahora el calor y la irritación eran tan violentos que me sentía enferma y pronta a morir de deseo; el roce de sus dedos en ese lugar crítico tuvo el efecto del fuego en un tren y su mano le enseñó hasta qué punto estaba yo herida y ablandada por la visión que me había procurado. Satisfecha, entonces, por su éxito en aliviar un ardor que hubiese provocado mi impaciencia mientras veía la continuación de las transacciones de nuestra enamorada pareja, me llevó nuevamente hasta la hendedura, tan favorable a nuestra curiosidad.

Ciertamente, sólo nos habíamos alejado de ella unos instantes y sin embargo, a nuestro retorno, vimos que todo estaba muy bien encaminado para recomenzar las tiernas hostilidades.

El joven forastero estaba sentado en el diván de frente a nosotras, con Polly en sus rodillas; ésta le rodeaba el cuello con los brazos, de modo que la extremada blancura de su piel contrastaba de forma nada desagradable con el suave y brillante tono oliváceo de su amante.

¿Quién podría haber contado los fieros e innumerables besos dados y recibidos?, en los que pude a menudo descubrir que intercambiaban la estocada aterciopelada cuando ambas bocas tenían dos lenguas y parecían recibir la mutua inserción con gran gusto y deleite.

Mientras tanto, el campeón de cabeza roja del muchacho, que hacía poco había salido del pozo domado y confuso, se había recuperado hasta una condición inmejorable y estaba gallardo y empenachado entre los muslos de Polly que, por su parte, no dejaba de mimarlo y mantenerlo de buen humor, acariciándolo y hasta

recibiendo su extremo aterciopelado entre los labios que no le correspondían; yo no podía saber si lo hacía para procurarse un placer o para volverlo más voluble y facilitar su entrada, pero tuvo un efecto tal que el joven caballero pareció, por el brillo de sus ojos, que resplandecían con más esplendor en su rostro arrebolado, recibir un aumento en su placer. Se puso de pie y tomando a Polly en sus brazos la abrazó y dijo algo en voz demasiado baja para poder oírlo, llevándola entonces hasta el extremo del diván y deleitándose en castigar sus muslos y su trasero con ese rígido vergajo suyo que los golpeaba gracias al impulso que le daba con la mano y los hacía resonar, sin lastimarla más de lo que se proponía, ya que ella parecía encontrar en ello un gusto tan juguetón como él.

Pero imaginad mi sorpresa cuando vi a ese joven pícaro y holgazán acostarse boca arriba y tirar de Polly hasta colocarla encima suyo; ésta, cediendo a su humor, lo montó y con las manos condujo a su favorita ciega hacia el sitio adecuado y, siguiendo su impulso se apoyó directamente sobre la punta llameante del arma del placer en la que se empaló, por la que fue atravesada y clavada en toda su envergadura; de este modo quedó sentada unos instantes sobre él, disfrutando y saboreando su situación, mientras él jugaba con sus provocadores pechos. A veces, Polly se inclinaba para recibir sus besos, pero finalmente el aguijón del placer los impulsó a acciones más fieras: entonces comenzó la tempestad de subidas y bajadas que, para el combatiente más bajo eran, arremetidas, al tiempo que cruzaba las manos sobre ella y la acercaba a él con dulce violencia: los invertidos golpes del martillo sobre el yunque trajeron prontamente el momento crítico, en el que todos los signos de una conspiración conjunta para el éxtasis nos informaron del *punto* en que se hallaban.

En cuanto a mí, no podía soportar lo que estaba viendo; me sentía tan abrumada, tan inflamada por la segunda parte del mismo juego que, enloquecida hasta un grado insoportable apreté y aferré a Phoebe, como si ésta tuviese los medios para aliviarme. Ésta, complacida conmigo y compadeciendo la situación en que me hallaba, me condujo hasta la puerta y abriéndola tan silenciosamente como pudo logró que pudiésemos salir sin ser advertidas y volvió a conducirme a mi habitación donde, incapaz de sostenerme en pie a causa de la agitación que me invadía, me dejé

caer en la cama donde yací transportada y totalmente avergonzada por lo que sentía.

Phoebe se tendió a mi lado y me preguntó jocosamente «si ahora que había visto al enemigo y lo había considerado con atención aún sentía temor ante él, o si pensaba que podría aventurarme a presentarle batalla».

A todo eso no respondí ni una palabra; suspiré, pues apenas podía respirar: Ella cogió mi mano y habiendo levantado sus enaguas la llevó hacia esas partes donde ahora, que sabía más, eché de menos el principal objeto de mis deseos; al no hallar ni la sombra de lo que deseaba en un sitio donde todo era tan llano y tan hueco, la exasperación que sentía casi hizo que retirara mi mano, pero temí parecer poco complaciente. Abandoné entonces mi mano enteramente a sus manejos y ella la usó como le pareció adecuado para procurarse la sombra, más que la sustancia de un placer. Por mi parte, deseaba ahora un alimento más sustancioso y me prometí tácitamente que no seguirían entreteniéndome mucho tiempo con estas tonterías entre mujeres, aunque la señora Brown no me proporcionara prontamente los objetos específicos. En una palabra, yo tenía todo él aspecto de no ser capaz de aguardar la llegada de mi señor *lord* B…, aunque se lo esperaba para dentro de pocos días; y no lo aguardé porque el mismo amor se hizo cargo de mí, a pesar de los intereses en juego.

Dos días después de haber presenciado la escena del gabinete, me levanté a eso de las seis y dejando dormida a mi compañera de cama bajé silenciosamente, sin más idea que la de tomar el fresco en un pequeño jardín situado junto a nuestro salón del fondo, al que mi confinamiento me impedía el paso cuando venían visitantes a la casa. Ahora el sueño y el silencio reinaban en ella.

Abrí la puerta del salón y me sentí muy sorprendida al ver junto al fuego casi extinguido a un joven caballero, instalado en el sillón de la señora Brown, Con las piernas apoyadas en otra silla, profundamente dormido y dejado allí por sus desaprensivos compañeros que lo habían emborrachado y se habían marchado, cada uno con su manceba, mientras él quedaba atrás, por cortesía de la anciana matrona que había preferido no molestarle obligándole a marcharse en esas condiciones a la una de la mañana; lo más probable es que no hubiese ninguna cama desocupada. En la

mesa estaban aún el ponche y los vasos, en el desorden habitual después de una parranda de borrachos.

Pero cuando me acerqué para mirar al borracho descarriado… ¡Dios mío! ¡Qué espectáculo! ¡No! Ni el paso de los años, ni los cambios de mi suerte podrán borrar nunca la impresión, parecida al rayo que sus formas produjeron en mí… ¡Sí! Adorado objeto de mi primera pasión, soy dueña para siempre del recuerdo de tu primera presencia ante mis maravillados ojos… ¡Te llamo, estás presente y te veo, ahora!

Figuraos, señora, un mozalbete rubio, de dieciocho o diecinueve años con la cabeza reclinada en uno de los lados del sillón, con los cabellos rizados en desorden, sombreando irregularmente un rostro en el que la lozanía de la juventud y la gracia viril conspiraban para fijar mis ojos y mi corazón. Hasta la languidez y la palidez de su cara, en la que el momentáneo triunfo del lila sobre el rosa se debía a los excesos de la noche, daba una inexpresable dulzura a los más finos rasgos que se pueda imaginar. Sus ojos, cerrados por el sueño, exhibían los bordes de los párpados bordeados por largas pestañas sobre las cuales ningún lápiz podría haber dibujado dos arcos más regulares que los que adornaban su frente que era alta, perfectamente blanca y suave. Luego dos labios bermejos que hacían pucheritos y se presentaban hinchados, como si una abeja acabara de picarlos, parecían desafiarme a abusar del encantador durmiente si la modestia y el respeto que en ambos sexos son inseparables de una verdadera pasión, no hubiesen frenado mis impulsos.

Pero viendo el cuello de su camisa abierto y un pecho más blanco que un copo de nieve, el placer de contemplarlo no pudo sobornarme para alargar la contemplación poniendo en peligro una salud que comenzaba a ser la principal preocupación de mi vida. El amor que me volvía tímida me enseñaba también a ser tierna. Con una mano temblorosa tomé una de las suyas y lo desperté tan dulcemente como me fue posible; él se sobresaltó y mirándome algo desconcertado al principio, dijo con una voz cuyas armoniosas vibraciones llegaron directamente, a mi corazón:

—Por favor, niña: ¿qué hora es?

Se lo dije y añadí que podría coger frío si seguía durmiendo con el pecho descubierto en el aire fresco de la mañana. Agradeció eso

con una dulzura que armonizaba perfectamente con la de sus rasgos y sus ojos; estos últimos estaban ahora muy abiertos y me observaban afanosamente, llevando el ardor de su fuego vivaz directamente a mi corazón.

Parece que habiendo bebido en exceso antes de llegar al burdel con algunos de sus jóvenes amigos, no había estado en condiciones de seguir la batalla junto a ellos y coronar la noche con una amante; de modo que viéndome medio vestida no dudó de que era una de las pupilas de la casa, enviada para reparar su pérdida de tiempo; pero aunque tuvo esa idea, que era muy obvia sin duda, quizás porque mi aspecto lo impresionó más de lo común o quizás por su cortesía natural, se dirigió a mí con un tono nada grosero, aunque yo le pareciera una de las pupilas de la casa que había llegado para divertirle; y dándome el primer beso que haya recibido de un hombre en mi vida, me preguntó si le concedería el favor de mi compañía, asegurándome que valdría la pena para mí. Pero aunque mi recién nacido amor, ese domador de la lascivia, no se hubiese opuesto a una capitulación tan pronta, el miedo de ser sorprendida por la casa fue un obstáculo suficiente a mi asentimiento.

Le dije entonces en el tono que me dictó el amor, que por razones que no tenía tiempo de explicarle, no podía quedarme en su compañía y quizás no volviera a verle; un suspiro nacido en el fondo de mi corazón acompañó esas palabras. Mi conquistador que, según me dijo después, había quedado muy impresionado por mi aspecto, y gustaba de mí tanto como podía pensar en gustar de cualquiera que estuviera en mi situación, me preguntó rápidamente si quería ser su mantenida y dijo que tomaría un alojamiento para mí y me liberaría de cualquier compromiso que yo pudiera tener con la casa. Temerario, súbito, mal sopesado y hasta peligroso, como podía ser ese ofrecimiento de un perfecto desconocido, siendo ese desconocido un jovenzuelo atolondrado, el prodigioso amor que sentía por él había puesto un encanto en su voz que no pude resistir y me cegó a cualquier objeción; en ese instante había muerto por él, ¿creéis entonces que podría haber resistido una invitación a vivir con él?

Así, mi corazón latiendo con fuerza ante su proposición dictó mi respuesta, después de una breve pausa, de que aceptaría su ofrecimiento y escaparía con él de la forma que más le complaciera

y que estaba a su entera disposición, para bien o para mal. Desde entonces, me pregunté muchas veces por qué una tan grande facilidad no lo disgustó o no me hizo parecer barata a sus ojos; aunque el destino había arreglado todo de manera tal que, a causa de sus temores ante los peligros de la ciudad, hacía algún tiempo que estaba buscando una moza a quien tomar a su cargo y como mi persona le había caído en gracia, fue gracias a un milagro del amor que concluimos nuestro trato en ese instante, sellándolo con unos besos, con los que tuvo que contentarse, en la esperanza de gozos más ininterrumpidos.

Pero nunca la amorosa juventud se preocupó de poner en una persona más cosas que pudieran justificar que una chica perdiera la cabeza y le hiciera desafiar todas las consecuencias con tal de seguir a un galán.

Porque además de todas las perfecciones de la belleza masculina que se reunían en su persona, tenía un aire de pulcritud y gentileza, una cierta elegancia en el porte de su cabeza, que lo distinguían aún más; sus ojos eran vivaces y llenos de expresión; todo su aspecto conllevaba algo que era al mismo tiempo dulce y lleno de autoridad. Su complexión hacía palidecer a la más encantadora rosa, mientras su inimitable, tierno y vivido resplandor la salvaba del reproche de falta de vida, de cruda y pastosa, que se hace generalmente a quienes son tan rubios como él.

Nuestro pequeño plan consistía en que a la mañana siguiente me levantaría a las siete (cosa que pude prometer de inmediato porque sabía donde encontrar la llave de la puerta de la calle) y él me esperaría al final de la misma con un coche, en el que conducirme sin riesgo; después de eso enviaría recado y pagaría cualquier deuda en que yo hubiese incurrido durante mi estancia en casa de la señora Brown quien, según él pensaba, quizás no quisiera desprenderse de alguien tan bien dotado para atraer clientes.

En ese momento yo le sugerí que no mencionara en la casa el haber visto a mi persona, por razones que le explicaría cuando tuviésemos más tiempo. Y entonces, por miedo de malograr nuestros proyectos si éramos vistos, me arranqué de su lado con el corazón sangrante y me deslicé sin ruido hasta mi cuarto donde encontré a Phoebe profundamente dormida todavía y, quitándome a toda prisa mis pocas ropas, me acorté a su lado, con una mezcla de

alegría y ansiedad que es más fácil de concebir que de expresar.

Los riesgos de que la señora Brown descubriera mis propósitos, los desengaños, la ruina, la miseria, todo se desvaneció ante esa llama recién encendida. La idea de ver, de tocar, de estar aunque sólo fuera durante una noche con el ídolo de mi tierno corazón virgen, me parecía una felicidad situada por encima del precio de mi libertad o de mi vida. Podía hacerme mal: ¡que lo hiciera!, él era el amo. Sería feliz, muy feliz, recibiendo la muerte de sus amadas manos.

De este tenor fueron mis reflexiones de todo el día; cada minuto de él me pareció una pequeña eternidad. ¡Con cuánta frecuencia miré el reloj! Si hasta sentí la tentación de adelantar sus tediosas agujas, ¡como si eso hubiese hecho pasar el tiempo! Si las de la casa me hubiesen observado, habrían sospechado algo extraordinario a causa de la turbación que no podía evitar; especialmente cuando durante la comida se mencionó al muy encantador joven que había estado allí y se había quedado a desayunar. «Oh, qué hermosura la suya… Hubiese muerto por él… Se quitarán el sombrero cuando le vean pasar…» y otras tonterías por el estilo eran, sin embargo, como arrojar aceite a un fuego cuyo resplandor me costaba mucho esfuerzo ocultar.

Las fluctuaciones de mi mente durante todo el día produjeron un efecto bueno: a causa de la pura fatiga dormí tolerablemente bien hasta las cinco de la mañana cuando me levanté y habiéndome vestido aguardé, bajo la doble tortura del miedo y la impaciencia, que llegara el momento señalado. Llegó, finalmente la querida, crítica, peligrosa hora, y entonces, sostenida sólo por el coraje que me daba el amor me aventuré en puntillas escaleras abajo, dejando atrás mi caja por miedo a ser sorprendida saliendo con ella.

Llegué a la puerta de calle, cuya llave estaba siempre en una silla al lado de nuestra cama, al cuidado de Phoebe, quien no teniendo la menor sospecha de mis designios de alejarme (tampoco, por cierto, los había tenido yo hasta el día anterior) nunca la había ocultado. Abrí la puerta con mucha cautela; el amor que me daba fuerzas, me protegió también y ahora, a salvo en la calle, vi a mi nuevo ángel guardián aguardando junto a la puerta ya abierta de un

coche. No sé como llegué hasta él; supongo que volé, porque en un instante estaba en el coche, con él a mi lado, con sus brazos rodeándome y dándome el beso de bienvenida. El cochero tenía sus órdenes y se puso en marcha.

Mis ojos se llenaron instantáneamente de lágrimas, pero lágrimas del más delicioso placer; encontrarme en brazos de ese bello joven era un embeleso en el que nadaba mi pequeño corazón. El pasado y el futuro no me preocupaban. El presente era todo lo que mis sentidos podían soportar, sin desfallecer. Sin contar los más tiernos abrazos, las expresiones más tranquilizadoras que pretendían, por su parte, asegurarme de su amor y de que nunca me daría razones para arrepentirme del audaz paso que había dado al confiarme enteramente a su honor y su generosidad. Pero ¡ay!, yo no tenía mérito en eso, ya que era impulsada por una pasión tan impetuosa que no podía resistirla: había hecho lo que había hecho porque no podía evitarlo.

En un instante, porque el tiempo había quedado aniquilado para mí, llegamos a una fonda de Chelsea, que brindaba su hospitalidad a las parejas en busca de placer, donde un desayuno con chocolate había sido preparado para nosotros.

Un simpático anciano lleno de experiencia, que dirigía el establecimiento y entendía muy bien la vida, desayunó con nosotros y mirándome sutilmente de soslayo nos deseó felicidad y dijo: «que hacíamos una buena pareja, ¡pardiez!, que muchos caballeros y damas usaban su casa pero que nunca había visto una pareja tan bella… estaba seguro de que yo era una pieza nueva… Tenía un aspecto tan campesino, ¡tan inocente! Bueno, ¡mi esposo era un hombre afortunado!…». Toda esta charla vulgar de posadero no sólo me dio placer y me tranquilizó sino que me ayudó a olvidar mi confusión por estar con mi nuevo soberano, con quien, ahora que se acercaba el momento, temía quedarme sola: una timidez más relacionada con el verdadero amor que con la modestia de una doncella.

Lo deseaba, lo adoraba, podría haber dado mi vida por él y, sin embargo, no sé cómo ni por qué, temía la ocasión que había sido el objeto de mis más furiosos deseos; mi pulso latía en medio de un fluir de ardientes deseos. Esta lucha de pasiones, sin embargo, este conflicto entre la modestia y los deseos amorosos me hizo estallar

nuevamente en sollozos que él tomó, como había hecho antes, sólo como los restos de inquietud y emoción ante la brusquedad de mi cambio de condición, al entregarme a sus cuidados y, consecuente con esa idea, dijo e hizo todo lo que creyó que me tranquilizaría y animaría.

Después del desayuno, Charles (el querido nombre familiar con que de aquí en adelante me tomaré la libertad de distinguir a mi Adonis), con una sonrisa llena de significación, me tomó gentilmente de la mano y dijo:

—Ven, querida; te mostraré una habitación que tiene una bella perspectiva de unos jardines.

Y sin esperar respuesta, cosa que me alivió mucho, me condujo hasta una alcoba fresca y luminosa donde la observación de perspectivas estaba fuera le lugar, salvo por las de una cama, cuyo aspecto fue lo que inclinó a Charles a tomar seguramente la habitación.

Charles aseguró el pasador de la puerta y luego corrió, me tomó en sus brazos y levantándome del suelo con sus labios pegados a los míos me llevó, temblorosa, jadeando, desfalleciente, a causa de los suaves temores y los tiernos deseos, hasta la cama donde su impaciencia no le permitió desvestirme más allá de soltar mi pañoleta y mi vestido y desatar mi corsé.

Ahora mi pecho estaba desnudo y se alzaba latiendo con ardor, presentando a su vista y su tacto la firme redondez de un par de senos jóvenes, como se pueden imaginar en una joven que no había cumplido los dieciséis años, recién llegada del campo y nunca tocada; pero ni siquiera su orgullo, su blancura, su forma, su agradable resistencia al tacto, pudieron retener a sus inquietas manos de vagabundear; por el contrario, mis enaguas y mi camisa fueron prontamente levantadas y el más fuerte centro de atracción quedó a la merced de la tierna invasión. Aun así, mis temores hicieron que cerrara automáticamente los muslos, aunque el mero roce de sus manos al insinuarse entre ellos los separó y abrió una brecha para el ataque principal.

Durante todo este tiempo yo estaba generosamente expuesta al examen de sus ojos y sus manos, tranquila y sin oponer resistencia;

eso confirmó la opinión desaprensiva en que basó su proceder de que yo no era una novicia en estos asuntos ya que me había sacado de un lupanar común y yo no había dicho nada para enterarlo de mi virginidad; si lo hubiese hecho hubiera pensado antes que lo tomaba por tonto, capaz de tragar una cosa tan improbable, aun cuando yo fuera dueña de ese queridísimo tesoro, esa mina escondida, tan ansiosamente buscada por los hombres que nunca la buscan más que para destruirla.

Estando ya demasiado excitado para soportar demoras, se desabotonó y sacando la máquina de los asaltos amorosos, la dirigió seguidamente, encaminándola a una brecha ya abierta… ¡Entonces!… Entonces, por primera vez, sentí ese cartílago rígido y duro como un cuerno golpeando contra mi tierna parte, aunque imaginaos su sorpresa cuando descubrió, después de varios vigorosos enviones, que me hicieron muchísimo daño, que no había hecho el menor progreso.

Me quejé, tiernamente, pero me quejé: «No puedo soportarlo… me hace mucho daño…». Aun así, no pensó más que, siendo yo tan joven, el tamaño de su ariete (pocos hombres pueden rivalizar en tamaño con él) creaba la dificultad; y que posiblemente yo no había sido gozada por nadie tan bien dotado como él; porque la idea de que mi flor virgen no había sido cosechada no entraba en su cabeza y le hubiese parecido perder tiempo y palabras el preguntarme acerca de eso.

Nuevamente lo intentó sin lograr la entrada, sin penetración; ahora el dolor fue más intenso, aunque mi extremado amor hizo que soportara los terribles tormentos casi sin un quejido. Finalmente, después de repetidos e infructuosos intentos, se acostó, jadeante, a mi lado, besó mis lágrimas y me preguntó tiernamente cuál era la causa de tantas quejas y si no había soportado mejor a otros de lo que lo soportaba a él. Respondí con una sencillez encaminada a persuadirlo de que él era el primer hombre que me usaba así. La verdad es poderosa, y casi siempre creemos lo que deseamos ardientemente.

Charles, a quien las evidencias de sus sentidos habían predispuesto a aceptar que mis pretensiones de virginidad no eran enteramente apócrifas, me cubrió de besos y me suplicó, en nombre del amor, que tuviera un poco de paciencia, ya que se cuidaría

tanto de no hacerme daño como si se tratara de sí mismo.

¡Ay de mí! El conocimiento de su placer fue suficiente para que me sometiera gozosamente a cualquier sufrimiento que pudiera costarme.

Ahora continuó sus intentos con más cuidado: primero puso una de las almohadas debajo mío, para dar una elevación más favorable al blanco de su puntería, y otra debajo de mi cabeza para descansarla; luego, abriendo mis muslos y colocándose de pie entre ellos, los apoyó sobre sus caderas, aplicando entonces la punta de su aparato en la ranura que intentaba invadir. Era tan pequeña que apenas podía estar seguro de haber apuntado bien. Miró, palpó, quedando satisfecho, y luego, empujando furiosamente hacia adelante la prodigiosa rigidez de su porra, usada como un ariete, separó aquellas partes, insertando la punta de la máquina entre los labios. Al sentir esto, mejoró su ventaja y continuó golpeando en línea recta, aumentando a la fuerza la penetración, aunque causándome un dolor tan intolerable, debido a la separación de los bordes del suave pasaje por ese cuerpo duro y grueso, que podría haber gritado; pero como no estaba dispuesta a alarmar a toda la casa, contuve el aliento y mordí mis enaguas que estaban sobre mi cara, metiéndomelas en la boca. Finalmente, la suave textura de ese conducto cedió ante los fieros embates y entró un poco más en mi interior; ahora desaforado, y habiendo perdido el control de sí mismo, conducido por la furia y el ardor del miembro que actuaba con una especie de rabia nativa, Charles penetró rompiéndolo todo, empujó, arrastró y, con un violento y despiadado impulso, empapado en sangre de virgen, enterró su arma hasta la empuñadura…

¡Oh! Entonces toda mi resolución me abandonó; lancé un grito y me desvanecí a causa del lacerante dolor; luego él me dijo que, al retirar su máquina, cuando terminó la emisión, mis muslos quedaron empapados en sangre que fluía desde el pasaje herido y desgarrado.

Cuando recobré el sentido me encontré desnuda y en la cama, en brazos del dulce y despiadado asesino de mi virginidad que se lamentaba tiernamente de mi estado y sostenía en su mano un cordial que no pude rechazar, viniendo del aún amado autor de tanto sufrimiento; mis ojos, sin embargo, empapados en lágrimas y

lánguidamente fijos en él, parecían reprocharle su crueldad y preguntarle si ésas eran las recompensas del amor. Pero Charles, para quien yo era infinitamente más valiosa por este completo triunfo sobre mi doncellez, que tan poco había esperado, enternecido por el sufrimiento a que me había sometido, buscando el máximo de placer para sí, calmó su exaltación y se esforzó con tanta dulzura y tanto ardor en calmar, en acariciar, en confortar mis suaves quejas que por cierto respiraban más amor —que resentimiento— que finalmente ahogó todos mis dolores en el placer de verle, de pensar que le pertenecía, que era ahora mi único dispensador de felicidad y, en una palabra, mí destino.

Sin embargo, la llaga estaba demasiado sensible, la herida demasiado abierta y sangrante para que la bondad de Charles me sometiera a otra prueba; como no podía moverme ni caminar por la habitación, dio orden de que nos trajeran la comida a la cama, donde no pude menos que comer el ala de una gallina y tomar dos o tres vasos de vino ya que era mí adorado joven quien me servía y me hacia probarlos, con esa dulce e irresistible autoridad que el amor le había dado sobre mí.

Después de la comida, cuando se hubieron llevado todo menos el vino. Charles, con mucha desfachatez, pidió permiso, leyendo en mis ojos que ya lo había otorgado, para meterse en la cama conmigo y comenzó a desvestirse; yo no podía observar sus progresos sin sentir extrañas emociones de miedo y placer.

Ahora estaba en la cama conmigo por primera vez, en pleno día y cuando empujando hacia arriba su camisa y la mía apoyó su resplandeciente cuerpo desnudo contra el mío… ¡Oh, delicia insoportable! ¡Oh, rapto sobrehumano! ¿Qué dolor podría haber hecho frente a un placer tan lleno de transportes? Ya no sentí el escozor de mis heridas de abajo sino que me enrosqué sobre él como un zarcillo de viña, como si temiera que alguna parte de su cuerpo no fuera tocada o estrechada por mí y devolví sus anhelantes besos y abrazos con el gusto y el fervor que sólo el verdadero amor conoce y que la mera lujuria nunca alcanza.

Sí, aún ahora, cuando la tiranía de las pasiones ha terminado y por mis venas no corre más que una tranquila corriente fría, el recuerdo de esos momentos que tanto me afectaron durante mi juventud todavía me alegra y rejuvenece. Dejadme continuar,

entonces. Mi hermoso joven estaba ahora pegado a mí en todos los dobleces y pliegues en que podíamos acercar nuestros cuerpos; cuando no pudo refrenar la fiereza de sus renovados deseos, soltó a su corcel e insinuando suavemente sus muslos entre los míos, deteniendo mi boca con besos de fuego líquido hizo una nueva irrupción y, renovando sus embestidas, atravesó, desgarró y forzó el camino por los tiernos pliegues heridos que le concedieron entrada con un dolor menos severo que cuando abrió la brecha por primera vez. Pese a eso, tuve que ahogar mis gritos y lo soporté con la pasiva fortaleza de una heroína; pronto sus embestidas, más y más furiosas, sus mejillas color escarlata, sus ojos dados vuelta en un ferviente trance, algunos suspiros y un estremecimiento agónico anunciaron la proximidad del éxtasis. Yo sufría mucho todavía para participar de él.

Pero cuando sucesivos encuentros me endurecieron y habituaron, comencé a entrar en el puro y verdadero disfrute de ese placer de los placeres, cuando la cálida efusión atraviesa las arrebatadas vísceras; ¡qué torrentes de deleite!, ¡qué ardientes transportes!, ¡qué agonías de placer!, demasiado fieras, demasiado poderosas para que la naturaleza las sustente; no hay duda que hace bien en proporcionar el alivio de una deliciosa disolución momentánea, cuya proximidad es indicada por un tierno delirio, un dulce estremecimiento en el momento de emitir esos suaves líquidos en los que se ahoga el disfrute cuando uno se extiende lánguidamente y muere en la descarga.

Cuán a menudo, cuando la rabia y el tumulto de mis sentidos se apagaba después del flujo, me he preguntado, en una tierna meditación, si la naturaleza había previsto que una de sus criaturas fuera tan feliz como lo era yo. ¿Y qué significaban todos los miedos a las consecuencias puestos en el platillo, contra una noche dé disfrute de algo tan profundamente del gusto de mis ojos y mi corazón como ese delicioso, tierno, incomparable joven?

Así pasamos toda la tarde, hasta la hora de la cena en un continuo círculo de delicias amorosas, besos, caricias, juegos y todo el resto de la fiesta. Finalmente, nos sirvieron la cena, antes de la cuál Charles se había puesto sus ropas, no sé por qué razón, y sentándonos junto a la cama hicimos mesa y mantel de la cama y las sábanas, mientras Charles no permitía que nadie me sirviera más

que él. Comió con muy buen apetito, y parecía contentó de verme comer a mí. Por mi parte, estaba tan encantada con mi fortuna, me sentía tan transportada por la comparación de las delicias en las que nadaba ahora con la falta de sabor de todas las escenas anteriores de mi vida, que mi dicha me parecía barata, aun arriesgando la ruina, o el peligro de que no durara. Mis posesiones del presente eran todo lo que cabía en mi cabecita.

Esa noche dormimos juntos, cuando después de jugar repetidas partidas de placer, la naturaleza, cansada y satisfecha nos entregó en brazos del sueño; los de mi adorado joven me rodeaban y la conciencia que tenía de ello hizo que hasta el sueño fuese delicioso.

Desperté la primera, a última hora de la mañana y observando a mi amante que dormía profundamente, me solté con suavidad de sus brazos, respirando apenas, por temor a turbar su descanso; mi cofia, mis cabellos, mi camisa, todo estaba en desorden, a causa del trato que habían recibido, y aproveché la oportunidad para ajustar y disponerme lo mejor que pude, mientras miraba de vez en cuando al joven dormido con indescriptible cariño y deleite y, reflexionando sobre todo el daño que me había hecho, reconocí que el placer había recompensado generosamente mis sufrimientos.

Era pleno día. Yo estaba sentada en la cama, cuyas ropas estaban amontonadas y enrolladas a causa de nuestros bruscos movimientos y del pesado calor veraniego; no pude rehusarme un placer que me solicitaba de forma irresistible: la ocasión de deleitar mis ojos con todos esos tesoros de belleza juvenil que había disfrutado y ahora yacían casi enteramente desnudos, ya que su camisa estaba liada en un perfecto manojo; el calor de la estación y el cuarto me tranquilizaban en cuanto a las consecuencias. Me incliné sobre él, tan enamorada, y devoré todos sus encantos dormidos con tan sólo dos ojos, cuando hubiese deseado tener cien, por lo menos, para disfrutar más plenamente de la contemplación.

¡Oh, si pudiera pintar su figura como la veo ahora, presente todavía en mi imaginación transportada! Una perfecta belleza masculina se ofrecía a mi vista. Pensad en un rostro sin un defecto, resplandeciendo como un pimpollo de frescura primaveral, a esa edad en que la belleza es de los dos sexos y que la primera sombra de pelusa sobre su labio superior comenzaba apenas a aparecer.

La separación de los hinchados rubíes de sus labios parecía

exhalar un aire más dulce y puro que el que inspiraban; ¡ah, qué violencia me costó abstenerme de un beso tan tentador!

Luego un cuello exquisitamente formado, agraciado en la parte posterior y a los lados por cabellos que jugueteaban formando rizos, conectaba la cabeza a un cuerpo de formas perfectas y muy vigorosa contextura en el que toda, la fuerza de la edad viril estaba oculta y suavizada, en apariencia, por la delicadeza de su complexión, la suavidad de su piel y la corpulencia de su carne.

La plataforma de su pecho blanco como la nieve, construida con proporciones masculinas, presentaba en la cúspide roja de cada pezón, la idea de una rosa a punto de abrirse.

Su camisa tampoco me impidió observar la simetría de sus miembros, la exactitud de sus formas, cayendo hacia los riñones, donde la cintura termina y comienza la redondez de las caderas; donde la piel lisa, suave y blanquísima parecía bruñida, estirada sobre la firme redondez de la carne madura, formando hoyuelos a la menor presión, donde el tacto no podía detenerse, deslizándose como en la superficie del más pulido marfil.

Sus muslos, maravillosamente conformados, de una redondez florida y lustrosa que disminuía gradualmente al acercarse a las rodillas, parecían pilares capaces de sostener el hermoso armazón, en cuya parte inferior no pude observar sin algunos restos de terror y algunas emociones tiernas, a ese terrible aparato que no mucho tiempo antes se había introducido con tanta furia, había desgarrado y casi arruinado esas suaves y tiernas partes mías que no terminaban de escocer por los efectos de su ardor… Pero ¡miradlo ahora! Alicaído, reclinando su cabeza roja semicubierta sobre uno de los muslos, tranquilo, dócil y aparentemente incapaz de las travesuras y las crueldades que había cometido. Luego la hermosa mata de pelos, formando suaves rizos alrededor de sus raíces, su blancura, las venas transparentes, la flexible suavidad del fuste yaciente, enrollado y encogido, chato, lánguido y alzado entre los muslos por su apéndice globular, esa maravillosa bolsa de dulces tesoros de la naturaleza que descansaba redonda y envuelta en las únicas arrugas que pueden gustar, perfeccionaba la perspectiva y todas juntas formaban el cuadro más interesante y conmovedor de la naturaleza, seguramente superior a los toscos productos que proporcionan la pintura, la estatuaria o cualquier arte y son

comprados por sumas inmensas, mientras su visión en la vida real es considerada de muy escaso gusto, salvo por los pocos a quienes la naturaleza ha dado una imaginación fogosa, cálidamente dirigida por un juicio seguro hacia la fuente, hacia el original de la belleza, hacia la inigualada composición de la naturaleza, que está por encima de la imitación artística y fuera del alcance de las riquezas que no pueden pagar ese precio.

Pero todas las cosas llegan a un fin. Un movimiento del angelical joven, en la intranquilidad del despertar, volvió a colocar su camisa y las ropas de la cama en una posición que hizo imposible la visión de esos tesoros.

Entonces volví a acostarme y llevando mis manos hacia la parte de mi cuerpo en que los objetos que había estado mirando estaban organizando un motín más fuerte que sus heridas, mis dedos encontraron el camino abierto; pero no tuve mucho tiempo para considerar la gran diferencia que había *allí* entre la doncella y la mujer de ahora, porque Charles despertó y volviéndose hacia mí me preguntó bondadosamente si había descansado bien. Y dándome apenas el tiempo necesario para responder, dejó en mis labios uno de sus ardientes besos arrebatadores que voló como una flecha hasta mi corazón y desde allí irradió a todo mi cuerpo; finalmente, como si quisiera vengar orgullosamente el examen que había hecho a hurtadillas de sus bellezas desnudas, retiró a puntapiés las ropas de cama y levantando mi camisa lo más posible, disfrutó, a su vez, y paseó su mirada por todos los dones que la naturaleza había otorgado a mi persona; sus activas manos también recorrieron cada parte de mi cuerpo. La deliciosa austeridad y la dureza de mis pechos todavía inmaduros, la blancura y la firmeza de mis carnes, la juventud y la regularidad de mis rasgos, la armonía de mis miembros, todo pareció confirmar su satisfacción por el convenio; pero cuando sintió curiosidad por explorar los estragos que había cometido en el centro de su fiero ataque, no sólo dirigió sus manos hacia allí sino que, colocando una almohada debajo, me dispuso favorablemente para sus juguetones propósitos de inspección. Y quién podría describir el fuego que brilló en sus ojos mientras suspiros de placer y tiernas exclamaciones eran todas las alabanzas que podía proferir. A estas alturas, su máquina rígidamente erecta pudo ser admirada por mí en su mejor estado y bravura. Él mismo

la palpó, pareció satisfecho con su condición y sonriendo como un ángel cogió una de mis manos y la llevó con gentil autoridad, hasta ese orgullo de la naturaleza, hasta esa suntuosa obra maestra.

Yo, resistiéndome apenas, no pude evitar el palpar lo que no podía abarcar, una columna del marfil más blanco, maravillosamente veteada con venas azules, coronada por una cabeza descubierta del más vivo bermellón; ningún cuerno podía ser más duro y rígido, pero tampoco ningún terciopelo más suave y delicioso al tacto. Entonces guió mi mano más abajo, hacia esa parte donde la naturaleza y el placer guardan concertadamente sus provisiones, tan bien sujetas y colgadas de las raíces de su primer instrumento y ministro, que también podría ser llamado su tesorero; allí me hizo palpar claramente a través de su suave cubierta, el contenido, un par de bolas redondeadas que parecían juguetear adentro y eludir cualquier presión, salvo la más tierna, que viniese de fuera.

Pero ahora, esa visita de mi tierna y cálida manecita en esas partes tan sensibles habían echado a andar una furia tan ingobernable que desdeñando cualquier preludio, y aprovechando mi conveniente postura, se descargó la tormenta donde yo la aguardaba con impaciencia; finalmente, entonces, sentí la brusca inserción entre los complacientes y divididos labios de la herida, abierta ahora a la vida, donde la estrechez ya no me hacía sufrir dolores intolerables y sólo presentaba a mi amante la resistencia que aumentaba su placer, la de la ajustada apretura de esa tierna y cálida vaina en torno al instrumento al que estaba tan admirablemente ajustada, que ahora se metía en casa tan inflamado de placer que me sofocaba y me cortaba la respiración, seguido por las mortales embestidas, los besos innumerables, cada uno de los cuales era un gozo inexpresable ¡y todo ése júbilo se perdía en una multitud de gozos aún mayores! Pero ese desorden de la naturaleza era demasiado violento para durar. Los recipientes, tan agitados e intensamente calentados, pronto hirvieron y, desbordados, extinguieron momentáneamente el fuego. Mientras tanto, todos estos regodeos y retozos habían consumido la mañana, de modo que fue necesario unir el desayuno y la comida.

En los intervalos de calma, Charles me dio la siguiente versión de sí mismo, que resultó ser enteramente cierta. Era hijo único de

un padre que, teniendo un pequeño puesto en Hacienda, vivía por encima de sus medios y había dado a este joven caballero una magra educación: no le había enseñado ninguna profesión, sino que había decidido ubicarlo en el ejército, comprándole un nombramiento de alférez, siempre que pudiese reunir el dinero o procurarlo mediante un préstamo, sin esforzarse demasiado en ninguno de los dos sentidos. Con tan mediocre plan había permitido ese padre poco previsor que un joven tan prometedor llegara a la edad viril, o cerca de ella, en la total ociosidad y, además, no había hecho ningún esfuerzo por comunicarle siquiera las advertencias más comunes acerca de los vicios de la ciudad y los peligros de toda suerte que acechan a quienes carecen de experiencia y precaución. Vivía en su casa, a discreción de su padre que tenía una querida y, por lo demás, siempre que Charles no le solicitara dinero era indolentemente bondadoso con él; podía dormir fuera cuando lo deseaba; cualquier excusa servía y hasta sus reprimendas eran tan livianas que parecían más bien una complicidad con su falta que un intento de control. Pero, para satisfacer sus necesidades de dinero, Charles, cuya madre había muerto, tenía una abuela que le adoraba. Esa señora tenía una considerable renta y con regularidad se separaba de todos los chelines que le sobraban para dárselos al favorito de su corazón, cosa que irritaba no poco a su padre; éste se enfadaba, no porque ella alimentara de esa forma las extravagancias de su hijo, sino porque prefería a Charles antes que a él. Pronto veremos qué giro fatal iba a tomar esa envidia mercenaria en el pecho de un padre.

De todos modos, gracias al generoso cariño de su abuela, Charles estaba en condiciones de mantener a una querida como yo, que se contentaba tan fácilmente en razón de su amor; mi buena fortuna me puso en su camino, tal como lo he relatado, justo cuando estaba buscando una.

En cuanto a su humor, su permanente dulzura hacía que pareciera destinado a la felicidad doméstica: era tierno, naturalmente cortés y de maneras delicadas; nunca sería por culpa suya que roces y animosidades encresparan una calma que él estaba tan bien calificado para mantener o restaurar. Aun no teniendo esas grandes y brillantes cualidades que constituyen el genio o se prestan para llamar la atención del mundo, tenía todas las humildes que

componen los méritos sociales más gratos: el simple sentido común, combinado con todos los dones de la modestia y el buen carácter, provocaban, si no la admiración, el amor y la estima, que son mucho más hermosos. Pero como lo que primero había atraído mi mirada y fijado mi pasión era la belleza de su persona, yo no era buen juez de esos méritos interiores, que luego tuve amplias ocasiones de descubrir y que, quizás, en esa época de turbación y ligereza, hubiesen conmovido muy poco a mi corazón si hubiesen estado alojados en una persona que era el deleite de mis ojos y el ídolo de mis sentidos. Pero volvamos a nuestra situación.

Después de la cena, que tomamos en la cama en un voluptuoso desorden, Charles se levantó y despidiéndose apasionadamente de mí por unas horas, se marchó a la ciudad donde concertando sus intenciones con un astuto abogado joven, fueron juntos a lo de mi ex venerada señora, de donde el día anterior me había fugado y con la que estaba decidido a arreglar cuentas de modo que yo no tuviese nada que temer por ese lado.

Con esta finalidad emprendieron el camino, pero entonces el Templario, su amigo, meditando acerca de las informaciones que le había proporcionado Charles, vio razones para encarar la visita de otro modo y, en vez de ofrecer satisfacciones, exigirlas.

Cuando entraron, las chicas de la casa rodearon a Charles, a quien conocían, ya que a causa de la hora temprana de mi fuga y de la perfecta ignorancia de que Charles me hubiese visto nunca, y no teniendo la menor sospecha de que había colaborado en mi huida, estaban, a su manera, tratando de recuperar el tiempo perdido; en cuanto a su compañero, lo tomaron probablemente por una posible nueva víctima. Pero el Templario pronto cortó sus avances inquiriendo por la vieja dama con quien —dijo con rostro grave— tenía algunos asuntos que discutir.

La señora bajó inmediatamente y después de que las señoritas abandonaran la habitación, el abogado le preguntó con severidad si conocía y si no había atraído con añagazas, pretendiendo contratarla como criada, a una jovencita recién llegada del campo llamada Frances o Fanny Hill, describiéndome entonces con tanto detalle como pudo gracias a la descripción de Charles.

Es característico del vicio temblar ante los requerimientos de la justicia, y la señora Brown, cuya conciencia no estaba enteramente

tranquila en lo que a mí se refería, por mucho que conociera la ciudad y por mucha práctica que tuviera en mentir ante los peligros de su vocación, no pudo evitar la alarma ante la pregunta, especialmente cuando él siguió hablando de jueces de paz, de Newgate del Old Bailey[1], de sumarios por dirigir un lenocinio, del cepo, y de todo el resto del proceso natural. Ella que, como es lógico, imaginaba que yo había depositado una queja contra su casa quedó muy turbada y comenzó a protestar y dar mil excusas. Pero, para abreviar, ellos salieron triunfantes con mi caja que, si la señora Brown no hubiese estado tan confusa, podría haberles disputado y no sólo eso, sino con una certificación y renuncia de cualquier demanda de la casa, sin más gasto que un cuenco de ponche que, junto con el disfrute de las comodidades de la casa les fue ofrecido y no aceptaron.

Charles actuó todo el tiempo como un acompañante casual del abogado que lo había llevado allí porque conocía la casa y no parecía interesarse en el problema, pero tuvo el placer lateral de escuchar la confirmación de todo lo que yo le había dicho, en la medida en que los temores de la alcahueta le permitieron detallar mi historia que, si nos guiamos por la facilidad con que entró en componendas, no eran pocos.

Phoebe, mi bondadosa tutora Phoebe, había salido, posiblemente tratando de hallarme; si no hubiese sido así, quizás la historia que habían inventado Charles y su amigo no hubiese sido aceptada con tanta facilidad.

Estas negociaciones, sin embargo, requirieron algún tiempo que a mí me hubiese parecido mayor, sola como estaba en una casa extraña, si la posadera, una mujer maternal a quien Charles me había recomendado con liberalidad, no hubiese venido a hacerme compañía. Bebimos té y su charla me ayudó a pasar el tiempo muy agradablemente ya que él era el tema, pero cuando cayó la tarde y pasó la hora fijada para su retorno, no puede evitar la melancolía de la impaciencia y los tiernos temores que se cernieron sobre mí y que nuestro tímido sexo suele sentir en proporción a la fuerza del amor.

Pero no hube de sufrir mucho tiempo: su aparición me recompensó y los suaves reproches que había preparado para él expiraron antes de llegar a mis labios.

Yo estaba todavía en cama, incapaz de usar mis piernas más que con mucha torpeza y Charles se precipitó hacia mí, me cogió en sus brazos, mientras yo levantaba y extendía los míos para recibir su amado abrazo, rindiéndome cuentas, interrumpidas por muchos dulces paréntesis de besos, del éxito de sus gestiones.

No pude evitar la risa, ante el susto que había pasado la anciana, para el que mi ignorancia y, por cierto, mi inocencia no me habían preparado. Aparentemente, ella había supuesto que yo había huido para refugiarme en casa de algún pariente que había recordado en la ciudad, a causa de mi disgusto con su actitud y procedimientos para conmigo y que la solicitud venía de allí, ya que, como Charles había previsto con buen juicio, ningún vecino había visto, a esa hora temprana, las circunstancias de mi huida en el coche ni había notado su presencia; tampoco se tenía en la casa la menor sospecha de que yo hubiese hablado con él y, mucho menos, de que hubiese cerrado un súbito trato con un perfecto desconocido; así, la cosa más improbable no es siempre aquella que no debemos creer.

Cenamos con toda la alegría de dos jóvenes atolondrados que veían colmadas todas sus aspiraciones y como yo había entregado gozosamente a Charles toda la carga de mi futura felicidad, no pensaba en nada más que en el exquisito placer de poseerlo.

A la hora adecuada vino a acostarse y en esta segunda noche, como el dolor había desaparecido casi por completo, saboreé a grandes tragos los transportes del más perfecto goce; nadé, me sumergí en la felicidad, hasta que ambos quedamos profundamente dormidos, consecuencia natural de los deseos satisfechos y los ardores apaciguados; sólo despertamos para renovar nuestros embelesos.

Así, disfrutando al máximo del amor y de la vida, nos quedamos diez días en nuestro alojamiento de Chelsea; durante ese tiempo, Charles se cuidó de dar un aspecto favorable a sus salidas de casa y de mantener sus excelentes relaciones con su cariñosa abuela, de la que extraía constantemente provisiones suficientes para solventar la carga que yo constituía para él, una bagatela en comparación con sus más irregulares placeres anteriores.

Entonces, Charles me transportó a un alojamiento privado,

amueblado, en la calle D…, en St. James, donde pagaba media guinea semanal por dos habitaciones y un gabinete en el segundo piso; lo había estado buscando durante algún tiempo y resultaba más conveniente para sus frecuentes visitas que el lugar donde me había alojado antes, una casa que dejé con pena, ya que por haber sido escenario de la primera posesión de mi Charles y de la pérdida de esa joya que no puede perderse dos veces, me era muy querida. El posadero no tuvo razones para quejarse más que porque la generosidad de Charles hizo que lamentara perdernos.

Llegando a nuestro nuevo alojamiento, recuerdo que lo consideré muy bueno, aunque era bastante común, a causa de su precio; pero aunque Charles me hubiese llevado a una mazmorra, su presencia hubiese hecho que me pareciera un pequeño *Versailles*.

La dueña de casa, señora Jones, nos condujo hasta nuestro apartamento y con gran volubilidad nos explicó cuán conveniente era: «su propia doncella nos serviría… personas de la mayor calidad se habían alojado en su casa… el primer piso estaba alquilado a un extranjero, secretario de una embajada, y a su dama… yo parecía una dama de muy buen carácter…». Ante la palabra dama me sonrojé, lisonjeada en mi vanidad; eso era demasiado fuerte para una chica de mi condición, ya que, aunque Charles había tenido la precaución de vestirme en un estilo menos chillón y ostentoso que el de las ropas que tenía cuando huí con él, y de hacerme pasar por su esposa con la que se había casado en secreto y que no exhibía a causa de sus amigos (la vieja historia), me atrevería a jurar que eso pareció apócrifo a una mujer que conocía la ciudad tan bien como ella; pero ése era el menor de sus cuidados. Era imposible tener menos escrúpulos de los que ella tenía y como su única preocupación era alquilar sus habitaciones, la verdad hubiese estado lejos de escandalizarla o hacer que rompiera el pacto.

Un esbozo de su aspecto y su historia personal os dispondrá a comprender el papel que iba a desempeñar en mi vida.

Tenía unos cuarenta y seis años, era alta, delgada y de pelo rojo, con una de esas caras triviales y ordinarias que se ven por todas partes y pasan inadvertidas. En su juventud había sido mantenida por un caballero que, al morir le dejó cuarenta libras al año de renta en consideración de una hija que había tenido con ella; hija que ella vendió a los diecisiete años por una suma no muy

considerable a un caballero que se marchaba como enviado al extranjero y que llevó consigo, a la que trató con gran ternura y con quien se casó secretamente, según se dice; pero insistiendo constantemente en que ella no mantuviera la menor correspondencia con una madre tan baja como para negociar con el fruto de sus entrañas. Pero como no tenía más preocupación ni más pasión que la del dinero, eso no la inquietó más que porque perdía la posibilidad de obtener regalos u otras ventajas posteriores al trato. Indiferente, entonces, por la constitución de su naturaleza a cualquier placer que no fuera el de incrementar su fortuna por cualquier medio, principió a actuar como procuradora privada, para lo que se hallaba no mal dotada a causa de su apariencia grave y decente, por la que a veces arreglaba alguna boda; en una palabra, cualquier cosa que pudiera significar una ganancia era tomada en cuenta por ella. Conocía bien los hábitos de la ciudad, no sólo por haber vivido en ella sino por observarla constantemente tratando, además de la promoción de la armonía entre ambos sexos, en préstamos privados y otros secretos provechosos. Alquilaba la casa en que vivía y le sacaba el máximo de provecho, arrendando alojamientos, y aunque poseía por lo menos tres o cuatro mil libras, no se permitía ningún gasto y fiaba su subsistencia en lo que podía exprimir de sus inquilinos.

Cuando vio que una pareja tan joven llegaba bajo su techo, sin duda pensó inmediatamente en cómo podía ganar el máximo con nosotros, por todos los medios que existen de ganar dinero, los cuales quedarían a su alcance, según juzgó correctamente, a causa de nuestra situación e inexperiencia.

En ese santuario y bajo las garras de esa arpía, fijamos nuestra residencia. No sería muy interesante para vos ni agradable para mí entrar en los detalles de los medios mezquinos de que se valía para esquilmarnos; indolentemente, Charles prefería soportarlos antes que tomarse la molestia de mudarse, ya que las diferencias en nuestros gastos eran poco importantes para un joven caballero que no pensaba en límites ni en economías y una campesina que lo ignoraba todo.

Allí, sin embargo, bajo el ala de mi bienamado soberano pasé las horas más deliciosas de mi vida; tenía a mi Charles y, en él, todo lo que mi tierno corazón podía desear o anhelar. Me llevaba al teatro,

a la ópera, a bailes de disfraz, a todas las diversiones de la ciudad, las que sin duda me complacían, pero me complacían infinitamente más porque él estaba conmigo, me lo explicaba todo y disfrutaba, quizás, con las naturales expresiones de sorpresa y admiración que semejantes espectáculos suscitan al principio en una campesina para quien eran nuevos esos placeres; para mí, probaban el poder y el dominio total de la única pasión de mi corazón, una pasión en la que se concentraban cuerpo y alma y que no me dejaba lugar para saborear en la vida más que el amor.

En cuanto a los hombres que veía en esos lugares o en otros cualesquiera, sufrían tanto en la comparación que hacían mis ojos entre ellos y mi Adonis que no tuve que reprocharme ni la infidelidad de un pensamiento pasajero acerca de ellos. Charles era él universo para mí y todo lo que no era él, no era nada.

Mi amor era, en una palabra, tan excesivo, que llegó a aniquilar cualquier sugestión o chispa de celos, porque una idea que sólo tendiera en esa dirección me provocaba tormentos tan indescriptibles que mi egoísmo y el temor a algo peor que la muerte me hicieron renunciar para siempre a considerarlos; tampoco tuve, por cierto, ocasión de ello, porque si os narrara aquí varias instancias en las que Charles me sacrificó a mujeres más importantes de lo que oso insinuar (lo que, considerando su aspecto, no era de extrañar) podría ciertamente daros pruebas de su inconmovible constancia, pero ¿no me acusaríais de recalentar un festín con el que mi vanidad tendría que haber quedado satisfecha tiempo ha?

Cuando descansábamos de nuestros activos placeres, Charles se complacía instruyéndome, de acuerdo a sus propias luces, en muchos detalles de la vida que yo ignoraba totalmente, a consecuencia de mi nula educación; y no permití que una sola palabra cayera en vano de la boca de mi encantador maestro; quedaba suspendida de cada sílaba y recibía como oráculos todo lo que decía; los besos eran la única interrupción que no me rehusaba a admitir, de unos labios que respiraban todos los perfumes de Arabia.

En poco tiempo, los progresos realizados me permitieron probar la profunda atención que había prestado a todo lo que me había dicho, repitiéndoselo casi palabra por palabra y, para demostrarle

que no era sólo un papagayo sino que reflexionaba y profundizaba en ello, agregaba mis propios comentarios y preguntaba, pidiendo más explicaciones.

Mi acento campesino y la rusticidad de mi paso, mis modales y mi porte comenzaron a desaparecer, tan rápidas eran mis observaciones y tan eficaces mis deseos de volverme cada día más digna de su amor.

En cuanto al dinero, aunque me traía constantemente todo el que recibía, fue con gran dificultad que logró que lo guardara en mi tocador; en cuanto a las ropas, podía obligarme a aceptarlas sólo por complacerlo con la elegancia de mis vestidos, más allá de lo cual no abrigaba ambiciones. Para mí los mayores sacrificios hubiesen constituido un placer y lo hubiese mantenido con la mayor de las alegrías; imaginaos entonces si hubiese podido albergar la idea de ser una carga para él. Mi desinterés era tan natural y poco afectado, venía tan directamente de mi corazón, que Charles no podía menos que sentirlo y si no me amaba tanto como yo a él (el único punto de dulces desacuerdos entre nosotros), se las arreglaba, por lo menos, para darme la satisfacción de creer que era imposible que un hombre fuera más tierno, más sincero y más leal que él.

Nuestra dueña de casa, la señora Jones, venía con frecuencia a nuestro apartamento del cual yo no salía nunca, por ningún pretexto, sin Charles; no pasó mucho tiempo sin que descubriera, con poco esfuerzo, que nos habíamos saltado la ceremonia en la iglesia y supiera cuáles eran los términos en que se basaba nuestra unión. La circunstancia no la disgustó, considerando los designios que tenía para conmigo, designios que ¡ay!, pronto podría ejecutar. Pero mientras tanto, su propia experiencia de la vida le permitía ver que cualquier intento, por indirecto o disfrazado que fuera, de distraer o romper los lazos que unían nuestros corazones, sólo serviría para que perdiera dos inquilinos de los que sacaba buenas ventajas y que harían humo su comisión, ya que uno de sus clientes le había ofrecido una comisión si me corrompía o lograba, por lo menos, separarme de mi amante.

Pero la brutalidad de mi destino le ahorró rápidamente la tarea de separarnos. Ya había pasado once meses con esta vida de mi vida, meses que habían transcurrido en una rápida corriente de delicias; pero una cosa tan violenta nunca puede durar. Yo estaba

embarazada de tres meses, una circunstancia que podría haber acrecentado su ternura si eso hubiese sido posible, cuando el mortal e inesperado golpe de la separación cayó sobre nosotros. Pasaré rápidamente sobre los detalles que aún me hacen temblar cuando los recuerdo; hasta hoy no comprendo cómo ni por qué medios pude sobrevivir.

Había pasado dos días interminables sin saber de él, yo que no respiraba, que no existía más que por él, y nunca había pasado veinticuatro horas sin verle o tener noticias suyas. Al tercer día mi impaciencia era tan fuerte, mi alarma tan severa que me sentí enferma; siendo incapaz de soportar más tiempo mi desazón, me derrumbé en la cama y mandé por la señora Jones, que siempre había colmado mis desasosiegos. Apenas tuve las fuerzas y el ánimo necesarios para hallar las palabras y suplicarle, si quería salvarme la vida, que encontrara alguna forma de saber qué había sido de su único sostén. Me compadeció de una forma que aumentó mi aflicción, en vez de disimularla, y salió a cumplir mi encargo.

No tuvo que ir muy lejos para llegar a casa del padre de Charles que vivía cerca, en una de las calles que desembocan en Covent Garden. Allí fue a una taberna y desde ella envió por una doncella cuyo nombre le había dado yo, como el de la más adecuada para informarla.

La doncella acudió rápidamente y, con la misma rapidez, cuando la señora Jones le preguntó qué había sido del señorito Charles, la familiarizó con el destino del hijo de su amo que, al día siguiente de ocurrir, ya no era un secreto para los sirvientes. Había tomado medidas muy seguras para castigar cruelmente a su hijo por interesar más que él a su abuela, aunque usó un pretexto bastante plausible para quitárselo de encima de forma secreta y abrupta, por temor a que el cariño de la abuela se hubiese opuesto a que abandonase Inglaterra emprendiendo el viaje que había concertado para él. El pretexto fue que era indispensable asegurarse una considerable herencia que recaía sobre él a causa de la muerte de un rico comerciante (su hermano) en una factoría de los mares de Sur, acerca de lo cual había recibido recientes noticias junto con una copia del testamento.

Para lograr su resolución de alejar a su hijo había hecho los preparativos necesarios para despacharlo; cerró trato con el capitán

de un barco cuya puntual ejecución de sus órdenes se aseguró por medio del principal propietario de la nave y, en una palabra, concertó sus medidas tan secreta y efectivamente que mientras su hijo creía que recorrería el río durante unas horas, fue detenido a bordo del barco, se le prohibió escribir cartas y se le vigiló más estrechamente que si hubiese sido un criminal.

Así me fue arrebatado el ídolo de mi corazón, obligado a emprender un largo viaje, sin llevar consigo un amigo ni recibir una línea de consuelo, excepto una seca explicación e instrucciones de su padre acerca de cómo debía proceder cuando llegara al puerto de destino, que incluían unas cartas de recomendación para un agente que estaba allí; todos estos detalles no los supe hasta algún tiempo después.

Al mismo tiempo, la doncella añadió que estaba segura de que esa forma de tratar a su gentil señorito sería la muerte de su abuela, cosa que se probó como cierta, ya que la anciana señora, al enterarse, no sobrevivió ni un mes y como su fortuna consistía en una renta anual de la que nada había ahorrado, nada dejó que valiera la pena mencionar a su tan envidiado favorito; pero se negó redondamente a ver al padre antes de morir.

Cuando la señora Jones volvió y observé su aspecto, parecía tan despreocupada y casi complacida que me dije que iba a tranquilizar a mi torturado corazón, dándome buenas noticias; pero eso era un cruel engaño de la esperanza: esa mujer brutal atravesó mi corazón con un puñal, diciéndome con toda la frialdad imaginable que había sido enviado a un viaje que duraría cuatro años, por lo menos (en esto exageró maliciosamente), y que lo más razonable era pensar que no volvería a verle; todo eso con detalles tan concretos que no pude evitar creerla ya que, en conjunto, eran demasiado ciertos.

Apenas había terminado su informe cuando me desvanecí y después de varias convulsiones sufridas mientras estaba sin sentido, perdí la querida prenda del amor de mi Charles. Pero los condenados nunca mueren cuando deben hacerlo y es proverbial la fortaleza de las mujeres.

Los crueles e interesados cuidados que se tomaron para salvarme, preservaron una vida odiosa que, en vez de la felicidad y los gozos que la habían llenado, súbitamente no presentaba más perspectivas que el más profundo dolor, horror y la más aguda

aflicción.

Así yací durante seis semanas, mientras la juventud y la naturaleza luchaban contra los amistosos esfuerzos de la muerte que yo invocaba constantemente, buscando en ella alivio y liberación; pero la muerte fue débil y finalmente me recuperé, en un estado de estupefacción y angustia que amenazaba mi razón y podría conducirme al manicomio.

Sin embargo, el tiempo, ese gran consolador, comenzó a suavizar la violencia de mis sufrimientos y a adormecer mis sensaciones. Recuperé la salud, aunque conservaba un aire apenado, desanimado y lánguido que, robándome los colores de mi complexión campesina, la volvieron más delicada y patética.

Mientras tanto, mi dueña de casa me había proporcionado lo necesario y se había cuidado de que no me faltara nada; en cuanto vio qué estaba en condiciones de satisfacer sus propósitos, una noche, mientras cenábamos juntas, me felicitó por mi recuperación cuyo mérito se atribuyó por entero, y después de esa introducción siguió con un terrible y grosero epílogo.

—Ahora, señorita Fanny —me dijo—, está bastante bien y podrá quedarse en el apartamento tanto tiempo como lo desee; ya ve que durante tanto tiempo no le he pedido nada, pero en verdad, tengo derecho a exigirle una suma de dinero que debe ser pagada.

Y sobre eso, me presentó una cuenta de cantidades vencidas y no pagadas por el alquiler, la comida, los gastos de botica, enfermera, etc., que sumaba un total de veintitrés libras, diecisiete chelines y seis peniques. Para pagarla, lo único que tenía en el mundo (y ella lo sabía muy bien) eran siete guineas de mi querido Charles que por casualidad habían quedado en mi poder. Al mismo tiempo, ella quería saber cuándo podría saldar la deuda. Me eché a llorar y le dije en qué condiciones estaba, añadiendo que vendería los pocos vestidos que tenía y que trataría de pagar el resto lo antes posible. Pero mi angustia, que convenía a sus designios, la endureció más aún.

Me dijo fríamente, que «sentía mucha compasión por mis desgracias pero que debía hacerse justicia, aunque le dolería mucho enviar a prisión a una niña tan frágil…». Al oír la palabra «prisión» se me heló la sangre y mis temores actuaron con tanta fuerza que palideciendo y desfalleciendo como un criminal ante la visión del

patíbulo, estuve a punto de desvanecerme. Mi dueña de casa que sólo quería asustarme hasta un cierto punto, y no causar un estado corporal poco adecuado para sus designios, comenzó a calmarme nuevamente y me dijo, en un tono más suave y compasivo que «sería culpa mía si la obligaba a llegar a esos extremos, pero que creía que existía un amigo que podría arreglar todo a nuestra mutua satisfacción y que lo traería a tomar el té esa misma tarde y que esperaba que pudiéramos llegar a solucionar todos nuestros problemas». No respondí nada: estaba muda, confundida, aterrorizada.

La señora Jones, sin embargo, considerando que era mejor actuar mientras mis temores estaban muy vivos, me dejó sola con los terrores de una imaginación herida de muerte por la idea de ir a prisión, y que se aferraba a cualquier posibilidad de salvarse por un principio de supervivencia.

Permanecí media hora en esta situación, devorada por la pena y la desesperación; cuando volvió la señora Jones y observó mi mortal abatimiento, fingió sentir piedad y trató de animarme. Me dijo que «las cosas no serían tan malas como yo imaginaba si me comportaba con sensatez» y terminó diciendo que «había traído a un caballero muy honorable a tomar el té conmigo y que me aconsejaría muy bien acerca de la mejor manera de solucionar mis problemas». Después de lo cual, y sin aguardar respuesta, salió y volvió con este honorable caballero, cuya honorable alcahueta había sido la señora Jones en esta y en otras ocasiones.

El caballero, al entrar en la habitación, me saludó con mucha cortesía; yo apenas tuve las fuerzas y la presencia de ánimo necesarias para responder con una reverencia, mientras la casera, que se encargaba de hacer los honores de esta primera entrevista (ya que no recordaba haber visto nunca a este caballero), dispuso un asiento para él y otro para sí misma. Durante todo ese tiempo, nadie dijo una palabra, lo único que yo podía hacer era mirar estúpidamente a mi visitante.

Se preparó el té y mi dueña de casa, poco dispuesta, supongo, a perder su tiempo dijo, observando mi timidez ante este completo desconocido:

—Vamos, señorita Fanny; levante la cabeza, hija, y no deje que la pena estropee su bonita cara. ¡Vaya! Las penas sólo duran un

tiempo; vamos, ¡libérese! Aquí hay un cumplido caballero que ha sabido de sus infortunios y está dispuesto a servirla. Debe tratar de conocerle mejor; no se ponga puntillosa y cierre el trato mientras pueda.

Ante esta delicada y elocuente arenga, el caballero, viendo que yo parecía asustada y asombrada y, por cierto, incapaz de responder, le reprochó que dijera las cosas de una manera tan brusca, más apta para ofenderme que para inclinarme a aceptar los beneficios que me ofrecía; luego, dirigiéndose a mí me dijo que «conocía perfectamente toda mi historia y los detalles de mi desgracia, que reconocía la crueldad de mi caída, tratándose de alguien tan joven como yo… que desde hacía tiempo gustaba de mi persona y que por esa razón se había dirigido a la señora Jones, allí presente, pero que habiendo sabido que yo estaba totalmente comprometida con otra persona había perdido toda esperanza de éxito hasta que se había enterado de mi súbito cambio de fortuna, momento en que había dado orden a mi dueña de casa para que no me faltara nada y que si no se hubiera visto obligado a viajar a La Haya a causa de sus negocios, él mismo me hubiese atendido durante mi enfermedad… que a su vuelta, que había tenido lugar el día anterior, enterado de mi curación, se sirvió de los buenos oficios de mi dueña de casa para serme presentado y que estaba tan enfadado como yo, molesto por la forma en que se había conducido, so pretexto de obtener su felicidad y que, para demostrarme cuánto desaprobaba ese procedimiento y cuán lejos estaba de aprovecharse de mi desventajosa situación y de tratar de asegurarse mi gratitud, pagaría, en ese mismo momento y en mi presencia, mi deuda y me entregaría el recibo, después de lo cual yo quedaría en libertad de rechazar o aceptar su oferta, ya que no deseaba forzar mis inclinaciones».

Mientras me exponía sus sentimientos, me aventuré a levantar la vista y observar su figura, que era la de un agradable caballero, bien hecho, de unos cuarenta años, vestido con ropas corrientes, que llevaba un enorme anillo de diamantes en uno de sus dedos; sus reflejos me deslumbraban cuando movía su mano al hablar y me dieron una idea más elevada de su importancia. En pocas palabras, podía pasar por lo que se llama generalmente un gentilhombre, dotado de la distinción natural de los de su nacimiento y condición.

Sin embargo, no respondí más que con lágrimas a todos sus discursos, lágrimas que, para mi alivio, fluían generosamente y ahogando mi voz me impedían hablar, cosa muy afortunada, porque no hubiera sabido qué decir.

Ése espectáculo lo conmovió, según me dijo después, de forma irresistible y tratando de darme alguna razón para estar menos afligida, sacó su bolsa y pidiendo papel y pluma, que la señora Jones ya tenía preparados, le pagó hasta el último cuarto de penique de mi deuda, además de una generosa gratificación que le entregaría sin que yo lo supiera; tomando el recibo me forzó muy tiernamente a tomarlo y luego guiando mi mano, donde lo había puesto, me hizo guardarlo en el bolsillo.

Yo seguía en un estado de estupidez o melancólica desesperación, ya que mi ánimo no lograba recobrarse de los violentos golpes que había recibido; la complaciente dueña de casa se había marchado de la habitación antes de que me diera cuenta, dejándome sola con el caballero desconocido. Cuando lo advertí, observé la situación sin alarma porque estaba exánime e indiferente ante todo.

Pero el caballero, que no era un novicio en este tipo de transacciones, se acercó a mí y fingiendo consolarme, secó mis lágrimas con su pañuelo; luego se aventuró a besarme; por mi parte no hubo resistencia ni acatamiento. Estaba inmóvil y me consideraba comprada por el pago que se había realizado en mi presencia; no me importaba lo que pudiese sucederle a mi desdichado cuerpo y, careciendo de vitalidad, ánimo o valor para oponer la menor resistencia, ni siquiera a causa de la modestia de mi sexo, soporté mansamente lo que el caballero deseaba. Éste, pasando insensiblemente de una a otra libertad, insinuó su mano entre mi pañoleta y mi pecho, que palpó a discreción. Al no encontrar resistencia y descubrir que todo favorecía, más allá de sus esperanzas, la consumación de sus deseos, me tomó en sus brazos y me llevó sin que hiciera un movimiento, hasta la cama donde me apoyó suavemente y teniéndome a su entera disposición, no supe lo que estaba haciendo hasta que, recuperándome de un trance de insensibilidad inanimada, lo hallé clavado en mí, mientras yo yacía pasiva e inocente de la menor sensación de placer; un cadáver difícilmente podría haber tenido menos vida que yo.

En cuanto hubo pacificado así una pasión que poco había respetado la condición en que me encontraba, salió y después de arreglar el desorden de mis ropas se esforzó, con la mayor de las ternuras, por calmar los transportes de remordimiento y furia que se apoderaron de mí (demasiado tarde, lo confieso) al comprender que había soportado, en aquella cama, los abrazos de un desconocido. Me arranqué los cabellos, me retorcí las manos, y me golpeé el pecho como una loca. Pero cuando mi nuevo amo —porque así lo consideraba— se esforzó por tranquilizarme, como toda mi furia estaba dirigida contra mí, ya que no me sentía autorizada a dirigirla contra él, le rogué con más sumisión que enojo que me dejara sola, para que pudiera disfrutar mi aflicción en silencio. A esto se negó, por miedo, según dijo, a que me hiciera daño a mí misma.

Las pasiones violentas raramente duran mucho y las de las mujeres, menos todavía. Una calma chicha siguió a la tempestad que terminó en una profusa lluvia de lágrimas.

Si unos instantes antes alguien me hubiera dicho que iba a conocer a un hombre que no fuera Charles, le hubiese escupido en la cara; y si me hubiesen ofrecido una suma infinitamente superior de la que se había pagado por mí, hubiese despreciado la proposición. Pero nuestras virtudes y nuestros vicios dependen demasiado de nuestras circunstancias; inesperadamente acosada, traicionada por mi mente, debilitada por una grave enfermedad y atontada por el miedo a la cárcel, mi derrota aparece más disculpable ya que, ciertamente, yo no estaba presente ni participé, en ningún sentido, en ella. Pero como el primer usufructo es decisivo y él ya había atravesado la barrera, pensé que ya no tenía derecho a rehusar las caricias de alguien que estaba en posición tan ventajosa, sin considerar cómo la había obtenido. Considerándome de acuerdo a este criterio, juzgué que estaba enteramente en su poder y soporté sus besos y sus abrazos sin luchas ni enfado; no porque me causaran placer o prevalecieran sobre la aversión de mi alma; lo que soporté fue a causa de una especie de gratitud y como algo natural, después de lo que había pasado.

Con todo, él tuvo la precaución de no intentar repetir los extremos que me habían arrojado a una agitación tan violenta; ahora, seguro de la posesión, se contentó con calmarme gradualmente y aguardar, de la mano del tiempo, los frutos de la

generosidad y el galanteo que se reprochaba haber cosechado todavía verdes cuando, cediendo a la invitación de mi imposibilidad de resistir e impulsado por sus deseos, había descargado su pasión en un cuerpo inanimado, muerto para el placer, ya que como no lo tomaba había que suponerlo incapaz de darlo. Lo que sin duda es cierto es que mi corazón nunca le perdonó enteramente la forma en que me había tomado, aunque desde un punto de vista interesado, tenía razones para estar complacida de que hubiese hallado en mi persona algo que le impidiese abandonarme con la misma facilidad que me había tomado.

Mientras tanto, había llegado la noche y la doncella vino a poner la mesa para la cena; comprendí con alegría que mi dueña de casa, cuya visión era veneno para mí, no comería con nosotros.

Finalmente una simple y elegante cena fue servida y en la mesilla, junto con los demás accesorios, fue depositada una botella de Borgoña.

Cuando la doncella abandonó la habitación, el caballero insistió cariñosamente en que me sentara en la butaca que estaba junto al fuego y le mirara comer, ya que yo no estaba dispuesta a hacerlo. Obedecí, con el corazón lleno de tristeza, por la comparación de los deliciosos *tête-à-tête* con mi adorado joven y esta situación forzada, esta nueva escena incómoda que me era impuesta por la cruel necesidad.

Durante la cena, y después de muchos argumentos para tranquilizarme y reconciliarme con mi destino me dijo que su nombre era H…, que era hermano del conde de L… y que habiéndome visto, por sugerencia de mi dueña de casa, me había encontrado de su gusto y le había encargado que me procurase a cualquier precio; y que habiendo tenido éxito deseaba que mi satisfacción fuese tan grande como la suya. Agregó finalmente unas halagadoras seguridades de que no tendría razones para arrepentirme de haberle conocido.

Yo había tomado por lo menos media perdiz y tres o cuatro vasos de vino, que me obligó a beber para restaurar la naturaleza; y eso porque había algo extraordinario en el vino o porque no hacía falta más para revivir el ardor natural de mi constitución y volver a encender la vieja hoguera, comencé a considerar al señor H… menos coactivamente y con menos disgusto que hasta ese momento;

de todos modos, no había ni una pizca de amor mezclada con esa dulcificación de mis sentimientos; cualquier otro hombre hubiese sido lo mismo que el señor H… si hubiese estado en las mismas circunstancias y hubiese hecho conmigo y para mí lo que él había hecho.

En la tierra no hay dolores eternos; los míos, si no habían llegado a su fin, estaban, por lo menos, en suspenso; mi corazón, que había estado tanto tiempo sobrecargado de angustia y disgusto, comenzó a dilatarse y a abrirse ante el menor atisbo de diversión y entretenimiento. Lloré un poquitín y mis lágrimas me aliviaron; suspiré y mis suspiros parecieron aligerarme de una carga que me oprimía; mi rostro se volvió si no alegre, por lo menos más compuesto y libre.

El señor H…, que vigilaba y quizás había provocado ese cambio, era demasiado inteligente para no aprovecharlo; imperceptiblemente corrió la mesa que nos separaba, y colocando su silla delante de la mía pronto comenzó, después de prepararme con todas las seguridades y protestas de cariño, a coger mis manos, a besarme y a tomarse libertades con mi pecho que, estando plenamente libre y apenas cubierto por una floja bata, ahora palpitaba y latía, no tanto por la indignación sino por el miedo y la vergüenza, al ser usado con tanta familiaridad por un desconocido. Pero pronto me dio más ocasión para las exclamaciones, agachándose y deslizando una mano sobre mis ligas; luego se esforzó por recuperar el paso que antes había encontrado tan abierto y poco protegido, pero ahora no pudo abrir mis muslos cruzados. Yo me quejé dulcemente y le rogué que me dejara sola, diciéndole que no me encontraba bien, pero viendo que mi resistencia era más formal que seria, puso sus condiciones para desistir de sus intenciones: yo debía acostarme inmediatamente mientras él daba algunas instrucciones a la dueña de casa y él volvería dentro de una hora, momento en que esperaba hallarme más reconciliada con su pasión de lo que estaba ahora. Yo no afirmé ni negué, pero mi aspecto y la forma en que recibí su proposición le demostró que yo no me sentía capaz de negarme.

Así se marchó, y uno o dos minutos después, antes de que pudiese recuperar mi compostura para pensar, entró la doncella con el ponche de bodas de su ama, diciéndome que lo tomara antes de

acostarme, cosa que hice, sintiendo inmediatamente un calor, un fuego que recorría todo mi cuerpo; ardía, me agitaba y poco me faltaba para desear la presencia de un hombre cualquiera.

En cuanto estuve en la cama, la doncella cogió la vela y deseándome las buenas noches salió de la habitación, cerrando la puerta detrás suyo.

Apenas habría tenido tiempo de llegar abajo cuando el señor H… abrió suavemente mi puerta y entró, ya desvestido, con su camisa de dormir y su gorro y dos velas encendidas; cerró la puerta con llave, cosa que me causó alguna alarma. Se acercó de puntillas a la cama y dijo en un suave murmullo:

—Por favor, querida, no te alarmes… seré muy tierno y bondadoso contigo.

Luego se quitó apresuradamente las ropas y se metió en la cama, habiéndome proporcionado suficientes oportunidades, mientras se desvestía, para observar su musculosa estructura, sus fuertes miembros y su pecho áspero y velludo.

La cama se sacudió al recibir ese nuevo peso. Él quedó del lado de fuera, donde mantenía las velas encendidas, sin duda para poder satisfacer todos sus sentidos, porque en cuanto me hubo besado, levantó las ropas de cama y pareció transportado por la visión completa de mi persona, que cubrió con profusión de besos, sin perdonar ninguna de mis partes. Entonces, arrodillado entre mis piernas, levantó su camisa y dejó a la vista sus muslos velludos y su rígida y vigilante cachiporra, con su cima roja, enraizada en un matorral de rizos que cubrían su vientre hasta el ombligo, dándole el aspecto de un cepillo humano; pronto lo sentí pegado a mí cuando impulsó el clavo hasta la cabeza, sin dejar más separación que los vellos de ambas partes.

Ahora lo tenía, lo sentía, y cuando comenzó a moverse, convocó con tanta fuerza a la naturaleza en su morada favorita que no pudo rehusarse a resarcirle; todos mis instintos animales corrieron tan mecánicamente hacia ese centro de atracción que, finalmente, caliente por dentro y agitada como estaba, perdí toda inhibición; cediendo a la fuerza de las emociones, entregué, como simple mujer, esas efusiones de placer que de acuerdo a las exigencias de un amor fiel podría haber deseado contener.

Pero ¡oh!, qué diferencia inmensa sentí entre esta impresión de

un placer meramente animal y encendido por la colisión de los sexos, por un efecto físico pasivo, y la dulce furia, esa rabia de activo deleite que corona los gozos de una pasión amorosa mutua en la que dos corazones, tierna y sinceramente unidos se juntan para exaltar su júbilo y comunicarle un espíritu y un alma que desafía a esa culminación en que desaparecen los deseos meramente momentáneos, ¡que mueren de un exceso de satisfacción!

El señor H… a quien las distinciones de este tipo no parecían preocupar, apenas me dio o se tomó tiempo para respirar después del último encuentro sino que, como si se hubiese propuesto probar que su aspecto vigoroso no era una vana señal, estaba en condiciones de reanudar las actividades pocos minutos después; entonces, y con un preludio de abundantes besos siguió el mismo camino que antes, con no disminuido fervor y así, en repetidas acciones me mantuvo en constante ejercicio hasta el amanecer. Durante todo ese tiempo me volví muy sensible a las virtudes de la firme textura de sus miembros, sus anchos hombros, su generoso pecho, sus músculos duros y compactos; en una palabra una virilidad que podría haber sido un buen retrato de nuestros antiguos y rudos barones, cuando blandían el hacha de guerra; raza que ahora se ha refinado y malgastado en las figuras más delicadas y modernas de nuestros nerviosos alfeñiques que son tan pálidos, tan bonitos y casi tan masculinos como sus hermanas.

Finalmente, el señor H…, satisfecho al ver que amanecía sobre sus triunfos, me abandonó a los placeres de un reposo que ambos necesitábamos; pronto caímos en un profundo sueño.

Aunque él despertó algún tiempo antes que yo, no trató de interrumpir un descanso tan bien ganado, pero en cuanto me moví, cosa que sucedió después de las diez, tuve que soportar otra prueba de su virilidad.

A eso de las once, entró la señora Jones, con dos tazones de una riquísima sopa; su experiencia en estos menesteres la había movido a prepararla. Pasaré por alto los cumplimientos de mal gusto, la hipocresía de alcahueta decente con que nos saludó; pero aunque me hervía la sangre al verla, suprimí mis emociones y me ocupé en reflexionar acerca de las consecuencias del nuevo compromiso que había asumido.

Pero el señor H… que comprendió mi inquietud, no me dejó

languidecer mucho tiempo en garras de mi preocupación. Me comunicó que, habiendo concebido un sólido y sincero afecto por mí, me daría una importante prueba de ello sacándome de una casa que, por muchas razones, debía resultarme fastidiosa y desagradable, llevándome a un alojamiento adecuado, donde cuidaría de mí de la mejor forma imaginable; y deseando que yo no tuviese que dar explicaciones a la dueña de casa ni sintiera impaciencia por su retorno, se vistió y salió, dejándome una bolsa con veintidós guineas en su interior, era todo lo que llevaba consigo, según dijo, para que mis bolsillos no quedaran vacíos hasta que llegaran más suministros.

En cuanto se hubo ido, sentí las consecuencias habituales de la primera zambullida en el vicio (ya que mi relación amorosa con Charles nunca se me había aparecido bajo esa luz). Instantáneamente fui arrastrada por la corriente, sin poder volver a la costa. Mis terribles necesidades, mi gratitud y, para decir la verdad, la disipación y la diversión que comenzaba a encontrar en este conocimiento, me alejaban de los pensamientos negros y destructores que se habían apoderado de mi corazón desde que la ausencia de mi querido Charles me había abrumado. Ahora, si pensaba en mi primer y único seductor, era con la ternura y la pena del más grande amor, envenenado por la conciencia de que ya no era digna de él. Hubiese mendigado a su lado por todo el mundo pero ¡desgraciada de mí!, no tenía la virtud ni el valor necesarios para sobrevivir a nuestra separación.

Sin embargo, si mi corazón no hubiese estado comprometido, el señor H… hubiese sido, probablemente, su único dueño; pero el sitio estaba ocupado y sólo por la fuerza de las circunstancias se había adueñado de mi persona, cuyos encantos habían sido, por cierto, su único objeto y pasión y no constituían sin duda, una base para un amor muy delicado o muy duradero.

No volvió hasta las seis de la tarde, para llevarme a mi nuevo alojamiento; como mis posesiones fueron prontamente embaladas y entregadas a un coche de alquiler, me costó poco esfuerzo despedirme de una dueña de casa con la que no tenía muchas razones para estar complacida. Por su parte, a ella no le interesaba si yo me quedaba o me iba más que por la ganancia resultante.

Pronto llegamos a la casa elegida para mí que era la de un

simple tendero que, por razones de intereses, estaba enteramente a la merced del señor H… y que le arrendó el primer piso, muy gentilmente amueblado por dos guineas semanales; allí quedé instalada, con una doncella para servirme.

Se quedó conmigo esa noche y nos trajeron la cena de una taberna vecina; después de eso y un par de alegres vasos, la doncella me acostó. El señor H… me siguió con prontitud y pese a las fatigas de la noche anterior no me dio cuartel ni remisión; se jactaba, como me dijo, de hacerme los honores de mi nuevo apartamento.

Desayunamos cuando la mañana estaba bastante avanzada y ahora que se había roto el hielo, mi corazón, que ya no estaba absorto por el amor, comenzó a aliviarse y complacerse con las bagatelas que usaba el señor H… para hacer su generosa corte a la vanidad de nuestro sexo. Sedas, encajes, pendientes, collares de perlas, reloj de oro, o sea, todos los artículos y chucherías fueron amontonados frente a mí con liberalidad. Esto, aunque no creó una respuesta amorosa, forzó una especie de cariño agradecido, algo parecido al amor; distinción que estropearía el placer de nueve décimas partes de los hombres que mantienen una querida, si la hicieran; y supongo que ésa es la razón por la que tan pocos de ellos la hacen alguna vez.

Ahora yo era una mantenida formal, bien alojada, con una renta suficiente e iluminada por todo el resplandor de mis ropas.

El señor H… continuaba siendo tierno y bondadoso conmigo pero, pese a eso, yo estaba lejos de ser feliz, porque, además de echar de menos a mi adorado joven (cosa que, aunque con frecuencia olvidaba, volvía a mí con renovada violencia en algunos momentos de melancolía), anhelaba más compañía, más diversiones.

El señor H…, que tanta experiencia y conocimiento tenía de las costumbres femeninas, sin duda por haber conocido gran número de mujeres, pronto percibió mi inquietud y sin aprobarme ni gustar más de mí por ello, tuvo la complacencia de acceder a mi capricho.

Organizó cenas en mi alojamiento a los que invitó a varios compañeros de parrandas y a sus amantes; de éste, modo, logré tener un círculo de relaciones que pronto me arrebató los restos de vergüenza y modestia que restaban de mi educación campesina y

que eran quizás, para un gusto fino, el mayor de mis encantos.

Nos visitábamos formalmente las unas a las otras e imitábamos tan bien como nos era posible las desgracias, las locuras y las impertinencias de las mujeres de calidad, que sirven a éstas para perder su tiempo sin que entre nunca en sus cabecitas la idea de que en la tierra no puede subsistir nada más tonto, más chato, más insípido y desprovisto de valor de lo que es, en general, su sistema de vida; por cierto que, si los hombres las condenaran a él, los considerarían tiranos.

Pero aunque entre las mantenidas conocí muy pocas (y ahora mantenía relaciones con muchas, además de unas útiles matronas que vivían por medio de su vinculación con ellas) que no detestaran por completo a sus amantes y, por supuesto, tenían muy pocos escrúpulos para traicionarlos, no se me había ocurrido la idea de agraviar al mío; además de que ningún signo de celos me sugirió la idea ni provocó el deseo de jugarle una mala pasada, su constante generosidad, su cortesía y su tiernas atenciones forzaban una consideración que, aunque no afectara a mi corazón, le aseguraba mi fidelidad. Además, aún no se había presentado un objeto que superase el gusto habitual que sentía por él y estaba en vísperas de obtener, por un movimiento de su espontánea generosidad, una modesta renta vitalicia, cuando sucedió un accidente que revocó todas las medidas que había resuelto tomar en mi favor.

Ya había vivido siete meses con el señor H… cuando un día, volviendo a casa después de hacer una visita en la que solía demorarme más tiempo, encontré abierta la puerta de calle y a la doncella de la casa hablando allí con otra persona, de modo que entré sin golpear; cuando pasé me dijo que el señor H… estaba arriba. Subí y entré en mi habitación, sin más idea que quitarme el sombrero, etc., y luego ir a recibirlo al comedor, comunicado con mi alcoba por una puerta, como es habitual. Mientras desataba las cintas de mi sombrero me pareció oír la voz de Hannah, mi doncella, y una especie de forcejeo que despertó mi curiosidad. Fui silenciosamente hacia la puerta, donde se había caído un nudo de la madera, proporcionando una excelente mirilla para contemplar la agitada escena en que estaban enzarzados los actores; tanto que no me habían oído abrir la puerta cuando pasé del descansillo de la escalera a mi dormitorio.

La primera visión que apareció fue la del señor H… tirando de esa vulgar rústica hacia un diván que estaba en un rincón del comedor, a lo que la chica sólo oponía una especie de torpe e indecorosa resistencia, gritando con tanta fuerza que yo, situada junto a la puerta, apenas la oía.

—Por favor, señor, no… suélteme… yo no soy para usted… Seguramente usted no querrá rebajarse con una pobre chica como yo… ¡Dios! Señor, mi ama puede volver… Yo no debo… Voy a gritar…

Todo ello no fue obstáculo para que permitiera que, insensiblemente, él la llevara hasta el extremo del diván, lugar donde un ligero empellón sirvió para que cayera sin dificultades; y como mi caballero había alcanzado con sus manos la fortaleza de su virtud, ella pensó, sin duda, que era hora de abandonar la discusión y que todo intento de defensa sería vano. Él, arrojándole las enaguas sobre la cara, que ahora estaba rojo escarlata, descubrió un par de muslos gruesos y fuertes y tolerablemente blancos; los apoyó en sus caderas y sacando su arma desenvainada la metió en el lugar hendido, donde pareció encontrar menos dificultades para entrar de las que sin duda se había prometido (por cierto esta desgraciada había dejado su colocación en el campo a causa de un bastardo), ya que todos sus movimientos demostraban que estaba alojado muy a sus anchas. Después que terminó, su *pichoncita* se levantó, dejó caer sus enaguas y alisó su delantal y su pañoleta. El señor H… parecía un poco tonto y sacando algo de dinero se lo entregó, con un aire diferente, exhortándola a ser buena chica y no decir nada.

Si yo hubiese amado a ese hombre, mi naturaleza no me hubiese permitido contemplar la escena pacientemente; me hubiese precipitado y hubiese representado el papel de la princesa celosa con gran violencia. Pero ése no era el caso: sólo mi orgullo estaba herido, no mi corazón, y pude controlarme fácilmente hasta ver cuan lejos era capaz de ir, para que mi conciencia tuviera una certeza completa.

Cuando el menos delicado de los «asuntos» de esta clase hubo terminado, me retiré silenciosamente a mi alcoba, donde empecé a considerar qué debía hacer. Mi primer proyecto fue, naturalmente, entrar corriendo y reprocharles su conducta; eso, por cierto hubiese satisfecho mis emociones y enojos del momento, porque me hubiese

permitido ventilarlos; aunque, pensándolo mejor y no estando segura de las consecuencias que podrían derivarse de ese paso, empecé a dudar; quizás sería mejor disimular mi descubrimiento hasta una ocasión más adecuada, cuando el señor H… hubiese concluido el arreglo de que me había hablado ya que, por cierto, no me sentía capaz de controlar una explicación tan violenta y quizás podría destruir sus proyectos. Por otro lado, la provocación parecía demasiado basta, demasiado flagrante para no dar nacimiento a ideas de venganza; la sola aparición de esa idea me devolvió una perfecta compostura y deleitada como me hallaba con el confuso plan que había en mi cabeza, me fue fácil controlarme como para desempeñar el papel de ignorante que me había impuesto. Cuando terminé con estas reflexiones fui en puntillas hasta la puerta del descansillo y abriéndola con ruido fingí haber llegado a casa en ese momento; después de una breve pausa, como para quitarme el sombrero abrí la puerta del comedor, donde encontré a la maritornes soplando el fuego y a mi fiel pastor andando por la habitación y silbando, tan fresco y despreocupado como si nada hubiese sucedido; creo, sin embargo, que no hubiese podido jactarse de superarme en el disimulo ya que yo mantuve noblemente en alto la facilidad para el fingimiento de nuestro sexo y me acerqué a él con el mismo aire de franqueza con que le había recibido siempre. Sólo se quedó un rato, se excusó por no poder pasar la velada conmigo y se marchó.

En cuanto a la criada, había quedado inutilizada, al menos para ser mi sirvienta; apenas pasaron cuarenta y ocho horas antes de que su insolencia, basada en lo que había pasado entre el señor H… y ella, me diera una ocasión tan buena para echarla sin aviso previo, pues el no haberlo hecho hubiese sido asombroso; él no pudo desaprobarlo ni encontrar la menor razón para sospechar de mis motivos. No sé qué fue de ella después, pero el señor H…, generoso como era, sin duda la resarció, aunque me atrevería a afirmar que no mantuvo más comercio carnal con ella; tal vez el hecho de que se inclinara ante un bocado tan ordinario fuera el fruto de un impulso lascivo surgido ante la vista de una frescachona moza campesina; hecho que no debe resultar más extraño que cuando un apetito juguetón, o el hambre, eligen lanzarse sobre un cogote, por cambiar de dieta.

Si no hubiese dado más importancia que ésa a la escapada del señor H… y me hubiese contentado con despedir a la moza, hubiese pensado y actuado correctamente; pero exaltada como estaba por imaginarios agravios, me hubiese parecido que el señor H… escapaba con demasiada facilidad si yo no me aplicaba en mi venganza y le pagaba, tan exactamente como fuera posible, con la misma moneda.

Tampoco demoré mucho en ejecutar este acto de estricta justicia que tan profundamente me preocupaba. Unas semanas antes, el señor H… había tomado a su servicio al hijo de un arrendatario recién llegado del campo, un joven de muy buen ver, de apenas diecinueve años, fresco como una rosa, bien formado y de miembros ágiles; en una palabra, una muy buena excusa para provocar el capricho de cualquier mujer, aunque no hubiese habido una venganza de por medio; quiero decir cualquier mujer sin prejuicios, y con ingenio y espíritu suficientes como para preferir el placer al orgullo.

El señor H… lo había enfundado en una librea y su principal empleo fue, después de conocer la situación de mi casa, traer y llevar cartas o mensajes entre su amo y yo; como la situación de las mantenidas no es de las más adecuadas para inspirar respeto, ni aun en las personas más inferiores y menos aún en las más ignorantes, no pude evitar la observación de que este muchacho, a quien suponía al tanto de mi relación con su amo por los otros sirvientes, me miraba de esa forma vergonzosa y llena de confusión, más expresiva, más conmovedora y más fácilmente notada por nuestro sexo que cualquier otra declaración. Aparentemente, mi figura lo había impresionado y, modesto e inocente como era, no sabía si el placer que sentía al mirarme era amor o deseo, pero sus ojos, naturalmente traviesos, y ahora inflamados de pasión, hablaban mucho más de lo que él debía suponer. Hasta ahora, entonces, sólo había notado el donaire del joven, pero sin el menor designio; mi sola vanidad hubiese sido suficiente para preservarme de cualquier idea en ese sentido si la condescendencia del señor H… con mi criada —que como tentación no equivalía ni a la mitad— no me hubiese mostrado un peligroso ejemplo. Pero ahora comencé a mirar a este mozalbete como a un delicioso instrumento para mi plan de venganza, cuando hubiese debido preferir llegar a la muerte

siendo su deudora.

Para allanar el camino necesario para el cumplimiento de mi plan, en dos o tres oportunidades en que este joven me trajo mensajes, me las arreglé para que entrara, naturalmente, en mi alcoba o me los alcanzase en el tocador, donde estaba vistiéndome; allí le mostraba descuidadamente o le dejaba ver, como sin querer, a veces mi escote, más desnudo de lo que debía estar, a veces mis cabellos, muy abundantes, sueltos mientras los peinaba, a veces una bonita pierna de la que desafortunadamente había resbalado la liga que volvía a atar en su presencia sin el menor escrúpulo, comunicándole las impresiones más favorables a mis propósitos, cosa que percibía por el brillo de sus ojos y el color de sus mejillas. Después, algunas presiones de la mano cuando tomaba las cartas que me traía, terminaron de poner todo a punto.

Cuando lo vi conmovido e inflamado para mis propósitos lo inflamé aún más haciéndole algunas preguntas como: «¿Tenía una amante…? ¿Era más bonita que yo…? ¿Podría amar a alguien como yo…?», y otras cosas del mismo estilo, a todo lo cual el bobalicón, sonrojándose, respondía, según mis deseos, con perfecta naturalidad y perfecta inocencia, pero con toda la torpeza y la simplicidad del campesino.

Cuando pensé que ya estaba maduro para mis laudables propósitos, un día que lo esperaba a una hora convenida me cuidé de que la costa estuviera libre para la recepción que le preparaba y, cuando hube aprontado todo, golpeó en la puerta del comedor. Cuando le ordené que entrara, lo hizo y cerró la puerta tras de sí. Entonces le dije que deseaba que pusiera el cerrojo ya que, de otro modo, no se mantenía cerrada.

Yo yacía a todo lo largo del mismo diván que era escenario de los refinados placeres del señor H… en un deshabillé muy suelto y negligente y tentadoramente desordenado; no llevaba corsé ni tontillo, ni nada que pudiese molestar. Él estaba de pie a poca distancia, permitiéndome admirar a un guapo muchacho campesino, bien formado y saludable, que respiraba las gracias de la juventud en flor; sus cabellos, que eran negros y brillantes, realzaban su cara con rizos naturales y estaban recogidos en un elegante nudo; calzones de ante nuevos y ajustados mostraban las formas de unos muslos gruesos y bien formados; medias blancas,

librea con atadoras y charreteras componían un conjunto en el que las bellezas físicas no sufrían por la humildad del atuendo que parece sentar muy bien a una cierta clase de garbo.

Le hice señas de que se acercara a mí y me diera la carta, arrojando descuidadamente, al mismo tiempo, un libro que tenía en la mano. Él se sonrojó y acercándose para entregarme la carta que me tendió torpemente, fijó su mirada en mi pecho que estaba, gracias al cuidado desorden de mi pañoleta, suficientemente desnudo y más velado que oculto.

Yo, sonriéndole, tomé la carta e inmediatamente cogí la manga de su camisa y lo acerqué a mí, sonrojado y casi tembloroso ya que, seguramente, su extremada timidez y su total inexperiencia hacían necesarios todos estos avances para darle ánimos. Ahora su cuerpo estaba convenientemente inclinado hacia mí y dándole un suave golpe en la barbilla suave y lampiña le pregunté si sentía temor de una dama, con lo que, cogiendo sus manos, las puse sobre mis pechos, apretándolas tiernamente sobre ellos. Ahora estaban muy bien dotados y rellenos, de modo que estremecidos por el deseo se alzaban y bajaban en rápidas palpitaciones bajo sus manos. Ante esto, los ojos del muchacho comenzaron a encenderse con todos los fuegos de la naturaleza en celo y sus mejillas se volvieron escarlata; tartamudeando a causa de la alegría, el éxtasis y la timidez, no podía hablar, pero su aspecto y su emoción me convencieron de que mi preparación había surtido efecto y que no debía temer una desilusión.

Mis labios, que coloqué en su camino de modo que no pudiese evitar besarlos, lo fijaron, lo enardecieron y lo volvieron audaz y ahora, dirigiendo mis ojos hacia la parte de sus vestidos que cubría el objeto esencial para el goce, aprecié claramente la hinchazón y la conmoción que reinaban allí; y como estaba ahora demasiado adelantada para detenerme en tan agradable camino, y no era capaz, por cierto, de contenerme ni de aguardar los lentos avances de su timidez virginal (porque eso parecía y era, en realidad) deslicé mi mano sobre sus muslos, en uno de los cuales podía ver y palpar un cuerpo duro y rígido, confinado por sus calzones, cuyo extremo mis dedos no lograban encontrar. Entonces, sintiendo curiosidad y ansiosa por desvelar un misterio tan alarmante, jugueteando con sus botones que estaban a punto de saltar a causa

de la activa fuerza interior, abrí sin esfuerzo la pretina y el pontón delantero del calzón. Entonces, eso comenzó a salir y ahora, desembarazado de la camisa, vi con maravillada sorpresa, no el juguete de un muchacho, no el arma de un hombre, sino un poste de un tamaño tan enorme que, si sus proporciones hubiesen sido guardadas, debía haber pertenecido a un joven gigante. Su prodigioso tamaño me hizo dudar, pero no podía contemplar o tocar sin placer semejante longitud, semejante espesor de marfil viviente, perfectamente formado. Su orgullosa erección distendía su piel, cuyo suave pulimento y aterciopelada suavidad podía rivalizar con la más delicada de nuestro sexo y cuya exquisita blancura destacaba no poco sobre el matorral de pelos negros rizados que había alrededor de su raíz. A través del follaje, la piel blanquísima brillaba tal como habréis visto la luz etérea a través de las ramas de los árboles distantes que coronan una colina en un hermoso atardecer; luego, la cima roja y azulada de la cabeza y las serpentinas azules de las venas, componían el más asombroso conjunto de figura y color de la naturaleza. En una palabra: era un objeto que causaba deleité y terror.

Pero lo que me pareció más sorprendente, fue que el propietario de esa curiosidad natural, por la falta de ocasiones, derivada de lo estricto de su crianza y porque su estancia en la ciudad todavía no le había proporcionado ninguna, era aún totalmente ignorante, en la práctica por lo menos, acerca del uso de esa masculinidad de que estaba tan generosamente dotado y ahora me tocaba a mí someterme a la primera prueba de ella, si lograba resolverme a correr los riesgos de su desproporción con esa tierna parte mía que semejante máquina bien podía reducir a ruinas.

Pero ya era demasiado tarde para deliberar porque para entonces el muchacho, recalentado con los objetos presentes y demasiado excitado para contenerse mucho más tiempo gracias a la modestia y el asombro que lo habían constreñido hasta ese momento, se aventuró bajo el fuerte impulso y la instructiva sugestión de la sola naturaleza a deslizar sus manos temblorosas a causa de sus impetuosos deseos, bajo mis enaguas; y no viendo, supongo, ninguna severidad en mi rostro que pudiera detenerle o alejarle, palpó y cogió con suavidad el punto central de sus ardores. ¡Oh! Entonces el vehemente roce de sus dedos me decidió, y

mientras mis temores se disolvían ante el intolerable y resplandeciente ardor, mis muslos se abrieron, permitiendo una total libertad de su mano; entonces un movimiento casual levantó mis enaguas y la avenida quedó demasiado visible, demasiado abierta para no acertar con ella. Se puso encima mío; yo me había colocado velozmente debajo en la forma más conveniente y abierta a sus intentos, que resultaban bastante desfavorables, ya que su garrote no encontraba la entrada y golpeaba rígidamente contra mí con azarosos impulsos, arriba, abajo o al lado del centro; hasta que, ardiendo de impaciencia a causa de sus irritantes roces, guié suavemente con la mano el irritado puntero hacia el sitio donde mi joven novicio no necesitaría que le enseñaran su primera lección de placer. Así fue localizada, finalmente, la tibia e insuficiente abertura, y aunque para él ninguna hendedura podía ser impracticable, la mía, bastante utilizada, estaba lejos de ser lo suficientemente amplia como para permitirle entrar con facilidad.

Gracias a mi colaboración, sin embargo, la cabeza de esa ponderosa máquina estaba tan bien apuntada que sintiendo su parte delantera contra el tierno orificio, un movimiento mío hizo frente a su oportuno impulso, y los labios extremadamente dilatados cedieron ante su impetuosidad, de modo que ambos pudimos sentir que había logrado asomarse a la entrada. Continuando con sus esfuerzos, pronto logró introducirse tanto como para estar tolerablemente seguro de su situación, mediante violentos y para mí dolorosos impulsos; allí quedó atascado y yo sentí una mezcla de placer y dolor imposibles de definir.

Temía tanto que siguiera resquebrajándome como que se retirara; no podía soportar conservarlo ni separarme de él. Pero la prevaleciente sensación de dolor a causa de su tamaño y su dureza, actuando sobre mí, por medio de rápidos y continuos empujones, con los que persistía en intentar la penetración, me hicieron gritar dulcemente:

—¡Oh, querido, me haces daño!

Eso fue suficiente para que ese tierno y delicado muchacho se detuviera y retirara inmediatamente la dulce causa de mis quejas mientras sus ojos expresaban con elocuencia su pena por haberme lastimado y su resistencia a abandonar una morada cuya calidez y firmeza le habían proporcionado una bocanada del placer que ahora

deseaba locamente satisfacer; pero era demasiado novicio para no temer que lo privara de su alivio a causa del sufrimiento que me había causado.

Sin embargo, yo misma estaba lejos de sentirme satisfecha por la importancia que había dado a mis dulces quejas; más y más inflamadas por el objeto que había delante mío, siempre en plena erección, descubierto y exhibiendo su cabeza color grana, di primero un beso al joven para devolverle el valor, beso que me devolvió con un fervor que parecía agradecerme y sobornar mi complacencia; al mismo tiempo, volvió a colocarme en una postura adecuada para recibir, pese a los riesgos, el nuevo ataque, que no demoró ni un instante, ya que volviendo a montarme, sentí nuevamente el suave y duro cartílago forzando la entrada, cosa que logró con más facilidad que la vez anterior. Pese al dolor que me causaban sus esfuerzos por lograr un acceso completo, que se cuidó de hacer muy gradualmente, me abstuve de quejarme. Mientras tanto, el suave pasaje se aflojó gradualmente; cedió y, estirado al máximo por la máquina rígida, gruesa y potente, que me hacía acceder al maravilloso placer de *sentir* y al dolor de la distensión, le permitió llegar hasta la mitad del camino. Pero toda su nerviosa actividad para aumentar la penetración no le permitió ganar ni una pulgada, ya que mientras vacilaba allí, la crisis del placer se posesionó de él y él abrazo de esa cálida envoltura provocó la efusión del éxtasis antes de que yo estuviera pronta a acompañarle, demorada por el dolor que había sentido durante el encuentro con el insufrible tamaño de su arma, que sólo había entrado hasta la mitad.

Esperé entonces, aunque sin desearlo, que se retiraría, pero fui agradablemente desilusionada, porque no pensaba salir tan fácilmente. El vigoroso joven, brioso e inundado de jugos nupciales, estaba decidido a demostrarme quién era el amo. Por lo que, luego de una breve pausa, suficiente para despertar del trance del placer (en el que todos sus sentidos parecieron perderse durante un momento mientras con los ojos cerrados y jadeante entregaba el tributo de su virginidad), se mantuvo en su puesto, aún no saciado, solazándose en esos nuevos placeres, hasta que su erección, que apenas había disminuido, se hubo recuperado por entero; y como no había desenvainado, procedió nuevamente a abrirse paso y tratar

de penetrarme enteramente, cosa que fue facilitada por la aromática inyección con la que había humedecido generosamente todo el interior del pasaje. Redoblando, entonces, la energía de sus impulsos, favorecidos por la fervorosa apetencia de mis emociones, la aceitada residencia no pudo detener a un garfio tan eficaz sino que cedió, dándole entrada. Y ahora con la colaboración de la naturaleza y de mi laboriosidad, dedicada a ayudarle atravesó, penetró y finalmente, adelantando pulgada a pulgada consiguió estar totalmente dentro, finalmente en casa, envainado hasta la empuñadura; informados de esto por la total proximidad de nuestros cuerpos (tanto que los pelos de ambas partes estaban completamente entretejidos), los ojos del transportado joven chispearon con gozoso ardor y todo su aspecto y sus movimientos demostraron un exceso de placer que, ahora, yo empecé a compartir, ya que lo sentía en mis partes más vitales. Me sentía enferma de placer, más conmovida de lo que podía soportar por sus furiosas agitaciones dentro de mí, ahogada y repleta al máximo. Así yací, jadeando y sin respiración debajo suyo, hasta que su respiración entrecortada, su acento vacilante, sus ojos llenos de fuego húmedo, sus furiosos enviones y una marcada rigidez, me hicieron saludar la proximidad del segundo período: llegó… y el dulce joven, sobrepasado por el éxtasis, quedó como muerto entre mis brazos, disolviéndose en un torrente que se difundió tibiamente por los más ocultos pliegues de mi cuerpo, cada uno de cuyos conductos dedicados a ese placer fluía para mezclarse con él. Así continuamos durante algunos instantes, perdidos, sin aliento, insensibles a todo y a todas las partes, excepto las favoritas de la naturaleza en las que se concentraba todo nuestro goce de la vida y las sensaciones.

Cuando el mutuo trance hubo pasado, el joven retiró la deliciosa viga con la que había ahogado todas mis ideas de venganza en un mar de placer y el herido y ensanchado pasaje dejó salir una corriente de líquidos nacarados que corrieron por mis muslos mezclados con vetas de sangre, señal de los estragos de esa monstruosa máquina, que había triunfado sobre una especie de segunda virginidad. Deslicé mi pañuelo hacia esas partes y las sequé lo mejor posible mientras él ajustaba sus ropas y se abotonaba.

Hice que se sentara a mi lado y como había reunido valor a

partir de nuestra extremada intimidad me dio un nuevo placer con su espontáneo estallido de tierna gratitud y alegría por los nuevos panoramas de placer que había abierto para él; panoramas positivamente nuevos ya que nunca había tenido el menor conocimiento de esa misteriosa marca, el hendido sello de la femineidad que nadie mejor que él estaba cualificado para penetrar en sus más profundos pliegues y hacerle la más noble justicia. Pero cuando por ciertos movimientos, cierta inquietud de sus manos, que vagabundeaban no sin un designio, descubrí que languidecía por satisfacer una curiosidad muy natural, mirando y tocando esas partes que atraen y concentran las ardientes fuerzas de la imaginación, encantada como me sentía por tener la ocasión de dar gusto a sus deseos juveniles, le permití proceder según su gusto, sin controlar ni refrenar su satisfacción.

Con tranquilidad, pues, al haber leído en mis ojos la plena autorización de sus deseos, no creo que su complacencia fuera mayor que la mía cuando insinuando sus manos debajo de mis enaguas y mi camisa retiró esos impedimentos de la vista, levantándolos de forma taimada, mientras me daba mil besos que quizás creyó necesarios para distraer mi atención de sus manejos. Como todas mis ropas estaban enrolladas en mi cintura me coloqué en una postura tal que dejó al alcance de su vista toda la región del placer y su lujurioso paisaje. El transportado joven devoraba todo con los ojos y trató, con los dedos, de abrir a su mirada los secretos de esas oscuras y deliciosas profundidades; abrió los labios plegados, cuya suavidad, al permitir la entrada de cualquier cuerpo rígido hace que se cierren en torno a él, estorbando la visión; yendo más allá, se encontró con él y se maravilló ante una suave excrecencia carnosa que, blanda y floja después del último goce, creció, gracias al roce y el examen de sus vehementes dedos, volviéndose rígida y cada vez más considerable hasta que el titilante ardor de esa sensible parte me hizo suspirar como si me hubiese lastimado; ante eso retiró sus curiosos dedos, pidiéndome perdón, por así decirlo, con un beso que más bien aumentó el incendio *allí*.

La novedad siempre causa las más fuertes impresiones, y más aún en los placeres; no fue asombroso, entonces, que lo devorara la admiración ante cosas de naturaleza tan interesante, que ahora veía

y palpaba por primera vez. Por mi parte, fui generosamente retribuida por el placer que le di, al examinar esos objetos abandonados a él, desnudos y libres ante los deseos del espontáneo y natural mozalbete: sus ojos despedían fuego, sus mejillas resplandecían con un florido rojo y suspiraba con frecuencia y fervor mientras sus manos, convulsivamente, oprimían, abrían y volvían a cerrar los labios y los lados de esa gran herida de carne o tiraban suavemente del espeso musgo; todo proclamaba el exceso, el desorden del gozo, al ver que su picardía era tolerada. Pero no abusó mucho tiempo de mi paciencia porque los objetos que tenía delante le hicieron pensar en los suyos propios; sacando su formidable herramienta, la dejó en libertad, y dirigiéndola directamente hacia la boca de labios inflamados que lo desafiaba muda y dulcemente, introdujo trabajosamente la cabeza y luego, esforzándose con ímpetu creciente, forzó la entrada y rellenó toda la longitud del suave túnel del placer que volvió a temblar nuevamente, poniéndome una vez más en una conmoción tal que nada hubiese podido calmarla sino una nueva inundación del mismo instrumento que provocaba esas llamas y de todos los manantiales con que la naturaleza inunda ese receptáculo del gozo cuando rebasa su nivel y desborda.

Estaba ahora tan magullada, apaleada, agotada por este desigual encuentro, que apenas podía moverme o incorporarme; yací palpitante, mientras el fermento de mis sensaciones se aquietaba gradualmente; entonces sonó la hora en que me vi obligada a despedir a mi muchacho. Le avisé tiernamente que era necesario que se marchara, cosa ante la que yo sentía tanto disgusto como él, que parecía muy dispuesto a mantenerse en el campo de batalla e iniciar un nuevo ataque. Pero el peligro era demasiado grande y después de unos efusivos besos de despedida y recomendaciones de secreto y discreción, me obligué a despedirlo, no sin antes poner una guinea en sus manos y asegurarle que volvería a verle con los mismos fines en cuanto fuera posible. No fui más generosa para que un exceso de dinero en su poder no despertara sospechas, ya que tenía mucho que temer de la peligrosa indiscreción de esa edad en que los mozos, aunque irresistibles y encantadores, poseen ese terrible defecto del que debemos cuidarnos.

Mareada e intoxicada como estaba por la saciedad del placer,

me quedé acostada en el diván, estirada boca abajo sintiendo una deliciosa languidez en todos mis miembros, felicitándome por haberme vengado de forma tan satisfactoria, tan similar y en el mismo sitio donde había recibido la supuesta injuria. Ni una vez reflexioné acerca de las consecuencias, ni me hice un solo reproche por haber entrado, con ese paso, en una profesión más desacreditada que infrecuente. Me hubiese parecido una ingratitud con él placer que había recibido arrepentirme de él, y como ya había saltado la valla, pensé que al zambullirme plenamente en el torrente que me arrastraba, ahogaría toda idea de vergüenza o reflexión.

Mientras yo tomaba esas laudables disposiciones y me susurraba a mí misma una especie de tácito voto de incontinencia, entró el señor H… La conciencia de lo que había estado haciendo aumentó el sonrojo de mis mejillas, inundadas por el calor de mis recientes acciones, cosa que unida al aire picante de mi deshabillé provocó un cumplido acerca de mi aspecto, cuya sinceridad comenzó a respaldar con pruebas tan prontas y eficaces que me hizo temblar por miedo a que descubriera las condiciones en que habían quedado esas partes después de las severas manipulaciones a que habían sido sometidas; el orificio dilatado e inflamado, los labios hinchados por la infrecuente distensión, los rizos aplastados y lacios a causa de la humedad que lo había empapado todo; en una palabra, el diferente estado y apariencia de las cosas, difícilmente hubiese pasado inadvertido para alguien de la experiencia y refinamiento del señor H… que le hubiera atribuido sus verdaderas causas. Pero aquí me salvó ser mujer: pretexté un violento desorden de mi cabeza y un calor afiebrado que me había indispuesto demasiado para recibir sus abrazos. Se rindió ante esto y desistió de buen grado.

Poco después, la llegada de una anciana dama terció muy *a propos* en la confusión en que me hallaba y el señor H…, después de recomendarme que me cuidara y reposara, me dejó muy cómoda y aliviada por su ausencia.

Al final de la velada, me cuidé de que me aprontaran un baño tibio dé hierbas dulces y aromáticas. Habiéndome lavado y solazado, salí de él voluptuosamente fresca de cuerpo y alma.

A la mañana siguiente, despertando temprano después de una noche de perfecto reposo y compostura pensé, no sin miedo e

inquietud, en las innovaciones que podía haber sufrido mi tierno y suave sistema a causa del choque con una máquina tan apropiada para su destrucción.

Herida por esta aprensión, apenas me atrevía a llevar mi mano hasta allí, para informarme del estado y la postura de las cosas.

Pero pronto fui agradablemente curada de mis temores.

Los sedosos pelos que cubrían las fronteras, suaves y mullidos, habían recuperado su rizado natural y su orden; los labios carnosos y sobresalientes que habían soportado los embates de la batalla, ya no estaban hinchados y empapados de humedad; y ni ellos ni el pasaje que precedían que había sufrido una tan grande dilatación, traicionaban la menor alteración, ni por fuera, ni por dentro, ni a la observación más minuciosa, pese al relajamiento que es consecuencia natural de un baño tibio.

Que perdurara la agradable estrechez femenina, que es para los hombres la fuente del placer, la debía, aparentemente, a una feliz contextura del cuerpo, jugoso, relleno y provisto, en esas partes, de una abundancia de carne suave y elástica que cediendo lo suficiente, como lo hacía, a casi cualquier distensión, se recuperaba pronto, volviendo a tensar la estricta presión de sus manteletes y pliegues, razón por la que abraza tiernamente y sujeta cualquier cuerpo extraño que se introduce allí, tal como lo hacía en ese momento con mi dedo explorador.

Al descubrir que todo estaba entonado y en orden, sólo recordé mis temores para burlarme de ellos. Y ahora, palpablemente conocedora de cualquier tamaño masculino y triunfante en mi doble victoria de placer y venganza, me abandoné enteramente al recuerdo de todos los placeres en que me había empapado. Yacía extendida, respirando vida por todos los poros y agitándome con ardiente impaciencia por la renovación de los gozos que sólo habían pecado por exceso. Mis deseos no se malograron porque a eso de las diez de la mañana, de acuerdo a lo previsto, Will, mi nuevo y humilde enamorado, llegó con un mensaje de su amo, el señor H…, para saber cómo me encontraba. Yo me había cuidado de enviar a mi doncella a un recado en la ciudad que, seguramente, le tomaría mucho tiempo; no tenía nada que temer de la gente de la casa, que eran personas buenas y sencillas, suficientemente sabias como para no preocuparse más de lo indispensable de los asuntos de los demás.

Habiendo tomado todas las disposiciones, sin olvidar la de recibirme en la cama, y una vez hubo entrado en mi alcoba, accioné un cerrojo que gobernaba el cerrojo de la puerta con un alambre que descendió, cerrándola.

No pude menos que observar que mi joven favorito se había vestido con tanto esmero como podía esperarse en alguien de su condición; ese deseo de gustar no podía resultarme indiferente, ya que probaba que yo le gustaba, cosa que, os aseguro, era un detalle interesante.

Sus bien peinados cabellos, su camisa limpia y, por encima de todo, su aspecto tosco, fuerte y sano de campesino, lo convertían en un bocado tan bello como podáis imaginar y sólo una persona de mal gusto podría haber despreciado hacer una comida con un plato tan apetitoso, plato que la naturaleza parecía haber destinado para la mejor dieta de placer.

Y ¿por qué iba a suprimir aquí el placer que me causaba esta amable criatura al observar cada mirada ingenua, cada impulso espontáneo de la naturaleza traicionado por sus ojos traviesos, o la transparente exhibición de sus sonrojos a través de su piel fresca y clara? ¿Acaso sus urgencias sólidas y rústicas no tenían también un encanto peculiar? Oh —diréis—, este muchacho era de un rango demasiado inferior para merecer tanta exhibición. Quizás. Pero ¿acaso mi condición estrictamente considerada, era un ápice superior a la suya? ¿Estaba yo tan por encima de él o acaso su capacidad de proporcionarme un placer tan exquisito no lo alzaba y ennoblecía, ante mis ojos por lo menos? Que quienes lo deseen que aprecien, respeten y recompensen las artes de la pintura, la estatuaria y la música en proporción al deleite que les transmiten, pero a mi edad y con mi gusto por el placer, un gusto fuertemente enraizado en mí, el talento de gustar con el que la naturaleza dota a una persona hermosa formaba el mayor de los méritos, comparados con el cual, los prejuicios vulgares en favor de títulos, dignidades y honores tenían por cierto, un rango muy inferior. Y quizás las bellezas corporales que tan poco importantes se consideran, se mirarían de otro modo si pudiesen ser compradas y entregadas. Pero para mí, cuya filosofía natural residía en el centro favorito de los sentidos y que era gobernada por un poderoso instinto de tomar los placeres donde los hallaba, hubiese sido difícil hacer una

elección más adecuada a mis propósitos.

Las altas cualificaciones del señor H… en cuanto a nacimiento, fortuna e inteligencia me situaban en una especie de sometimiento y restricción que estaba lejos de fomentar la armonía en el concierto del amor; él, quizás, no había pensado que fuese deseable suavizar esta superioridad, por lo que, con este muchacho, estaba más en el nivel en que el amor se deleita.

Podemos decir lo que queramos, pero aquéllos con quienes logramos ser más libres y naturales son siempre los que más nos gustan, por no decir los que amamos más.

Con este mozalbete, cuyo único arte amoroso era la acción del amor, podía dar rienda suelta a mi alegría sin límite ni temor; y poner en práctica cada coqueteo que inventaba mi cálida imaginación, ya que era, en todos los sentidos, un compañero exquisito. Y ahora mi mayor placer residía en tolerar todas las petulancias, todas las desenfrenadas travesuras de un novicio recién iniciado y deseoso de captar el intenso olor de la presa. Aunque poco experimentado en el deporte y, para seguir con la metáfora, ¿quién podía *deslizarse por el bosque* mejor que él o hacer mejor figura *clavando su flecha*?

Entonces se acercó a mi cama y mientras tartamudeaba su mensaje pude observar cómo se le subían los colores y se le iluminaban los ojos de alegría al encontrarme en una situación tan favorable a sus exaltados deseos, como si él mismo hubiese encargado la escena con antelación.

Yo sonreí y le tendí la mano; él se arrodilló (una cortesía que le había enseñado el amor, ese gran maestro) y la besó ávidamente. Después de intercambiar unas confusas preguntas y respuestas le pregunté si quería acostarse en la cama conmigo durante el breve tiempo que osaría retenerlo. Esto fue como preguntar a una persona muerta de hambre si quería deleitarse con el plato preferido de su paladar. Por lo tanto, y sin más discusión, se quitó las ropas en un instante y sonrojándose aún más a causa de esta nueva libertad, se metió bajo las mantas que previamente había levantado para recibirle, yaciendo en una cama con una mujer por primera vez en su vida.

Allí empezaron los tiernos preliminares, tan deliciosos, quizás, como la coronación del acto del amor que, con frecuencia, crean

una impaciencia que hace que el placer se destruya a sí mismo, apresurando el período final y cerrando esa escena de arrobamiento en la que los actores suelen estar tan complacidos con sus papeles como para desear que dure eternamente.

Cuando hubimos graduado lo suficiente nuestros avances hacia el punto principal, jugando, besando, pellizcando, acariciando mis pechos ahora gordos y redondos, palpando esa parte mía que podría llamar la puerta del horno a causa del calor prodigiosamente intenso que sus ardientes manos habían encendido, mi joven deportista, sintiéndose audaz a causa de todas las libertades que se había tomado, cogió mi mano con ánimo travieso y la llevó hasta su enorme máquina que lucía ¡una dureza!, ¡una rigidez!, ¡una erección ascendente!, y que junto con sus dependencias inferiores, esa inestimable bolsa de joyas, formaba un espectáculo de indiscutible calidad. Luego, sus dimensiones, que se burlaban de mi asimiento y del tamaño de mi mano, casi renovaron mis temores.

No podía imaginar por qué medios lograría yo tomar o colocar semejante bulto fuera de la vista. Lo acaricié suavemente, ante lo cual el turbulento bribón pareció hincharse y lograr un nuevo grado de ferocidad e insolencia, de modo que descubriendo que no podría entretenerlo mucho más con trivialidades, me preparé para ser traspasada nuevamente.

Entonces, deslizando una almohada debajo mío para facilitar su juego, guié oficiosamente con mi mano ese ariete destructor cuya cabeza color rubí, tan parecida a un corazón, apliqué frente a su blanco que estaba tan elevado como se podía desear, ya que mis caderas se hallaban levantadas y mis muslos separados al máximo; el calor que irradiaba me hizo sentir que estaba en la boca del canal y cuando lo impulsó hacia adelante, los labios poderosamente separados de ese túnel sediento de placer lo recibieron. Él dudó un poco y cuando estuvo instalado en el pasaje, se abrió camino por su interior con una difícultad que sólo aumentaba al placer,

ensanchándolo en su avance para distender y suavizar cada pliegue; nuestro placer aumentaba deliciosamente a medida que los puntos de roce mutuo crecían en esa parte tan vital en que lo había acogido, ahora totalmente introducido y envainado, y que atestada como estaba, cedía, abriéndose y dándole una ubicación en extremo agradable, una presión deliciosamente estricta, una succión espasmódica y fiera que daban y tomaban un inexpresable placer. Ya habíamos alcanzado la unión más completa; cuando retrocedió para volver a avanzar aun más furiosamente, yo, en el máximo de mi ardor, como si temiera perderlo, retorcí mis piernas alrededor de sus riñones desnudos, cuya carne, tan firme, tan elástica al tacto, tembló bajo la presión. Ahora lo tenía rodeado y apresado y habiéndolo impulsado dentro de mí lo mantuve allí sujeto, como si por ese punto hubiese querido convertir en uno solo nuestros dos cuerpos. Esto provocó una pausa en la acción, una agradable detención, mientras esa delicada glotona, mi boca inferior, tan llena como era posible, hubiera querido paladear con exquisita fruición el bocado que tan deliciosamente la atoraba. Pero la naturaleza no podía soportar mucho tiempo un placer tan provocador sin satisfacerlo; buscando su querida finalidad, la batería recomenzó con redobladas energías; yo, por mi parte, tampoco estaba inactiva sino que le hacía frente con toda la impetuosidad de movimientos que me era posible. La tela de vellos de nuestros montes enfrentados resultaba ahora verdaderamente útil para suavizar la violencia del torneo y pronto —¡demasiado pronto, por cierto!— las tensas agitaciones, las dulces urgencias de esa fricción rítmica llevaron mi espasmo a su punto más alto, de modo que encontrándome a punto de acabar, y no deseando abandonar detrás de mí al tierno compañero de mis gozos, empleé todos los movimientos y artes que me sugería la experiencia para ayudar a que me hiciera compañía en el final de nuestro viaje. Entonces, no sólo apreté la faja del placer alrededor de mi inquieto inquilino, mediante un secreto resorte de fricción y compresión que obedece a la voluntad en esas partes, sino que deslicé suavemente la mano hacia la bolsa de provisiones de los primores de la naturaleza que está tan agradablemente sujeta al conducto por donde las recibimos; al palpar y apretar muy suavemente esos tiernos depósitos globulares, el toque mágico provocó un efecto instantáneo, apresuró

y añadió a los síntomas de esa dulce agonía, el fundente momento de la disolución; aquél cuando el placer muere de placer y su misterioso motor triunfa sobre la titilación que ha provocado en esas partes, inundándolas con un chorro de líquido tibio que es, en sí mismo, la mayor excitación, y que ellas absorben y beben sedientas como las cenizas calientes que, para refrescarse, atraen toda la humedad que haya en su zona de succión. Entonces, acordada conmigo con exquisito consentimiento, mientras yo me disolvía, su inyección balsámica, mezclándose deliciosamente con las acequias que fluían en mí, envolvió y embotó todos los aguijones del placer y nos arrojó en un éxtasis que nos dejó tendidos, semidesmayados, sin aliento, en trance. Así yacimos, mientras una voluptuosa languidez nos poseía y nos mantenía inmóviles y encerrados cada uno en brazos del otro. ¡Ay! ¡Si esos placeres tuvieran una vida más larga! Porque ahora el placer, perdido su filo a causa del goce, nos resignó a los fríos cuidados de la insípida vida. Soltándome de su abrazo le hice comprender las razones que había para que se marchara, ante lo cual y un poco de mala gana, se puso las ropas, con tan poca prontitud como pudo hacerlo, interrumpiéndose traviesamente de vez en cuando, con besos, caricias y abrazos a los que yo no podía rehusarme. Con todo, volvió a casa de su amo antes de que se lo echara de menos; cuando se despedía, le obligué (ya que era suficientemente sensible para rechazarlo) a recibir dinero suficiente como para comprar un reloj de plata, ese gran artículo de adorno subalterno, que aceptó finalmente, como un recuerdo de mi afecto que conservaría cuidadosamente.

Y aquí, señora, quizás debería pediros excusas por los minuciosos detalles de estas cosas que dejaron una marca tan duradera en mi memoria y una impresión tan *profunda*; pero, además de que esta intriga provocó una gran revolución en mi vida, que la verdad histórica me prohíbe ocultaros, me atrevo a suponer que la exaltación del placer no debería ser ingratamente olvidado o suprimido por mí, ya que lo encontré en un miembro de las clases inferiores, donde, por cierto, se lo halla con frecuencia puro y menos sofisticado que entre los falsos y ridículos refinamientos con que los grandes toleran ser estafados por su orgullo… ¡Los grandes! Existen pocos entre los que ellos llaman vulgares que sean más

ignorantes o que cultiven menos el arte de vivir que ellos; ellos, digo que siempre erran, eligiendo las cosas más alejadas de la naturaleza del placer, cuyo objeto favorito y principal es disfrutar de la belleza dondequiera que ese invalorable don se encuentre, sin distinción de linaje o posición.

Igual que el amor, que no había existido, la venganza ya no tenía parte en mi comercio con este guapo joven. Sólo los placeres del goce formaban el eslabón que nos sujetaba; porque aunque la naturaleza había hecho tanto por él en cuanto a sus formas exteriores, en especial por esa soberbia pieza de adorno con que tan liberalmente lo había enriquecido, y aunque eso lo calificara para proporcionar la más rica fiesta a los sentidos, sin embargo, faltaba algo en él para crear y fortalecer en mí la pasión amorosa. Así y todo, Will tenía buenas cualidades: era gentil, afable y, sobre todo, agradecido; discreto y reservado hasta el exceso; hablaba muy poco, pero compensaba su silencio con la acción y, para hacerle justicia, nunca me dio el menor motivo de queja tratando de abusar de las libertades que le concedía ni hablando indiscretamente de ellas. Debe existir una fatalidad para el amor; si no, yo hubiese debido amarle porque era, en verdad, un tesoro, un bocado para la *bonne bouché* de una duquesa y, para decir la verdad, me agradaba tanto que tenía que hacer una distinción muy sutil para negar que le amaba.

Sin embargo, mi felicidad con él no duró mucho y llegó a su fin por mi imprudente negligencia. Después de haber tomado precauciones superfluas para no ser descubierta, nuestro éxito en sucesivos encuentros me envalentó y omití las más necesarias. Alrededor de un mes después de nuestra primera cópula, una mañana fatal (momento en que el señor H… raramente o nunca me visitaba) me encontraba en el gabinete, donde estaba mi tocador, sin más que mi camisa, una bata y una enagua bajera. Will estaba conmigo y ambos, como siempre, poco dispuestos a perder una buena oportunidad. Por mi parte, un ardiente capricho, una juguetona picardía me había invadido: había desafiado a mi hombre a ponerla en práctica prontamente, cosa que hizo sin vacilar para complacer mi humor. Yo estaba en el sillón con la camisa y la enagua levantadas y los muslos abiertos y montados sobre los brazos del sillón, presentando un blanco perfecto a Will que había

sacado su arma y estaba a punto de enterrarla en mí; pero habiendo olvidado asegurar la puerta de la alcoba y estando la del gabinete completamente abierta, el señor H… nos sorprendió antes de que nos apercibiéramos y nos vio exactamente en esas condenables actitudes.

Yo di un fuerte grito y dejé caer mi enagua; el estupefacto muchacho estaba pálido y tembloroso, esperando su sentencia de muerte. El señor H… nos miraba alternativamente con una mezcla de indignación y desprecio y, sin decir una palabra, se dio la vuelta y salió.

A pesar de mi confusión, oí claramente cómo hacía girar la llave y cerraba la puerta de la alcoba, de modo que sólo pudiéramos salir por la puerta del comedor, donde él mismo andaba a zancadas desiguales, pateando con rabia y debatiendo, sin duda, qué haría con nosotros.

Mientras tanto, el pobre William estaba terriblemente atemorizado y aunque hubiese necesitado que me dieran ánimos para sostenerme, me vi obligada a usar los que tenía para sostenerle. La desgracia que había atraído sobre él aumentaba mi cariño y hubiese sufrido con júbilo cualquier castigo que él no debiese compartir. Mojé abundantemente con mis lágrimas la cara del atemorizado joven que estaba sentado, por no tener fuerzas para mantenerse en pie, frío y sin vida como una estatua.

Finalmente, el señor H… volvió a entrar e hizo que nos presentásemos ante él en el comedor, temblando y temerosos del desenlace. El señor H… se sentó en una silla mientras nosotros nos quedamos de pie, como criminales, y comenzando por mí me preguntó en tono firme, ni dulce ni severo pero cruelmente indiferente, qué podía alegar en mi defensa por haber abusado de él de manera tan baja, con su propio sirviente y qué había hecho él para merecer este trato.

Sin añadir a mi infidelidad la culpa de intentar defenderla, en el estilo habitual de la mantenida, mi respuesta fue modesta, e interrumpida frecuentemente por mis sollozos. En sustancia, dije lo que sigue: que nunca había pensado en engañarle (lo que era cierto) hasta que lo había visto tomarse las últimas libertades con la ramera de mi doncella (aquí se sonrojó prodigiosamente); y que mi resentimiento ante esto, sumado a que no me había atrevido a

vocear mis quejas o pedirle explicaciones, me había llevado por un camino que no pretendía justificar; que el joven no tenía ninguna culpa, porque con la intención de hacer de él un instrumento de mi venganza, lo había seducido para que hiciera lo que había hecho y por tanto, esperaba que, decidiera lo que decidiera sobre mí, supiera distinguir entre el culpable y el inocente, y que, por otra parte, estaba enteramente a su merced.

Al oír mis palabras, el señor H… bajó un poco la cabeza, pero recuperándose instantáneamente me dijo, según recuerdo, el siguiente discurso:

—Señora, me avergüenzo de mí mismo y debo confesar que habéis dado un nuevo giro a la situación. No discutiré las enormes diferencias de las provocaciones con una persona de vuestro origen y sentimientos; alcanzará con que os conceda tanta razón como para modificar mis resoluciones, en consideración a lo que me reprocháis; reconozco también que al disculpar a este truhán os mostráis justa y honesta. No puedo renovar mi relación con vos; la afrenta es demasiado indecorosa. Os daré una semana para abandonar esta casa; lo que os he dado podéis quedároslo y como no pienso volver a veros nunca más, el dueño de casa os pagará cincuenta monedas por cuenta mía; con eso y todas vuestras deudas saldadas, espero que convendréis que no os dejo en peores condiciones de las que estabais cuando os encontré o de las que merecéis. Si no son mejores, la culpa es sólo vuestra.

Luego, sin darme tiempo a replicar, se dirigió al muchacho:

—En cuanto a ti, galán, por consideración a tu padre, me cuidaré de ti; la ciudad no es lugar para un tonto tan grande como eres y mañana te marcharás, acompañado por uno de mis hombres que recomendará a tu padre de parte mía que no te deje volver para terminar de estropearte.

Con estas palabras se retiró después de que yo intentara en vano detenerle, arrojándome a sus pies. Me obligó a soltarlo, aunque parecía muy conmovido y se llevó a Will, quien, me atrevería a jurarlo, pensaba que había tenido mucha suerte.

Nuevamente yo iba a la deriva y había sido abandonada por un caballero al que ciertamente no había merecido. Y todas las cartas, las artes, los amigos y las súplicas que utilicé durante la semana de gracia, no lograron siquiera que volviera a verme. Había firmado

una sentencia irrevocable y yo sólo podía someterme a ella. Poco después desposó a una dama de alcurnia y fortuna; y he oído que es un marido irreprochable.

En cuanto al pobre Will, fue enviado inmediatamente al campo con su padre, que era un granjero acomodado; no pasaron más de cuatro meses antes de que la rolliza viuda de un posadero, muy bien dotada en dinero y comercio, seducida y quizás con conocimiento previo de sus excelencias secretas, se casara con él. Estoy segura de que tenían por lo menos una buena razón para ser felices juntos.

Aunque me hubiera encantado verle antes de que se marchara, las disposiciones que se tomaron por orden del señor H… lo hicieron imposible; de otro modo, seguramente me hubiese esforzado por retenerle en la ciudad y no hubiese ahorrado esfuerzos ni gastos para procurarme la satisfacción de conservarle a mi lado. Tenía un dominio tal sobre mis inclinaciones que no era fácil olvidarle o reemplazarle, aunque mi corazón estaba fuera de la cuestión; de todos modos me alegré con toda mi alma de que nada peor y, tal como sucedieron las cosas, nada mejor, le hubiese sucedido.

En cuanto al señor H…, aunque mis conveniencias hicieron, al principio, que me esforzara por volver a ganar su afecto, yo era tan atolondrada e imprevisora como para reconciliarme con mi fracaso más fácilmente de lo debido; como nunca lo había amado y su partida me proporcionó una libertad que había deseado con mucha frecuencia, pronto me consolé y haciéndome la ilusión de que las posesiones en materia de juventud y belleza que iba a ofrecer en el mercado difícilmente dejarían de procurarme una renta, contemplé mi necesidad de probar fortuna con ellas más con placer y alegría que con abatimiento.

Mientras tanto, algunas de mis relaciones dentro de la hermandad, que pronto se habían enterado de mi desgracia, acudieron en tropel a insultarme con sus maliciosos consuelos. La mayoría de ellas había envidiado durante mucho tiempo la riqueza y el esplendor con que yo era mantenida y aunque escasamente alguna de ellas no hubiese merecido estar en mi caso y probablemente, antes o después, se encontraría en él, igualmente era fácil descubrir en su afectada piedad el secreto placer al verme en desgracia y abandonada y la secreta pena de que las cosas no

hubiesen sido aún peores. Inexplicable malignidad del corazón humano que, por cierto, no está limitada a quienes llevan esta clase de vida.

Como se acercaba el momento de tomar alguna resolución acerca de mi futuro y yo estaba deliberando sobre un nuevo sitio donde establecer mi cuartel general, la señora Cole, una mujer de edad madura y muy discreta que me había sido presentada por una de las señoritas que me visitaban, al saber de mi situación, vino a ofrecerme sus cordiales consejos y sus servicios; como siempre me había parecido más simpática que cualquiera de mis relaciones femeninas, escuché más fácilmente sus proposiciones. Y, según sucedió todo, no podía haberme puesto en peores, o en mejores, manos en todo Londres: en peores porque manteniendo una casa de conveniencia no habría extremos de lascivia que no me aconsejara, para satisfacer a sus clientes, ni programas de placer o hasta de libertinaje desenfrenado que no se complaciera en promover; mejores, porque nadie tenía más experiencia de la zona malvada de la ciudad, ni estaba mejor dotada para advertir o preservar a una chica contra los peores peligros de nuestra profesión. Además, y eso era raro en las de su clase, se contentaba con unas ganancias moderadas, nacidas de su industria y sus buenos oficios y no tenía nada de avarienta. En realidad era una dama por nacimiento y educación, que merced a una serie de accidentes se había visto reducida a este rumbo que seguía en parte por necesidad y en parte por afición; nunca una mujer se había deleitado más en fomentar el comercio por el comercio mismo, ni había entendido mejor todos sus misterios y refinamientos; de modo que se situaba en el más alto rango de su profesión y trataba sólo con clientes de calidad, para contentar cuyas demandas mantenía a un buen número de sus «hijas» en constante servicio. Ése era el nombre que daba a aquéllas cuya juventud y encantos recomendaba la adopción, varias de las cuales, gracias a su ayuda y a sus cuidados e instrucciones, tuvieron mucho éxito en el mundo.

Esta útil dama, en cuya protección me había refugiado, tenía sus razones de Estado y, respetando al señor H…, no quiso aparecer en la transacción; envió a una amiga suya en el día fijado para mi mudanza para que me condujera a mi nuevo alojamiento, en casa de un fabricante de cepillos en la calle R… de Covent Garden,

situada al lado de su casa, donde no tenía lugar para alojarme; alojamiento que por haber sido utilizado sucesivamente por damas de placer, habían familiarizado al dueño con sus costumbres; siempre que se pagara puntualmente el alquiler, todo lo demás era tan fácil y cómodo como una pudiera desear.

Llevando las cincuenta guineas que me había prometido el señor H… al despedirse de mí y con todos mis vestidos y muebles embalados, que valían por lo menos doscientas libras, los entregué a un cochero al que pronto seguí, después de despedirme correctamente del dueño de la casa y su familia, con quienes nunca había vivido en un grado de familiaridad que me hiciera lamentar la mudanza; pero el mero hecho de que fuera una mudanza me arrancó algunas lágrimas. También dejé una carta de agradecimiento para el señor H… de quien concluí que estaba, por cierto, definitivamente separada.

A mi doncella la había despedido el día anterior, no sólo porque me la había proporcionado el señor H… sino porque sospechaba que, de algún modo, ella había sido la causa de que yo fuera descubierta, quizás como venganza porque yo no le había confiado mi secreto.

Pronto llegamos a mi nuevo alojamiento, que si bien no estaba tan bien amueblado ni era tan esplendoroso como el que había dejado, era igualmente cómodo y a la mitad de precio, aunque en el primer piso. Mis baúles fueron subidos e instalados en mi apartamento, donde mi vecina y nueva gobernanta, la señora Cole, estaba lista para recibirme en compañía de mi casero, ante quien se cuidó de pintarme con los colores más favorables; o sea, como a una persona de quien se podía esperar que pagara el alquiler con regularidad; todas las virtudes cardinales atribuidas a mí no hubiesen tenido ni la mitad del peso de esa recomendación.

Ahora estaba instalada en un alojamiento propio, abandonada a mi propia conducta y libre en la ciudad para hundirme o nadar, según pudiera, en la corriente; las consecuencias, junto con el número de aventuras que me acaecieron en el ejercicio de mi nueva profesión, serán la materia de otra carta, porque, seguramente, ya es hora de poner punto final a ésta.

Quedo de vos, humilde servidora, etc., etc., etc.

FIN DE LA PRIMERA CARTA

# SEGUNDA CARTA

Señora:

Si he demorado la secuela de mi historia, ha sido sólo para concederme un pequeño descanso, no sin esperanzas de que, en vez de exhortarme a proseguir, me absolvierais de la tarea de una confesión en la que mi amor propio ha sufrido tantas heridas.

Imaginé, por cierto, que estaríais hastiada y fatigada por la uniformidad de las aventuras y las expresiones usadas en el relato, inseparables de un tema de esta clase cuyo fondo y fundamento es, por la naturaleza de las cosas, eternamente uno y el mismo, cualquiera sea la variedad de formas y maneras de que sea susceptible la situación. No se puede evitar, por lo tanto, la repetición de las mismas imágenes, las mismas figuras, las mismas expresiones con un inconveniente adicional al disgusto que crean: las palabras *goce, ardor, transporte, éxtasis* y el resto de esos patéticos términos tan afines y tan recibidos en la práctica del placer, se achatan y pierden mucho de su espíritu y energía por la frecuencia con que de forma indispensable, aparecen en una narración cuya base es, declaradamente, la práctica. Por lo tanto, debo confiar en el candor de vuestro juicio, para que toleréis la desventaja en que me encuentro a este respecto, y en vuestra imaginación y sensibilidad para la agradable tarea de reparar, supliéndolas, las fallas y debilidades de mis descripciones: el primero ubicará los cuadros que presento ante vuestros ojos; las otras darán vida a los colores cuando sean sordos o demasiado desteñidos por el frecuente uso.

Lo que decís, tratando de alentarme, acerca de la extrema dificultad de continuar tanto tiempo un esfuerzo, en un justo medio, templado por el gusto, entre el desagrado de expresiones bastas, bajas y vulgares y el ridículo de las metáforas atenuadas y los circunloquios afectados, es tan inteligente y bondadoso que me justificáis ante mí misma por ceder ante una curiosidad que se satisface extremadamente a mis expensas.

Continuando ahora donde interrumpí mi última, debo observar que era de noche cuando llegué a mi nuevo alojamiento, y que la señora Cole, después de ayudarme a arreglar y asegurar mis cosas pasó la velada conmigo en mi apartamento. Cenamos juntas y me dio los mejores consejos e instrucciones con respecto de esta nueva etapa de la profesión en que iba a entrar ahora; pasaba de devota privada del placer a devota pública, transformándome en una mercancía más general, con todas las ventajas que derivaban de poner mi persona a disposición, por interés, por placer o por las dos cosas. Consideraba que yo era una especie de cara nueva en la ciudad y que era una regla establecida y uno de los ritos del oficio que yo pasara por doncella y dispusiera de mí misma como tal en la primera oportunidad; sin perjuicio, sin embargo, de las diversiones que pudiera desear en el ínterin, ya que nadie era tan enemiga como ella de perder el tiempo. Mientras tanto, se esforzaría por encontrar una persona adecuada, y se ocuparía de arreglar ese punto para mí, si yo aceptaba su ayuda y sus consejos para tan buen propósito, de modo que al perder una virginidad ficticia cosechara todas las ventajas de la auténtica.

Como en aquella época mi carácter no poseía una extremada delicadeza de sentimientos, debo confesar, en mi perjuicio, que quizás acepté con demasiada rapidez una proposición que repugnaba a mi candor y a mi ingenuidad, pero no tanto como para contradecir las intenciones de alguien a quien había abandonado la dirección de todos mis pasos. Porque la señora Cole, no sé cómo, a menos que fuera por una de esas invencibles simpatías que forman los lazos más fuertes, especialmente en las amistades femeninas, había ganado posesión de mi persona. Por su parte, pretendía que un notable parecido que imaginaba ver en mí con la única hija que

había perdido cuando tenía mi edad, era el primer motivo de que se hubiese encariñado conmigo. Podría ser: existen motivos de afecto igualmente frágiles que, volviéndose fuertes a causa del hábito y la simpatía, se han demostrado con frecuencia más sólidos y durables que los que se funden en razones más fuertes; lo que sé es que aunque sólo la conocía por haberla visto en mi casa, cuando vivía con el señor H…, porque ella había ido a enseñarme unas cofias, se había insinuado gradualmente en mi confianza hasta que me arrojé ciegamente en sus manos y llegué, finalmente a respetarla, amarla y obedecerla implícitamente. Y para hacerle justicia, nunca recibí de sus manos más que sinceridad, ternura y cuidados, cosa muy poco corriente en las de su profesión.

Nos separamos esa noche, después de haber llegado a un acuerdo total y sin reservas; a la mañana siguiente, la señora Cole vino y me llevó consigo a su casa por primera vez. Allí, a primera vista, encontré que todo respiraba un aire de decencia, modestia y orden.

En el vestíbulo exterior o, más bien, la tienda, había tres jovencitas, modestamente dedicadas a trabajos de sombrerería que cubrían el tráfico de otros artículos más preciosos; pero hubiese sido difícil hallar tres criaturas más hermosas. Dos de ellas eran extremadamente rubias y la mayor no tendría más de diecinueve años; la tercera, de la misma edad, era una picante morena cuyos chispeantes ojos negros y perfecta armonía de rasgos y forma hacía que no tuviera nada que envidiar a sus rubias compañeras. También sus vestidos estaban cuidadosamente diseñados, aunque parecían lo contrario, siendo de un gusto correcto y uniforme y de una elegante simplicidad. Éstas eran las chicas que componían el pequeño rebaño doméstico que mi gobernanta dirigía con sorprendente orden y destreza, considerando la casquivana liviandad de las chicas una vez que han perdido los frenos. Pero es cierto que ninguna continuaba en su casa si después de un adecuado noviciado era considerada intratable o poco dispuesta a aceptar sus reglas. De esta forma, había formado insensiblemente una pequeña familia amorosa, cuyos miembros hallaban grandes ventajas en una rara alianza del placer con el interés y una necesaria decencia exterior con una secreta libertad sin límites, en las que la señora Cole, que las había elegido tanto por su carácter como por sus encantos, las

gobernaba con ventajas para ellas y para sí misma.

A estas pupilas suyas, entonces, a quienes ella había preparado, me presentó como una nueva pensionista que debía ser admitida inmediatamente en todas las intimidades de la casa; ante esto, las encantadoras jovencitas me dieron la bienvenida y, por cierto, se mostraron más complacidas con mi aspecto que lo que yo hubiese esperado nunca de personas de mi sexo; pero habían sido llevadas con eficacia a sacrificar toda envidia o competencia en aras de los intereses comunes, y me consideraban como una socia que traía consigo un surtido nada despreciable de mercancías para ponerlo a disposición de la casa. Se congregaron a mi alrededor y me miraron desde todos los ángulos y, como si mi admisión en esta alegre compañía justificara una pequeña fiesta, dejaron de fingir que trabajaban; la señora Cole me abandonó, con especiales recomendaciones, a sus caricias y diversiones y fue a ocuparse de los trabajos cotidianos de la casa.

El parecido de nuestro sexo, edad, profesión y opiniones pronto creó una libertad y una intimidad sin reservas, como si nos conociéramos desde mucho tiempo atrás. Me enseñaron la casa y sus respectivos apartamentos que estaban provistos de todos los detalles del lujo y la comodidad y, sobre todo, un espacioso recibidor donde solía reunirse un grupo selecto de jaraneros que celebraba allí sus fiestas de placer, en las que las chicas cenaban con sus galanes y hacían sus travesuras con licenciosidad sin límites. El desprecio del respeto, la modestia o los celos eran las únicas reglas según las cuales, y de acuerdo a los principios de su sociedad, cualquier placer perdido por el lado de los sentimientos era generosamente compensado por los sentidos, la variedad y los encantos del desahogo y el lujo. Los autores y partidarios de esta institución secreta se designaban a sí mismos, en momentos de euforia, como los reinstauradores de la edad de oro y sus simples placeres, antes de que su inocencia fuera tan injustamente designada con los nombres de culpa y vergüenza.

Entonces, en cuanto comenzaba la velada y la falsa tienda se cerraba, se abría la academia; las máscaras de falsa modestia se quitaban y las chicas se entregaban a sus respectivas tareas de placer o interés con sus hombres: no se admitía a nadie de ese sexo de forma promiscua; sólo aquéllos cuya discreción y carácter

satisfacían a la señora Cole. En una palabra, éste era el burdel más seguro, más cortés y, al mismo tiempo, más completo de la ciudad, donde todo se conducía de modo tal que la decencia no invadía los placeres más libertinos, en cuya práctica, además, los selectos frecuentadores de la casa habían hallado el secreto, tan raro y difícil, de conciliar todos los refinamientos del gusto y la delicadeza con las más bastas y directas gratificaciones de la sensualidad.

Después de haber pasado la mañana entre las pruebas de afecto y los consejos de mis nuevas relaciones, nos sentamos a comer; allí la señora Cole, presidiendo a su club desde la cabecera, me dio la primera idea de su gobierno y habilidad, al inspirar a estas chicas tanto amor y respeto. No había rigideces, ni reservas, ni ofensas o pequeñas envidias, sino que todo era alegre, divertido y fácil, además de natural.

Después de comer, la señora Cole, secundada por las señoritas, me comunicó que esa noche se celebraría una ceremonia formal para recibirme en la hermandad, en la cual y con todas las debidas reservas para con mi «virginidad» que sería ofrecida al primer cliente adecuado, debería ser sometida a un ceremonial de iniciación que, seguramente, no me disgustaría.

Embarcada como estaba y cautivada, además, por los encantos de mis nuevas compañeras, me hallaba demasiado dispuesta a aceptar cualquier propuesta que pudieran hacerme para haber tenido una duda antes de asentir; por tanto, cuando di prontamente mi conformidad en estilo *carte blanche* recibí nuevos besos de felicitación de todas ellas que aprobaban mi docilidad y buen carácter. Ahora yo era «una chica muy dulce… tenía muy buena disposición… no fingía un falso recato… sería el orgullo de la casa…» y otras cosas parecidas.

Habiendo acordado eso, las jóvenes dejaron que la señora Cole hablara y concertara las cosas conmigo, explicándome que yo sería presentada, esa misma noche, a cuatro de sus amigos, a uno de los cuales, de acuerdo a las costumbres de la casa, había favorecido con la preferencia de ser mi compañero en la primera fiesta de placer. Asegurábame al mismo tiempo, que todos eran jóvenes caballeros de presencia muy agradable e intachables en todos los aspectos; que unidos y manteniendo su unión en la banda de placeres comunes, constituían el principal apoyo de su casa y hacían regalos muy

generosos a las chicas que los complacían y se plegaban a sus deseos, de modo que eran, en realidad, los fundadores y patronos de ese pequeño serrallo. Aparte de ellos tenía, en los momentos indicados, otros clientes, a quienes no trataba con tanto cuidado como a éstos; por ejemplo, nunca intentaría hacerme pasar por doncella con uno de la banda; no sólo eran personas de mucha experiencia y sofisticación para tragar ese anzuelo sino que eran generosos benefactores, de modo que sería imperdonable pensar en ello.

En medio de los estremecimientos y emociones que estas promesas de placeres —porque así las concebía— me produjeron, fui lo suficientemente femenina como para fingir una justa resistencia, la suficiente para hacer algún mérito sacrificándola a la influencia de mi protectora, a quien también le recordé que quizás sería bueno que fuera a casa a vestirme, para favorecer la primera impresión.

Pero la señora Cole, oponiéndose a eso, me aseguró que los caballeros a quienes sería presentada eran por su gusto y su rango, demasiado superiores para conmoverse por el brillo de vestidos y ornamentos, con los que las mujeres tontas confunden y ocultan su belleza en vez de destacarla; que estos veteranos de la voluptuosidad sabían muy bien que los adornos sólo merecían desprecio, ya que para ellos sólo los puros encantos naturales tenían importancia y que en cualquier momento estarían dispuestos a abandonar a una duquesa pálida, empolvada y pintada por una sana y robusta campesina de carnes firmes y que, por mi parte, la naturaleza había hecho lo suficiente por mí como para deber favores al arte, concluyendo que para esta ocasión, el mejor vestido era la ausencia de vestidos.

Pensé que mi gobernanta era demasiado buen juez en estos asuntos como para no aceptar su veredicto; después ella siguió predicando patéticamente la doctrina de la obediencia pasiva y la no resistencia a todos los caprichos arbitrarios del placer que algunos llaman refinamiento y otros depravación; no correspondía decidir a una simple chica cuya ganancia estribaba en gustar, sino conformarse a ellos. Mientras me edificaba con estas sólidas lecciones, trajeron el té y las jóvenes volvieron a hacernos compañía.

Después de muchas charlas, bromas y retozos, una de ellas, observando que teníamos mucho tiempo antes de la reunión, propuso que cada chica entretuviera al grupo con el relato del período crítico de su historia personal en que había cambiado la doncellez por la condición de mujer. La propuesta fue aprobada con sólo una restricción por parte de la señora Cole: que ella por su edad y yo por mi doncellez nominal debíamos ser exceptuadas, al menos hasta que yo hubiese soportado la ceremonia de iniciación. Eso obtuvo mi dispensa y la promotora del entretenimiento fue exhortada a comenzar.

Su nombre era Emily; era casi excesivamente rubia y sus miembros estaban, si eso es posible, demasiado bien formados, ya que su robusta redondez iba más bien en perjuicio de esa delicada delgadez que requieren los más refinados jueces de la belleza; sus ojos eran azules y de ellos fluía una inexpresable dulzura; nada podía ser más lindo que su boca y sus labios que se cerraban sobre una hilera de dientes muy blancos e iguales. Comenzó así:

—Ni mi extracción ni la más crítica aventura de mi vida son suficientemente sublimes como para poder acusarme de vanidad al cumplir la proposición que habéis aprobado. Mi padre y mi madre eran, y siguen siendo, por lo que yo sé, granjeros en el campo, a unas cuarenta millas de la ciudad; su brutalidad conmigo, en favor de un hijo en el que juraban volcar su ternura, me había determinado mil veces a huir de su casa y arrojarme al ancho mundo, aunque finalmente, fue un accidente el que me forzó a ese desesperado intento, a los quince años de edad. Había roto un cuenco de porcelana que era el ídolo y el orgullo de sus corazones y como una brutal paliza era lo menos que podía esperar de sus manos, con la simpleza de esos tiernos años dejé la casa y tomé la ruta de Londres con propósitos aventureros. No sé cómo soportaron mi pérdida, porque hasta el día de hoy no he sabido nada de ellos. Toda mi fortuna se reducía a dos guineas, regalo de mi madrina, unos pocos chelines, hebillas de plata para los zapatos y un dedal de plata. Equipada así, sin más ropas que las ordinarias que llevaba puestas y sintiendo temor ante cada paso o cada ruido que oía detrás de mí, me apresuré y me atrevería a jurar que anduve doce millas antes de detenerme a causa de la inquietud y la fatiga. Finalmente me senté en un portillo, llorando amargamente porque

todavía sentía mucho temor en razón de mi huida; temía más que a la muerte la posibilidad de volver a enfrentarme con mis desnaturalizados padres. Refrescada por ese breve descanso y aliviada por las lágrimas, seguí mi camino siendo alcanzada por un tosco muchacho campesino que iba a Londres para ver qué podría hacer allí y que, como yo, había huido de sus amigos. No podía tener más de diecisiete años, era robusto y de buenos rasgos, con cabellos color de lino, despeinados, un sombrero con ala, túnica de buriel, medias: en una palabra, un perfecto yuguero. Lo vi llegar silbando detrás mío, con un hatillo en la punta de un palo por todo equipaje. Caminamos juntos durante algún tiempo, sin hablar y, finalmente nos unimos y acordamos seguir juntos hasta llegar a nuestro destino. No sé cuáles eran sus ideas y designios, pero puedo protestar solemnemente la inocencia de los míos.

Cuando cayó la noche se hizo necesario buscar una posada o refugio; a esa perplejidad se añadió otra: qué diríamos de nosotros mismos si éramos interrogados. Después de alguna confusión, el joven hizo una proposición que a mí me pareció de las mejores; ¿qué era?, que debíamos hacernos pasar por marido y mujer; nunca soñé con sus posibles consecuencias. Finalmente, después de habernos puesto de acuerdo acerca de ese notable expediente, llegamos a una de esas posadas valladas para caminantes, en cuya puerta estaba una vieja bruja que, viéndonos pasar, nos invitó a alojarnos allí. Contentos de encontrar un techo, entramos y mi compañero de viaje, haciéndose cargo de los gastos, pidió todo lo que la casa ofrecía, de modo que cenamos juntos como marido y mujer, cosa que, considerando nuestro aspecto y nuestras edades no podía ser creído más que por quienes creyeran cualquier cosa. Pero cuando llegó la hora de acostarse, ninguno de los dos tuvo valor para contradecir lo que habíamos dicho y, lo que fue muy agradable, el mozalbete parecía tan perplejo como yo acerca de la forma de evitar el yacer juntos, cosa muy natural dentro del estado que habíamos pretextado. Mientras estábamos en esa incertidumbre, la posadera cogió la vela e iluminó el camino hasta nuestro apartamento, cruzando un largo patio en cuyo fondo estaba, separado del resto de la casa. Así fuimos conducidos, sin decir una palabra en contra y allí, en un cuarto miserable con una cama equivalente, nos dejaron, con mucha naturalidad, para que

pasáramos la noche. Por mi parte, era tan increíblemente inocente que ni en ese momento pensé que sería peor meterme en la cama con mi acompañante que con una de las mozas de nuestra granja y quizás él tampoco tuviera más ideas que las de la inocencia hasta que una ocasión tan buena las metiera en su cabeza.

Antes de que ninguno de nosotros se desnudara, apagó la vela, y la crueldad de la temperatura hizo que yo me metiera en la cama de modo que, quitándome las ropas, me deslicé bajo las mantas, donde encontré al mozalbete ya instalado; el roce de su cuerpo tibio me dio placer en vez de alarmarme. Yo estaba, por cierto, demasiado perturbada por mi nueva condición para poder dormir pero no tenía la menor sospecha de que corría peligro. Sin embargo, ¡oh, qué poderosos son los instintos de la naturaleza! ¡Qué poco hace falta para ponerlos en acción! El joven, deslizando su brazo debajo de mi cuerpo me acercó dulcemente a él, como para que ambos estuviéramos más calientes y el calor que sentía al juntarse nuestros pechos, encendió otro que nunca había sentido hasta entonces y cuya naturaleza me era desconocida. Envalentonado, supongo, por mi confianza, se aventuró a besarme y yo insensiblemente le devolví el beso, sin saber las consecuencias, ya que, alentado por ello, deslizó su mano desde mi pecho hasta esa parte mía donde el sentido del tacto es tan exquisitamente crítico, como lo experimenté en aquel momento cuando se inflamó instantáneamente ante el toque y comenzó a palpitar con un extraño calor; allí se complació y me complació hasta que, volviéndose demasiado audaz, me hizo mal y provocó mis quejas. Entonces tomó mi mano que guió, sin que yo me resistiera, hasta la juntura de sus muslos, que estaban muy calientes; allí la alojó y la apretó hasta que levantándola gradualmente me hizo sentir la orgullosa diferencia entre su sexo y el mío. Yo estaba atemorizada ante la novedad y retiré la mano, pero impulsada y excitada por sensaciones de un extraño placer, no pude evitar preguntarle para qué servía aquello. Me dijo que me lo demostraría, si yo se lo permitía y, sin aguardar mi respuesta, que impidió cerrando mi boca con besos qué estaban lejos de disgustarme, se subió encima mio e insertando uno de sus muslos entre los míos los abrió, para hacerse camino y situarme para sus propósitos; yo estaba tan fuera de mí misma, tan abrumada por el poder de esa nueva sensación que, entre el miedo y el deseo, yací

totalmente pasiva hasta que el penetrante dolor me despertó, haciéndome gritar. Pero era demasiado tarde; estaba demasiado bien montado en la silla para que yo lograra arrojarlo con mis luchas, algunas de las cuales sólo sirvieron para afirmarlo; finalmente, un impulso irresistible asesinó a mi virginidad y casi me asesina a mí. Yo yacía transformada en un testigo viviente de la necesidad en que se ve nuestro sexo de recoger las primeras mieles entre espinas.

«Pero como el placer crecía a medida que el dolor cedía, pronto estuve dispuesta a nuevas pruebas y, cuando llegó la mañana, nada en la tierra me era tan querido como este ladrón de mi dulce virginidad: ahora lo era todo para mí. Cómo nos pusimos de acuerdo en unir nuestras suertes, cómo llegamos juntos a la ciudad, donde vivimos algún tiempo hasta que la necesidad nos separó y me empujó a esta clase de vida, por la que había sido golpeada y destrozada tanto por mi facilidad como por mi inclinación, hasta que encontré refugio en esta casa, son circunstancias que sobrepasan el límite que me propuse, de modo que termino aquí mi narración.

Según el orden en que estábamos sentadas, le tocaba el turno a Harriet. Entre todas las bellezas de nuestro sexo que he visto antes o después, pocas eran las formas que podían compararse en excelencia con las suyas; no era delicada sino la delicadeza misma encarnada; tal era la simetría de sus menudos pero bien conformados miembros; la blancura de su tez parecía aún más blanca por efecto de dos ojos negros, cuyo brillo daba a su cara más vivacidad que la que correspondía a su color, que sólo se defendía de la palidez por el suave y dulce carmín de sus mejillas, y se volvía más y más suave hasta desaparecer insensiblemente en la blancura dominante. Luego sus diminutos rasgos se unían para rematar su extremada dulzura que no era desmentida por un temperamento inclinado a la indolencia, la languidez y los placeres del amor. Instada a que cumpliera su compromiso, se sonrojó un poco y satisfizo así nuestros deseos:

—Mi padre no era nada más y nada menos que un molinero en las cercanías de la villa de York y, como tanto él como mi madre

murieron cuando yo era una criatura, quedé al cuidado de una tía viuda y sin hijos que era el ama de llaves de *lord* N… en su casa de campo de…, donde me crió con todo el cariño imaginable. No tenía aún diecisiete años, como no tengo dieciocho ahora cuando me hicieron, tomando en cuenta sólo a mi persona (ya que era notorio que no tenía fortuna) varias propuestas ventajosas; pero ya fuera porque la naturaleza había sido remisa a hacerme sensible a su pasión favorita o porque no había visto a nadie del otro sexo que hubiese despertado en mí la menor emoción o curiosidad de relacionarme con él, había preservado a esa edad una perfecta inocencia, incluso de pensamientos; y mis temores de algo que no sabía qué era, hacían que no deseara más el matrimonio que la muerte. Mi tía, una buena mujer, se complacía con mi timidez, que consideraba un rasgo infantil; su propia experiencia le aseguraba que desaparecería con el tiempo y aseguraría respuestas adecuadas a mis pretendientes.

»La familia no había estado en la mansión desde hacía muchos años, de modo que estaba abandonada y entregada enteramente a los cuidados de mi tía y dos sirvientes. Así, podía disfrutar de una casa espaciosa y solitaria y de sus jardines, situados a media milla de distancia de cualquier otra habitación, con excepción, quizás, de alguna cabaña perdida.

»Allí crecí, en paz e inocencia, sin ningún accidente memorable, hasta el día fatal en que como tantas veces, dejé a mi tía profundamente dormida y segura durante algunas horas, después de la comida; y dirigiéndome a una especie de antiguo invernadero situado a cierta distancia de la casa, llevé mi labor conmigo y me senté, mirando a un riachuelo al que daban su puerta y su ventana. Allí caí en un suave sopor que se apoderó de mis sentidos a causa del excesivo calor de la estación; un asiento de cañas, con mi costurero como almohada fueron todas las comodidades de mi breve reposo, ya que fui prontamente despertada y alarmada por un brinco y el ruido del agua chapoteada. Me levanté para ver qué sucedía; y qué iba a ser sino que el hijo de un caballero de la vecindad, según supe más tarde (porque nunca lo había visto antes), que había llegado hasta allí con su fusil y, acalorado por el deporte y la pesadez del día, se había sentido tentado por la frescura del claro arroyo, de modo que, quitándose las ropas, se había

zambullido desde la otra margen que bordeaba un bosque y donde había unos árboles inclinados sobre el agua que formaban un agradable refugio sombreado y adecuado para desvestirse en él.

»Mis primeras emociones cuando vi a ese joven desnudo en el agua fueron, con todo el respeto imaginable por la verdad, la sorpresa y el miedo; y hubiese huido inmediatamente si mi modestia, fatal para sí misma, no hubiera interpuesto la objeción de que la situación de la puerta y la ventana hacían imposible que saliera y me dirigiera a la casa por la orilla sin que me viera, idea que me parecía insoportable, tan avergonzada y confundida me sentía. Condenada entonces a quedarme hasta que su partida me liberara, no supe qué hacer de mí; durante un tiempo, el terror y la modestia me impidieron hasta mirar por la ventana que, siendo pequeña y antigua y no habiendo luz detrás de mí, difícilmente hubiese traicionado la presencia de alguien; además, la puerta era tan segura que salvo por la violencia o mi consentimiento, era imposible abrirla desde fuera.

»Pero ahora, por mi propia experiencia, descubrí que es muy cierto que los objetos que nos atemorizan, cuando no podemos huir de ellos, atraen nuestra mirada con tanta fuerza como los que nos placen. No pude soportar mucho tiempo el impulso anónimo que, sin que existiera ningún deseo de este nuevo espectáculo, me empujaba hacia él; envalentonada también por la certeza de estar al mismo tiempo oculta y segura, me aventuré, gradualmente, a fijar mis ojos en un objeto tan terrible y alarmante para mi modestia virginal como un hombre desnudo. Pero cuando miré a hurtadillas el primer fulgor que me llamó la atención fue, en general, el lustre lleno de rocío de la más blanca piel imaginable; el sol, jugando sobre ella, la llenaba de vivos reflejos. En la confusión en que me encontraba, no podía distinguir bien los lineamientos de su cara, pero descubrí en ella juventud y frescura. Los juegos y retozos de sus miembros hermosos y pulidos, cuando aparecían en la superficie, mientras nadaba o jugaba en el agua me divirtieron e insensiblemente me deleitaron: a veces yacía inmóvil de espaldas, flotando y arrastrando detrás de sí una hermosa mata de cabellos que flotando, barrían la corriente formando un matorral de rizos negros. Luego, el agua que lo cubría, formaba una separación entre su pecho y su brillante vientre blanco, en cuya parte inferior no

pude evitar la observación de algo tan notable como un penacho negro y musgoso, del que parecía surgir una cosa blanca, redonda, blanda y cimbreante que oscilaba en todas direcciones aunque no hubiese corriente ni remolinos. Sólo puedo decir que esa parte, principalmente, por una especie de instinto natural, atrajo, detuvo, cautivó mi atención; toda mi modestia no tenía poder para apartar mis ojos de ella y al no ver nada muy espantoso en su apariencia, insensiblemente olvidé todos mis miedos; pero con tanta rapidez como desaparecían, nuevos deseos y extraños anhelos ocupaban su lugar, y yo me disolvía mientras miraba. El fuego de la naturaleza, que durante tanto tiempo había yacido dormido u oculto, comenzó a despertar y por primera vez me hizo sentir mi propio sexo. Él había cambiado su postura y nadaba boca abajo, sobre su estómago, golpeando con sus brazos y piernas, más finamente modeladas que si hubieran estado fundidas en bronce, mientras sus rizos flotantes jugaban sobre un cuello y unos hombros deliciosos, destacando su blancura. Luego, la lujuriosa turgencia de carne que se elevaba al final de su espalda y terminaba su doble copa donde comenzaba los muslos, me provocaba vértigo con su brillo húmedo.

»En ese momento me sentía tan afectada por este cambio interior de mis sentimientos, tan suavizados por esta visión, que traicionada por la súbita transición del miedo extremado al deseo extremo, descubrí que este último tenía tanta fuerza, quizás porque el calor de la estación conspiraba para aumentar su furia, que la naturaleza casi perdió el sentido. No es que yo supiera con precisión qué era lo que deseaba; mi único pensamiento era que sólo una criatura tan deliciosa como me parecía ese joven, podría hacerme feliz; pero las pocas posibilidades que existían de lograr conocerle o, quizás, de volverle a ver, aguijoneaban mis deseos y los convertían en tormentos. Yo seguía contemplándolo, con todos los poderes de mis ojos concentrados en ese embrujador objeto, cuando, en un instante, se sumergió. Yo había oído hablar de los calambres que podían asaltar a los mejores nadadores y hacer que se ahogaran; imaginando que ese súbito eclipse se debiera a eso, el inconcebible cariño que había dado a luz este muchacho me perturbó con los más mortales terrores; tanto que, con las alas de mi preocupación, volé hasta la puerta, la abrí y corrí hacia el canal, guiada por el frenesí de mis miedos y el intenso deseo de ser el instrumento de su

salvación aunque ignoraba cómo o por qué medios podría efectuarla; pero ¡ni el miedo ni una pasión tan súbita como la mía podían razonar!

»Todo eso llevó apenas unos momentos; tuve apenas las energías necesarias para llegar a la verde orilla del arroyo donde buscando alocadamente al joven y no hallándolo, mi terror y mi preocupación me causaron un fuerte desvanecimiento que debe haber durado algún tiempo, porque no volví en mí hasta que salí de él a causa de un dolor que afectaba mis partes más vitales y me despertó en la sorprendente situación de encontrarme, no sólo en brazos del mismísimo joven caballero que con tanta solicitud había querido salvar, sino sorprendida en una situación tan desventajosa, dada mi condición, que él ya había completado su entrada; de modo que debilitada como me encontraba por los precedentes conflictos y aturdida por la violencia de la sorpresa, no tuve fuerzas para gritar ni para liberarme de sus enérgicos abrazos antes de que, acuciado por sus intenciones, hubiera forzado el camino, triunfando completamente sobre mi virginidad, como pudo comprobar muy bien por el flujo de sangre cuando se retiró y por las dificultades que había experimentado para consumar su penetración. Pero la visión de la sangre y el entendimiento de mi condición (según me dijo después), una vez que la ingobernable furia de su pasión se hubo apaciguado un poco, lo habían perturbado tanto que, aun a riesgo de las peores consecuencias, no pudo decidirse a dejarme y alejarse, cosa que podría haber hecho con facilidad. Yo yacía en un total desorden de sangre y ruina, palpitante, muda, incapaz de alejarme, asustada y temblorosa como una pobre perdiz herida, y pronta a desvanecerme nuevamente al comprender lo que me había acaecido. El joven caballero estaba a mi lado, de rodillas, besando mi mano, suplicándome, con lágrimas en los ojos, que le perdonara y ofreciéndome todas las reparaciones que estaban a su alcance. Es cierto que, si en el momento de recuperar el sentido hubiese podido llamar o tomar una venganza sangrienta, no hubiese sido injusto; la violación, además, había tenido circunstancias agravantes, aunque él las ignorara, ya que era a mi preocupación por preservar su vida que debía mi ruina.

»Pero ¡qué rápida es la oscilación de las pasiones de un extremo a otro! ¡Y qué poco conocen el corazón humano quienes lo niegan!

No pude ver sin ablandarme a ese amable criminal, que tan súbitamente había sido el objeto de mi primer amor y con la misma rapidez el de mi justo odio, mojando mi mano con sus lágrimas. Estaba aún completamente desnudo, pero mi modestia había sido ya demasiado herida, en su esencia, para sentirme tan conmovida como hubiese estado en otras circunstancias, por las solas apariencias; en una palabra, mi ira disminuyó tan rápido y la marea del amor volvió a cubrirme con tanta fuerza, que perdonarle me pareció importante para mi propia felicidad. Los reproches que le hice fueron murmurados en un tono tan suave, mis ojos se encontraron con los suyos con tales miradas, más lánguidas que resentidas, que no pudo menos que presumir que su absolución no estaba a una distancia desesperada, pero pese a eso se negó a abandonar su sumisa posición hasta que lo hube perdonado formalmente, cosa que después de las más fervientes exhortaciones, protestas y promesas no pude demorar por más tiempo. Sobre esto, con las más extremadas marcas del temor a ofenderme de nuevo se aventuró a besar mis labios, cosa que no rechacé ni me molestó; cuando le reproché con dulzura la brutalidad con que me había tratado, me explicó el misterio de mi ruina, si no probando su inocencia, disminuyendo mucho sus culpas, por lo menos a los ojos de un juez tan parcial a su favor como yo.

»Parece que la circunstancia de que se fuera al fondo o se hundiera, que yo en mi ignorancia había considerado fatal, no era más que un truco de buceo, del que nunca había oído hablar, o por lo menos no había prestado atención al oírlo mencionar; y él tenía tanto aliento que en todo el lapso en que corrí para salvarlo no había emergido, haciéndolo cuando me desvanecí. Al verme tendida en la orilla su primera idea fue que una joven tenía designios de divertirse y jugar con él, ya que sabía que no hubiera podido quedarme dormida allí sin que me hubiese visto antes; encontrando agradable esa idea, se aventuró a acercarse y encontrándome sin signos de vida, perplejo, porque no sabía qué pensar de la aventura, me cogió en brazos y me llevó hasta el invernadero, habiendo observado que la puerta estaba abierta. Allí me depositó en el diván y trató —de buena fe, según afirmó— de hacerme recuperar el sentido de varias maneras hasta que inflamado, como dijo, y sin poder contenerse por haber visto y palpado varias partes mías que

habían quedado expuestas, no pudo gobernar su pasión, más aún porque no estaba seguro de que su primera idea, según la cual el desmayo era fingido, no fuera la verdad del caso; seducido entonces, por esa halagadora idea y abrumado, como dijo, por la sobrehumana tentación combinada con la soledad y la aparente seguridad de la empresa, no fue dueño de sí mismo para no emprenderla. Dejándome solo para echar el cerrojo de la puerta, volvió a su presa con renovadas energías; encontrándome aún en trance, se aventuró a disponer de mí a su gusto, mientras yo no sentía más que un muerto lo que estaba haciendo, hasta que el dolor que me causó me despertó, justo a tiempo para ser testigo de un triunfo que no pude impedir y ahora apenas lamentaba; porque mientras hablaba, su voz, pensé, sonaba tan dulcemente en mis oídos, la sensible cercanía de un objeto tan nuevo e interesante me perturbaba tan poderosamente que, comenzando a percibir las cosas a una nueva y agradable luz, perdí todos los recuerdos de la pasada injuria. El joven caballero pronto percibió los síntomas de la reconciliación en la dulcificación de mi aspecto y se apresuró a recibir su confirmación de mis labios, oprimiéndolos tiernamente para hacerse perdonar con un beso tan ardiente y fogoso que llegó hasta mi corazón y desde allí a la esfera de Venus, que tan recientemente había descubierto; yo me disolvía en una blandura en la que nada podía negarle. Y cuando él utilizó sus caricias y mimos con tanto arte como para insinuar los consuelos más confortantes para el dolor pasado y las más agradables esperanzas de futuros placeres, y mientras la mera modestia me impedía mirar sus ojos y más bien me hacía esquivarlos, pude dar un vistazo a ese instrumento dañino que estaba obviamente, hasta para mí, que apenas había podido observarlo, recuperando su capacidad de hacer daño y se volvió muy alarmante por su aumento de tamaño cuando él lo puso, duro y rígido, contra una de mis manos que colgaba descuidadamente. Luego empleó tantos tiernos preludios y progresiones tan convincentes, que la pasión de mis deseos que retornaban, tan fuertemente estimulados por las insinuantes circunstancias de la visión y el incendiario tacto de su belleza desnuda, hicieron que terminara cediendo a la fuerza de mis impresiones presentes y él obtuvo de mi tácito y sonrojado consentimiento todas las gratificaciones del placer que mi pobre

persona estaba en condiciones de conceder, después de que él hubiese cortado mi flor más fina sin posibilidades de guardarla durante la suspensión de mis sentidos.

»Aquí debería detenerme, de acuerdo a las reglas, pero estoy tan entusiasmada que no podría hacerlo, aun si quisiera. Pero sólo añadiré, sin embargo, que volví a casa sin ser descubierta y sin que se sospechara lo sucedido. Volví a encontrar a mi joven violador varias veces; ahora le amaba apasionadamente y él, aunque todavía no tenía la edad necesaria para reclamar una fortuna pequeña pero independiente, se hubiera casado conmigo, pero como los accidentes que lo impidieron y sus consecuencias, que me arrojaron a la vida pública contienen detalles demasiado serios y conmovedores para introducirlos ahora, me interrumpo aquí.

Louisa, la morena que mencioné al principio, tomó su turno para agasajar a las presentes con su historia. Ya os he sugerido la gracia de su persona; nada podía ser más conmovedor, repito, conmovedor y no sorprendente, que es siempre un efecto menos duradero y pertenece más generalmente a las pieles blancas, pero dejando esa decisión al gusto de cada cual, procedo a comunicaros la narración de Louisa:

—Según las máximas prácticas de la vida, tendría que jactarme de mi nacimiento, ya que lo debo sólo al amor, sin matrimonio; lo que sí sé es que hubiera sido difícil heredar una propensión más fuerte a la causa de mi ser, que la mía. Fui el raro producto del primer intento de un ebanista viajero con la doncella de su amo; las consecuencias fueron un vientre hinchado y la pérdida de la colocación. Sus circunstancias no le permitieron hacer mucho por ella y, sin embargo, después de esa deshonra, después de haber dejado caer su carga y depositarme en casa de unos parientes pobres en el campo, mi madre encontró la forma de repararla casándose con un pastelero, aquí en Londres, dueño de un próspero negocio. Pronto, y a favor del total ascendiente de que gozaba sobre él, me hizo pasar por una hija que había tenido de su primer marido. En esa calidad llegué a su casa y no había cumplido seis años cuando mi padrastro murió, dejando a mi madre en circunstancias tolerables y sin hijos suyos. En cuanto a mi padre natural, se había hecho a la mar donde, cuando supe la verdad de las cosas, se me dijo que había muerto, no muy rico, como

comprenderéis, porque no era más que un marinero. Mientras crecía bajo los ojos de mi madre, que continuó con el negocio, no pude menos que ver en su severa vigilancia el recuerdo de un desliz que ella prefería no fuera hereditario; pero no elegimos nuestras pasiones más que nuestros rasgos o nuestra complexión, y mis tendencias al placer prohibido eran tan fuertes que triunfaron, finalmente, sobre todos sus cuidados y precauciones. Apenas tenía doce años cuando esa parte que ella quería preservar de todo mal me hizo sentir su impaciencia por que la tomaran en cuenta y pudiera empezar a actuar; ya había mostrado signos de precocidad en el nacimiento de un suave plumón sobre ella, que me halagaba y, también podría decirlo, que había crecido bajo mis constantes toques y visitas, tan contenta estaba con lo que consideraba como una especie de derecho a la femineidad, ese estado en que anhelaba entrar por los placeres que imaginaba se relacionaban con él. Ahora, la creciente importancia de esa parte mía y las nuevas sensaciones que había en ella, destruyeron inmediatamente todos mis juguetes y mis diversiones infantiles. La naturaleza señalaba con fuerza hacia diversiones más sólidas, mientras todos los aguijones del deseo se instalaban con tanta fiereza en su pequeño centro, que no podía ignorar cuál era el lugar donde quería un compañero de juegos.

»Ahora evitaba todas las compañías mediante las cuales no esperaba obtener el objeto de mis deseos y solía encerrarme para permitirme, en la soledad, algunas tiernas meditaciones acerca de los placeres cuya iniciación percibía, tocando y examinando lo que la naturaleza me aseguraba debía ser la avenida de entrada, los portales por los que entraría el desconocido arrobamiento por el que yo palpitaba.

»Pero esas meditaciones sólo acrecentaban mi desorden y avivaban el fuego que me consumía. Aún era peor cuando terminaba por ceder a las insoportables irritaciones del hada encantada que me atormentaba, la tomaba entre mis dedos y jugaba interminablemente con ella. A veces, en la furiosa excitación del deseo me arrojaba sobre la cama, abría los muslos y yacía como si estuviera esperando el deseado alivio, hasta que comprendiendo mi espejismo, los cerraba y los apretaba nuevamente, ardiente e inquieta. Para abreviar, esa cosa diabólica, con sus impetuosas

burlas y sus ardientes fuegos, me hacía llevar una vida en la que ni de día ni de noche podía estar en paz con ella o conmigo. Con el tiempo, sin embargo, pensé que había ganado un prodigioso premio cuando figurándome que mis dedos tenían una forma parecida a la de aquello que anhelaba, logró introducir a uno de ellos con gran agitación y deleite; no fue sin dolor que me desfloré tanto como pude alcanzar, procediendo con tanta furia y pasión en esa última y solitaria etapa del placer que quedé tendida cuan larga era y sin aliento, en un fundente trance lúbrico.

»Pero como la frecuencia del uso embota las sensaciones, pronto empecé a percibir que mis trabajos no eran más que un expediente mezquino y vacío que poco me aliviaba y más bien avivaba el incendio que su seca e insignificante excitación no podía apagar.

»Sólo los hombres —lo sabía de forma instintiva, además de lo que había escuchado laboriosamente en bodas y bautizos— poseían el único remedio que podría reducir ese rebelde desorden; pero cuidada y vigilada como estaba, el problema era cómo llegar a uno; yo me exprimía los sesos y la imaginación, tratando de eludir una vez la vigilancia de mi madre y procurarme la satisfacción de mi impetuosa curiosidad y mis anhelos de este poderoso y no saboreado placer. Finalmente, sin embargo, una sola oportunidad sirvió para recompensar mi larga alerta.

»Un día en que habíamos comido en casa de una conocida al otro lado de la calle, junto con una dama que ocupaba como inquilina el primer piso de nuestra casa, surgió la indispensable necesidad de que mi madre fuera con ella a Greenwich; la excursión estaba decidida cuando no sé qué genio me susurró que alegara un dolor de cabeza, que ciertamente no tenía, para no ser incluida en una partida en la que no deseaba participar. El pretexto fue aceptado y mi madre, con cierta reluctancia, se decidió a partir sin mí; pero puso particular cuidado en acompañarme hasta casa, donde me consignó en las manos de una vieja criada de confianza que trabajaba en la tienda, ya que no había ninguna criatura del otro sexo en la casa.

»En cuanto se marchó, dije a la criada que subiría a descansar en la cama de nuestra inquilina, porque la mía no había sido hecha, encargándole al mismo tiempo que no me molestara, ya que sólo deseaba descansar. Esa exhortación probablemente me rindió un

gran servicio. En cuanto llegué a la alcoba, aflojé mi corsé y me tiré sobre la cama, semivestida. Allí me entregué a los viejos e insípidos juegos de mirarme, tocarme, disfrutarme; en resumen a *conocerme* por todos los medios que podía idear, en busca del placer que huía delante de mí, obsesionándome con ese algo desconocido que estaba fuera de mi alcance; así, todo eso sólo servía para inflamarme y provocar violentamente mis deseos mientras la única cosa necesaria para su satisfacción no estuviese a mano y yo sólo tuviera mis dedos para sustituirla. Entonces, después de cansarme y fatigarme tratando de aferrar sombras mientras esa sensible parte mía no lograba contentarse con menos de la realidad, los fuertes deseos, el urgente forcejeo de la naturaleza para lograr el alivio y la extremada agitación que había necesitado para lograrlo, me agotaron, arrojándome en una especie de sueño inquieto; ya que si me agité y moví mis miembros en proporción al desorden de mis sueños, como tengo razones para pensar que hice, un observador no hubiese podido dejar de comprender que se trataba del amor. Y parece que había uno porque al despertar de mi breve sopor encontré mi mano sujeta por la de un joven que arrodillado junto a la cama me pedía perdón por su audacia; era el hijo de la dama a quien —según sabía— pertenecía esta alcoba y había pasado por la tienda sin que la criada lo notara. Cuando me encontró dormida, su primera idea había sido retirarse, pero, según dijo, se había visto detenido y fijado allí por un poder del que le sería más fácil dar razón que resistirlo.

»¿Qué puedo deciros? Mis emociones de miedo y sorpresa fueron instantáneamente avasalladas por las del placer que, con gran presencia de ánimo, adiviné que podría derivar de esta aventura. Él me parecía un ángel consolador, caído del cielo, ya que era joven y muy buen mozo, que era más de lo que yo había deseado; un *hombre*, en general, era todo lo que mis extremados deseos anhelaban. En aquel momento pensé que todo el aliento que pudiera poner en mis ojos y mi voz no sería excesivo y no lamenté animar sus avances; no me importaba lo que pudiese opinar después de mi descaro, con tal de llevarlo a un punto en que correspondiera a mis acuciantes demandas del presente; mi única preocupación inmediata se refería a sus actos y no a sus pensamientos. De modo que levantando la cabeza le dije en voz baja —que tendía a

prescribir el mismo registro para él— que su mamá había salido y no volvería hasta la noche, cosa que me pareció una buena insinuación; sin embargo, como se demostró luego, no estaba tratando con un novicio. La impresión que había causado en él, gracias a los descubrimientos que había hecho acerca de mi persona por mis movimientos mientras me miraba dormir —según me dijo luego—, lo habían decidido y preparado. De forma tal que, si hubiese conocido su disposición, hubiese tenido mucho que esperar de su violencia y nada que temer de su respeto y mucho menos de la extremada ternura que puse en mi voz y en mis ojos, suficiente para alentarle a aprovechar la oportunidad a fondo. Descubriendo que los besos que depositaba en mi mano eran recibidos con tanta mansedumbre como podía desear, se alzó hasta mis labios y pegando los suyos a ellos me hizo sentir tan desmayada por el goce y el placer que me dejé caer, y él cayó conmigo, en la cama, en la que desplazándome insensiblemente hacia el centro, le había hecho sitio. Ahora se ha acostado a mi lado y como los minutos son demasiado preciosos para consumirlos en innecesarias ceremonias o demoras, mi joven procede inmediatamente a tomar las medidas extremas que mi aspecto, mis sonrojos y mis palpitaciones le han asegurado que puede intentar sin miedo a la repulsa; los hombres, esos desvergonzados, nos entienden admirablemente en estas ocasiones.

Yo yacía, entonces, cuan larga era, anhelando el ataque inminente con un deseo que sobrepasaba en mucho a mis temores; difícilmente una chica de apenas trece años, pero crecida, podía haber tenido mejor disposición. Él levantó mis enaguas y mi camisa, mientras mis muslos estaban, por el instinto natural, totalmente desplegados; mis deseos habían destruido tan completamente mi modestia que hasta el hecho de que estuviesen desnudos y abiertos a sus ojos formaba parte del preludio —no de la vergüenza— que aumentaba mis sonrojos. Pero cuando su mano y sus caricias, atraídos naturalmente por el centro, me hicieron sentir todo su desenfreno y ardor allí y en las proximidades… ¡Oh, qué sensación tan diferente percibí de la que provocaba con mis insípidos tocamientos! Ahora, su chaleco estaba desabotonado y el confinamiento de sus calzones estalló cuando salió a la vista el asombroso y placentero objeto de todos mis deseos, todos mis

sueños, todo mi amor, ¡el rey de los miembros! Lo miré, lo devoré a lo largo y a lo ancho, con los ojos fijos en él, hasta que al subirse encima mío y colocarlo entre mis muslos me arrebató el placer de su visión para darme otro, más digno de agradecimiento, al sentir su roce en esa parte que se ve tan exquisitamente afectada por él. Aplicándolo entonces, a la diminuta abertura, porque así era en esa edad, lo afronté con muchísima buena voluntad y sentí la primera inserción con un rapto de placer tan enorme que no presté demasiada atención al dolor que siguió; me parecía que ningún precio era excesivo para pagar por este delicioso bocado de los sentidos, de modo que rota, rasgada, sangrante, destrozada, seguía maravillosamente complacida y estrechaba en mis brazos al amado autor de esas deliciosas ruinas. Pero cuando, poco después, realizó su segundo ataque, aunque todo estaba dolorido, la irritación pronto fue curada por el soberano cordial; mis suaves quejas quedaron silenciadas y con el dolor transformándose rápidamente en placer, me abandoné a todos sus transportes y le entregué enteramente mi cuerpo y mi alma; ahora todos los pensamientos habían desaparecido en mí; sólo vivía por mis sensaciones. Y ¿quien podría describir esas sensaciones, esas agitaciones, exaltadas, además, por el encanto de la novedad y la sorpresa, cuando esa parte mía que durante tanto tiempo había apetecido el querido bocado que ahora la llenaba tan deliciosamente forzó a todas mis sensaciones vitales a fijarse en ella durante la estancia de mi adorado huésped, quien bien pronto pagó mi cordial bienvenida con un languidecimiento mucho más rico del que he oído decir que una reina daba a su amante? Languidecimiento hecho de perlas líquidas, arrobadoramente derramado dentro de mí. Estando yo misma demasiado derretida para recibirlo secamente, lo saludé con la más cálida confluencia, entre todos los extáticos raptos que presumo familiares a las aquí presentes. Así, entonces, llegué a colmar mis deseos merced a un accidente inesperado, por cierto, pero no tan sorprendente, ya que este joven caballero acababa de llegar a la ciudad desde la universidad, y visitaba familiarmente a su madre en su apartamento donde ya había estado antes; sin embargo, por casualidad, yo no le había visto, de modo que sólo nos conocíamos de oídas; al encontrarme tirada en la cama de su madre había deducido, por sus descripciones, de quien se trataba. El resto, lo

sabéis.

»Este asunto no tuvo consecuencias ruinosas, ya que el joven caballero escapó ésa y otras veces, sin ser descubierto. Pero el ardor de mi temperamento, que convertía a los placeres del amor en una especie de necesidad de la vida, me hizo cometer indiscreciones fatales para mi ventura privada y me dediqué a la vida pública, mediante la cual hubiese encontrado la peor de las ruinas si mi buena estrella no me hubiese traído a este seguro y agradable refugio.

Aquí terminó Louisa; las pequeñas historias habían acercado el momento de que las chicas se retiraran a prepararse para la fiesta de la noche; yo me quedé con la señora Cole hasta que Emily vino a decirnos que los caballeros había llegado y nos aguardaban.

Ante esto, la señora Cole me tomó de la mano y, con una sonrisa alentadora me condujo escaleras arriba, precedida por Louisa que había venido a apresurarnos y nos iluminaba con dos velas, una en cada mano.

En el descanso del primer tramo de escaleras fuimos recibidas por un joven caballero extremadamente bien vestido y elegante, de quien yo sería deudora de mi primer ensayo de placeres en la casa. Me saludó con mucha galantería y me condujo al salón, cuyo suelo estaba cubierto por una alfombra turca y cuyos muebles se adaptaban a todas las exigencias del lujo más cuidado; ahora también estaba animado por medio de una profusa iluminación que proporcionaba una luz apenas inferior y quizás más favorable al placer, más tiernamente agradable, que la del sol.

Cuando entré en la habitación tuve la satisfacción de escuchar un murmullo de admiración que recorrió el grupo consistente en cuatro caballeros, incluyendo a mi particular (esa palabra, en la jerga de la casa, designada al galán de cada una). Las tres jóvenes llevaban pulcros y flotantes deshabillés, así como la gobernanta de la academia y yo misma. Me desearon la bienvenida con besos en los que era fácil descubrir, por el mayor ardor de los masculinos, la distinción de los sexos.

Despavorida y confusa como me encontraba, viéndome rodeada, acariciada y cortejada por tantos desconocidos, no pude familiarizarme inmediatamente con toda la alegría y el júbilo que dictaban sus cumplimientos y animaban sus caricias.

Me aseguraron que yo era tan perfectamente de su gusto que sólo encontraban un defecto en mí, del que podría curar con facilidad, y que era mi modestia; eso podía pasar más fácilmente por una virtud con quienes la necesitaban como estímulo, pero su máxima era que era un condimento inconveniente y sazonaba la copa de tal modo que estropeaba la bebida del placer sincero; por lo tanto, la consideraban una enemiga mortal y no le concedían cuartel cuando la encontraban. Éste fue un prólogo digno de la francachela que siguió.

En medio de las travesuras y picardías a las que esta alegre banda se había dedicado ahora con mucha naturalidad, se sirvió una elegante cena; mi joven amigo se sentó a mi lado y las otras parejas se situaron sin orden ni ceremonia. Las delicadas bromas y el buen vino disiparon pronto toda reserva; la conversación era tan vivaz como podía desearse sin tomar un tono demasiado disoluto; estos profesores de placer eran demasiado sabios para estropearlo o evaporar la imaginación con palabras antes del momento de la acción. De todos modos, se arrebataban besos de vez en cuando y cuando una pañoleta alrededor del cuello interponía una débil barrera no era demasiado respetada. Las manos masculinas se pusieron a trabajar con su habitual petulancia hasta que las provocaciones de ambas partes subieron mucho de tono, de manera que, mi particular, cuando propuso que comenzáramos la contradanza fue recibido con un instantáneo asentimiento ya que, como añadió riendo, suponía que los instrumentos ya estaban afinados. Ésa fue la señal para iniciar los preparativos; la complaciente señora Cole, que conocía bien la vida, aprovechó la oportunidad para desaparecer; ya no estaba en muy buenas condiciones para prestar servicio y, satisfecha por haber dispuesto el orden de ataque, nos dejó en el campo de batalla, para luchar a discreción.

En cuanto se retiró, la mesa fue quitada del medio y se transformó en una repisa lateral; su lugar fue ocupado por un diván y cuando pregunté, en un susurro las razones de esto, mi particular me dijo que era sobre todo por mí que se había reunido esta convención y que los participantes se proponían, al mismo tiempo, complacer su gusto por la diversidad de placeres y, haciéndolo en público, destruir cualquier resto de modestia o reserva en mí, ya

que la veían como el veneno del goce y que, aun cuándo ocasionalmente predicaban el placer y vivían de acuerdo a ello, no sentían entusiasmo por la labor de el entrenamiento práctico con las mujeres bellas que les gustaban lo suficiente y estaban de acuerdo con sus ideas; aunque como semejante propuesta podía ser demasiado violenta, demasiado chocante para una joven principiante, los miembros más antiguos debían dar ejemplo, que él esperaba estuviera dispuesta a seguir, ya que era a él a quien había sido entregada para el primer experimento, si bien yo seguía estando en perfecta libertad para rehusar la partida, que siendo, por su naturaleza, una partida de placer, excluía necesariamente la fuerza y la obligación.

Sin duda, mi rostro expresó mi sorpresa, tal como mi silencio mi aquiescencia. Yo estaba embarcada y determinada a participar en cualquier viaje que sugirieran mis compañeros.

Los primeros que se pusieron de pie para abrir el baile fueron un corneta de caballería y la más dulce de las bellezas morenas, la suave y amorosa Louisa. Él la condujo, muy bien dispuesto hasta el diván, donde la depositó y la extendió cuan larga era con un aire tosco y vigoroso, que dejaba adivinar la ansiedad y la impaciencia amorosa. La chica, tendiéndose de la forma más tentadora, con la cabeza apoyada en un cojín estaba tan concentrada en lo que estaba haciendo que nuestra presencia parecía la menor de sus preocupaciones. Sus enaguas, levantadas junto con su camisa, descubrieron a los presentes las piernas y los muslos mejor formados que imaginarse pueda, generosamente exhibidos; daban al agradable monte cubierto de pelos la entrada más incitante, entre dos setos delicadamente suaves y abultados. Su galán ya estaba pronto, habiéndose desembarazado de sus ropas, recargadas de encaje y, cuando se quitó la camisa nos mostró sus fuerzas en elevada condición, tensas y prontas para la acción. Pero, sin darnos tiempo para considerar sus dimensiones se arrojó instantáneamente sobre su encantadora antagonista, que lo recibió como una heroína, cuando empujó una sola vez, justo en el blanco, sin retroceder; seguramente, nunca existió una chica constitucionalmente más dotada para saborear el goce o más sincera en la expresión de sus sensaciones; podíamos observar el placer que aparecía en sus ojos cuando él introducía en ella su instrumento omnipotente hasta que

finalmente, habiéndose entregado a ella hasta lo más profundo, sus irritaciones se volvieron tan violentas y le provocaron espasmos tan furiosos que concentrada en si misma y olvidada de todo lo que no fuera el disfrute de sus sensaciones favoritas, devolvió sus embestidas con un justo concierto de elásticas elevaciones, manteniendo un ritmo tan exacto con sus patéticos suspiros que uno podría haber contado los impulsos de agitaciones por sus claros murmullos, mientras sus activos miembros seguían enroscándose y entretejiéndose con los de él, en abrazos convulsos; luego, los besos con el cuello tenso, los conmovedores e indoloros mordiscos amorosos que intercambiaban en una furia de deleite, conspiraba para provocar la disolución. Pronto llegó, cuando Louisa en el delirio de su locura de placer, incapaz de reprimirse, gritó:

—¡Oh, señor… bondadoso señor…, por favor, no me ahorréis nada! ¡Ah, ah…! —Su voz se quebraba en conmovedores suspiros y cerró los ojos a la dulce muerte en el instante en que era perfumada por una inyección cuyos signos pudimos apreciar en la postura lánguida, quieta, moribunda de quien antes era su furioso jinete, que se detuvo súbitamente con la respiración entrecortada y jadeante, rindiendo, por el momento, el espíritu del placer. En cuanto desmontó, Louisa se puso en pie de un salto, acomodó sus enaguas y corriendo hacia mi me besó y me llevó hasta el aparador, a donde su galán la conducía a ella; allí me hicieron brindar por ellos con un vaso de vino y beber en broma a su salud, a proposición de la traviesa Louisa.

En estos momentos, la segunda pareja estaba pronta para entrar en la lid; estaba compuesta por un joven *baronet* y la más delicada de las hechiceras, la atractiva y tierna Harriet. Mi gentil caballero vino a comunicármelo y me llevó nuevamente al escenario de la acción.

Seguramente, ninguna de las de su profesión acompañaba su disposición para el papel que debía desempeñar a cara limpia con tanta gracia, dulzura, modestia y recato complaciente como ella. Todo su aspecto y sus movimientos sólo respiraban una complacencia sin reservas ni límites, sin la menor mezcla de descara o prostitución. Pero, lo que era aún más sorprendente, su compañero, en medio de la disolución de un goce público y abierto, parecía locamente enamorado de ella y conmovía su corazón con su

amor y sus sentimientos, aunque en el momento las obligaciones de su compromiso con la casa lo pusieran en la necesidad de cumplir con una institución que él mismo había contribuido grandemente a establecer.

Entonces, Harriet fue conducida al diván por su galán, sonrojándose al mirarme con unos ojos que querían justificarlo todo y me rogaban tiernamente la mejor interpretación del paso que se veía obligada a dar.

Su amante, porque eso era, la sentó a los pies del diván y pasando un brazo alrededor de su cuello, inició el preludio con un beso ferviente que aplicó a sus labios y que, visiblemente, le dio vida y ánimo para adentrarse en la escena; mientras la besaba, inclinó su cabeza suavemente hasta que quedó apoyada en un cojín destinado a recibirla; e inclinándose junto con ella, contuvo e hizo agradable al mismo tiempo su caída. Allí, como si hubiese adivinado nuestros deseos, siendo el amo, por su condición de poseedor actual, de bellezas más delicadas de lo imaginable, descubrió sus pechos para deleite de sus manos y nuestra vista. ¡Oh, qué deliciosos manuales de la devoción amorosa! ¡Qué moldeado tan fino e inimitable! Eran pequeños, redondos, firmes y maravillosamente blancos; el grano de su piel tan suave, tan halagador al tacto y los pezones que los coronaban, dulces pimpollos de belleza. Cuando hubo saciado sus ojos con caricias y exámenes cuidadosos, sació sus labios con besos entusiastas, impresos en esos deliciosos globos gemelos, y siguió hacia abajo.

Sus pies seguían en el suelo y ahora, con la más tierna atención, para no chocarla ni alarmarla súbitamente, se introdujo furtivamente más bien que levantó sus enaguas; ante eso, y como si les hubiesen dado una señal Louisa y Emily cogieron las piernas de Harriet por pura travesura y para ayudarla, las mantuvieron estiradas y separadas. Entonces quedó expuesta o, para hablar con propiedad, en exhibición la mayor pompa en materia de encantos femeninos. Todo el grupo que, con excepción de mí, los había visto con frecuencia, parecía tan deslumbrado, sorprendido y deleitado como podría haber estado quien los viera por primera vez. Una belleza tan excesiva no podía no disfrutar de los privilegios de la eterna novedad. Sus muslos estaban tan exquisitamente conformados que si hubiesen sido un poco más gruesos o un poco

más finos hubiesen perdido algo del nivel de perfección que presentaban. Pero lo que los enriquecía y adornaba hasta el infinito era la dulce intersección donde se juntaban la parte inferior del vientre más suave, más redondo, más blanco, y el surco central que la naturaleza había hundido allí entre los suaves relieves de dos serranías abultadas que, en esta chica, eran tan delicadas y diminutas como el resto de su aspecto. ¡No! Nada en la naturaleza podía estar más bellamente tallado; luego, la umbría oscuridad del musgo primaveral parecido a un plumón que lo recubría añadía a la riqueza del paisaje una conmovedora calidez, una suave terminación que estaba más allá de las palabras y hasta del pensamiento.

Su sinceramente enamorado galán, que había quedado absorto y embelesado por el placer de la contemplación durante el tiempo suficiente para que nosotros nos deleitáramos (¡no corríamos peligro de saciarnos!) se dirigió, finalmente, a los materiales del placer y levantando el velo de lino que nos separaba del principal protagonista de estas fiestas exhibió algo cuyo tamaño proclamaba a su propietario como a un verdadero héroe para las mujeres. Además, en todos los otros aspectos, era un cumplido caballero, en todo el vigor de la juventud. Parado allí, entre las piernas de Harriet que eran sostenidas por sus compañeras con el máximo de separación, abrió suavemente con una mano los labios de esa lasciva boca de la naturaleza, mientras con la otra inclinaba su poderosa máquina hacia su blanco desde la altura de su rígida erección dirigida a su estómago; los labios, abiertos por sus dedos, recibieron la ancha cabeza inclinada color coral y cuando la hubo anidado allí se detuvo un instante y las chicas entregaron a sus caderas la agradable tarea de soportar los muslos de Harriet; entonces, como si quisiera prolongar su placer y entretenerse el mayor tiempo posible, empujó su instrumento con tanta lentitud que lo perdimos de vista pulgada a pulgada, hasta que, finalmente, estuvo totalmente metido en el suave laboratorio del amor y los musgosos montes terminaron por encontrarse. Mientras tanto, pudimos observar claramente la progresión de esa deliciosa energía en esa chica deliciosa, cuya belleza aumentaba al tiempo que aumentaba su placer. Su rostro y todo su cuerpo se animaron; el suave sonrojo de sus mejillas, ganando terreno al blanco, se volvió

de un florido y vivido bermellón; sus ojos, naturalmente brillantes, resplandecían ahora con intensidad diez veces mayor; su languidez se había desvanecido y ahora aparecía llena de ánimos y vida. Ahora él había fijado, clavado a la tierna criatura con su cuña, de modo que ella yacía forzosamente pasiva e incapaz de moverse hasta que empezando a forzar esta vena de delicadeza, y urgiendo la fricción hacia adelante y hacia atrás, él la despertó, la agitó y la conmovió tan profundamente que, incapaz de contenerse, no pudo menos que replicar a sus movimientos, con tanta energía como le permitía la fragilidad de su constitución, hasta que los aguijones del placer, dirigiéndose a su meta, la enloquecieron con sus intolerables sensaciones y agitó al azar sus brazos y sus piernas, mientras yacía perdida en el dulce transporte que, en lo que se refería a él, se manifestó por impulsos más rápidos y ansiosos, abrazos convulsivos, suspiros ardientes, respiraciones rápidas y laboriosas y ojos que lanzaban fuegos líquidos; prendas todas de la proximidad del último jadeo del placer. Finalmente, se produjo: el *baronet* inició el éxtasis y ella se incorporó a él como si sintiera los síntomas de su disolución en medio de los cuales, pegando con más ardor que nunca sus labios a los de ella, mostró todos los síntomas de esa agonía de placer que lo conmovía con fuerza y en el curso de la cual le dio la titilación final; profundamente conmovida por ella, vimos claramente que respondía con toda la efusión de espíritu y materia que podía controlar mientras un suave estremecimiento general recorría sus miembros, que se extendieron. Inmóvil y sin aliento, moría de placer y mostraba en el momento más alto de su expresión, a través de sus párpados entrecerrados, sólo el borde de la pupila, ya que el resto estaba vuelto hacia arriba, a causa del éxtasis. Luego, su dulce boca apareció lánguidamente abierta con la punta de la lengua apoyada negligentemente en la hilera inferior de sus blancos dientes, mientras el tono rubí natural de sus labios brillaba con renovada vida. ¿Acaso no es un tema en el que vale la pena demorarse?

Su amante se mantenía sobre ella, con una perdurable delectación hasta que reducido, exprimido y destilado hasta la última gota se despidió con un beso ferviente que expresaba deseos satisfechos pero amor no extinguido.

En cuanto él se retiró, corrí hacia ella y sentándome a su lado en

el diván levanté su cabeza que apoyó gentilmente en mi pecho, para ocultar sus sonrojos y su confusión por lo que había pasado, hasta que, gradualmente, se recuperó y aceptó un restaurativo vaso de vino de mi galán, que me había dejado para ir a buscarlo, mientras el suyo arreglaba sus ropas y se abotonaba; después de eso la condujo, lánguidamente apoyada en él hasta donde nos habíamos situado alrededor del diván.

Y ahora, el compañero de Emily la había sacado, a fin de que participara en la danza, para lo que esta criatura sobresalientemente rubia y dulce, se puso de pie con diligencia; si un cutis capaz de turbar a la rosa y el lirio, rasgos extremadamente bonitos y esa salud floreciente que hace tan encantadoras a las campesinas podían hacerla pasar por una belleza, lo era, ciertamente y una de las más llamativas entre las rubias.

Cuando se puso de pie, su galán comenzó a liberar sus pechos, devolviéndoles la libertad de la naturaleza que habían perdido en el suave confinamiento de un corpiño; cuando quedaron a la vista pensamos que se había encendido otra luz en la habitación, tan brillante era su blancura. Además se alzaban con una redondez tan lograda que le proporcionaba una bien conformada plenitud con un efecto tal para los ojos que parecía carne transformada en mármol, cuyo pulido brillo emulaba, sobrepasando hasta el más blanco por la vida y el brillo de sus colores: blanco con venas azules. ¿Quién podría contenerse teniendo a su alcance tentaciones tan provocativas?

Él tocó sus pechos, suavemente al principio; la pulida suavidad de la piel eludía a su mano y la hacía resbalar por la superficie; los apretó y la carne elástica que llenó sus manos, hundida por la fuerza, se levantó al alzarse éstas, borrando instantáneamente la presión; semejante era, por cierto, la consistencia de todas las otras partes de su cuerpo, donde la abundancia de carne compacta constituye la hermosa firmeza que tanto complace al tacto.

Así, cuando se hubo complacido largamente con esta clase de regodeos y deleites, levantó sus enaguas y su camisa, anudándolas en la cintura, de modo que quedó desnuda por todas partes; ante esto, un sonrojo se extendió por su cara encantadora y sus ojos bajos parecían pedir cuartel, cuando tan grande derecho tenía al triunfo, con todos los tesoros de juventud y belleza que exhibía

victoriosamente. Sus piernas estaban perfectamente formadas y sus muslos, que mantenía muy juntos, eran tan blancos, tan redondos, tan sustanciosos y dotados de carnes firmes, que nada podía ofrecer una recomendación tan fuerte a la lujuria del contacto, en la que por supuesto, no dejó de deleitarse. Luego, retirando suavemente la mano de ella que, en la primera emoción de la modestia natural, había llevado hasta allí, nos permitió dar una ojeada, más que mirar, a la suave y estrecha hendedura que se dirigía hacia abajo, escondiéndose bajo los muslos; en cambio, vimos muy bien la franja de rizos castaño claro que crecían bellamente alrededor de ella y que con su brillo sedoso creaban un agradable contraste con la piel blanca que los rodeaba, cuyo brillo aumentaba su suave sombra marrón. Entonces su galán se esforzó, con ella de pie, en separar sus muslos, para regalarnos con una visión completa de ese centro de encantadora atención; aunque al no poder obtenerlo en esa actitud, la condujo hasta los pies del diván y llevando un cojín hasta allí empujó suavemente su cabeza hacia abajo, haciendo que se inclinara y la apoyara en las manos, quedando a horcajadas con los muslos muy separados y el cuerpo impulsado hacia atrás de modo que presentaba una vista completa de la parte posterior de su persona, desnuda hasta la cintura. Sus nalgas gordas, suaves y prominentes formaban lujuriosos senderos de nieve animada que llenaban espléndidamente la vista, hasta que era detenida y atraída por la emparrada cavidad inferior que coronaba esta deliciosa vista y estaba moderadamente abierta por influencia de su postura inclinada, de modo que el agradable rojo de los lados del orificio quedaban a la vista y, en relación con el blanco que brillaba a su alrededor, sugerían una pincelada rosa en el más brillante satín blanco. Su galán, que era un caballero de unos treinta años, algo inclinado a un libertinaje que no resultaba desagradable, mejorando la sugestión que se le hacía acerca de la forma de gozarla, después de colocarla cuidadosamente en esa postura y alentarla con besos y caricias para que la soportara hasta el final, sacó su aparato, ya erecto, cuya extremada longitud resultaba más sorprendente porque ese exceso no es frecuente en los hombres corpulentos. Haciendo entonces la aplicación correcta y directa, la levantó hacia la atalaya, mientras el bulto redondeado de las bellezas turcas de Emily, contrastando con el hueco que creaba la inclinación de su vientre y

sus caderas, curvados hacia abajo, hizo que todas esas partes, seguramente no sin deleite, entraran en íntimo contacto; las manos de él pasaban continuamente por debajo de su cuerpo y se entretenían jugando con sus encantadores pechos. En cuanto ella sintió que él había entrado todo lo posible, levantó un poco la cabeza del cojín y torciendo el cuello sin mucho esfuerzo, pero con las mejillas teñidas de escarlata y una sonrisa de tierna satisfacción, recibió el beso que él le dio, inclinándose hacia adelante mientras estaban así unidos; luego, dejándolo que persiguiera su placer volvió a ocultar su rostro y sus rubores con las manos y el cojín, quedando tan pasiva y favorable como pudo, mientras él seguía acosándola con repetidos enviones y haciendo que las carnes que se encontraban por ambos lados resonaran violentamente. Cada vez que retrocedía, podíamos ver entre ellos parte de su larga vara cubierta de espuma hasta que, cuando entraba nuevamente y se acercaba a ella, las lomas que se interponían la ocultaban. A veces él retiraba las manos de los medios globos de su pecho y trasladaba su presión a los más grandes, los presentes objetos de su dulce bloqueo, a los que pellizcaba y asía, y con los cuales jugaba hasta que finalmente, la duración de sus estocadas, tan ardientes y urgidas, trajo la convulsión con tan abrumador placer que su rubia compañera tuvo necesidad de sostenerlo, jadeante, desmayado y desfalleciente, mientras eyaculaba; ella, en cuanto sintió la asesina dulzura, incapaz de sostenerse sobre sus piernas y cediendo a la poderosa intoxicación, se tambaleó y cayendo sobre el diván hizo necesario que él, si quería preservar su tibio estuche, cayera sobre ella, donde perfeccionaron, en una continua conjunción de cuerpos y flujos extáticos, el designio placentero del momento.

En cuanto él se retiró, la encantadora Emily se puso de pie y nosotros la rodeamos con plácemes y otros pequeños servicios porque hay que hacer notar que aunque toda modestia y reserva estaban prohibidas en la transacción de esos placeres, las buenas maneras y la cortesía eran invariablemente observadas; aquí no había impudicias groseras ni conductas bastas u ofensivas, ni reproches a las chicas por acceder al humor y los deseos de los hombres; por el contrario, no faltaba nada para calmar, animar y endulzar en ellas el sentido de su condición. Los hombres, en general, no saben cuánto destruyen de su propio placer cuando

desprecian el respeto y la ternura que deben a nuestro sexo, aun a aquellas que viven sólo para complacerles. Y ésa era una máxima que comprendían perfectamente nuestros voluptuosos y corteses seguidores, esos profundos adeptos del gran arte y la ciencia del placer, que nunca mostraban a sus partidarias un respeto más tierno que en los momentos de esos ejercicios de complacencia, cuando liberaban sus tesoros de belleza escondidos y exhibían orgullosamente sus encantos naturales, seguramente mucho más conmovedores que cuando se ostentan con la artificiosidad del vestido y el ornamento.

La diversión me tocaba a mí ahora; y habiendo llegado el momento de que me plegara a la voluntad y el placer de mi particular elegido, tanto como al del resto de los presentes, se acercó a mí y saludándome muy tiernamente con lisonjera impaciencia, me recordó que mi presencia allí autorizaba las esperanzas de sumisión, y al mismo tiempo me recordó que si todos esos ejemplos, con su fuerza, no habían vencido cualquier repugnancia que pudiera sentir por coincidir con el humor y los deseos de la compañía, aunque la representación había sido planeada en beneficio mío, y aunque su desilusión sería grande, prefería cualquier cosa antes que ser el instrumento que me impusiera una tarea desagradable.

A esto respondí sin la menor vacilación y sin muecas de desagrado que si no hubiera contraído una especie de compromiso de estar a su disposición sin la menor reserva, el ejemplo de unos compañeros tan agradables sería suficiente para determinarme y que mi único reparo era que estaría en desventaja después de bellezas tan superiores. Y tomad nota de que pensaba lo que dije. La franqueza de mi respuesta les agradó a todos; mi particular fue felicitado por su adquisición, y por medio de halagos indirectos dirigidos a mí, abiertamente envidiado.

La señora Cole, por cierto, no podría haberme dado una señal más grande de su aprecio, logrando para mi la elección de este joven caballero para que fuera mi maestro de ceremonias, ya que, independientemente de su noble origen y de la gran fortuna de que era heredero, su persona era mucho más agradable que lo común; alta, y bien formada. Su cara estaba marcada por la viruela, pero no más de lo necesario para añadir la gracia de la virilidad a unos

rasgos quizás demasiado suaves y delicados, y la alegraban maravillosamente unos ojos negros claros y chispeantes. Brevemente, cualquier mujer, en la intimidad lo hubiese llamado un buen mozo.

Ahora fui llevada por él a la gallera de nuestro encuentro; como yo no llevaba más que un vestido de mañana blanco, se dedicó a interpretar el papel de Abigail y me ahorró la confusión que me hubiera acarreado la audacia de desvestirme; el vestido fue soltado en un instante y me lo quité; luego, mi corsé ofreció un obstáculo que cedió rápidamente gracias a que Louisa ofreció con prontitud unas tijeras para cortar las cintas. Desapareció esa caparazón y dejé caer la enagua exterior, quedando con la interior y la camisa, cuyo escote abierto daba a ojos y manos toda la libertad que pudieran desear. Yo imaginaba que el proceso terminaría allí, pero me había quedado corta; mi pareja, accediendo a los deseos de los demás, me rogó tiernamente que no soportara que los restos de mis ropas les robaran la plena visión de toda mi persona; yo, que era demasiado obsequiosa y flexible para discutir ningún detalle con ellos y que consideraba muy poco importante lo que me restaba, asentí con diligencia a todo lo que deseaban. En un instante, mi enagua quedó desatada y a mis pies y mi camisa salió por encima de mi cabeza, de modo que mi cofia, mal sujeta, salió con ella dejando sueltos mis cabellos (puedo recordar nuevamente sin vanidad que tenía una hermosa cabellera) en rizos sueltos que caían sobre mi cuello y mis hombros, haciendo resaltar favorablemente mi piel.

Ahora estaba ante mis jueces tal y como me había creado la naturaleza; no creo haber parecido muy desagradable, si tenéis la gentileza de recordar lo que he dicho antes de mi persona; el tiempo que en ciertos períodos de la vida nos roba nuestros encantos a cada instante, en aquél los había mejorado grandemente haciéndolos florecer, porque me faltaban pocos meses para los dieciocho años. Mis pechos, que en el estado de desnudez son siempre puntos decisivos, mantenían ahora, en graciosa plenitud, la firmeza e independencia de cualquier corsé o soporte, desafiando e invitando la prueba del tacto. Además, yo era tan alta y delgada como se puede ser cuando no se carece de la jugosa redondez de las carnes, tan agradable a los sentidos de la vista y el tacto, cosa que debía a una constitución joven y saludable. Sin embargo, yo no

había renunciado completamente a todo mi pudor innato como para no sufrir una gran confusión por el estado en que me hallaba; pero todo el grupo que me rodeaba, hombres y mujeres, me alivió con todas las señales del aplauso y la satisfacción, todas las halagadoras atenciones posibles a efectos de animarme e inspirarme sentimientos de orgullo por mi aspecto que, según protestó mi galante amigo, hacía empalidecer a cualquier otro atavío menos *natural*, de modo que si me permitís aceptar como sinceros todos los cumplimientos con que estos conocedores me abrumaron en esa ocasión, podría vanagloriarme de haber pasado el examen con la aprobación de los sabios.

Mi amigo que, por esta vez, era el único que podía disponer de mí, dio gusto a la curiosidad de los demás y quizás la suya propia, colocándome en toda clase de posturas y situaciones, señalando cada belleza y cada uno de sus aspectos, no sin paréntesis de besos y libertades tan inflamatorias de sus manos vagabundas que hicieron desaparecer de mí todo decoro; mi rubor se transformó en un cálido enrojecimiento de deseo que hasta me llevó a hallar cierto placer en la escena.

En esta inspección general, podéis estar segura de que mi parte más importante no fue excusada de recibir la más estricta revisión; todos estuvieron de acuerdo en que no tenía la menor razón para resistirme a pasar por doncella, ocasionalmente; mis precedentes aventuras habían causado allí tan pocas fallas que muy pronto había sido reparado él exceso de uso y estiramiento, gracias a mi edad y la pequeñez natural de esa parte.

Ahora, acaso porque mi compañero había agotado todos los medios de regalar su vista y su tacto o porque estaba demasiado urgido y deseando atacar, el caso es que se quitó rápidamente las ropas; el prodigioso calor que producían la habitación llena, un gran fuego, las velas y hasta la ardiente temperatura de la escena, lo indujeron a quitarse la camisa y a aflojarse los calzones que dejaron a la vista su contenido y me mostraron al enemigo con quien tendría que enfrentarme, sosteniendo rígidamente el porte de su cabeza descubierta y enrojecida. Lo vi claramente: era uno de esos instrumentos del tamaño justo, que sus amos controlan generalmente mejor que los más pesados y de tamaño excesivo. Así, atrayéndome contra su pecho, de pie ante mí y aplicando al obvio

nicho su ídolo particular, intentó insertarlo, cosa en la que yo colaboré echando el cuerpo hacia adelante; lo logró inmediatamente, levantando mis muslos sobre sus caderas desnudas; me hizo recibir cada pulgada, de modo que clavada a ese pivote del placer, abrazada a su cuello y ocultando mi cara allí y en sus cabellos, sonrojada y ardiendo por mis sentimientos presentes y por la vergüenza, con mi pecho pegado al suelo, me hizo dar toda la vuelta al diván, en el cual después me acostó sin soltar su abrazo ni salir del canal; allí comenzó la molienda del placer. Estábamos tan cebados y predispuestos por todos los conmovedores espectáculos de la noche, que nuestra imaginación estaba demasiado encendida para no disolvernos inmediatamente; por lo tanto, en cuanto sentí la lluvia tibia que brotaba de él en mi interior, fui puntualmente para compartir el éxtasis momentáneo. Pero tuve razones aún mayores para jactarme de nuestra armonía, ya que descubriendo que todas las llamas del deseo no se habían extinguido en mi interior sino que, más bien, como brasas mojadas brillaban con más intensidad a causa de la aspersión, mi ardiente galán, simpatizando conmigo y cargado para un doble disparo, continuó usando la batería con persistente vigor; muy complacida por eso, me esforcé con gratitud en acomodar todos mis movimientos a su mayor comodidad y deleite: besos, apretones, tiernos murmullos, todo formó parte del juego, hasta que nuestro placer, volviéndose más turbulento y desordenado, nos arrojó a una tierna demencia que, al llegar a su extremo, nos llevó lejos de nosotros mismos, a un océano de placeres sin límites en el que nos zambullimos juntos, en un transporte de dicha. Ahora, todas las impresiones de ardiente deseo de las escenas de que había sido espectadora maduraron y, gracias al calor del ejercicio, se reunieron en un solo punto, latieron y me agitaron con una insoportable turbación: estaba totalmente afiebrada y enloquecida por su exceso. Evidentemente, ahora no disfrutaba de una calma de la razón suficiente para percibir, pero *sentía* extáticamente el poder de esas raras y exquisitas provocaciones que habían probado ser los ejemplos de la noche para exaltar nuestros placeres; con gran júbilo descubrí que mi galán compartía mis sentimientos por sus expresiones nerviosas; sus ojos despedían elocuentes llamas y sus acciones, enfurecidas por esos aguijones, conspiraban a aumentar mi deleite al asegurarme el

suyo. Alzada entonces hasta el más alto grado de placer que puede soportar un ser viviente no destruido por los excesos, alcancé ese dulce punto crítico en el que, apenas precedida por la inyección de mi compañero, me disolví y, lanzando un profundo suspiro, envié toda mi alma sensible hacia aquel pasaje inferior de donde no podía escapar por estar tan deliciosamente obstruido y ahogado. Así yacimos durante unos instantes de arrobamiento, sobrepasados, quietos y lánguidos hasta que, cuando la sensación del placer se estancó, nos recuperamos de nuestro trance y él se deslizó fuera de mí, no antes de haber protestado su extremada satisfacción con los más tiernos besos y abrazos, tanto como por las más cordiales expresiones.

El grupo que nos había rodeado guardando un profundo silencio, cuando todo hubo terminado, me ayudó a vestirme rápidamente y me felicitó por el sincero homenaje —no habían podido dejar de observarlo— que se había rendido, como dijeron, a la soberanía de mis encantos, otorgándome un doble pago. Nuevamente vestida, noté por encima de todo un cariño que no había disminuido por las circunstancias del reciente goce; también las chicas me abrazaron y me besaron, asegurándome que por ahora o más adelante, a menos que lo deseara, no debía someterme a más pruebas públicas y que ahora estaba iniciada y era una de ellas.

Como era una ley inviolable que cada galán se circunscribiera a su compañera, especialmente durante la velada, hasta que decidiera ceder su posesión a la comunidad, para preservar un agradable sentido de la propiedad y evitar los disgustos y la falta de delicadeza de otros arreglos, el grupo, después de un breve refrigerio de bizcochos, vino, té y chocolate, que se sirvió a eso de la una de la mañana, se separó y las parejas se retiraron. La señora Cole había preparado una cama de campaña para mi galán y para mí, a la que nos retiramos; allí terminó la noche, en una continua sucesión de placeres, tan alegre y libre que ambos formulamos el deseo de que nunca llegara a su fin. Por la mañana, después de un reparador desayuno en la cama, él se levantó y me dejó, con muy tiernas seguridades de su especial cariño por mí, para que me compusiera y refrescara mediante el sueño; cuando desperté y me levanté para vestirme, antes de la llegada de la señora Cole, encontré en uno de mis bolsillos una bolsa de guineas que él había

deslizado allí; justo cuando estaba reflexionando acerca de una generosidad que ciertamente no había esperado, la señora Cole entró y le comuniqué inmediatamente la existencia del presente ofreciéndole, por supuesto, la participación que deseara. Pero, asegurándome que el caballero la había recompensado con mucha nobleza, no quiso de ningún modo, por ninguna exhortación y ninguno de los motivos que le di, recibir una parte de ese dinero. Su negativa, según me hizo notar, no nacía de la afectación; y procedió a darme una lección admirable acerca de la economía de mi persona y mi bolsa a medida que fuera pagada por mis atenciones generales y mi conformidad en el curso de mis relaciones con la ciudad. Después de eso y cambiando de tema, se refirió a los placeres de la noche precedente; entonces me enteré, sin mucha sorpresa, porque empezaba a conocer su carácter, que había visto todo lo que había sucedido desde un sitio adecuado que había sido dispuesto con ese propósito, cosa que me confió de buena gana.

Apenas había terminado con eso, cuando la pequeña tropilla amorosa, mis compañeras, entraron y renovaron sus cumplimientos y sus caricias. Observé complacida que las fatigas y ejercicios de la noche no habían dañado en lo más mínimo el brillo de su complexión o la frescura de su lozanía; esto, según su confesión, se debía a la destreza y los consejos de nuestra excepcional directora. Luego bajaron a representar su papel, como de costumbre, en la tienda, mientras yo volvía a mi alojamiento, donde me entretuve hasta que volví a comer en casa de la señora Cole.

Allí me quedé agradablemente entretenida con una u otra de esas encantadoras chicas hasta eso de las cinco de la tarde; cuando súbitamente me sentí fatigada, fui convencida de que debía subir y dormir un rato en la cama de Harriet, que me la cedió para mi reposo. Allí, entonces, me acosté, vestida y supongo que habría disfrutado de una hora de sueño si no hubiera sido agradablemente sorprendida por mi nuevo y favorito galán; había preguntado por mí y había recibido instrucciones acerca de la forma de hallarme. Entrando, pues, en la alcoba y encontrándome sola, con la cara vuelta hacia la oscuridad del interior de la cama, se quitó los calzones para estar más cómodo y disfrutar de su desnudez; levantando sigilosamente la parte posterior de mis enaguas y mi camisa, abrió una perspectiva sobre la avenida posterior del afable

centro del placer; como yo descansaba de lado, con la cara más bien hacia abajo, le aparecí muy despejada y en condiciones de ser penetrada. Entonces, acostándose silenciosamente a mi lado, embistió por detrás, haciéndome sentir la calidez de sus caderas y su vientre y los propósitos de esa máquina que intentaba entrar en mí cuyo roce tenía algo tan exquisitamente único. Desperté bastante sobresaltada al comienzo, pero, viendo de quien se trataba, me dispuse a volverme, cuando él, dándome un beso y deseando que conservara mi postura, se limitó a levantar mi muslo superior y, distinguiendo la entrada correcta, pronto la invadió hasta lo más hondo, satisfecho con eso y solazándose con su proximidad, suspendió sus movimientos y así, empapado en el placer, me mantuvo acostada de lado, dentro de él, estilo cuchara, como lo denominó, a causa del ajustado acoplamiento de la parte posterior de mis muslos levantados dentro de sus caderas y su vientre; después de algún tiempo, ese inquieto y turbulento recluso, impaciente por naturaleza ante una inmovilidad prolongada, lo urgió a entrar en acción, que prosiguió ahora con el séquito habitual de juegos, besos y demás, y que terminó finalmente con la prueba líquida por ambas partes; líquido que no habíamos agotado o, al menos, volvimos a recuperar rápidamente después de los placeres de la noche anterior.

Con ese noble y agradable joven viví con perfecta alegría y constancia. Estaba muy decidido a guardarme para él, al menos durante el mes de miel, pero su estancia en Londres no fue tan larga; su padre, que tenía un puesto en Irlanda, lo llamó inesperadamente cuando volvió allí. Sin embargo, aun entonces estuve cerca de conservar su afecto y su persona, ya que me había propuesto —y yo había consentido—, seguirlo e ir a Irlanda con él en cuanto estuviese instalado allí; pero como encontró una alianza agradable y ventajosa en ese reino, eligió la sensatez y no mandó por mí, aunque se cuidó de que yo recibiera un magnífico regalo que, con todo, no compensó mi profundo pesar por haberle perdido.

Ese hecho causó un vacío en nuestra pequeña sociedad; la señora Cole, con su prudencia habitual no tenía prisa por llenarlo, pero redobló su atención para procurarme las ventajas del negocio

de mi falsa virginidad, como consuelo por la especie de viudez en que había quedado; era un proyecto que nunca había olvidado y sólo aguardaba que llegara la persona adecuada para ponerlo en práctica.

Sin embargo, yo estaba aparentemente destinada a ser mi propio proveedor en esto, como lo había sido la primera vez.

Ya había pasado casi un mes disfrutando de los placeres de la familiaridad y la sociedad con mis compañeras, cuyos favoritos (con excepción del *baronet*, que poco después se llevó a Harriet a su casa) habían solicitado, sin excepción, la satisfacción de sus gustos por la variedad en mis abrazos. Pero yo, con habilidad y arte extremados, había eludido sus intenciones con diferentes pretextos, sin darles motivo de queja. Esa reserva no se debía a que me disgustaran ellos ni sus propósitos; mi verdadera razón era mi apego al mío y mi poca disposición a invadir la elección de mis compañeras que, aunque exteriormente parecían libres de celos, no podían menos que amarme más por mi consideración, que no pregonaba como un mérito. De esa manera, sintiéndome cómoda y amada por toda la familia, seguí adelante, cuando un día, a eso de las cinco de la tarde, crucé a un puesto de frutas de Covent Garden para elegir algunas para mí y mis compañeras y me encontré con la siguiente aventura.

Mientras regateaba el precio de la fruta que quería, observé que era seguida por un joven caballero cuyas ricas vestiduras fueron lo primero que atrajo mi atención; por lo demás, no había nada notable en su persona, excepto que estaba pálido y flaco y se aventuraba sobre unas piernas delgadísimas. Era fácil percibir, sin parecer que lo percibía, que lo que deseaba era yo; manteniendo los ojos fijos en mí hasta que llegó frente al mismo puesto donde yo estaba, y pagando por la fruta el primer precio que le pedían, comenzó su acercamiento. Por cierto, yo no estaba mal ataviada como para pasar por una chica modesta. No llevaba las plumas ni el *fumet* de una prostituta chillona: un sombrero de paja, un vestido blanco, ropa interior limpia y, por encima de todo, un cierto aire de modestia espontánea y natural (cuya apariencia nunca me traicionó, ni siquiera en las ocasiones en que más la dejé de lado) fueron signos que no le dieron pábulo para conjeturar mi condición. Me habló, y como esta actitud en un extraño hizo subir el rubor a mis

mejillas, le respondí con una torpeza y confusión que lo alejó aún más de la verdad, porque había una parte verdadera de ellas. Cuando, después de haber roto el hielo, me dirigió otras preguntas, puse tanta inocencia, simplicidad y hasta infantilismo en mis respuestas que hubiese jurado por mi inocencia sin más pruebas, sobre todo porque yo le gustaba. Vale decir que existe en los hombres, sobre todo cuando son atrapados por lo que ven, un fondo de credulidad que no imagina su señorial sabiduría, en virtud de la cual lo más sagaces son engañados con tanta frecuencia. Entre otras cosas, me preguntó si era casada. Repliqué que era demasiado joven para pensar todavía en eso. En cuanto a mi edad, respondí escondiendo un año y diciéndole que no había cumplido diecisiete. En cuanto a mis medios de vida, le dije que había sido aprendiza de sombrerería en Preston y había venido a la ciudad buscando a un pariente que, según había descubierto al llegar, había fallecido, y ahora trabajaba como jornalera en casa de una sombrerera de la ciudad. Esto último, por cierto, no se correspondía muy bien con la imagen que le había dado, pero pasó a favor de la creciente pasión que le había inspirado. Después de haberme sacado, muy hábilmente, según creyó, porque no había pensado reservármelo, el nombre de mi ama y las señas de su tienda, me cargó de frutas, las más raras y caras que pudo encontrar, y me envió a casa, pensando en las posibles consecuencias de esta aventura.

En cuanto llegué a casa de la señora Cole, le relaté todo lo que había pasado; ella sacó la juiciosa conclusión de que si no venía tras de mí, no se había perdido nada; y si lo hacía como le sugerían sus presagios, su carácter y sus propósitos serían cuidadosamente examinados, para ver si el juego valía la candela. Mientras tanto, nada más fácil que mi papel, ya que sólo tendría que seguir sus sugerencias e incitaciones hasta el último acto.

A la mañana siguiente, después de haber pasado la tarde anterior, como supimos luego, inquiriendo acerca del carácter de la señora Cole (nada podía ser más favorable a los designios de ésta), mi caballero llegó a comprar en su carroza; sólo la señora Cole sospechaba cuáles eran sus intenciones. Después de preguntar por ella, inició una relación muy fácilmente, inquiriendo por artículos de sombrerería, mientras yo me quedaba sentada, sin levantar los ojos del dobladillo que estaba cosiendo con el máximo de

compostura, simplicidad y laboriosidad. La señora Cole notó que la primera impresión que le había hecho no corría riesgo de ser destruida por las de Louisa y Emily que cosían a mi lado. Después de intentar en vano cruzar su mirada con la mía (yo mantenía la cabeza baja, afectando una especie de conciencia de culpa por haberle alentado a seguirme, y hablado con él) y después de ordenar a la señora Cole que le llevara sus compras a casa personalmente e inquirir acerca del momento en que debía esperarlas, salió llevándose algunas mercancías que pagó generosamente, para que su introducción fuera más favorable.

Durante todo ese tiempo, las chicas no habían tenido la menor sospecha acerca del misterio del nuevo cliente, pero en cuanto quedamos solas la señora Cole me aseguró, en virtud de su larga experiencia en esos asuntos, que mis encantos habían asegurado este encuentro, ya que por su vehemencia, sus modales y su aspecto estaba segura de que estaba atrapado; el único punto de duda era su carácter y sus circunstancias, pero que su conocimiento de la ciudad le permitiría conocerlos rápidamente para tomar una decisión.

Y, efectivamente, en unas pocas horas sus espías la sirvieron tan bien que pudo saber que esta conquista mía no era otro que el señor Norbert, un caballero que había tenido una gran fortuna y que, dotado de una constitución no muy buena, la había perjudicado aún más a causa de su violenta persecución de los vicios de la ciudad. Tan dedicado estaba a ellos que habiendo gastado y agotado las formas más comunes del desenfreno, se había dedicado a perseguir vírgenes y que en esa persecución había arruinado a muchas chicas, sin mirar en gastos para lograr sus fines, y usándolas hasta fatigarse de ellas; cuando se enfriaba por la familiaridad o descubría una cara nueva, se desembarazaba fácilmente de ellas, entregándolas a su destino, ya que la esfera de sus triunfos se situaba entre aquéllas a quienes podía comprar.

Sacando conclusiones de estos hechos, la señora Cole observó que una persona de esa clase era una presa lícita; que sería un pecado no sacarle el mayor partido y que pensaba que una chica como yo era demasiado buena para él desde cualquier punto de vista y a cualquier precio.

Por tanto, a la hora señalada, fue a sus habitaciones en una posada, habitaciones que estaban amuebladas con un tono

grandioso especialmente concentrado en las comodidades del lujo y el placer. Allí lo encontró esperándola y después de terminar con el pretexto de los negocios y un largo circuito de conversaciones referentes a su oficio, del que la señora Cole dijo que era malo a causa de la calidad de sirvientas, aprendices y jornaleras, el discurso, naturalmente, terminó en mí, cuando ella, desempeñando admirablemente el papel de la vieja chismosa que deja escapar cualquier cosa cuando comienza a hablar, cocinó una historia tan plausible acerca de mí, dejando caer de vez en cuando unos artísticos detalles con aire simple y natural, alabando mi persona y mi temperamento, que fue el toque final para sus propósitos, ya que nada podía haber sido mejor fingido que su ignorancia de los de él. Pero cuando, agitado y nervioso, dejó caer insinuaciones acerca de sus opiniones y propósitos sobre mí, después de haber conseguido con mucho esfuerzo llevarla a ese tema (se mantuvo retraída todo el tiempo que le pareció adecuado) y ser entendido, sin tratar de pasar por una defensora de la virtud femenina, entregándose a una de esas pasiones sospechosas y violentas, se atuvo, con más gracia y afecto, al personaje de una mujer buena y simple, que no conocía el mal y que, por ganarse honradamente su pan, estaba hecha de un material suficientemente flexible para ser retorcido en beneficio de él por su superior habilidad y destreza. Con todo, la señora Cole se comportó con tanta habilidad que tuvieron lugar tres o cuatro entrevistas antes de que él pudiese obtener las menos favorables esperanzas de asistencia, ante cuya falta se había convencido mediante una cantidad de mensajes infructuosos, cartas y otras pruebas directas de mi disposición, que no lograría convencerme, cosa que aumentó la consideración que me tenía y mi precio.

Pero atenta a que esas dificultades no se prolongaran tanto como para dar tiempo a asombrosos descubrimientos o incidentes desfavorables para sus planes, la señora Cole, finalmente, fingió haber sido convencida por súplicas y promesas y, sobre todo, por la deslumbradora suma que le obligó a prometer; era ciertamente una obra de arte fingir, al mismo tiempo, que cedía al atractivo de un gran interés y hacerlo de forma de persuadirlo de que nunca había metido sus virtuosas manos en un asunto de esa clase.

Así, lo condujo por todas las gradaciones de dificultades y obstáculos necesarios para realzar el valor del premio que pretendía

y, al final, estaba tan impresionado con la pequeña belleza que yo poseía y tan ansioso por lograr sus fines, que ni siquiera le dio la oportunidad de jactarse de su habilidad, conduciéndolo a la trampa, ya que él mismo se precipitó sobre todas las oportunidades de tragar el anzuelo. En otros aspectos, el señor Norbert era suficientemente perspicaz, y conocía bien la ciudad y, por su propia experiencia, el tipo de engaño que estábamos practicando con él, pero su pasión jugaba de tal manera a nuestro favor, estaba tan cegado y acicateado por ella que hubiese considerado cualquier decepción como un mal servicio a su placer; de modo que habiendo llegado con precipitación al punto en que la señora Cole quería situarlo, ésta logró que se aferrase a la ganga que consideró era la compra de mi joya imaginaria por sólo trescientas guineas para mi y cien para la intermediaria, que eran una magra recompensa por todos los trabajos y escrúpulos de conciencia que le había sacrificado, por primera vez en toda su vida. Esas sumas se pagarían al contado, contra entrega de mi persona, sin excluir algunos presentes bastante considerables que me habían sido hechos durante el curso de las negociaciones, en ocasiones en que yo había sido llevada brevemente ante su presencia en días y horas adecuados. Y era increíble lo poco que pareció necesario acentuar mi natural disposición a la modestia para hacerla pasar ante él por la de una verdadera doncella; todos mis gestos y mis miradas no respiraban más que esa inocencia que los hombres requieren con tanto ardor de nosotras, sin más finalidad que la de gozar con el placer de destruirla, actividad en la que se exponen, pese a su habilidad, a terribles equivocaciones.

Cuando los términos del convenio fueron plenamente aprobados, los pagos estipulados y asegurados, y no quedó más que la ejecución del detalle principal, que se centraba en la entrega de mi persona para que usara libremente de ella, la señora Cole se las arregló para hacer objeciones a su alojamiento e insinuaciones tan hábiles que él mismo tuvo la idea y solicitó que esta copia de una boda tuviera su culminación en casa de ella. Al comienzo, decía que «… a ella no le interesa; no, no quiere tener, nada que ver con eso… ni por mil libras esterlinas querría que las aprendizas se enteraran…

perdería para siempre su valioso buen nombre…» y otras excusas parecidas. Sin embargo, ante las objeciones que se oponían a todos los demás expedientes, y cuidándose de no plantear más que las obligadas, finalmente se llegó a la necesidad de complacerlo en ese punto y de hacer un poco más, ella que ya había hecho tanto.

Entonces se fijó la noche, con todo respeto a su ansiosa impaciencia; mientras tanto, la señora Cole no omitió ninguna instrucción, ni omitió ninguna preparación de las que me permitirían salir airosa con respecto a la apariencia de virginidad; favorecida, como había sido, por la naturaleza con la estrechez de esas partes mías necesarias para nuestros designios, no necesité servirme de esos auxilios del arte que crean una doncellez momentánea que se descubre fácilmente por medio de un baño caliente. En cuanto a los habituales síntomas sanguinarios de las desfloraciones que, aunque no siempre, suelen estar presentes, la señora Cole me había hecho entrega de una invención suya, de gran efecto, de la que hablaré luego.

Cuando todo estuvo dispuesto y arreglado para recibir al señor Norbert, fue introducido en la casa a las once de la noche, con todo misterio, silencio y secreto por la misma señora Cole, y conducido a su propio dormitorio donde, en su anticuada cama, yacía yo, totalmente desnuda y jadeando, si no por los miedos de una auténtica doncella, con los temores aún mayores de una falsa, cosa que me daba un aire de vergüenza y confusión cuyos honores se llevaba mi modestia de doncella y era, por cierto, imposible de distinguir, aun por ojos menos parciales que los de mi amante, si me permitís llamarlo así.

En cuanto la señora Cole, después de las antiguas charlas que se dicen en estas ocasiones a las jóvenes a quienes se abandona por primera vez a la voluntad de un hombre, nos dejó solos en su habitación. Por cierto, estaba muy bien iluminada, de acuerdo a su petición previa; lo que hacía presentir un examen más estricto del que llevó a cabo después el señor Norbert. Aún vestido, se lanzó hacia la cama, mientras yo metía la cabeza bajo las mantas; me

defendí un buen rato, antes de que pudiera llegar a mis labios, para besarlos: tan cierto es que en semejante ocasión, la falsa virtud alborota y resiste más que la verdadera. Desde allí descendió hasta mis pechos, cuyo disfrute le disputé con uñas y dientes hasta que, cansado de mi resistencia, y pensando, probablemente de que se las arreglaría mejor dentro de la cama se quitó a toda prisa las ropas y se acostó.

Mientras tanto, por lo poco que pude ver, descubrí fácilmente a una persona muy poco prometedora para las denodadas actuaciones necesarias generalmente para la destrucción de la doncellez; su aspecto frágil y consumido le daba más el aspecto de un inválido que se ve forzado que el de un voluntario para una batalla tan difícil.

A los treinta años, la fuerza de sus apetitos había sido reducida por él a una triste dependencia de las provocaciones más forzadas, que eran muy poco secundadas por la fuerza natural de un cuerpo saciado y atormentado hasta las heces por los constantes y repetidos festines de placer, que habían hecho la labor de sesenta inviernos en la primavera de su vida, dejándole al mismo tiempo todo el fuego y el ardor de la juventud en la imaginación, cosa que servía para atormentarlo e impulsarlo hacia el precipicio.

En cuanto se metió en la cama, quitó las mantas, que permití que arrancara de mis manos; ahora estaba tan expuesta, no sólo a sus ataques sino a sus reconocimientos de las sábanas; en las agitaciones de mi cuerpo, que se esforzaba por defenderse, pudo asegurarse fácilmente de que no había preparaciones, aunque para hacerle justicia, me pareció un examinador menos estricto de lo que había esperado de un practicante tan experimentado. Luego desgarró mi camisa, al descubrir que yo la utilizaba para defender mis pechos y también la principal avenida; sin embargo, en todo lo demás procedió con toda ternura y consideración hacia mí, mientras mi representación consistía en maltratarlo a él. Fingí entonces todos los escrúpulos, las aprensiones y los terrores que pudiera sentir una niña inocente al sentir una novedad tan grande como un hombre desnudo en su cama por primera vez. Ni siquiera obtuvo más besos de los que me arrebató; veinte veces aparté sus

manos de mis pechos, con cuya dureza y resistencia parecía satisfecho, considerándolos además una mercancía no manipulada. Pero cuando, impaciente por el detalle principal se arrojó encima de mí y tratando de examinarme con el dedo, intentó abrirse camino, me quejé amargamente de su trato: no creía que pudiese ser tan cruel con mi cuerpo… estaba arruinada… no sabía qué había hecho… me levantaría, sí; eso iba a hacer… y al mismo tiempo, mantenía mis muslos tan apretados que no era con fuerzas como las suyas que se lograría abrirlos y obtener un resultado. Descubriendo esa ventaja y que podía controlar tanto mis movimientos como los suyos, engañarlo se volvió tan fácil como coser y cantar. Mientras tanto, su instrumento, que era uno de esos tamaños que entran o salen sin ser notados, se mantenía bastante rígido y golpeando contra esa parte a la que mis muslos cerrados le negaban el acceso; descubriendo finalmente que no podría lograr nada a base de fuerza física, recurrió a las súplicas y argumentos, a los que contesté con tono tímido y avergonzado que temía que me matara… ¡Dios mío! No quería que me hiciera eso… nunca en mi vida me había sucedido nada semejante… me preguntaba si no se sentía avergonzado, como me sentía yo… y todos los sentimientos infantiles y tontos de repulsa y queja que me parecían mejor adaptados para expresar la inocencia y el miedo. Finalmente, pretendiendo ceder ante la vehemencia de su insistencia en la acción y las palabras, separé apenas los muslos de modo que pudiera tocar casi la hendedura con la punta de su aparato, pero mientras se esforzaba y se fatigaba para hacerlo entrar, moví mi cuerpo para recibirlo de forma oblicua y no sólo desbaraté su entrada sino que dando un grito, como si me hubiera atravesado hasta el corazón, me lo quité de encima con tanta violencia que, pese a sus esfuerzos no pudo mantenerse montado. Ante esto pareció incomodarse, pero no porque le disgustara mi actitud espantadiza; por el contrario, me atrevería a jurar que me valoró más y se congratuló por las dificultades que entorpecían su placer. De modo que, inflamado hasta el punto de no tolerar más demoras, volvió a montar, y me rogó que tuviera paciencia, acariciándome y calmándome con las más tiernas caricias y protestas de lo que haría por mí. Ante esto, fingiéndome amansada y abatiendo en algo la ira que había mostrado cuando me había hecho tanto mal, soporté que

separara mis muslos, abriendo el camino para un nuevo intento, pero vigilé la dirección de sus intentos tan bien que en cuanto el orificio estuvo algo abierto di un salto que no parecía causado por el intento de evadir su entrada sino por el dolor que me causaban sus esfuerzos, circunstancia que no dejé de acompañar con gestos adecuados, suspiros y gritos de queja, como «me hacéis mal… me mataréis… moriré…» que eran mis exclamaciones más frecuentes. Pero ahora, después de varios intentos en los cuales no había adelantado nada en cuanto a sus intenciones, el placer surgió en él con tanta fuerza que no pudo cortarlo ni demorarlo y con el vigor y la furia que le inspiró la proximidad de la culminación embistió con tanta fuerza que casi me tomó con la guardia baja, y consiguió alojarse tanto que sentí la tibia aspersión justo a la entrada del orificio. Tuve la crueldad de no dejarle terminar allí, arrojándolo fuera nuevamente, no sin una desgarradora exclamación como si el dolor me hubiese hecho olvidar las posibilidades de ser oída. Entonces fue fácil observar que estaba más satisfecho y más complacido por los supuestos motivos que habían desbaratado la consumación de lo que hubiese estado si la hubiese logrado enteramente. Así me consolé de toda la falsedad que había empleado para procurarle ese maravilloso placer, que ciertamente no hubiera experimentado si las cosas hubiesen ocurrido verdaderamente. Pero sintiéndose más cómodo y aliviado por su descargarse aplicó a calmarme, darme ánimos y ponerme de un humor tal como para soportar su próxima intentona, para la que empezó a prepararse y juntar fuerzas con todos los incentivos del tacto y la vista en los que pudo pensar, examinando cada parte de mi cuerpo, con las que declaró su satisfacción con raptos de aplauso y dándome besos por doquier. Aunque no pasó por alto ninguna parte mía en su ansioso desenfreno de palpar, mirar y juguetear, su vigor no retornó tan pronto y más de una vez lo sentí golpeando a la puerta, pero en tan malas condiciones que me pregunté si hubiese podido entrar, aunque la hubiese mantenido muy abierto. Él pensaba que yo conocía muy mal la naturaleza de las cosas para sentirse confuso o arrepentido; y siguió fatigándose y fatigándome durante mucho tiempo antes de estar en condiciones de proseguir sus ataques con alguna esperanza de éxito, momento en que lo mantuve a raya y lo inflamé tanto al mismo tiempo, que antes de

que hiciera ningún progreso en materia de penetración quedó empapado en un delicioso sudor y totalmente agotado. De modo que recién por la mañana logró ser admitido hasta la mitad del camino, mientras yo gritaba y me quejaba todo el tiempo de su prodigioso vigor y de la inmensidad de lo que parecía estar desgarrándome. Finalmente, se cansó de sus atléticos afanes; mi campeón comenzó a ceder y recibió con alegría el refresco del descanso. Entonces, besándome con mucho afecto y recomendándome que descansara, se quedó profundamente dormido; en cuanto me aseguré de ello y con mucha prudencia, para no despertarlo con mis movimientos, con mucha precaución y calma, utilicé el dispositivo de la señora Cole para perfeccionar los signos de mi virginidad.

En cada uno de los postes de la cabecera de la cama, justo por encima de donde se inserta la armadura, había un cajoncillo tan hábilmente adaptado a las molduras de la madera que podría haber pasado desapercibido a la búsqueda más cuidadosa; los cajones se abrían y se cerraban fácilmente, tocando un resorte y cada uno de ellos contenía un pequeño cuenco lleno de una sangre fluida en la que había, pronta para su uso, una esponja empapada. Sólo había que estirar la mano para alcanzarla, sacarla y exprimirla entre los muslos, donde derramaba mucho más líquido rojo del que era necesario para salvar el honor de una joven; después de lo cual, guardándola y tocando el resorte toda posibilidad de descubrimiento o de sospecha desaparecía tras un trabajo que no tomaba ni un minuto y que era igualmente practicable en los dos lados de la cama, ya que los dos postes estaban igualmente guarnecidos. La verdad es que si hubiese despertado y me hubiera sorprendido, hubiese quedado llena de vergüenza y confusión; pero con las precauciones que tomé, el riesgo era de uno a mil en mi favor.

Tranquila y sin temer dudas ni sospechas de su parte, me dediqué de buena gana al reposo; pero no pude obtenerlo; ya que una media hora después, mi caballero volvió a despertar; se volvió hacia mí y, aunque fingí estar profundamente dormida, no me respetó, sino que ciñéndome y tratando de reiniciar el acceso comenzó a besarme y acariciarme, hasta que fingiéndome recién despierta, me quejé de la molestia y el cruel dolor del que me había

rescatado mi breve descanso. Pero como estaba ansioso de placer y de consumar su triunfo total sobre mi virginidad, dijo todas las cosas que podrían vencer mi resistencia y sobornar mi paciencia para conseguir sus fines, cosa a la que ahora estaba dispuesta, al estar segura de las sangrientas pruebas que había preparado de su victoriosa violencia, aunque aún me parecía de buena política no dejarle entrar por un rato. Por tanto, sólo respondí con suspiros y quejidos, diciendo que estaba tan lastimada que no podía soportarlo… que estaba segura de que me había causado un grave daño… que había… que era un hombre muy malo. Ante esto, levantó las mantas y mirando el campo de batalla a la luz de una candela agonizante, vio claramente que mi camisa, mis muslos y la sábana estaban manchadas por lo que juzgó de buena gana como una efusión virginal causada por su última semipenetración; convencido y transportado con eso, nada hubiese podido igualar su júbilo y exaltación. La ilusión era completa y ninguna otra concepción entró en su cabeza además de la de haber estado trabajando en una mina aún no explotada, idea que ante una evidencia tan fuerte, redobló inmediatamente su ternura por mí y su ardor por terminar de abrirla. Entonces, besándome con embeleso me consoló y me pidió perdón por el dolor que me había causado, observando además que era una cosa pasajera, pero que lo peor ya había pasado y que con un poco de valor y constancia lo superaría y nunca más sentiría otra cosa que un inmenso placer. Poco a poco, consentí que me convenciera y dándole, por así decirlo, la razón, aflojé insensiblemente los muslos permitiéndole el acceso; pero cuando entró un poco en mí le apronté una buena recepción, ya que me retorcí tan bien que no le permití avanzar en línea recta por el canal y haciendo contorsiones con destreza, le creé dificultades artificiales para avanzar, cosa que realizó pulgada a pulgada con los más laboriosos esfuerzos, mientras yo me quejaba amargamente hasta que, finalmente, logrando introducirse con todas sus fuerzas, se alojó por completo, dando el *coup de grace* a mi virginidad; eso me dio el pie para terrible gritos mientras él, triunfante como un gallo que golpea las alas sobre su atropellada amante, proseguía sus placeres hasta alcanzar finalmente un nivel que anunció su disolución; mientras yo yacía desempeñando el papel de la ex doncella profundamente herida, aterrorizada y

deshecha.

Preguntaréis, quizás, si en todo este tiempo tuve alguna sensación de placer. Os aseguro que poco o nada hasta el final en que una levísima inquietud nació mecánicamente de una lucha tan prolongada y de las frecuentes agitaciones de esa parte tan sensible; en primer lugar no sentía ninguna inclinación por la persona cuyos abrazos soportaba exclusivamente por razones mercenarias y, además, no me sentía demasiado satisfecha con el papel de mujerzuela que desempeñaba, por muchas excusas que pudiera encontrar de mi actuación; así, esa insensibilidad hizo que me mantuviera dueña de mis emociones y pensamientos y pudiera llevar a cabo una falsificación tan peligrosa gracias a mis fingimientos.

Cuando finalmente recuperé una apariencia de vida merced a sus tiernas condolencias, besos y abrazos, afeé su conducta y le reproché que me hubiese arruinado la vida; lo hice en términos tan naturales que aumentaron su satisfacción consigo mismo por haberla logrado. Cuando intentó hacerlo de nuevo, le insinué que sería favorable ahorrar sus fuerzas, pues se hallaba en tal estado de debilidad. Para halagar sus proezas, fingí estar demasiado lastimada y dolorida como para resistir una nueva prueba; entonces me concedió graciosamente una tregua. A la mañana siguiente me liberé también de que me importunara hasta que llegó la señora Cole, a quien llamó, y la enteró en términos de gran júbilo y entusiasmo de su triunfante certeza acerca de mi virtud y del golpe de gracia que me había propinado durante la noche, golpe del que, según agregó, ella vería suficientes pruebas, escritas con sangre en las sábanas.

Podéis imaginar la forma en que una mujer de su habilidad y experiencia manejó el asunto e hizo alarde ante él con exclamaciones de vergüenza, cólera, compasión por mí y alegría, porque todo había terminado bien; en esto último, creo que era absolutamente sincera. Y ahora, la objeción que había planteado de forma invencible a que yo pasara la primera noche en sus habitaciones (objeción cuidadosamente calculada para facilitar la intriga) a causa de los miedos y terrores de una doncella ante la idea de ir a casa de un caballero y estar a solas con él en la cama, quedó superada y pretendió convencerme en su favor, de que debía

ir a verle allí siempre que él lo deseara, mientras mantenía las apariencias de trabajar con ella, de modo de no perder las perspectivas de encontrar un buen marido; al mismo tiempo, su casa no correría el riesgo de un escándalo. Todo esto parecía tan razonable, tan considerado para con el señor Norbert que éste no advirtió que ella no quería que viniera a su casa por temor a que descubriera ciertas inconsistencias en la conducta que había fingido ante él; además, este plan favorecía su comodidad y sus planes de libertad.

Dejándome entonces para mi bien ganado descanso, el señor Norbert se levantó y, después de que la señora Cole arregló con él todo lo concerniente a mí, lo hizo salir de la casa sin ser visto. Después, como yo estaba aún despierta, entró y me congratuló por mi éxito. Comportándose, además, con su habitual moderación y generosidad, rehusó cualquier porción de la suma que yo había ganado y dispuso una forma tan fácil y segura de arreglar mis bienes, que eran ya una pequeña fortuna, de modo que hasta un niño de diez años podría haber controlado las cuentas y conservado el dinero sin peligro.

Ahora había recuperado mi estado anterior de mantenida y solía visitar puntualmente al señor Norbert en sus habitaciones cada vez que mandaba un mensajero por mí; yo me preocupaba de acudir inmediatamente, procediendo con tanta prudencia que nunca supo la naturaleza de mis relaciones con la señora Cole; como por su indolencia se entregaba al ocio y a las diversiones de la ciudad, la perpetua prisa de éstas no le daba tiempo de ocuparse de sus propios asuntos y mucho menos, de los míos.

Por cierto que, si puedo juzgar por mi propia experiencia, nadie es mejor tratada y mejor pagada durante su reino que la amante de aquellos que, enervados por la naturaleza, el libertinaje o la edad, tienen menos aptitudes para el sexo; conscientes de que una mujer debe ser satisfecha de alguna manera, la colman de mil pequeñas atenciones, presentes, caricias o confidencias y agotan sus invenciones de medios y trucos para de algún modo compensar su deficiencia capital y hasta para atenuarla; ¿a qué refinamientos del placer no recurren para aumentar sus lánguidos poderes y forzar a que la naturaleza se ponga al servicio de su sensualidad? Pero ésa es su desgracia porque cuando a fuerza de excitación, preocupación,

caricias, posturas especiales, movimientos lascivos, consiguen finalmente un relámpago de enervado placer, ven que al tiempo han encendido una llama en la mujer objeto de su pasión que, al no poder extinguir por sí mismos, la empujan en brazos de otro que pueda finalizar el trabajo y se transforman así en alcahuetes de algún favorito capaz de una ejecución más vigorosa y satisfactoria; las mujeres de nuestra clase, especialmente, por bien dispuestos que estén en sus corazones, poseen una parte real que las controla, que se gobierna según sus propios principios, ninguno de los cuales es más fuerte en la práctica que el que prefiere el hecho al dicho.

El señor Norbert, que sé encontraba en este desgraciado caso, aunque afirmaba que yo le gustaba extremadamente, muy pocas veces podía consumar el principal placer conmigo sin una larga variedad de preparativos que resultaban al mismo tiempo, fatigosos e inflamatorios.

A veces me colocaba, totalmente desnuda en una alfombra junto a un buen fuego para poder contemplarme casi durante una hora, disponiéndome en todas las figuras y actitudes corporales que podía adoptar, besándome en todas partes, sin exceptuar las más secretas y críticas que recibían la mayor parte de esos homenajes. Luego, sus caricias eran exquisitamente lascivas, tan lujuriosamente penetrantes a veces que me enloquecían con titilantes ardores; pero después de todo, cuando con gran esfuerzo lograba una breve erección, quizás la perdía en un acceso de sudores o en una efusión prematura y abortada que se burlaba de mis ardientes deseos. O, si conseguía llegar a destino, ¡qué débil y cobarde la ejecución! ¡Cuán insuficiente la aspersión de unas pocas gotas para extinguir el fuego que había encendido!

Una noche —no puedo evitar el recuerdo—, volviendo a casa desde la suya, con los ánimos soliviantados de una forma que su varita mágica no había logrado sosegar, fui abordada, al doblar una esquina, por un joven marinero. Yo llevaba el sencillo, cuidado y garboso vestido blanco que usaba siempre y quizás tuviera un cierto aire de inquietud diferente de la compostura que comunican los pensamientos serenos. Sea como sea, me tomó y sin más ceremonias me echó los brazos al cuello y me besó tumultuosa y dulcemente. Lo miré con un principio de cólera e indignación por su grosería, estados que se suavizaron, transformándose en otros sentimientos

cuando lo miré: era alto, muy varonil y agradable de cara y cuerpo, de modo que terminé mi mirada preguntándole en tono bastante tierno qué se proponía. Ante esto, con la misma franqueza y vivacidad con que había comenzado, me propuso invitarme con un vaso de vino. Lo cierto es que si hubiese estado con la sangre más tranquila y si no hubiera sido sometida al dominio de irritaciones y deseos no apaciguados, hubiese rehusado sin dudar; pero no sé cómo, mis acuciantes necesidades, su figura, la ocasión y si queréis la poderosa combinación de todas esas circunstancias con la curiosidad por conocer el fin de la aventura, y la novedad de ser tratada como una vulgar prostituta callejera, me hicieron consentir en silencio; en una palabra, no era a mi cabeza a quien obedecía. Permití que este barco de guerra me remolcara, por así decirlo, cogiéndome del brazo con tanta familiaridad como si me hubiese conocido desde siempre y llevándome a la taberna más cercana, donde nos hicieron pasar a un cuartucho a un lado del pasillo. Allí, y conteniéndose apenas hasta que el dependiente trajo el vino que habíamos pedido, me abordó directamente, quitándome la pañoleta, dándome un sonoro beso y dejando mis pechos a la vista; luego los palpó con la perspicacia del gusto que abrevia un ceremonial más fatigoso que agradable en circunstancias tan apremiantes. Luego dirigiéndonos al punto principal, no hallamos comodidades para nuestros fines, ya que tres sillas cojas y una mesa destartalada componían todo el mobiliario de la habitación. Sin más alharacas, me plantó con la espalda contra la pared y me subió las enaguas y sacando una verdadera maravilla la lució, blandiéndola, ante mis ojos; poniendo manos a la obra con un ímpetu causado, muy probablemente por una larga abstinencia en el mar, intentó hacerme probar su producto. Yo vacilé y luego acepté la postura, haciendo lo posible por adaptarme a él; una parte logró introducirse, pero las cosas no eran aún como él las deseaba. Entonces, cambiando sus baterías en un instante, me llevó hasta la mesa y con una enorme mano apoyó mi cabeza sobre ella; con la otra, levantando mis enaguas y mi camisa, dejó al descubierto mis nalgas para su ciego y furioso mentor; forzó su camino entre ellas y yo, sintiendo claramente que no se dirigía a la puerta adecuada y que golpeaba desesperadamente en la indebida, se lo dije.

—Bah —respondió él—, cuando hay tormenta, cualquier puerto

es bueno.

Sin embargo, alterando la dirección y bajando la puntería, logró centrar la mira; entonces impulsando su deliciosa rigidez a toda máquina, me dio el *tout* con tanto ánimo y fuego que, dada la buena disposición en que me hallaba al encontrarlo, y la excitación terrible que sentía, hizo que le ganara de mano y experimentara la disolución; exprimiéndolo mientras sufría ese abrazo convulsivo, le extraje un riego tan generoso que junto a mis propias efusiones, empapó esas partes y ahogó en un diluvio toda mi rabiosa conflagración de deseo.

Cuando todo pasó, retirarme se transformó en mi principal preocupación; porque aunque me había sentido muy complacida por la diferencia entre esta cálida andanada, tan vivamente derramada en mí, y los cansadores tocamientos y juegos a los que había debido las llamas no extinguidas que me habían hecho dar este paso, ahora que mi cabeza estaba más fría, comencé a percibir el peligro de entablar una relación con este agradable —por cierto— desconocido; quien por su parte habló de pasar la noche conmigo y continuar las intimidades con un aire decidido que me hizo temer que no sería tan fácil librarme de él como yo deseaba. Mientras tanto, oculté hábilmente mi inquietud y pretendí que me quedaría con él de buena gana, diciéndole que sólo tendría que ir a mi casa a dar unas indicaciones y luego volvería a toda prisa. Él se tragó todo esto, pensando que yo era una de esas desgraciadas vagabundas que se dedican a dar placer al primer rufián que se inclina a recogerlas y, por supuesto, que difícilmente me arriesgaría a perder mi paga no volviendo a terminar el trabajo. Así, nos separamos, no antes de que lo oyera ordenar una comida a la que tuve la grosería de no acompañarlo.

Pero cuando llegué a casa y conté mi aventura a la señora Cole, ésta presentó ante mí con tanta fuerza la naturaleza y las peligrosas consecuencias de mi locura, especialmente para mi salud, al ser tan pierniabierta y libre, que no sólo tomé la resolución de no volver a aventurarme de forma tan temeraria —intención que mantuve con toda firmeza—, sino que pasé muchos días en una continua inquietud por temor a tener otras razones —además del placer— para recordar el encuentro; pero esos miedos fueron una afrenta a mi lindo marinero, por lo cual le ofrezco con alegría esta

reparación.

Ya había vivido un cuarto de año con el señor Norbert, y en ese tiempo había dividido muy agradablemente mi tiempo entre mis diversiones en casa de la señora Cole y mis atenciones con dicho caballero, que me pagaba generosamente por la complacencia sin límites con que toleraba pasivamente todos los caprichos de su placer y que habían hecho que me apreciara tanto que, hallando, como decía, toda la variedad en mí, le había hecho perder su gusto por la inconstancia y las caras nuevas. Y, lo que era por lo menos agradable y halagador para mí que su amor y su cariño, tanto como mucho más halagador para el amor que le había inspirado, dio lugar a una deferencia hacia mí que fue muy útil para su salud, ya que habiendo llegado por medio de súplicas y argumentaciones a una mayor parsimonia, asegurando la duración de sus placeres por la moderación en su uso, y corrigiendo los excesos a que era tan adicto y que habían debilitado su constitución y destruido sus poderes justo en el punto para el que más le importaba vivir, se había vuelto más delicado, más moderado y, finalmente, más saludable; por ello, su gratitud estaba tomando un giro muy favorable para mi destino cuando, una vez más, los caprichos de éste quitaron la copa de mis labios.

Su hermana, *lady* L…, por quien sentía un gran afecto, le rogó que la acompañara a Bath para una cura, favor que no podía rehusarle; por esta razón y aun cuando no pensaba separarse de mí por más de una semana, se despidió con un disgusto de mal agüero, dejándome con una suma muy superior a sus posibilidades y poco consistente con la brevedad del viaje. Éste terminó siendo el más largo que se puede emprender, el que sólo se hace una vez. Llegando a Bath, no pasaron dos días antes de que se excediera bebiendo con unos caballeros, cosa que le provocó una gran fiebre que se lo llevó en cuatro días, durante los cuales no dejó de delirar. Si hubiese podido hacer testamento quizás podría haberme mencionado favorablemente en él. Así fue que lo perdí, y como ninguna condición de la vida está más sujeta a revoluciones que la de una mujer de placer, pronto recuperé mi alegría y encontrándome nuevamente excluida de la lista de las mantenidas, volví al seno de la comunidad de la que había sido, en cierto modo, arrebatada.

La señora Cole, continuando con su actitud amistosa, me ofreció su ayuda y su consejo para una nueva elección; pero ahora yo era suficientemente rica como para tomarme mi tiempo; en cuanto a mis necesidades físicas de placer, su presión e importancia quedaban muy disminuidlas por la conciencia de la facilidad con que podían ser satisfechas en casa de la señora Cole, donde Louisa y Emily continuaban las viejas costumbres. Mi antigua favorita, Harriet, solía venir a verme con frecuencia y me entretenía con su mente y su corazón, llenos de su querido *baronet*, a quien amaba con ternura y constancia pese a que la mantenía y, lo que es más, la había independizado por medio de una generosa suma que había adjudicado a Harriet y los suyos. Estaba entonces sin empleo regular cuando un día la señora Cole, en el curso de las constantes confidencias que nos hacíamos, me enteró de la existencia de un tal señor Barville, recién llegado a la ciudad y cliente de su casa; estaba bastante perpleja ante la necesidad de proporcionarle una compañera adecuada, punto de gran dificultad porque estaba bajo la tiranía de un gusto cruel: el ardiente deseo, no sólo de ser despiadadamente azotado sino de azotar a los demás, de modo que aunque recompensaba con extravagancia a las que tenían el valor y la complacencia de someterse a sus humores, había muy pocas —por lo exigente de su gusto— que estuviesen dispuestas a turnarse con él a riesgo de perder la piel. Lo que hacía aún más extraño a este raro capricho era que el caballero era joven, pese a que este gusto suele atacar, según parece, con la edad; ella determina que algunos sujetos se vean obligados a recurrir a esos expedientes para acelerar la circulación de sus perezosos jugos y determinar que los espíritus del placer confluyan hacia esas debilitadas y encogidas partes que sólo cobran vida en virtud de los excitantes ardores creados por los castigos de sus oponentes, con los que obtienen una afinidad tan singular.

Todo esto no me fue comunicado por la señora Cole, con la esperanza de que le ofreciera mis servicios; cómodas como eran mis circunstancias, tendría que haberme tentado con un beneficio inmenso, por cierto, para inducirme a emprender un trabajo semejante; tampoco yo había expresado —ni lo había sentido— un gusto ni una curiosidad por conocer más de un capricho que prometía tantos más dolores que placeres a quienes no necesitaban

de tan violentos acicates; pero entonces, ¿qué me movió a ofrecerme voluntariamente para una fiesta de dolor, sabiendo que sería así? Para decir la verdad, fue un capricho súbito, la fantasía de intentar un nuevo experimento, mezclado con la vanidad de probar mi valor personal a la señora Cole, lo que me determinó, sin pensar en los riesgos, a proponerme a ella, eximiéndola de ulteriores búsquedas. Y por cierto, la sorprendí y la complací poniendo, en esta ocasión, mi persona francamente y sin reservas a su disposición y a la de su amigo.

Mi buena madre temporal fue, sin embargo, suficientemente bondadosa como para usar todos los argumentos que pudo imaginar para disuadirme; pero como descubrí que sólo se inspiraban en la ternura, persistí en mi resolución y de ese modo exculpé a mi oferta de cualquier sospecha de no haber sido sincera, o de haber sido sólo una formalidad. Dando su agradecida conformidad, la señora Cole me aseguró que se me pagaría liberalmente y que el secreto de la transacción sería preservado para evitar el ridículo con que vulgarmente se la consideraba. Por su parte, ella consideraba que el placer de una u otra clase era el puerto de destino universal, y que todas las alas que volaban hacia allí eran buenas, siempre que no perjudicaran a nadie; que más bien compadecía que culpaba a esas personas desgraciadas que están bajo una compulsión de la que no pueden huir, la de esos gustos arbitrarios que rigen sus apetitos con irresponsable control; gustos tan infinitamente diversos como superiores e independientes de todo razonamiento, como los diferentes gustos de la humanidad en materia de paladar y viandas, ya que algunos estómagos delicados sienten náuseas ante la carne y no hallan sabor más que en los platos de lujo muy sazonados, mientras otros se jactan de detestarlos.

Ya no necesitaba más preámbulos, ni aliento ni justificaciones; había dado mi palabra y estaba dispuesta a cumplir con ella. Por lo tanto, se fijó la noche y se me dieron todas las necesarias instrucciones previas acerca de cómo actuar y conducirme. El comedor, fue preparado e iluminado de forma adecuada y el joven

caballero se acomodó allí, esperando que yo le fuera presentada.

Entonces fui llevada hasta él por la señora Cole, quien me presentó; vestía, según sus instrucciones, un deshabillé muy suelto, adecuado para los ejercicios a que debería someterme. Todo era de un blanco uniforme y del lino más fino: bata, enaguas, medias y escarpines de satín, como si fuera una víctima yendo al sacrificio, mientras mis cabellos castaño oscuro caían en pesados bucles sobre mi cuello, creando un agradable contraste de color con mis ropas.

En cuanto el señor Barville me vio, se puso de pie, con un visible aire de placer y sorpresa y mientras me saludaba, preguntó a la señora Cole si era posible que una criatura tan fina y delicada se sometiera voluntariamente a semejantes sufrimientos y rigores como los que entrañaba esta misión. Ella le contestó adecuadamente y leyendo en sus ojos que nunca resultaría excesiva la rapidez en dejarnos solos, se marchó, después de recomendarle moderación con una novicia.

Pero mientras ella ocupaba su atención, la mía se había concentrado en el examen de la figura y la persona de este desgraciado caballero, irremediablemente condenado a que le metieran el placer a golpes, como los conocimientos a los niños.

Era muy rubio, de tez suave y no representaba más de veinte años, aunque tenía tres más de lo que mis conjeturas le habían atribuido; debía este error favorable a la gordura que se extendía por su breve estatura y a una cara redonda, rechoncha y sonrosada que le daba el aspecto de un Baco, aunque un aire de austeridad, por no decir de dureza, que no se correspondía con su cara, borraba la alegría necesaria para completar el parecido. Sus vestidos eran muy cuidados pero simples y muy inferiores a la amplia fortuna de que gozaba; esto también era un gusto suyo y no un rasgo de avaricia.

En cuanto la señora Cole se hubo ido, me sentó a su lado y la expresión de su cara se modificó al mirarme, tomando una expresión de gran dulzura y buen humor, más notable por el brusco cambio desde el otro extremo, cosa que según descubrí después, cuando conocí más su carácter, se debía a un estado habitual de conflicto y disgusto consigo mismo, por ser esclavo de un gusto tan

particular, a causa de un ascendiente constitucional que lo volvía incapaz de sentir ningún placer si no se sometía antes a esos medios extraordinarios de procurarlos por medio del dolor. La constancia de las quejas de su conciencia habían marcado, a la larga, ese tono de amargura y severidad en sus rasgos, tono que era, en realidad, muy ajeno a la dulzura natural de su temperamento.

Después de una cuidadosa preparación por medio de excusas y aliento para que desempeñara mi papel con ánimo y constancia, se acercó al fuego, mientras yo iba a buscar los instrumentos disciplinarios a un armario; eran varias varillas, cada una hecha con dos o tres ramitas de abedul atadas juntas; él las tomó, las tocó y las miró con mucho placer, mientras yo sentía un estremecedor presagio.

Luego, trajimos desde el extremo de la habitación un gran banco, vuelto más cómodo mediante un cojín blando con un forro de calicó; cuando todo estuvo listo, se quitó la chaqueta y el chaleco y, así qué me lo indicó, desabotoné sus calzones y levanté su camisa por encima de la cintura, asegurándola allí; cuando dirigí, lógicamente, mis ojos a contemplar el objeto principal en cuyo favor se estaban tomando estas disposiciones, parecía encogido dentro del cuerpo, mostrando apenas la punta sobre el matorral de rizos que vestía esas partes, como un abadejo asomando entre la hierba.

Inclinándome entonces para soltar sus ligas me ordenó que las usara para atarle a las patas del banco, un detalle no muy necesario, supuse, ya que él mismo lo prescribía, como el resto del ceremonial.

Lo llevé hasta el banco y, de acuerdo a mis instrucciones, fingí obligarlo a acostarse allí, cosa que hizo después de alguna resistencia formal. Quedó tendido cuan largo era, boca abajo, con un cojín debajo de la cara; mientras yacía mansamente, até sus manos y sus pies a las patas del banco; hecho esto y con la camisa subida por encima de la cintura, bajé sus calzones hasta las rodillas de modo que exhibía ampliamente su panorama posterior, en el que un par de nalgas gordas, suaves, blancas y bastante bien formadas se levantaban como cojines desde dos carnosos muslos y terminaban su separación uniéndose donde termina la espalda; presentaban un blanco que se hinchaba, por así decirlo, para recibir los azotes.

Tomando una de las varillas me coloqué encima de él y de

acuerdo a sus órdenes le di diez latigazos sin tomar aliento, con muy buena voluntad y el máximo de ánimo y vigor físico que pude poner en ellos, para hacer que esos carnosos hemisferios se estremecieran; él mismo no pareció más preocupado o dolorido que una langosta ante la picadura de una pulga. Mientras tanto, yo contemplaba atentamente los efectos de los azotes que, a mí, por lo menos, me parecían muy crueles; cada golpe había rozado la superficie de esos blancos montes, enrojeciéndolos y golpeando con más fuerza en la zona más alejada de mí habían cortado en los hoyuelos unos cardenales lívidos de los que brotaba la sangre; de algunos de los cortes, tuvo que retirar trocitos de la varilla que habían quedado incrustados en la piel. La crudeza de mi trabajo no era asombrosa, considerando que las varillas eran verdes y yo había azotado con severidad mientras la superficie de la piel estaba tan tensa sobre la pulpa dura y firme que la llenaba que difícilmente podía ceder o cimbrear bajo los latigazos, los que, por lo tanto, tenían mayor efecto y herían la carne viva.

Yo me sentí tan conmovida ante ese patético espectáculo que me arrepentí profundamente de mi compromiso, y lo hubiese dado por terminado, pensando que ya había tenido bastante, si no me hubiera animado y rogado encarecidamente que prosiguiera; le di diez azotes más y luego, mientras descansaba, examiné el aumento de apariencias sangrientas. Finalmente, endurecida ante la visión por su resolución de sufrir, continué disciplinándolo con algunas pausas, hasta que observé que se enroscaba y retorcía de un modo que no tenía ninguna relación con el dolor sino con alguna sensación nueva y poderosa; curiosa por comprender su significado, en una de las pausas, me acerqué, mientras él seguía agitándose y restregando su vientre contra el cojín que había abajo y acariciando primero la parte sana y no golpeada de la nalga más próxima a mí e insinuando después mi mano debajo de sus caderas, sentí en qué posición estaban las cosas adelante, cosa que resultó sorprendente: su máquina, que por su aspecto yo había considerado impalpable, o por lo menos diminuta, había alcanzado ahora, en virtud de la agitación y el dolor de sus nalgas, no sólo una prodigiosa erección sino un tamaño que me asustó hasta a mí, un grosor inigualado, por cierto, cuya cabeza llenaba mi mano hasta colmarla. Y cuando quedó a la vista, a causa de sus agitaciones y retorcimientos, se

hubiera dicho un solomillo de la ternera más blanca, gordo y corto para su anchura, igual que su dueño. Pero cuando sintió mi mano allí me rogó que continuara azotándolo con fuerza, porque si no no llegaría a culminar su placer.

Retomando entonces las varillas y el ejercicio, había consumido ya tres haces cuando, después de un aumento de las luchas y movimientos y uno o dos profundos suspiros vi que se quedaba inmóvil y silencioso y luego me rogaba que desistiera, cosa que hice instantáneamente, procediendo a desatarle; no pude menos qué asombrarme ante su pasiva fortaleza al ver la piel de sus nalgas heridas y destrozadas y antes tan blancas, suaves y pulidas; ahora tenían uno de sus lados convertido en una red de magulladuras, carne lívida, incisiones y coágulos, tanto que cuando se puso de pie apenas podía andar. En una palabra, estaba frágil como una rosa.

Luego, percibí claramente en el cojín los rastros de una efusión muy abundante; su holgazán miembro ya había vuelto a su viejo refugio, donde se había ocultado, como avergonzado de mostrar su cabeza que nada, aparentemente, podía estimular más que los golpes que se asestarán a sus vecinos del fondo, vecinos que se veían constantemente obligados a sufrir por causas de sus caprichos.

Mi caballero había vuelto a ponerse sus ropas y a arreglarse cuando, dándome un beso y colocándome a su lado, se sentó tan cuidadosamente como pudo, con un lado fuera del almohadón, ya que estaba demasiado dolorido para soportar ninguna parte de su peso.

Entonces me agradeció el extremo placer que le había procurado y viendo, quizá en mi rostro, restos del terror y la aprensión que sentía ante las represalias en mi propia piel, por lo que había hecho sufrir a la suya, me aseguró que estaba dispuesto a devolver mi palabra si yo me sentía en el compromiso de soportar sus castigos, como él había soportado los míos; pero que si consentía en ello, tendría en cuenta la diferencia que existía entre los sexos en materia de delicadeza y capacidad para soportar el dolor. Esto me devolvió la intrepidez y picó mi vanidad; pensé que no debía retroceder tan cerca de la prueba, especialmente porque sabía muy bien que la señora Cole era testigo presencial desde su puesto de espionaje, del total de nuestras transacciones. Ahora temía menos

por mi piel que por la posibilidad de que no me proporcionara la oportunidad de demostrar mi ánimo.

Mi respuesta estuvo en consonancia con esta disposición, pero mi valor estaba más en mi cabeza que en mi corazón y, como los cobardes se precipitan hacia el peligro que temen, para liberarse lo antes posible de esta espantosa sensación, me sentí complacida cuando se apresuró a ejecutar sus intenciones.

Tuvo muy poco que hacer: aflojar las cintas de mis enaguas y levantarlas, junto con mi camisa hasta la altura del ombligo donde las amontonó flojamente, para poder levantarlas más aún si le placía. Luego, contemplándome al parecer con gran deleite, me acostó boca abajo en el banco y, cuando esperaba que me atase como yo había hecho con él y le tendí las manos no sin miedo y algunos temblores, me dijo que de ninguna manera me aterrorizaría sin necesidad de ese confinamiento, porque aunque se proponía poner a prueba mi constancia, había decidido que todo sería enteramente voluntario por mi parte y por lo tanto debía estar plenamente libre para levantarme si consideraba que el dolor era excesivo. No podéis imaginar cuán atada me sentí por esta posibilidad de estar suelta y cuánto ánimo me proporcionó su confianza en mí, de modo que hasta mí corazón se despreocupó de lo que mi carne pudiera sufrir para honrarla.

Todas mis partes posteriores, desnudas hasta la cintura, estaban ahora a su merced; primero se paró a una distancia conveniente, deleitándose con un examen de la actitud en que me encontraba y de las mercancías secretas que exhibía generosamente ante él. Luego, acercándose ansiosamente, cubrió esas partes desnudas con una profusión de cariñosos besos, para después, cogiendo la varilla, jugueteó conmigo, golpeando dulcemente esas tiernas y temblorosas masas de carne, sin lastimarlas; hasta que, gradualmente, con azotes más enérgicos, las hizo hormiguear, haciéndolas sonrojarse, cosa que supe tanto por el flagrante calor que sentí allí como porque él me dijo que ahora emulaban las rosas de mis otras mejillas. Cuando se hubo divertido así, admirando y jugando, pasó a azotarme con más fuerza, haciendo necesaria toda mi paciencia para no gritar y no quejarme. Finalmente sus latigazos fueron tan fuertes que me sacó sangre en muchos golpes; cuando la vio, arrojó la varilla, voló hacia mí, secó con sus labios las primera gotas y chupando las

heridas atenuó mis dolores. Pero ahora, poniéndome de rodillas, con las piernas muy separadas, esa tierna parte mía que es, por naturaleza, la provincia del placer, no del dolor, recibió su parte de sufrimientos; mirándola ávidamente dirigió la varilla de forma tal que los agudos extremos de las ramas golpeaban tan sensiblemente que no pude evitar contraer y retorcer mis miembros a causa del dolor; las contorsiones de mi cuerpo debieron colocarlo en una infinita variedad de posturas y puntos de vista, adecuados para complacer la lujuria de su mirada. Pero seguí soportándolo todo sin gritar hasta que, dándome otro descanso, se precipitó, por así decirlo, hacia esa parte cuyos labios y alrededores habían sentido su crueldad y, a modo de reparación, pegó los suyos allí; luego los abrió, los cerró, los pellizcó, tiró con suavidad del musgo que crecía en ello, todo esto con un estilo de rapto apasionado y entusiasta que expresaba un exceso de placer; finalmente, cogiendo nuevamente la varilla, animado por mi pasividad y furioso a causa de ese extraño gusto, hizo que mis pobres nalgas pagaran su entusiasmo, porque, sin darme cuartel, el traidor me cortó de forma tal que, cuando se rindió me faltaba poco para desvanecerme. No emití ni un quejido ni una palabra de enojo; pero para mis adentros resolví con toda seriedad que nunca volvería a exponerme de nuevo a semejantes severidades.

Podéis imaginar, entonces, en qué estado quedaron mis suaves cojines, todos doloridos, en carne viva y terriblemente desgarrados; y lejos de sentir algún placer, más bien las recientes heridas estuvieron a punto de hacerme llorar y no recibí los cumplimientos y las caricias del autor de mis dolores con demasiada satisfacción.

En cuanto acomodé mis ropas para mayor decencia, la discreta señora Cole, en persona nos trajo una comida que podría haber excitado la sensualidad de un cardenal, acompañada por una variedad de los mejores vinos. Colocó todo delante nuestro y salió nuevamente, sin haber creado con palabras ni con sonrisas la menor interrupción ni confusión, en esos momentos de reserva en los que aún no estábamos dispuestos a admitir a un tercero.

Entonces me senté, sin sentir ningún amor por mi carnicero, como no podía dejar de considerarlo; además, me molestaba bastante el aire alegre y satisfecho que exhibía y que me parecía como un insulto hacia mí. Empero, después de haber bebido un

vaso de vino muy necesario y haber comido un poco (todo en el más profundo silencio), me sentí algo más alegre y animada, y cuando el ardor empezó a atenuarse, mi buen humor fue volviendo; esa alteración no se le escapó, de modo que dijo e hizo todo lo que podía confirmarme en ella y exaltarla.

Pero, apenas terminamos de comer, un cambio increíble sucedió en mí; unas sensaciones muy violentas y agradablemente fatigosas me conmovieron, sin que pudiera controlarlas, la irritación de los azotes se convirtió en un ardor punzante, en una comezón tan fiera que me hizo suspirar, apretar los muslos, agitarme en mi asiento con una furiosa inquietud, mientras esos picantes ardores, excitados en esas partes sobre las que había caído la tormenta de castigos, desataron legiones de espíritus ardientes, sutiles y estimulantes hacia el sitio opuesto y lugar de reunión, donde su titilación se volvió tan furiosa que me enloquecía. No es asombroso entonces que, en semejante situación y devorada por llamas que lamían toda modestia y reserva, mis ojos, cargados ahora de los más intensos deseos, dispararan hacia mi compañero señales de angustia muy inteligibles… mi compañero, digo, que se volvía más amistoso a cada instante para ellas y más necesario para mis urgentes deseos y esperanzas de alivio inmediato. El señor Barville, para quien estas situaciones no eran desconocidas, pronto supo en qué situación me había colocado mi extremado desorden; quitando la mesa del medio, comenzó un preludio que me halagó con su instantáneo alivio, pero no estaba tan cerca de él como imaginaba, porque cuando se desabotonó y trató de provocar y poner en acción a su inactiva y torpe máquina, tuvo que reconocer sonrojándose que nada bueno se podía esperar de ella, a menos que yo me encargara de volver a excitar sus poderes dormidos refrescando la irritación de los recientes latigazos, ya que igual que la cabeza de un niño, no podía funcionar sin golpes. Comprendiendo entonces que debía trabajar tanto para mi provecho como para el suyo, me apresuré a complacer sus deseos y, abreviando el ceremonial, mientras él se inclinaba con la cabeza apoyada en una silla, apenas le hice sentir el látigo cuando vi que el objeto de mis deseos daba signos de vida y, como tocado por una varita mágica, lograba un gran tamaño y señalada distinción. Apresurándose a dejarme disfrutar de él, me arrojó sobre el banco, pero la renovada sensibilidad de mis partes

posteriores era tanta que, al apoyarme con fuerza sobre ellas para lograr la admisión de la estupenda cabeza del ingenio, no pude soportarla. Entonces me puso de pie y traté, inclinándome hacia adelante y volviendo la grupa a mi asaltante de abrirle la avenida posterior, pero así también era imposible soportar su presión contra mí en su agitación y sus esfuerzos para entrar por ese camino, mientras su vientre golpeaba directamente contra las heridas recientes. ¿Qué podíamos hacer? Los dos estábamos intolerablemente calientes, los dos, furiosos… el placer siempre es inventivo para sus fines. Me desvistió en un instante, dejándome completamente desnuda y colocando uno de los grandes cojines del canapé en la alfombra, frente al fuego me colocó suavemente sobre él, cabeza abajo y sujetándome sólo por la cintura, mientras yo ayudaba con muy buena disposición, colocó mis piernas alrededor de su cuello, dé modo que mi cabeza estaba separada del suelo sólo por mis manos y el cojín, que estaba cubierto por mi cabellera; así quedé apoyada en mi cabeza y mis manos, sostenida por él de forma tal que mientras mis muslos lo abrazaban, dejando a la vista el teatro de sus sangrientos placeres, el centro de mi parte delantera se enfrentaba con el objeto de su rabia que ahora estaba en muy buenas condiciones para darme satisfacción por las injurias de sus vecinos. Pero como esta postura no era de las más cómodas y nuestras imaginaciones, heridas al máximo, no podían soportar demoras, él alojó primero con gran diligencia y esfuerzo la gran cabeza, parecida a una panocha, de su instrumento; y ayudado por la furia con que había logrado eso, pronto metió el resto; ahora, con una serie de embestidas fieras y ansiosas, superó y absorbió todo dolor e incomodidad, ya fueran provocados por las heridas de mi trasero, por mi incómoda postura o por el tamaño excesivo de su herramienta, en un infinito y predominante deleite; ahora todos mis espíritus de vida y sensibilidad corrían impetuosamente hacia la gallera, donde el placer se agitaba y se aferraba; sin embargo, pronto sentí el delicioso alivio de la naturaleza en sus violentas tensiones y provocaciones; armonizando con él, mi galán lanzó dentro de mí una cantidad enorme de su balsámica inyección, que suavizó y quitó filo a todos los irritantes aguijones causados por aquella nueva especie de incitación, tan enloquecedora como intolerable, y se instaló en mis sentidos un cierto grado de

compostura.

Había llevado a cabo esta extraña aventura, mucho más a mi satisfacción de lo que hubiese supuesto por su naturaleza, satisfacción que no fue disminuida, como podréis imaginar, por los rendidos elogios que tributó mi galán a mi constancia y mi complacencia; para subrayarlos, me hizo un regalo que sobrepasó todas mis esperanzas, además de la gratificación que entregó a la señora Cole.

Sin embargo, en ningún momento fui invitada a renovar mi relación con él ni a recurrir nuevamente al violento expediente de azotar a la naturaleza para que aumentara su velocidad; acto que considero un poco a la manera de una dosis de cantárida, con más dolor quizás, pero menos peligro, y que podía ser necesario para él, pero no por cierto para mí, en quien el apetito requería la brida y no la fusta.

La señora Cole había aumentado su aprecio y cariño por mí después de esta aventura; me consideraba una chica que armonizaba en todo con sus ideas, que no se arredraba ante nada y capaz de pelear hasta el fin con todas las armas del placer. Como consecuencia de estas ideas y atenta, por tanto, a promover mi provecho y mi placer, cuidó mucho del primero con un nuevo galán, de clase muy especial, que me procuró y presentó.

Se trataba de un grave, sosegado y solemne anciano caballero, cuyo peculiar capricho era peinar trenzas; como yo estaba muy afinada con su gusto, solía venir a la hora de mi tocado; soltaba mis cabellos y se los abandonaba para que hiciera lo que quisiera con ellos; él pasaba una hora o más jugando con ellos, peinándolos, enrollando los rizos alrededor de sus dedos y hasta besándolos mientras los alisaba. Todo esto no llevaba a ningún otro uso de mi persona o a ninguna otra libertad, como si la diferencia de sexos no hubiese existido.

Otra peculiaridad de su gusto consistía en regalarme cada vez una docena de los más blancos guantes de cabritilla; luego se entretenía poniéndomelos y mordiendo las puntas de los dedos; por todas estas tonterías de un apetito enfermizo, el anciano caballero pagaba más caro de lo que otros gastaban en favores más esenciales. Esto duró hasta que un violento catarro lo atacó y le obligó a guardar cama, librándome de este muy inocente e insípido

frívolo, ya que no volví a saber de él.

Podéis estar segura de que una bagatela de esta clase no interfería otras ocupaciones o planes de vida. En verdad, me conducía con una modestia y reserva que eran menos fruto de la virtud que de la falta de novedades. Una indigestión de placeres y circunstancias fáciles me volvían indiferente a cualquier compromiso en que el placer y el provecho no estuviesen estrechamente unidos; podía aguardar sin impaciencia, poniéndome en manos del destino, pues sabía que no agotaría mis reservas, habiendo sido retribuida a los máximos precios, y mimada con regalo. Además, sacrificando algún impulso momentáneo, encontraba una satisfacción secreta al respetarme a mí misma y al conservar al mismo tiempo la juventud y la frescura de mi tez. Louisa y Emily no llevaban su reserva tan lejos como yo, pero tampoco eran baratas ni se abandonaban al primer venido, aunque dos de sus aventuras parecieran contradecir su carácter; por su singularidad os las contaré, comenzando por la de Emily.

Una noche, Louisa y ella fueron a un baile de disfraces; Louisa vestida de pastora y Emily de pastor; yo las vi antes de que se marcharan y nada en la naturaleza podría haber parecido un muchachito tan bello como esta última, tan rubia y de miembros tan perfectos. Se mantuvieron juntas por algún tiempo, pero Louisa, encontrando a un viejo conocido, dejó sola a su compañera, protegida por su vestido masculino, que no era mucho, y su discreción, que era aún menor. Emily, al encontrarse abandonada, se paseó durante algún tiempo, buscando aire fresco tanto como cualquier otra cosa, hasta que, finalmente, se quitó el antifaz y fue hacia el bufete donde, vigilada y marcada por un caballero que llevaba un elegante dominó, entabló conversación con éste cuando se le acercó. El dominó, después de una breve conversación en la que sin duda, Emily mostró más su buen natural y su docilidad que su ingenio, comenzó a galantearla violentamente y llevándola hacia unos bancos situados en un extremo del salón, la sentó a su lado y pellizcó sus mejillas, apretó sus manos, alabó sus cabellos y jugueteó con ellos y admiró su tez, todo en un estilo de cortejo un poco extraño que la pobre Emily atribuyó a una broma acerca de su disfraz, del que no comprendía el misterio; pero como no era de las más crueles de su profesión, comenzó a sentirse inclinada a un

pacto. Pero aquí está el centro de la broma: él la había tomado por lo que parecía ser, un muchachito atrevido; y ella, olvidando su disfraz y, por supuesto, muy distraída, supuso que todo esos galanteos iban dirigidos a una mujer, cuando los debía precisamente a lo contrario. Sin embargo, este doble error prosiguió con tanta fuerza por las dos partes, que Emily, que no veía en él más que a un caballero distinguido por los detalles de su vestimenta a los que no se extendía el disfraz, acalorada por el vino y las caricias de que la había colmado, se dejó persuadir de ir a un lupanar con él y, dejando de lado las recomendaciones de la señora Cole y con confianza ciega, se puso en sus manos para que la llevara donde quisiera. Por su parte, e igualmente cegado por sus deseos, ya que la gregaria simplicidad de Emily favorecía más el engaño que cualquier exquisito artificio, él supuso, sin duda, que había hallado a un bondadoso simplote, adecuado a sus propósitos, o a algún mantenido muy enterado, que lo comprendía y estaba de acuerdo con sus designios. Sea como fuere, la condujo hasta un coche, subió con ella y la llevó a un hermoso apartamento donde había una cama. Emily no supo si era un lupanar, porque no habló con nadie más que con él; pero cuando se quedaron solos y su *enamorato* comenzó a realizar las extremosidades que descubren inmediatamente el sexo, ninguna descripción podría pintar con realismo la mezcla de irritación, confusión y desilusión que aparecieron en su rostro cuando lanzó la luctuosa exclamación:

—Por todos los diablos, ¡una mujer!

Esto abrió instantáneamente los ojos de ella que habían estado cegados por una total estupidez. El caballero, como si deseara impedirle la huida, siguió jugando con ella y acariciándola, aunque con una alteración tan notoria de su extremo ardor —que se transformó en helada y forzada cortesía—, que hasta Emily no pudo menos que captar; así empezó a desear haber prestado más atención a las advertencias de la señora Cole, acerca de no entablar relación con desconocidos. Ahora un exceso de timidez sucedió a un exceso de confianza y pensó que estaba tan a su merced y discreción que se mantuvo totalmente pasiva durante todo el progreso del preludio, ya que ahora, ya sea porque su gran belleza le había hecho olvidar su sexo o porque su apariencia con ese traje alimentaba su ilusión, él recuperó gradualmente buena parte de su ardor primero. Como

Emily seguía con los calzones desabotonados, los bajó hasta sus rodillas y obligándola con suavidad a agacharse con la cara apoyada en la cama la colocó de modo que los dos caminos entre los dos montes posteriores fueran igualmente accesibles; por su parte se encaminó en una dirección tal que la chica se alarmó no poco temerosa de perder una virginidad con la que no había soñado. Sin embargo, sus quejas y su resistencia suave pero firme, lo controlaron, de modo que inclinando la cabeza de su corcel lo guió por un trecho del camino debido, dentro del cual, quizás ayudado por su imaginación que sacó el máximo provecho de las similitudes, llegó al fin de su viaje. Después de eso la acompañó fuera y anduvo dos o tres calles con ella; llamó una silla de manos y haciéndole un regalo no inferior a lo que ella hubiese esperado, la recomendó al conductor que la trajo a casa.

Todo esto nos lo contó a la señora Cole y a mi a la mañana siguiente, no sin restos del miedo y la confusión en que se había hallado, aún fijados en su rostro. La señora Cole observó que como su indiscreción procedía de una facilidad constitucional, había pocas esperanzas de que algo la curara de ella, más que varias experiencias negativas. Yo observé que no podía concebir cómo era posible que los hombres tuvieran un gusto universalmente considerado odioso y que además era absurdo e imposible de gratificar ya que, según mis ideas y la experiencia que tenía de las cosas, la naturaleza no podía forzar una desproporción tan grande. La señora Cole se limitó a sonreír ante mi ignorancia y no dijo nada para desengañarme, cosa que sucedió ante una demostración ocular que me proporcionó un singular accidente pocos meses después, y que os relataré aquí para no tener que volver sobre un asunto tan desagradable.

Con el plan de visitar a Harriet, que había alquilado una casa en Hampton-court, había contratado una carroza para ir hasta allí. La señora Cole había prometido acompañarme, pero algún negocio impostergable intervino para retenerla y tuve que partir sola; apenas había recorrido un tercio del camino cuando el eje de las ruedas se rompió y yo me consideré afortunada cuando entré, sana y salva, en una posada de bastante buena apariencia que había allí.

Allí me dijeron que la silla de postas llegaría dentro de dos horas, como máximo y yo decidí que era mejor aguardarla que desistir de mi excursión, de modo que fui conducida por dos tramos de escaleras hasta una habitación muy limpia y decente de la que tomé posesión por el tiempo que debía esperar, con derecho a pedir todo lo necesario para hacer justicia a la posada.

Allí, mientras me entretenía mirando por la ventana, llegó una silla de posta tirada por un solo caballo, de la que saltaron ágilmente dos jóvenes caballeros, porque eso parecían, que entraron como si sólo desearan comer algo y refrescarse un poco, ya que dieron orden de que su caballo se mantuviera listo para proseguir viaje. Después escuché el ruido de la puerta de la habitación vecina, donde los hicieron entrar y dieron unas apresuradas órdenes; en cuanto fueron servidos oí que cerraban la puerta y echaban el cerrojo por dentro.

Un espíritu de curiosidad, nada súbito por demasiado frecuente, me impulsó, sin sentir ninguna sospecha especial, a observar cómo eran sus personas y conducta. La separación de nuestras habitaciones era un tabique de esos que se retiran ocasionalmente para hacer de las dos habitaciones una, cuando lo requieren los huéspedes; ahora mi cuidadosa búsqueda no me proporcionó ni la sombra de una mirilla, circunstancia que probablemente no había escapado al examen de los sujetos del otro lado, a quienes mucho les interesaba no errar en ello. Finalmente observé un parche de papel, del mismo color del friso que, según supuse, escondía alguna falla; estaba tan alto que me vi obligada a subirme en una silla para alcanzarlo, cosa que hice en el mayor silencio posible; con la punta de un alfiler lo atravesé, obteniendo suficiente espacio para espiar. Y ahora, acercando el ojo, dominé perfectamente la habitación y pude ver a mis dos jóvenes galanes retozando y empujándose en lo que consideré travesuras y juegos inocentes.

El mayor podía tener, según supongo, unos diecinueve años; era un muchacho alto y agraciado que llevaba una levita de fustán, una capa verde de terciopelo y una peluca rizada.

El más joven no podía tener más de diecisiete, era rubio, saludable, bien formado y, para decir la verdad, un mozuelo guapo y dulce. Era —supongo— un campesino, a juzgar por sus ropas que consistían en una chaqueta de felpa verde y calzones iguales,

chaleco y medias blancas; una gorra de chalán cubría sus cabellos rubios, largos, rizados y sueltos.

Después vi que el mayor echaba una mirada de inspección a todo el rededor de la habitación, aunque probablemente estaba demasiado apurado e inflamado para no haber pasado por alto el pequeño agujero en que yo estaba apostada, especialmente porque era muy alto y mi ojo, muy próximo a él impedía que pasara la luz, traicionando mi presencia; entonces dijo algo a su compañero que modificó rápidamente el aspecto de las cosas.

Porque ahora el mayor comenzó a abrazar y besar al más joven, a poner sus manos en su pecho y a dar señales tan evidentes de sus intenciones amorosas que me hicieron concluir que el otro era una mujer disfrazada; un error en el que coincidí con la naturaleza que, ciertamente, había errado otorgándole el sexo masculino.

Entonces, con la impulsividad de sus años y decididos como estaban a cumplir sus proyectos de descabellado placer, arriesgándose a las peores consecuencias, ya que no era nada improbable que fueran descubiertos, llegaron a extremos tales que pronto supe quiénes eran.

Finalmente, el mayor desabotonó los calzones del otro y retirando la barrera de lino puso a la vista una vara blanca, de tamaño medio y apenas madura; después de palparla y jugar un poco con ella y otros coqueteos —todo lo cual era recibido por el chico sin más oposición que una cierta timidez vacilante, diez veces más agradable que repulsiva— hizo que se volviera, dando la cara a una silla que estaba allí; este Ganímedes que, supongo, conocía su oficio, inclinó obsequiosamente su cabeza contra el respaldo y proyectando su cuerpo hacia atrás ofreció un buen blanco, aún cubierto por la camisa; yo lo veía de lado pero su compañero de frente. Éste desenmascaró su artillería y exhibió una macana muy adecuada para convencerme de que era imposible que las cosas se llevaran a extremos tan odiosos, a causa de la desproporción de las partes; empero iba a ser curada de mi incredulidad, incredulidad de la que todos los jóvenes deberían curarse por intermedio mío para que su inocencia no sea atrapada en una celada semejante, por más de desconocer la importancia del peligro. Nada es más cierto que la ignorancia de un vicio no nos preserva de él.

Entonces, haciendo a un lado la camisa del chico y sujetándola

debajo de sus ropas, puso a la vista esas eminencias carnosas y globulares que componen los montes del placer de *Roma*, y que ahora, con el angosto valle que los separa estaban en exhibición y expuestos a su ataque; no pude contemplar las disposiciones que tomó sin estremecerme. Primero, humedeciendo bien con saliva su instrumento, obviamente para ayudarlo a deslizarse, y luego apuntándolo y embutiéndolo, como pude discernir claramente, no sólo por la dirección y porque lo perdí de vista sino por los retorcimientos, las contorsiones y las quejas suavemente murmuradas del sufriente joven. Finalmente, cuando los primeros estrechos de la entrada fueron atravesados todo pareció moverse y funcionar con mucha normalidad, como en un sendero alfombrado, sin roces ni barreras; ahora, pasando un brazo alrededor de las caderas de su querido, se apoderó de su juguete de marfil coronado de rojo que estaba perfectamente rígido y mostraba que aunque por detrás fuera como su madre, por delante era como su padre; así se entretuvo mientras con la otra mano jugueteaba con sus cabellos e, inclinándose hacia adelante cogió su cara, de la que el chico sacudió los rizos que la cubrían a causa de su postura, y acercándola a la suya recibió un largo beso. Después renovó sus impulsos y, continuando el castigo de su trasero, alcanzó la culminación del acceso con los síntomas habituales, dando por terminada la acción.

Tuve la paciencia de contemplar hasta el fin esta criminal escena simplemente para poder reunir más hechos y certezas contra ellos, en mi deseo de hacer justicia con estos desertores; por tanto, cuando recompusieron sus ropas y se prepararon para marcharse, ardiendo como estaba por la rabia y la indignación, salté de la silla con ánimo de alborotar a toda la casa en contra de ellos; lo hice con tanta impetuosidad y mala suerte que algún clavo o aspereza del suelo enganchó mi pie y me hizo caer de cara, con tanta violencia que quedé sin sentido y debo haber quedado allí bastante tiempo ya que nadie acudió a ayudarme. Ellos, alarmados, supongo, por el ruido de mi caída tuvieron más tiempo del necesario para retirarse sin riesgos. Lo hicieron, según me enteré, con una precipitación que nadie comprendió hasta que volví en mí y lo suficientemente compuesta para poder hablar, enteré a los de la casa de la transacción de que había sido testigo.

Cuando volví a casa y narré mi aventura a la señora Cole ella me dijo, con mucha sensatez, que no había duda de que tarde o temprano, el castigo alcanzaría a esos malvados, aunque por ahora escaparan de él y que si yo hubiese sido el instrumento momentáneo de ese castigo, hubiese sufrido mucho más angustia y confusión de lo que imaginaba. En cuanto a la cosa en si misma, cuanto menos se hablara, mejor, pero que aunque ella podía ser sospechosa de parcialidad por hacer causa común con todas las mujeres, de cuyas bocas esta práctica quitaba algo más que el pan, no podía ser acusada de pasión haciendo una declaración que surgía del amor a la verdad, a saber, que fuesen los que fuesen los efectos de esta infame pasión en otros tiempos y otros países, parecía existir una particular bendición en nuestro aire y nuestro clima, porque la marca de la plaga está visiblemente impresa en quienes están corrompidos por ella, al menos en esta nación, ya que entre todos los de esa calaña que había conocido, o por lo menos, de las que eran universalmente sospechosos de escándalo, no podía nombrar ni a uno cuyo carácter no fuera en todos los otros aspectos indigno y despreciable y desprovisto de todas las virtudes varoniles de su propio sexo, y llenos sólo de los peores vicios y locuras del nuestro; que *in fine*, eran apenas menos execrables que ridículos en su monstruosa inconsistencia de despreciar y condenar a las mujeres y, al mismo tiempo, imitar sus modales, sus aires, sus gestos y su volubilidad y, en general, todas sus afectaciones que, por lo menos, las favorecían más que a esas señoritas-macho sin sexo.

Pero aquí, lavándome las manos de ellos, vuelvo a zambullirme en la corriente de mi historia, en la cual puedo injertar muy bien una terrible humorada de Louisa, en la que tuve alguna participación, a cuyo relato, por otra parte, me había comprometido para favorecer a la pobre Emily. Agregará, además, otro ejemplo a los miles que existen para confirmar la máxima de que cuando las mujeres pierden el control no hay límites para la licencia.

Una mañana, entonces, en que tanto la señora Cole como Emily se habían ausentado por el día y en que sólo Louisa y yo (por no mencionar a la doncella) estábamos a cargo de la casa, entreteniéndonos y pasando el tiempo observando la calle por los escaparates de la tienda, el hijo de una pobre mujer que se ganaba duramente el pan remendando medias en una casilla de las

cercanías nos ofreció unos ramilletes que llevaba en un cestito; vendiéndolos, el pobre muchacho suplía lo que faltaba a su madre para el mantenimiento de ambos. El pobre no estaba capacitado para ganarse la vida de otro modo ya que no sólo era un perfecto inocente, o idiota, sino que tartamudeaba tanto que no había forma de entender la media docena, como máximo, de sonidos que sus ideas animales le impulsaban a emitir.

Los niños y los sirvientes del barrio le habían puesto el apodo de *Dick el bondadoso*, porque el dulce bobalicón hacía todo lo que se le sugería a la primera insinuación, y porque naturalmente carecía de malicia. Además estaba bien formado, era robusto, de miembros sanos, alto para su edad, fuerte como un caballo y además de rasgos agraciados, de modo que su figura no era despreciable, si el refinamiento natural hubiese podido, considerando estos detalles, haber pasado por alto una cara sin lavar, unos cabellos enredados por la falta de peine y un aspecto tan harapiento que podría haber disputado el triunfo a cualquier filósofo pagano.

Veíamos a menudo a este chico y por pura compasión, comprábamos sus flores; sin embargo, justo en el momento en que nos ofreció su cesto, un súbito capricho, un antojo desubicado asaltó a Louisa que, sin consultarme, le hizo entrar y comenzó a examinar los ramilletes; luego cogió dos, uno para ella y otro para mí y sacando media corona se la dio con naturalidad para que se la cambiara, como si esperara que pudiera hacerlo; el muchacho, rascándose la cabeza hizo unos gestos explicando su incapacidad con ellos y no con palabras ya que pese a sus esfuerzos, no podía articularlas.

Ante eso, Louisa dijo:

—Bueno, hijo; sube conmigo y te daré lo tuyo —guiñándome un ojo al mismo tiempo y haciéndome señas de que la acompañara; lo hice, después de cerrar la puerta de calle que, de ese modo, junto con la tienda, quedó a cargo de la fiel doncella.

Mientras subíamos, Louisa me susurró que había concebido un extraño deseo que deseaba satisfacer; quería saber si la regla general se cumplía en este inocente y hasta qué punto la naturaleza había compensado con sus dones corporales la negación de los dones intelectuales más sublimes y al mismo tiempo me suplicaba que la asistiera en la búsqueda de su satisfacción. La falta de

complacencia nunca ha sido uno de mis vicios y estuve lejos de oponerme a esta extravagante travesura, de modo que adhiriéndome a su capricho y con mi curiosidad conspirando con la suya me lancé en el proyecto por mi propia cuenta.

Por consiguiente, en cuanto llegamos al cuarto de Louisa, mientras ella se divertía eligiendo los ramilletes, yo tomé la iniciativa e inicié el ataque. Como no era necesario hacer muchos remilgos con un simple inocente, me comporté con mucha libertad, si bien, ante mis primeros movimientos, su sorpresa y su confusión hicieron que recibiera mis avances con embarazo; tanto que retrocedió, sonrojándose, y volvió a retroceder hasta que, animándolo con la mirada, tirándole en broma del pelo, rozando sus mejillas y ayudando a mis intenciones por medio de mil picardías, pronto lo tranquilicé y proporcioné a la naturaleza su más dulce alarma, de modo que excitado y comenzando a sentirlo, pudimos percibir, en medio de todas las risas inocentes que yo había provocado en él, el fuego que se encendía en sus ojos y se difundía por sus mejillas, mezclándose con sus sonrojos. En una palabra, la emoción del placer animal brillaba claramente en el rostro del idiota, aunque asombrado por la novedad de la escena no sabía dónde mirar ni qué hacer; mudo y pasivo, manso, con una sonrisa tonta y la boca semiabierta en un estúpido rapto, se quedó plantado y me dejó hacer con él lo que quería. Dejó el cesto, que Louisa guardó.

Mediante un par de rasgaduras descubrí y palpé sus caderas, cuyo contorno parecía más suave y blanco a causa de la tosquedad y la mugre de sus ropas, como los dientes de los negros parecen más blancos a causa del negro que los rodea; y aunque fuera pobre de ropas y pobre de entendimiento era, sin embargo, muy rico en tesoros personales, como carnes firmes, robustas y rebosantes de los jugos de la juventud y miembros fuertes y bien formados. Mis dedos habían llegado también cerca de la verdadera, la genuina planta sensible que, lejos de evitar el contacto, se alegró de él, hinchándose y creciendo; mi mano me informó agradablemente que todo estaba maduro para el descubrimiento que habíamos planeado y que era tan poderoso que estaba a punto de romper su confinamiento. La pretina que aflojé y un harapo de camisa que quité y que no podría haberlo cubierto ni en una cuarta parte,

revelaron el total del estandarte de distinción del idiota, erecto y exhibiéndose orgullosamente… ¡qué maravilla! Era positivamente de un tamaño tan enorme que, preparadas como estábamos para ver algo extraordinario, sobrepasó en mucho nuestras esperanzas y me asombró hasta a mí, que no estaba habituada a tratar con bagatelas. *In fine*, hubiese servido para realizar una exhibición; su enorme cabeza parecía, por su tono y su tamaño un corazón de borrego y se podría haber jugado a los dados sin riesgo sobre la ancha espalda de su cuerpo; su longitud también era prodigiosa y el rico apéndice de la bolsa del tesoro que había abajo, de proporciones grandes, que, reunida y encrespada en pliegues ligeros ayudaba a llenar el ojo y completaba la prueba de que no era un inocente en vano, ya que era manifiesto que había heredado con largueza la prerrogativa de majestad que distingue a ésta —por otros conceptos— desgraciada condición y que ha dado lugar al dicho común: *La fruslería de un tonto es la mejor amiga de una dama*. Y no sin razón, por cierto ya que, en general en el amor y en la guerra gana el arma más larga. Para abreviar: la naturaleza había hecho tanto por él en esas partes que quizás se consideraba justificada en haber hecho tan poco por su cabeza.

Por mi parte, y sinceramente, no pensaba seguir la broma después de satisfacer mi curiosidad; estaba satisfecha, pese a la tentación que me miraba a la cara, con haber levantado el poste en que otra persona pudiera colgar su guirnalda, porque a estas alturas, leyendo con facilidad los deseos de Louisa en sus ojos anhelantes, desempeñé el papel cómodo, haciéndole señas significativas de que siguiera adelante con su aventura, a ella que no deseaba otra cosa, intimando también que me quedaría a contemplar el juego, con lo cual pensaba satisfacer una nueva curiosidad: observar qué apariencias prestaba la activa naturaleza a un inocente en el curso de su operación preferida.

Louisa, cuyo apetito había sido excitado y que, como la industriosa abeja no tenía inconvenientes en libar de una flor tan rara aunque estuviese plantada en un estercolero, estaba más que dispuesta a beneficiarse de mi cesión. Urgida por sus propios deseos y envalentonada por mí, se decidió a arriesgar sus partes con las del idiota que, a estas alturas estaba noblemente inflamado para sus propósitos por todas las irritaciones que habíamos usado para poner

en movimiento los principios del placer y para tensar al máximo los resortes de su órgano; así estaba, rígido y tirante, a punto de estallar con la sangre y los humores que lo habían hinchado… ¡hasta qué tamaño! No, nunca lo olvidaré.

Así, Louisa, tomando la magnífica asa que se le ofrecía de forma tan invitadora llevó al dúctil joven hacia la cama, mientras él cedía gozoso, incitado por el instinto y palpablemente entregado al aguijón del deseo.

Detenida por la cama se dejó caer como le gustaba, al máximo, con mucha delicadeza, sin soltar lo que sujetaba y cuidando de levantar adecuadamente sus vestidos, para que sus muslos, convenientemente separados y elevados dejaran a la vista las perspectivas del tesoro del amor: la abertura de rosados labios que exhibía con tanta generosidad que ni un inocente hubiese podido ignorarla. Tampoco lo hizo ella porque Louisa, totalmente decidida a enfrentarse con ella e incapaz de soportar demoras, dirigió fielmente la punta de la batería que soltó con la rabia de un voraz apetito para encontrar ya favorecer la embestida de la inserción que la fiera actividad de ambas partes realizaron con un tal dolor de distensión qué Louisa gritó violentamente que no podía soportar tanto sufrimiento y que moriría. Pero era demasiado tarde: la tormenta se había desencadenado y la forzaba a soportarla; el hombre-máquina, fuertemente excitado por la pasión sensual, sintió tan virilmente sus ventajas y su superioridad, que el intolerable aguijón del placer, enloqueciendo, comenzó a asumir un carácter tan furioso que me hizo temblar por la frágil Louisa. A estas alturas el muchacho se había metamorfoseado; su rostro, antes tan vacío de expresión y significado, se iluminaba ahora, gracias a la importancia del acto que realizaba. En una palabra, ahora ya no se podía jugar con él. Pero, y lo que era muy agradable, yo misma sentí una suerte de respeto por él, a causa de los gentiles terrores con que lo engalanaban sus movimientos: en vez de ojos, chispas que arrojaban fuego; una cara que resplandecía con los ardores que le daban vida; sus dientes rechinando; todo su cuerpo agitado por un rabioso e incontenible ímpetu; todo traicionaba la formidable fiereza con que el cordial instinto actuaba sobre él. Embistiendo, entonces y corneando hacia adelante, furioso y salvaje como un toro sobreexcitado, paró el tierno surco, insensible a las quejas de

Louisa; nada podría haber detenido ni mantenido a distancia una furia como la suya, por lo cual una vez metida la cabeza, su furia ciega hizo entrar el resto, atravesando, hendiendo y abriendo toda obstrucción. La joven, rasgada, abierta, herida, grita, lucha, me llama al rescate e intenta salir de debajo del joven salvaje o sacudirlo, aunque ¡ay!, en vano; su aliento hubiese calmado o alejado una tormenta invernal con menos esfuerzo del que hubiese sido necesario para calmar su tosco asalto a desviarle de su camino. Y por cierto, sus esfuerzos y su resistencia eran tan desordenados que más bien servían para enredarla y enmarañarla más en el bramante de sus turbulentos brazos, de modo que estaba atada a la estaca y obligada a seguir la partida aunque muriera en ella. Por su parte, dominado por sus instintos como estaba él, las expresiones de su pasión animal tenían algo de feroz que volvía preocupantes a los besos, mezclados con hambrientos mordiscos amorosos que depositaba en las mejillas y el cuello de Louisa; sus marcas no desaparecieron hasta varios días más tarde.

La pobre Louisa, sin embargo, lo soportó todo mejor de lo que podía esperarse y aunque sufría y mucho, siempre fiel a la buena y vieja causa, padeció con placer y disfrutó de su dolor. Y pronto ya, merced a la fuerza bruta, la máquina furiosa, impulsada por un torbellino, se abrió paso hasta el último extremo y no le dejó en materia de penetración, nada que temer ni que desear y ahora

> *saciada con el más amable bocado del mundo*. (Shakespeare).

Louisa yació complacida hasta el corazón, complacida hasta el máximo en su capacidad de placer, con cada fibra de esas partes estirada al máximo, en un potro de goce, mientras el instrumento de todo este exceso de plenitud despertaba sus sentidos con su dulce superabundancia, hasta que el placer se apoderó de ella, su aguijón se clavó en su centro y dando alcance finalmente al entusiasmo de su furioso conductor y compartiendo el tumulto de su salvaje rapto, la parte favorita de su cuerpo enloqueció, al estar tan fervorosamente llenada y empleada; no existía más que allí, perdida en los delirantes transportes, los éxtasis de los sentidos que expresaban sus ojos entrecerrados, el brillante bermellón de sus

labios y mejillas, los suspiros de placer, profundos y patéticos. Para abreviar, era una máquina tan sobreexcitada y tenía tan poco control sobre sus movimientos como el propio inocente que, volcado sobre ella, le hizo sentir con toda su energía su tempestuosa ternura y la fuerza del temple con el que batallaba; sus activos miembros se estremecían por la violencia del conflicto hasta que brotó el placer, provocando la lluvia de perlas que debía apaciguar el huracán. El apenas sensible joven vertió por primera vez esas lágrimas de júbilo que están presentes en el último momento, no sin una agonía de deleite y casi un rugido de rapto en el momento en que brotó el manantial; eso fue tan sensible para Louisa que le acompañó fielmente, terminando en aquiescencia con los síntomas de siempre: un delicioso delirio, un trémulo estremecimiento convulsivo y la crítica agonía. ¡Oh!, ahora, cuando él se retiró, quedó empapada en placer y saboreando su dulzura esencial, pero agotada y jadeante, sin más sensación vital que esas exquisitas vibraciones que temblaban aún en las cuerdas del goce, que habían sido pulsadas con demasiada fuerza y cuya naturaleza había sido demasiado conmovida para que los sentidos pudiesen recuperar la calma con rapidez.

En cuanto al tonto, cuya curiosa máquina había sido utilizada con tanto éxito, su cambio de expresión y actitud tenía algo de absurdo o, más bien, de tragicómico; ahora mostraba un aire de bobaliconería triste que se superponía a su aspecto natural, idiota e inexpresivo, allí parado con el emblema de su masculinidad flojo, blando y calmado, golpeando contra sus muslos, a cuya mitad llegaba, terrible hasta en la derrota. Sintiendo el abatimiento del espíritu y la carne, que se deriva naturalmente, sus ojos se dirigían por turno hacia su abatido estandarte y se alzaban hacia Louisa, pareciendo reclamarle lo que le había entregado y que ahora parecía extrañar. Pero el vigor de la naturaleza, volviendo rápidamente, disipó la ráfaga de desmayo a que lo había sujetado la ley común del placer, por lo que su cesto volvió a ser su principal preocupación; lo busqué y se lo entregué, mientras Louisa acomodaba sus ropas y después lo contentaba, tomando todas sus flores y pagándoselas al precio corriente, más que si lo hubiese violentado con un regalo que no hubiese sabido como justificar y podía haber hecho sospechar su origen a los demás.

No sé si alguna vez Louisa volvió al ataque; para decir la verdad, creo que no. Había satisfecho su capricho y había ahogado generosamente su curiosidad en un hartazgo de placer que, por otra parte, no tuvo consecuencias; el muchacho, que sólo conservaba un confuso recuerdo de la transacción, cada vez que la veía, sonreía con alegría y familiaridad de su habitual manera idiota; pronto la olvidó por otra mujer que, enterada de la calidad de sus partes, se apropió de él.

La misma Louisa no estuvo mucho tiempo más en casa de la señora Cole (ante quien, por cierto, no nos jactamos de nuestra hazaña hasta que perdimos el miedo a las consecuencias), ya que cuando se le presentó la ocasión de dar pruebas de su pasión por un joven a expensas de su provecho, procedió de acuerdo a su carácter y empacó en una mañana, marchándose con él al extranjero; desde ese momento la perdí enteramente de vista y nunca supe qué fue de ella.

Unos pocos días después de su partida, dos jóvenes y guapos caballeros que estaban entre los favoritos de la señora Cole y formaban parte de su academia, obtuvieron fácilmente su consentimiento para que Emily y yo aceptáramos una partida de placer en una pequeña y agradable casa que pertenecía a uno de ellos y estaba situada río Támesis arriba, cerca de Surrey.

Todo estaba ya fijado, de modo que en una hermosa tarde de verano, de mucho calor, nos pusimos en camino después de comer, llegando a nuestra cita a eso de las cuatro de la tarde; cuando desembarcamos frente a un prolijo y alegre pabellón, Emily y yo fuimos introducidas en él por nuestros caballeros y bebimos una taza de té con la alegría que nos comunicaron naturalmente la belleza del paisaje, la serenidad del tiempo y la tierna cortesía de nuestros vivaces galanes.

Después de tomar el té y dar una vuelta por el jardín, mi particular, que era el dueño de casa y no había planeado esta reunión para que resultara seca en ningún sentido, nos propuso, con la familiaridad y la franqueza a que lo autorizaba su relación con la señora Cole, que aprovecháramos el tiempo caluroso para bañarnos juntos debajo de un cómodo refugio que había preparado expresamente para eso en un arroyo del río, refugio que se comunicaba directamente con el pabellón y donde podríamos estar

seguros de que nuestras diversiones no serían vistas ni interrumpidas por nadie.

Emily, que nunca decía que no y yo, que adoraba los baños y no tenía objeciones contra la persona que lo había propuesto ni contra los placeres que podía implicar, nos cuidamos, en esta ocasión, de no desmentir las enseñanzas de la señora Cole y asentimos de muy buena gana. Luego, sin pérdida de tiempo, volvimos instantáneamente al pabellón, una de cuyas puertas se abría sobre una tienda apoyada contra ella que, con su gran toldo, formaba una agradable defensa contra el sol y el tiempo y, al mismo tiempo era tan discreta como se podía desear. Estaba tapizada de una tela que representaba un follaje silvestre desde arriba hasta los lados, donde aparecían unas estilizadas pilastras; los espacios intermedios representaban vasos con flores y el conjunto era muy alegre para la vista.

Además, la tienda se adentraba en el agua, pero tenía unos bancos en torno y en terreno firme para depositar nuestras ropas o… o… en fin, para otros usos que el de sentarse en ellos. También había una mesilla cargada de dulces, jaleas y otros comestibles y botellas de vino y cordiales que podían aliviar cualquier crudeza, enfriamiento o desmayo, cualquiera fuese su causa; en efecto, mi galán, que entendía perfectamente *chère entière* y quien, por su gusto (aunque no aprobéis esta muestra) podría haber sido regidor de placeres de un emperador romano, no había olvidado ningún requisito en cuanto a comodidad o lujo.

En cuanto hubimos contemplado este lugar acogedor, y resuelto los preliminares privados, hubo que desvestirse; los jóvenes caballeros se apresuraron a despachar cada uno a su compañera y nos redujeron a la confesión desnuda de todos esos secretos personales que en general son ocultados por los vestidos y cuyo descubrimiento no fue, por ser franca, en detrimento nuestro. Nuestras manos, mecánicamente, se dirigieron hacia nuestra parte más interesante, ocultando todo lo que había desde el monte empenachado hasta abajo, aunque las quitamos de allí, obedeciendo a sus deseos, y las empleamos en hacerles el mismo favor y ayudarles a quitarse las ropas, durante cuyo proceso se sucedieron todas las bromas y picardías que podéis imaginar muy bien.

En cuanto a mi galán, cuando quedó en camisa, me señaló

sonriente el faldón delantero mientras se apoyaba lánguidamente contra mí; el faldón sobresalía, alzándose y bajando según los poco ordenados sobresaltos del movimiento que ocultaba. Pronto solucionó el problema ya que quitándose la camisa y quedando desnudo como un Cupido me lo mostró tan erguido que me preparé para una aplicación fácil e instantánea; pero aunque la visión de su excelente tamaño era adecuada para inflamarme, el aire fresco que acariciaba mi cuerpo en estado natural, unido al deseo que sentía de bañarme antes, me permitió rechazarlo y tranquilizarle con la observación de que un poco de impaciencia serviría para añadir vehemencia al futuro placer. Entonces, tomando la iniciativa, y mostrando a nuestros amigos un ejemplo de continencia a la que parecían estar perdiendo el respeto, entramos en el agua tomados de la mano hasta que nos llegó al cuello; la agradable frescura de la corriente alivió deliciosamente a mis sentidos de la pesadez de la estación, me proporcionó vivacidad y alegría y, luego, me volvió más alerta y dispuesta para las sensaciones voluptuosas. Allí me refresqué y retocé con el agua, jugando deportivamente con mi compañero y dejando que Emily dispusiera del suyo a discreción. El mío, finalmente, no contento con obligarme a sumergirme completamente, me salpicó y provocó con todos los trucos juguetones que era capaz de inventar; yo me esforcé por no quedarme atrás. En una palabra, dimos libre rienda a nuestro júbilo; ahora, nada lo conformaba más que el regodeo de sus manos recorriendo todas mis partes, cuello, pecho, vientre, caderas y todo el *et caetera*, tan querido a la imaginación, so pretexto de lavarlas y frotarlas, mientras ambos estábamos de pie, con el agua a la altura de nuestros estómagos, cosa que no le impidió tocar y jugar con esa hendedura que distingue a nuestro sexo y es tan maravillosamente impermeable, ya que sus dedos, dilatándola y abriéndola en vano sólo hicieron entrar más fuego que agua allí, dicho sea sin metáfora. Al mismo tiempo, me hizo palpar su mecanismo, que tenía tanta cuerda como para funcionar aun dentro del agua; por consiguiente rodeó mi cuello con un brazo y trató de obtener ventajas de esa sólida estructura engendrada por el líquido que la rodeaba; en efecto, se había introducido lo suficiente como para hacerme sentir el agradable efecto del estiramiento de los labios interiores cuando su máquina empujaba; independientemente de que esa extraña

forma de placer no fuera de mi agrado, no pude evitar el interrumpirlo para poder contemplar juntos la partida de placer que jugaban Emily y su compañero quien, impaciente con las tonterías y los juegos del baño, había llevado a su ninfa hasta uno de los bancos de la orilla, donde procedió, con mucha cordialidad, a enseñarle las diferencias entre las bromas y la seriedad.

Allí, sentándola en sus rodillas, deslizó una mano sobre esa piel suave, brillante y blanca como la nieve, que ahora brillaba doblemente con los reflejos del rocío, parecida a un marfil dotado de vida, especialmente en esos globos con pezones de rubí, tan amados por el tacto que se deleita amándolos; con la otra exploraba lujuriosamente el dulce secreto de la naturaleza, con intenciones de hacer lugar para una majestuosa herramienta que sobresalía entre los muslos de Emily, sentada en su regazo, y que exigía una admisión inmediata. Pero la tierna Emily, en un rasgo de humor remolón, fingía declinar y eludir el placer por el que suspiraba, afectando una rebeldía muy bonita y que volvía la situación diez veces más emocionante; sus ojos, en medio de una lánguida agonía, expresaban a la vez una negativa fingida y un extremado deseo, mientras su dulzura adquiría más sabor a causa de un recato tan agradablemente provocativo. Su manera de mantenerle a raya era tan atractiva que redobló la rabia impetuosa con que él la cubría de besos; y aunque parecía evitarlos o rechazarlos, la astuta libertina se las arreglaba para devolverlos taimadamente, haciéndolos, sin duda, más dulces por el sabor de haber sido robados que les comunicaba.

Así, Emily, que no conocía más arte que el que la naturaleza misma le había enseñado en favor del placer, su fin principal, y que es el arte de ceder, se recataba, pero con un propósito, ya que con todos sus aparentes esfuerzos y luchas por romper el abrazo, era demasiado sabia para proponérselo realmente y era visible que su lucha no se proponía más que multiplicar los puntos de roce con él y volver aún más estrechos los vínculos que los mantenían entrelazados como dos sarmientos de viña enroscados uno sobre otro, de modo que el mismo efecto que había conseguido Louisa cuando intentaba seriamente desembarazarse del idiota, era producido por motivos diferentes.

Mientras tanto, su salida del agua fría había causado un

encendido general, una tierna sufusión de encarnado en sus cuerpos, los dos igualmente blancos y suaves, de que, con sus miembros entrecruzados en una dulce confusión, apenas era posible distinguir a quien pertenecían, salvo por los músculos más robustos y marcados del sexo más fuerte.

Sin embargo, en poco tiempo, el campeón penetró en ella y ató en todos sus puntos el verdadero nudo del amor; adiós, entonces, a todos los pequeños refinamientos de la resistencia fingida, ¡adiós a la amistosa comedia! Ahora se le impedía por la fuerza usar de sus artes y, por cierto, ¿qué arte no cedería cuando la naturaleza, en correspondencia con su asaltante, invadida hasta el centro de su capital y avasallada, estaba a la merced del orgulloso conquistador que había hecho una entrada completa y triunfante? Sin embargo, pronto se transformó en tributario, porque el encuentro se volvía cada vez más ardiente y próximo; ella le obligó a pagar la hermosa deuda de la naturaleza y en cuanto hubo cobrado, como un duelista que derrota a su rival cuando él mismo está herido de muerte, Emily apenas tuvo tiempo de disfrutar su victoria pues, herida por la misma descarga, dio signos manifiestos de que todo era como debía ser mediante un fuerte suspiro desfalleciente, el demañamiento de sus miembros y la flaccidez de todo su cuerpo.

Por mi parte, había contemplado desde el agua esas acciones cálidas con la más inquieta paciencia. Me apoyé tiernamente en mi galán y, cuando todo terminó, parecí preguntarle con la mirada qué pensaba de ello; él, más ansioso de satisfacerme con sus actos que con palabras o miradas, mientras salíamos del agua, me mostró la vara del amor tan intensamente erecta que aunque la caridad bien entendida no me hubiera urgido el alivio inmediato, hubiese sido cruel dejar que ese joven estallara a causa de la tensión, cuando el remedio estaba tan obviamente al alcance de la mano.

Por lo tanto, nos dirigimos a un banco, mientras Emily y su galán, que aparentemente era marino, se quedaban en la borda y brindaban para que hiciéramos un viaje agradable, con buen viento en el canal y las bodegas llenas; por cierto que no pasó mucho tiempo antes de que pusiéramos fin a nuestro viaje a Citerea, desembarcando en la antigua bahía; como las circunstancias no permitían muchas variaciones, os ahorraré la descripción.

Al mismo tiempo, permitidme que ubique aquí una excusa que

tengo conciencia de deberos por haber utilizado, quizás en demasía, el estilo figurativo, aunque, seguramente, nunca es más permisible que en un tema como éste, que es la provincia misma de la poesía… no, es la poesía misma, grávida de todas las flores de la imaginación y todas las amorosas metáforas, aunque las expresiones naturales no estuvieran prohibidas por necesidad, a causa del respeto a los usos y costumbres.

Continuando ahora mi historia, os complacerá saber que con un número conveniente de repeticiones, todas del mismo estilo (por cierto, sabemos naturalmente que esas repeticiones son muy agradables, porque constituyen un círculo de placeres delicadamente variados) no perdimos un momento de goce durante todo el tiempo que permanecimos allí, hasta que bien entrada la noche fuimos acompañadas a casa por nuestros caballeros, quienes nos devolvieron sanas y salvas a la señora Cole, con un generoso agradecimiento por nuestra compañía.

Ésta fue, también, la última aventura de Emily en nuestra compañía ya que apenas una semana después fue encontrada por sus padres, merced a un accidente demasiado trivial para detallároslo aquí; éstos estaban en buena posición y habían sido castigados por su parcialidad hacia su hijo con la pérdida de éste debida al exceso de indulgencia en materia de comidas. Por mor de esto, el cariño durante tanto tiempo monopolizado se desvió en favor de esta hija perdida e inhumanamente abandonada, a quien podrían haber hallado mucho antes si no hubiesen descuidado su obligación de hacer averiguaciones; ahora se sentían tan desbordantes de felicidad por haberla encontrado que —supongo— eso hizo que no examinaran la situación muy estrictamente, ya que parecieron muy felices dando por sentado el conjunto de lo que la grave y decente señora Cole quiso decirles. Poco tiempo después le enviaron, desde el campo, una generosa recompensa.

Pero no fue muy fácil reemplazar en nuestra comunidad la pérdida de un miembro tan dulce como Emily, ya que, por no mencionar su belleza, tenía uno de esos caracteres dulces y dóciles que si uno no estima mucho, no puede, en cambio, dejar de amar, lo que no es una mala compensación. Debiendo todas sus debilidades a su carácter afable y a una facilidad indolente que la dejaba a merced de las primeras impresiones, tenía justo la

inteligencia necesaria para saber que necesitaba riendas y se sentía tan agradecida a cualquiera que se tomara la molestia de pensar por ella y guiarla que, con muy poco esfuerzo, podía llegar a ser una muy agradable… no una muy virtuosa esposa, ya que es probable que el vicio nunca hubiese sido su elección ni su destino si no hubiesen concurrido las ocasiones y los ejemplos; en verdad, ella había dependido más de las circunstancias que de sí misma. Esta presunción fue confirmada por su conducta posterior puesto que al encontrar un partido ya dispuesto para ella en el hijo de un vecino de su mismo rango, un joven sensato y ordenado que la creía viuda de un marino perdido en el mar (ya que uno de sus galanes, de quien hablaba mucho, había tenido ese destino), se adaptó naturalmente a los deberes de la vida doméstica con tanta simplicidad y afecto, con tanta constancia y regularidad como si nunca hubiera perdido la inocencia de la juventud.

Estas deserciones habían diezmado tanto las huestes de la señora Cole que se quedó solo conmigo como una gallina con un solo pollito; pero si bien estaba muy dispuesta y fue alentada a volver a reclutar su *corps*, los crecientes achaques y, sobre todo, la constante tortura de una cadera gotosa que no cedía ante ningún remedio, la determinaron a cerrar su negocio y retirarse al campo con una renta muy decente; yo me prometí que seguramente iría a vivir con ella en cuanto hubiese visto un poco más de la vida y aumentara mis pequeños bienes hasta que me hiciera completamente independiente; ahora, gracias a la señora Cole, era suficientemente sabia, como para tener presente ese detalle esencial.

Así, entonces, perdí a mi fiel preceptora, tal como los filósofos de la ciudad perdieron el mirlo blanco de su profesión. Porque además de no saquear nunca a sus clientes, cuyos gustos consultaba atentamente, además de no explotar a sus pupilas con crueles extorsiones y ni siquiera exigir una proporción del dinero que ganaban tan duramente, como ella misma decía, se oponía con severidad a la seducción de la inocencia y limitaba sus adquisiciones a las jóvenes infortunadas que, habiéndola perdido, eran justo objeto de compasión; entre ellas elegía las que se adaptaban a sus puntos de vista y tomándolas bajo su protección las rescataba del peligro de las cloacas públicas de ruina y miseria, para colocarlas, para bien o para mal, de la forma que habéis

conocido. Habiendo arreglado sus asuntos, emprendió viaje, después de despedirse tiernamente de mí y de darme unas excelentes instrucciones, recomendándome a mí misma con maternal ansiedad. En una palabra, sentía tanto afecto por mí que yo me sentía disgustada por permitirle que se marchara sola; pero el destino, según parece, había dispuesto otra cosa para mí.

Al separarme de la señora Cole había tomado una casa agradable y conveniente en Marybone, fácil de mantener a causa de su pequeñez, que amueblé con cuidado y modestia. Allí, con una reserva de ochocientas libras, fruto de mi deferencia ante los consejos de la señora Cole, además de vestidos, algunas joyas y algo de platería, me vi provista para un período largo, de modo de poder aguardar sin impaciencia lo que el capítulo de los accidentes podía producir en mi favor.

Allí, y pasando por una joven dama cuyo marido se había embarcado, me fijé unas líneas de conducta y vida que me permitían una completa libertad para perseguir mis fines, en cuanto al placer o al dinero, aunque sujetándome estrictamente a las reglas de la decencia y la discreción, disposición en la que no dejaréis de reconocer a una auténtica pupila de la señora Cole.

Pero aún no había calentado mi nueva vivienda cuando, saliendo una mañana temprano para disfrutar del aire fresco en los bonitos campos, acompañada sólo por una doncella que acababa de tomar, oímos, mientras andábamos despreocupadamente entre los árboles, el ruido de una tos violenta, que nos alarmó; volviéndonos hacia el ruido, distinguimos a un anciano caballero vestido con sobria elegancia que, atacado por un súbito acceso, estaba tan afectado que había debido ceder, sentándose debajo de un árbol, y parecía a punto de sofocarse por su severidad, ya que tenía la cara congestionada y oscura. Tan conmovida como atemorizada, me precipité a ayudarle y observando el rito que había contemplado en otras ocasiones, aflojé su corbata y lo golpeé en la espalda. No sé si eso sirvió para algo o si el acceso estaba terminando, pero dejó de toser de inmediato y recuperando el habla y el uso de sus piernas, me agradeció con tanto énfasis como si hubiese salvado su vida. Esto llevó naturalmente a que entablásemos conversación; me enteró del lugar donde vivía, situado a considerable distancia del sitio donde le había encontrado, a donde había llegado

insensiblemente en su paseo matutino.

Como supe después, en el curso de la intimidad que provocó ese pequeño accidente, era soltero y ya había cumplido los sesenta años pero tenía una complexión fresca y vigorosa (tanto que no representaba más de cuarenta y cinco) debido a que nunca había arruinado su constitución permitiendo que sus deseos sobrepasaran sus posibilidades.

En cuanto a su nacimiento y condición, sus honestos y desdichados padres lo habían dejado huérfano en su parroquia, según había podido saber, de modo que fue partiendo de un hospicio que, por su honestidad y su industria consiguió progresar, en casa de un comerciante; desde allí fue enviado a otra casa, en Cádiz y allí, gracias a su talento y su actividad, adquirió una inmensa fortuna, con la que volvió a su país de origen en el que, sin embargo, no pudo descubrir ni un pariente en la oscuridad de su nacimiento. Entonces, encaró con placer la idea de retirarse y disfrutar de la vida como una oscura amante, pasando sus días en medio de la opulencia sin exhibirla y ocupándose más de ocultar que de exhibir su fortuna, despreciando al mundo, que conocía perfectamente, secreto e inadvertido por su propio deseo.

Pero como me propongo dedicar una carta entera al placer de narraros todos los detalles de mi relación con éste —para mí— memorable amigo, en ésta sólo pondré unos toques transitorios para que sirvan de argamasa, para cimentar la forma de mi historia y para evitar que os sorprendáis de que alguien de sangre tan caliente como la mía considerara a un galán de más de sesenta años como un espléndido botín.

Dejando, entonces, para una ocasión más explícita la narración de los progresos de nuestra relación, por cierto muy inocente al principio, y de la forma en que, insensiblemente, cambió su naturaleza y llegó a profundidades nada platónicas, como era de esperar de alguien como yo y, sobre todo, de ese principio de electricidad que casi nunca deja de producir fuego cuando se enfrentan los sexos, aquí sólo os diré que la edad no había disminuido su ternura por nuestro sexo ni le había arrebatado el poder de gustar, puesto que lo que le faltaba de los embrujadores encantos de la juventud lo compensaba o suplementaba con las ventajas de la experiencia, la dulzura de sus modales y, sobre todo,

su halagadora facilidad para conmover el corazón por medio del entendimiento. De él aprendí, por primera vez, y no sin un infinito placer, que existía otra parte en mí a la que valía la pena tener en cuenta; de él recibí el primer y esencial aliento e instrucciones acerca de la forma de cultivarla, práctica que he llevado al grado de perfeccionamiento en que la veis ahora; fue él quien primero me enseñó que los placeres de la mente eran superiores a los del cuerpo y, al mismo tiempo, estaban lejos de ser perjudiciales o mutuamente incompatibles ya que, además de la dulzura de la variedad y la transición, los unos servían para exaltar y perfeccionar el disfrute de los otros, a un nivel que los sentidos, por sí solos, no pueden alcanzar nunca.

Él mismo era un sibarita racional, pues siendo demasiado sabio para avergonzarse de los placeres humanos, me amaba, pero con dignidad, en un justo medio, igualmente alejado del amargo descaro que caracteriza desagradablemente a la vejez y de la adoración tonta e infantil que tan a menudo la deshonra y que él mismo solía ridiculizar, comparándola con un viejo chivo que imita las travesuras de un cabrito.

Para abreviar, todas las cosas que pueden ser odiosas en esa época de la vida estaban, en su caso, compensadas por tantas ventajas que era una prueba viviente, al menos para mí, de que la edad puede gustar si se dispone a hacerlo y si con una justa tolerancia, los que están en esa clase no olvidan que les costará más esfuerzo y atención de la que necesita la juventud, que es la natural primavera del placer, igual que los frutos fuera de estación requieren, proporcionalmente, más habilidad y cuidados para forzarlos.

Con este caballero, entonces, que me llevó a su casa poco después del comienzo de nuestra relación, viví cerca de ocho meses; en ese tiempo, mi constante complacencia y docilidad, mi atención por merecer su confianza y su amor, y una conducta, en general, carente de todo artificio y fundada en mi sincero cariño y estima, lo ganaron y lo unieron a mí con tanta firmeza que, después de haberme otorgado una renta generosa e independiente, procedió a acumular las marcas de su afecto nombrándome, con un testamento legítimo, su única heredera y ejecutora, disposición a la que no sobrevivió dos meses, ya que me fue arrebatado por un violento

resfriado que contrajo al correr hacia la ventana de forma imprudente en ocasión de una alarma de incendio a varias calles de distancia; se quedó allí con el pecho desnudo y expuesto a los fatales efectos del viento húmedo de la noche.

Después de cumplir mis deberes para con mi difunto benefactor y pagarle el tributo de una sincera aflicción que, en poco tiempo se transformó en un tierno y agradecido recuerdo que conservaré para siempre, me consolé un poco por las perspectivas que se abrían ante mí, si no de felicidad, por lo menos de riqueza e independencia.

Me vi, entonces, en plena y florida juventud (ya que aún no tenía diecinueve años), a cargo de una fortuna tan grande que desearla hubiese sido en mi caso, el colmo de la desfachatez y esperarla, mucho más. Que esta inesperada elevación no me haya hecho perder la cabeza lo debo a los esfuerzos que hizo mi benefactor para formarme y prepararme para ella, tal como debo la opinión de que podría administrar las vastas posesiones que me dejó, a lo que había observado de la prudente economía que había aprendido de la señora Cole; los ahorros que vio que había hecho fueron para él una prueba y un aliento.

Pero ¡ay!, cuán fácilmente se envenena el disfrute de los mayores bienes de la vida por la nostalgia de otro bien ausente; mi nostalgia era grande y justa ya que su objeto era mi único amor, Charles.

Había renunciado completamente a él, ya que no había vuelto a tener noticias suyas desde nuestra separación; cosa que, según supe después, había sido consecuencia de mi desgracia y no de su negligencia ya que me escribió varias cartas que se perdieron; pero nunca lo había olvidado. De todas mis infidelidades personales, ninguna había hecho la menor impresión en un corazón impenetrable para la pasión del amor, porque pertenecía a Charles.

Cuando entré en posesión de esta inesperada fortuna sentí más que nunca cuánto le necesitaba, porque no era suficiente para hacerme feliz mientras no pudiera compartirla con él. Por eso, mi primera preocupación fue esforzarme por obtener noticias suyas. Sin embargo, todas mis investigaciones no obtuvieron más resultado que saber que su padre había muerto hacía algún tiempo, no muy en paz con el mundo, y que Charles había llegado a su puerto de destino, en los Mares del Sur. Allí había encontrado las posesiones

que había ido a buscar muy disminuidas a causa de la pérdida de dos barcos que transportaban la mayor parte de la fortuna de su tío; se había embarcado nuevamente con lo poco que restaba y podría, quizá, según los entendidos, volver a Inglaterra dentro de unos meses; había estado ausente de ella, cuando hice estas averiguaciones, dos años y siete meses. ¡Una eternidad para el amor!

No podéis imaginar con qué alegría acogí las esperanzas que se me dieron de volver a ver al elegido de mi corazón. Pero como aún faltaban varios meses, para distraer y entretener a mi impaciencia por su retorno, después de dejar mis asuntos en orden con mucha facilidad y seguridad, emprendí viaje hacia Lancashire, con un séquito adecuado a mi posición, y con la única finalidad de volver a ver el lugar de mi nacimiento, por el que no podía menos que sentir una gran ternura; además, no lamentaría mostrarme allí con las ventajas de mi presente posición, después de los informes de Esther Davis, quien había dicho que me habían enviado a las plantaciones, ya que ninguna otra suposición podía explicar mi desaparición después de que me abandonara tan bruscamente en la posada. También tenía la intención de buscar a mis parientes, aunque sólo tenía familiares muy lejanos, y ser su benefactora. Además, como el retiro de la señora Cole me quedaba de camino, visitarla no era el menor de los placeres que me proponía la expedición.

No había llevado conmigo más que a una mujer discreta y decente como acompañante, además de la servidumbre; y apenas había llegado a una posada a unas veinte millas de Londres, donde debía cenar y pasar la noche, cuando estalló una tormenta de lluvia y viento que hizo que me felicitara por estar bajo techo.

La tormenta duraba desde hacía media hora cuando, recordando algunas órdenes que debía dar al cochero, mandé por él; y no deseando que sus zapatos mancharan el limpio salón donde se había tendido la mesa, fui hasta la cocina, donde se encontraba y donde, mientras hablaba con él, observé de reojo a dos jinetes que el tiempo había obligado a buscar refugio, los dos empapados; uno de ellos preguntaba si no podrían proporcionarles una muda, mientras sus ropas se secaban. Pero ¡cielos!, quien podría expresar lo que sentí ante el sonido de una voz siempre presente en mi corazón que ahora resonaba en él… cuando dirigí mis ojos hacia la persona de

quien venía, ellos confirmaron la información, a pesar de una ausencia tan larga y de unas ropas que parecían un disfraz: un abrigo de jinete con una gran capa, un sombrero de anchas alas… pero ¿quién podría escapar a los poderes de observación de la inteligencia guiada por el amor? Un transporte como el mío estaba por encima de todas las consideraciones o proyectos de sorpresa y yo, en ese mismo instante, con la rapidez de las emociones que sentía, me arrojé en sus brazos, gritando, mientras rodeaba su cuello con los míos:

—¡Mi vida…! ¡Mi alma…! ¡Mi Charles…! —Y sin poder decir más, me desvanecí a causa de la agitación causada por el júbilo y la sorpresa.

Cuando salí del trance, me encontré en brazos de mi enamorado, pero en el salón, rodeada por una multitud que el acontecimiento había reunido alrededor nuestro y que, ante una señal de la discreta posadera, que tomaba a Charles por mi esposo, abandonó inmediatamente la habitación, dejándonos solos para vivir los raptos de nuestra reunión; mi júbilo había estado a punto de demostrarse superior, a expensas de mi vida, a la pena que me había causado nuestra fatal separación.

Entonces, lo primero que vi al abrir los ojos fue a mi supremo ídolo, mi supremo deseo, Charles, con una rodilla en tierra, asiendo con fuerza una de mis manos y contemplándome en un transporte de ternura. Observando mi recuperación, intentó hablar y dar rienda suelta a su impaciencia por volver a oír mi voz, por comprobar nuevamente que era *yo*, aunque la enormidad y lo repentino de la sorpresa seguían aturdiéndolo e impidiéndole hablar; sólo pudo tartamudear unas sílabas rotas y vacilantes que mis oídos bebieron y completaron para comprenderlas:

—¡Después de tanto tiempo! ¡Una ausencia… tan cruel…! ¡Mi adorada Fanny…! ¿Puede ser? ¿Eres tú…? —Ahogándome al mismo tiempo con besos que, inmovilizando mi boca, impedían la respuesta que anhelaba y aumentaban el delicioso desorden en que se perdían mis sentidos. Pero en medio de esta multitud de ideas, todas jubilosas, aparecía una duda cruel que envenenaba la trascendente felicidad; ¿cuál podía ser si no el temor de que era demasiado excesiva para ser real? Ahora temblaba por el miedo de que no fuera más que un sueño y que despertaría horrorizada al

descubrirlo. Sometida a esta tierna aprensión, imaginando que debía aprovechar la prodigiosa alegría presente antes de que se desvaneciera, dejándome nuevamente en el desierto, y verificar su realidad con todas mis fuerzas, me aferré a él, lo estreché, como para impedirle que volviera a alejarse de mí.

—¿Dónde has estado? ¿Cómo pudiste… cómo pudiste dejarme? Di que aún eres mío…, di que aún me amas… ¡así, así! —Besándole como si quisiera soldar nuestros labios—. Te perdono… ¡perdono a mi duro destino gracias a esta reparación!

Todas esas interjecciones que profería en esa alocada expresión que pasa por elocuencia en el amor, obtuvieron de él las respuestas que mi enamorado corazón podía desear o necesitar. Nuestras caricias, nuestras preguntas, nuestras respuestas, no observaban ningún orden; se cruzaban y se interrumpían mutuamente en una dulce confusión, mientras intercambiábamos nuestros corazones con la mirada y renovábamos las ratificaciones de un amor no disminuido por el tiempo y la ausencia; no hubo un gesto, ni un soplo, ni un movimiento de ninguna de las partes que no estuviera impregnado de él. Nuestras manos entrelazadas repetían los más apasionados apretones, y sus fieros estremecimientos volaban a nuestros corazones.

Así, absorbida y concentrada en esta inexpresable felicidad, no había prestado atención a que su dulce autor estaba empapado y en peligro de resfriarse; no obstante, a su tiempo, la posadera, que se interesaba mucho en mí desde la llegada de mi séquito (del que Charles, por cierto, no sabía nada), nos interrumpió trayendo una decente muda de ropa; ahora, habiendo recuperado algo de mi compostura por la llegada de una tercera persona, lo apremié a utilizarla, con tierna preocupación y ansiedad ya que temblaba por su salud.

Cuando la posadera volvió a marcharse se desvistió; mientras lo hacía, aunque procedió con toda la modestia que convenía a esos primeros y solemnes instantes de nuestro reencuentro, después de una tan larga ausencia, no pude contener algunas miradas furtivas, atraídas por el deslumbrante descubrimiento de su piel desnuda mientras se cambiaba de ropa; no pude observar su inagotable vida y su tez sin emociones de ternura y alegría, que se dirigían muy especialmente a él mismo, para participar de un deseo disoluto y

fuera de lugar.

Pronto se vistió con esas ropas prestadas que ni le quedaban bien ni sentaban a la luz con que lo iluminaba mi pasión; pero como era él quien las llevaba, parecían muy buenas en virtud de ese mágico encanto que pone el amor en todo lo que toca o se relaciona con él y, por cierto, ¿dónde estaban las ropas que no parecieran llenas de gracia en un cuerpo como el suyo? Porque ahora, mirándole con más cuidado, no pude menos que observar las muy favorables alteraciones que el tiempo de su ausencia había producido en su persona.

Allí estaban aún los necesarios rasgos; aún el vivido bermellón y la lozanía reinaban en su cara, pero ahora las rosas estaban totalmente abiertas; el tostado de sus viajes y una barba más notoria le daban un aire de virilidad y madurez, a expensas de una porción de delicadeza de la que bien podía prescindir; eso acompañaba el aire de distinción y mando con que lo había obsequiado la naturaleza, realizando una poco corriente combinación con su dulzura. No había perdido nada de esa suave corpulencia que, brillando por su frescura, ostenta su florida lozanía ante la vista y es deliciosa al tacto; sus hombros eran más anchos, su figura más formada y corpulenta pero aun delgada y ágil. En una palabra, su cuerpo estaba más grande, maduro y perfecto para el conocedor que en su tierna juventud; y ahora no tenía más que veintidós años.

En este intervalo logré enterarme a través de su imperfecto relato, a menudo interrumpido de forma muy agradable, que en el momento del encuentro se dirigía a Londres en condiciones no demasiado buenas, ya que había naufragado frente a las costas irlandesas, a las que se había dirigido prematuramente; allí había perdido lo poco que había traído consigo de los Mares del Sur; de modo que, después de muchos cambios y tribulaciones, había llegado hasta aquí, en compañía del capitán. De manera que ahora tendría que volver a empezar (había sabido de la muerte de su padre y sus circunstancias) desde la nada, situación que —me aseguró con gran sinceridad— le causaba un gran dolor, ya que no estaba en su poder hacerme tan feliz como deseaba. Os complacerá observar que yo no había mencionado mi fortuna, reservándola para regodearme con su sorpresa en un momento más calmo. En

cuanto a mis vestidos, no podían sugerirle la verdad, no sólo porque llevaba luto, sino porque eran de un estilo sobrio y simple que siempre mantenía con gran cuidado. Me apremió, tiernamente, para que satisficiera su ardiente curiosidad en lo que concernía a mis circunstancias presentes y pasadas, desde que habíamos sido separados, pero tuve la astucia de eludir sus preguntas con respuestas que postergaron algo su satisfacción y le convencieron de que debía contener su impaciencia, ya que confiaba plenamente en que sólo las demoraba por razones que le comunicaría, llegado el momento.

Charles, entonces, volviendo a mis amantes brazos, tierno, fiel y sano, ya era una bendición demasiado grande para mí, pero… ¡Charles en la miseria! Charles reducido sólo a sus méritos personales era una circunstancia que excedía mis mayores deseos, en favor de mis sentimientos hacia él y, por lo tanto, yo parecía tan encantada, con una complacencia tan fuera de lugar cuándo mencionó la ruina de su fortuna, que la única explicación que halló fue que la alegría de volver a verle se había tragado toda mi sensatez y mis preocupaciones.

Mientras tanto, mi dama de compañía se había cuidado en todo lo posible del compañero de Charles; y cuando trajeron la comida me lo presentó, recibiéndolo yo con todas las consideraciones que me merecían todos los conocidos y amigos de Charles.

Los cuatro comimos juntos en medio de la alegría, las enhorabuenas y el agradable desorden que podréis imaginar. Por mi parte, aunque todas las agitaciones no me habían dejado apetito más que para regodearme sin saciarme mirando a mi adorado joven, traté de forzarme a comer para darle ejemplo, ya que debía necesitarlo después de cabalgar; por cierto, comió como un viajero aunque me miraba y se dirigía a mí como un amante.

Cuando levantaron el mantel y llegó la hora del reposo, Charles y yo fuimos conducidos sin ceremonias, como marido y mujer, hasta un apartamento muy bien dispuesto que contenía, según dijeron, la mejor cama de la posada.

Y aquí, ¡perdóname, oh Decencia!, si una vez más violo tus leyes y, dejando las cortinas descorridas, te sacrifico por última vez a esa confianza sin reservas con que me comprometí a relataros las circunstancias más llamativas de mis desórdenes juveniles.

Entonces, en cuanto estuvimos en la habitación, juntos y solos, la visión de la cama me trajo el recuerdo de nuestras primeras alegrías; la idea de que la compartiría inmediatamente con el querido dueño de mi corazón virgen, me conmovió con tanta fuerza que tuve que apoyarme en él, por miedo a desfallecer nuevamente a causa de mi querida alarma. Charles comprendió mi confusión y olvidó la suya, que era apenas menor, para aplicarse a aliviar la mía.

Pero ahora la verdadera pasión depuradora había vuelto a posesionarse de mí con toda su cadena de síntomas: una dulce sensibilidad, una tierna timidez, anhelos amorosos templados por la vacilación y la modestia, todo me mantenía en una sujeción espiritual incomparablemente más querida por mí que la libertad de corazón de la que durante demasiado tiempo había disfrutado, en el curso de las más bastas galanterías, cuyo recuerdo me hacía suspirar ahora con virtuosa confusión y arrepentimiento. Ninguna verdadera virgen, entonces, al ver el lecho nupcial, podría haberse sonrojado y enrojecido tanto a causa de la inocencia como lo hice yo, al sentirme culpable; amaba a Charles tan sinceramente que no podía menos que creer que no era digna de él.

Mientras yo dudaba, desconcertada por mi dulce preocupación, Charles con cariñosa impaciencia se tomó el trabajo de desvestirme; lo único que recuerdo en medio de la agitación y descompostura de mis sentidos son unas halagadoras exclamaciones de alegría y admiración, especialmente cuando palpó mis pechos, ahora liberados del corpiño, que palpitando y levantándose en tumultuosos latidos, se irguieron bajo sus manos y le dieron el bienvenido placer de hallarlos bien formados y siempre tan firmes.

Pronto me hallé acostada y apenas languidecí un instante por mi adorado compañero antes de que se desvistiera y se metiera entre las sábanas, abrazándome, dándome y tomando con inexpresable placer un beso de bienvenida que mi corazón, alzándose hasta mis labios, marcó con su más cálida impresión, confluyendo con la delicada y voluptuosa emoción que sólo Charles era capaz de excitar y que constituye la verdadera vida, la esencia del placer.

Mientras tanto, dos velas encendidas en una mesilla cerca de nosotros y un alegre fuego, arrojaban luz en la cama, cosa que impidió que un sentido de gran importancia para nuestro goce se

quejara de haber sido excluido de él; la visión de mi idolatrado joven, a causa del ardor con que la había deseado, era por sí sola, y sin ningún añadido, una razón para morir de placer.

No obstante, como la acción era una necesidad para deseos tan impacientes como los nuestros, Charles, después de un breve preludio de jugueteos, levantó mi camisa y la suya y apoyó los abundantes tesoros de su pecho varonil contra el mío; ambos balaban con las más tiernas alarmas. Ahora, al sentir su cuerpo espléndidamente desnudo en contacto con el mío, perdí el control de mis pensamientos y entregué todas las facultades de mi alma al más sensible de los goces, goce que me afectaba mucho más por la persona que por el sexo, e hizo que mi corazón participara deliciosamente en el juego; mi corazón que, eternamente fiel a Charles, nunca había tomado parte en mis sacrificios ocasionales, en aras de mi constitución, de la complacencia o el interés.

Pero ¡ay!, ¡qué fue de mí cuando los poderes del sólido placer se acumularon en mí y no pude evitar el sentir esa rígida estaca que había cobrado los trofeos de mi virginidad vencida, presionando, dura e inflexible, contra uno de mis muslos, aún no abiertos debido a la sincera modestia revivida por una pasión demasiado profunda para proponerse los falsos méritos de la dificultad de un poco pertinente y fingido recato!

Creo haber comentado anteriormente que el tacto del trozo favorito de la virilidad tiene, por su propia naturaleza, algo inimitablemente patético. Nada puede ser más querido al tacto, ni puede afectarlo con una sensación tan deliciosa. Pensad, entonces, tal como piensa el amor, cuál debió ser el consumado transporte del más pronto de nuestros sentidos, ¡en su centro!, cuando después de una privación tan larga, se sintió nuevamente inflamado por la presión de ese miembro coronado que manda en todas nosotras; ese amado miembro, especialmente elegido por su rigidez, me hizo sentir algo tan avasallador, tan activo, tan sólido y agradable, que no sabía qué nombre dar a su singular impresión. Pero la conciencia de que pertenecía a mi supremamente adorado joven me dio una agitación tan placentera y trabajó con tanta fuerza en mi alma, que envió todos los espíritus sensitivos a ese órgano del deleite que en mí estaba dedicado a recibirlos. Allí, concentrándose en un punto, como rayos de sol en una lente, brillaron y ardieron con el más

intenso calor; en una palabra, los resortes del placer estaban tan tensos, jadeaba con tanto apetito por el eminente goce, que me sentía enferma a causa del deseo e incapaz de soportar la combinación de dos ideas diferentes que me distraían de forma deliciosa: sólo era capaz de pensar que ahora estaba en contacto, al mismo tiempo, con el instrumento del placer y con el sello del amor. Ideas que mezclando sus corrientes, vertían un océano de arrobamiento en una débil vasija, demasiado angosta para contenerlo; yo yacía sobrepasada, absorta, perdida en un abismo de alegría y muriendo a causa de un inmoderado deleite.

Entonces Charles me sacó un poco de esa estática perturbación con una queja suavemente murmurada en medio de una multitud de besos, acerca de la posición, no muy favorable a sus deseos en que yo recibía sus urgentes pedidos de admisión; esa insistencia era, por sí sola, un placer tan maravilloso que me hacía soportar la postergación de otro, mucho más grande, pero… ¡qué dulce es corregir una equivocación como ésa! Mis muslos, obedeciendo ahora a las intimaciones del amor y la naturaleza, se abrieron alegremente y con pronta sumisión rindieron el dulce portal para que entrara el placer: veo, siento la deliciosa punta aterciopelada… que entra en mí con toda su potencia… Oh, ¡la pluma cae de mi mano, ante el éxtasis que le presenta mi fiel memoria! La descripción me abandona también y abandona a la imaginación una tarea por encima de sus posibilidades; pero es necesaria una imaginación exaltada por una pasión como la mía, para que pueda hacer justicia a la más dulce, a la más noble de las sensaciones, que saludó y acompañó a la rígida insinuación en todo su ascenso, hasta que llegó al final de su penetración enviando hacia arriba, por medio de mis ojos, las chispas del amor que recorrían todo mi cuerpo y ardían en todas mis venas y todos mis poros… un sistema encarnado de goce total.

Ahora había recibido la flecha del verdadero amor desde la punta hasta las plumas, en esa parte donde sin abrir una nueva vía en los labios de la herida original, que habían respirado por primera vez gracias a ese querido instrumento, se aferraron, como por gratitud, a él, succionando, mientras la parte interna lo abrazaba tiernamente con un cálido apetito, una energía para comprimirlo que le daba, a su modo, la más cálida bienvenida natural; cada fibra

de allí se reunía alrededor suyo y se estiraba, ambiciosa, tratando de obtener su parte de ese arrobador contacto.

Después de proporcionar unos momentos de pausa a la delectación de los sentidos, correspondiendo a la enorme fruición de este íntimo punto de reunión y rumiando nuestro disfrute, nuestra impaciencia natural pronto nos impulsó a la acción. Entonces comenzó el tumulto de embestidas suyas y levantamientos míos, que me mantenían a su altura, mientras nuestras voces, mezclándose voluptuosamente, se transformaron en órganos del tacto… y, oh, ese tacto… ¡qué delicioso! ¡Qué conmovedor y lascivo…! ¡Y ahora! ¡Ahora lo sentí, en lo más profundo! Sentí el prodigioso y agudo filo, con el que el amor, que presidía ese acto, señalaba hacia el placer. ¡El amor!, que podría ser llamado la sal del placer, ya que, por cierto, sin él, el goce, por grande que sea, sigue siendo vulgar, ya sea el de un rey o de un mendigo, pues, sin duda, es el amor quien lo refina, lo ennoblece y lo exalta.

Así, bienaventurado cualquier poder, aun del pensamiento, que pueda concebir un deleite mayor que aquél de que yo disfrutaba.

Charles, cuyo entero cuerpo estaba convulso por la agitación de su rapto, mientras los fuegos más tiernos temblaban en sus ojos, me aseguraba una perfecta concordia en el gozo, me penetraba tan profundamente, me tocaba de forma tan vital, me arrancaba tanto de mi propio control, mientras él parecía depender del mío, que en un entusiasmo delicioso imaginé una transfusión de corazones y almas uniéndose; siendo un solo cuerpo y una sola alma con él; yo era él y él era yo.

Pero todo este placer tendía, como la vida, a la disolución desde su nacimiento; vivía demasiado rápido para no atraer al delicioso momento de la muerte ya que, ahora, la proximidad de la tierna agonía se anunció con sus signos habituales. Éstos fueron prontamente seguidos por la emanación de mi adorado que brotó y se precipitó, llena de sentimiento, por el maravillado conducto, donde la dulce, calmante y perfumada titilación abrió todos los jugos de mi placer, que fluyendo extáticos, ayudaron a calmar el ardiente resplandor y ahogaron nuestro gozo por un rato. Pero pronto estuvo de nuevo a flote, porque Charles, fiel a las leyes de la naturaleza, expirando y eyaculando en un solo aliento, no languideció mucho tiempo en el trance de la disolución, sino que

recuperando los ánimos, pronto me hizo sentir que los fuertes resortes de su instrumento de placer, por causa del amor y quizá, de unas largas vacaciones, estaban demasiado comprimidos para soltarse con una sola explosión; su erección seguía siendo mi amiga. Continuando entonces la acción, sin salirse ni causarme el disgusto de separarme de mi dulce inquilino, interpretamos nuevamente la misma ópera con la misma deliciosa armonía y concierto. Nuestros ardores, como nuestro amor, no conocían tregua y nuevamente la marea conmocionó a mi amante, generoso con sus provisiones y ordeñado por el placer, que me desbordó nuevamente desde la plenitud de sus depósitos redondos, mientras por mi lado un asimiento convulsivo en el instante de pagar la contribución líquida me volvió dulcemente útil, al tiempo, para el aumento de su placer y el de sus efusiones, conmoviéndome tanto como para hacer funcionar todos los resortes de la succión con los que los sensibles mecanismos de esa parte extraen y secan, sedientos, el pezón del Amor. Con una ansiedad instinta y apego semejantes a los que, si puedo comparar lo mayor con lo menor, la bondadosa naturaleza aferra al niño al pecho, con boca y mejillas, para que extraiga la corriente de leche preparada para nutrirlo.

Pero su vigor no llegaba todavía a agotarse; su doble descarga había estado tan lejos de extinguir sus deseos que ni siquiera los había calmado y, a esa edad, desear es poder. Entonces procedió, ante mi asombro, a procurar un tercer triunfo, siempre sin abandonar el alojamiento; empero, mi ternura, natural en el verdadero amor, me inspiró la abnegación suficiente para evitar que se agotara; por tanto, rogándole que se diera y me diera cuartel obtuve, finalmente, una breve suspensión de las hostilidades, no sin que antes me demostrara que se rendía con las armas intactas.

El resto de la noche y lo que pedimos prestado al día lo empleamos con infatigable fervor en celebrar así la fiesta de nuestro reencuentro. Nos levantamos bastante tarde, alegres, vivaces y alertas, aunque no habíamos conocido el descanso; los placeres del amor habían sido para nosotros lo que el júbilo de la victoria es para un ejército: descanso, refrigerio, todo.

Como el viaje al campo estaba ahora fuera de cuestión y habíamos dado orden por la noche de volver los caballos hacia Londres, dejamos la posada tan pronto como hubimos desayunado,

no sin distribuir con liberalidad pruebas de mi gratitud por la felicidad que había encontrado allí.

Charles y yo estábamos en mi carroza; el capitán y mi compañera en una silla de posta, contratada especialmente para proporcionarnos la comodidad del *tête-à-tête*.

Aquí, en el camino, con el tumulto de mis sentidos tolerablemente calmado, tuve suficiente dominio sobre mi cabeza para comunicarle de forma apropiada la forma de vida a que me había precipitado nuestra separación; no pudo ser una sorpresa total, ya que se había lamentado tiernamente de haberme abandonado sin recursos.

Después le describí el estado de mi fortuna y, con la sinceridad que me era tan natural cuando me dirigía a él, le rogué que la aceptara en sus propios términos. Quizás os parecería demasiado parcial en mi pasión si intentara hacer justicia a su delicadeza. Me contentaré entonces con aseguraros que después de rehusar categóricamente la donación incondicional y sin reservas con que lo acucié en vano, fue, finalmente, obedeciendo a sus órdenes (porque yo discutía sin afectación hasta que él ejercía la autoridad soberana que le daba mi amor) que di mi consentimiento y abandoné las reconvenciones que no podía dejar de hacerle por degradarse y aparecer, aunque injustamente, como habiendo trocado su honor por infamia y prostitución, haciendo su esposa a quien se hubiese sentido demasiado honrada siendo su amante.

Entonces el argumento del amor venció todas las objeciones y Charles, enteramente ganado por el mérito de mis sentimientos hacia él, cuya sinceridad no podía ignorar, me obligó a recibir su mano, medio por el cual recibí, entre otras innumerables bendiciones, la posibilidad de proporcionar un apellido a esos magníficos niños de la más feliz de las parejas, que conocéis muy bien.

Así, por último, llegué cómodamente a puerto, donde, en el seno de la virtud, coseché los únicos frutos sanos y donde contemplando el camino de vicios que había recorrido y comparando sus infames halagos con las infinitamente superiores alegrías de la inocencia no pude menos que compadecer, hasta en materia de gusto, a aquellos que sumergidos en una basta sensualidad son insensibles a los tan delicados encantos de la virtud, que es la mejor amiga del placer y

la mayor enemiga del vicio. La templanza hace a los hombres señores de sus placeres, mientras la intemperancia los transforma en esclavos; la primera es la madre de la salud, el vigor, la fertilidad, la alegría y todos los bienes de la vida; la otra de las enfermedades, la debilidad, la esterilidad, el desprecio por uno mismo y todos los defectos de la naturaleza humana.

Os reiréis, quizás, ante este final moralizador, que la fuerza de la verdad me dicta y que resulta de la comparación de mis experiencias; pensaréis, sin duda, que está fuera de lugar, fuera de carácter; posiblemente lo juzgaréis el mezquino refinamiento de alguien que intenta ocultar su devoción por el Vicio con el harapo de un velo, descaradamente robado del altar de la Virtud, como si se considerara completamente disfrazada en una mascarada sin más cambio de atuendo que la sustitución de los zapatos por babuchas, o como un escritor que pretendiera escudar un traicionero libelo terminándolo con una oración por el Rey. Pero, independientemente de que me lisonjee pensando que tenéis una opinión justa de mi sensatez y mi sinceridad, permitidme manifestar que una suposición tal es aún más injuriosa para la Virtud que para mí, ya que si es consistente con el candor y la bondad no puede basarse más que en el más falso de los temores: el de que sus placeres no se sostengan al compararlos con los del Vicio. Pero dejad que la verdad los ilumine con su luz más brillante y luego observad cuán espúreos, cuán desabridos, cuán inferiores son sus placeres comparados con los que la Virtud autoriza, ya que sus sentimientos son capaces de preparar una salsa para los sentidos, una salsa de gratísimo sabor, mientras los Vicios son las arpías que infectan y ensucian el festín. Los senderos del Vicio están, a veces, cubiertos de rosas, pero son también infames, a causa de las espinas y los gusanos; los de la Virtud están sembrados sólo de rosas que no se marchitan jamás.

Entonces, si me hacéis justicia, consideraréis muy consistente el incienso que quemo en el altar de la Virtud. Y si he pintado al Vicio con los colores más alegres, si lo he ataviado con flores, ha sido sólo para hacer más valioso su solemne sacrificio a la Virtud.

Conocéis al señor C… O…; conocéis su patrimonio, su riqueza y su buen sentido. ¿Lo juzgaríais mal intencionado cuando preocupado por la moral de su hijo y con la intención de volverlo

virtuoso e inspirarle un sólido y racional desprecio por el vicio, condescendió a ser su maestro de ceremonias y lo condujo de la mano por los burdeles más notorios de la ciudad, donde se cuidó de que se familiarizara con esas escenas de desenfreno tan apropiadas para causar náuseas al buen gusto? Gritaréis que el experimento es peligroso. Es cierto, si se trata de un tonto. Pero ¿por qué prestar tanta atención a los tontos?

Confío en veros pronto; mientras tanto, pensad en mí con bondad y creed,

Señora,
en vuestra, etc., etc., etc.



JOHN CLELAND Nació en 1709 y aunque su parentesco es oscuro, se le supone hijo de William Cleland. John entró en la Wesminster School en 1722. Volvemos a saber de él cuando ya es cónsul británico en Esmirna. Hacia 1736 viajó a Bombay, donde entró al servicio de la Compañía Británica de las Indias Orientales, empleo que llegó a mal fin y lo devolvió a Europa en la indigencia. En medio de las vicisitudes de la vuelta a Inglaterra, murió su primera esposa. Casó de nuevo y fue padre de una niña. Excéntrico de nacimiento, aunó en sus aficiones la novela amatoria, la filología y las colaboraciones en el *Public Advertiser*. Murió, casi octogenario, en Westminster, el 23 de enero de 1789.

# Notas

[1] Newgate es una cárcel de Londres; el Old Bailey, la sede del tribunal de justicia. (N. del T.). < <